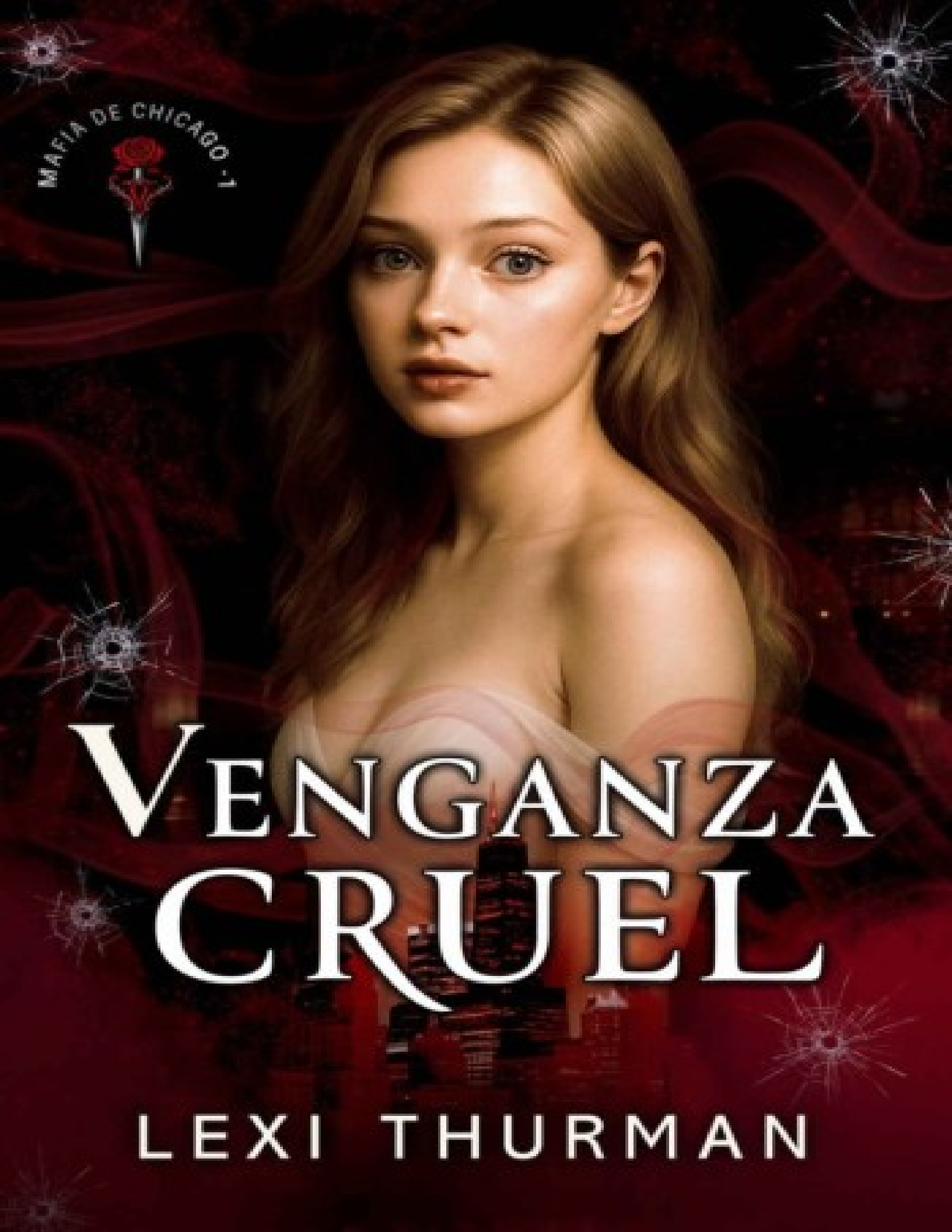

MAFIA DE CHICAGO - 1
VENGANZA CRUEL
LEXI THURMAN

Capítulo 1

Si alguien me hubiera dicho hace dos semanas que estaría en un *pub* de Chicago trabajando como camarera, habría pensado que estaba loco.

Ni en mis peores pesadillas me imaginaba ejerciendo un trabajo como ese. Aunque tenía que reconocer que, para ser mi primera vez, no lo estaba haciendo tan mal. Solo había roto dos vasos y se me había caído una botella de licor al suelo. Por suerte, no se había roto. Y, si algo necesitaba, era pasar lo más desapercibida posible.

Pasé el trapo por la superficie de la barra por enésima vez. A la undécima, el trapo se me resbaló de las manos. Con rapidez y la gracia que esperaba tener, lo recogí del suelo. Me giré escondiendo el trapo detrás de la espalda, como si fuera una niña a la que acababan de atrapar comiendo una golosina a escondidas, y miré al único cliente que había en el *pub*.

El hombre, que debía de tener la misma edad que mi padre y que no había apartado la mirada de mí desde que llegó, me dedicó una sonrisa espeluznante, mostrándome que le faltaban varios dientes.

Asqueroso.

Pero, en vez de decirle lo que pensaba, le devolví una sonrisa nerviosa y volví a mi tarea. La barra estaba tan reluciente que prácticamente podía ver mi cara en ella.

Tampoco tenía mucho más que hacer. Tal vez era porque era lunes y eran las diez de la noche, o quizá porque no era un *pub* de moda situado en uno de los mejores barrios de Chicago. Al contrario, dejaba mucho que desear: no solo por lo peligrosa que era la zona, sino por la suciedad que la impregnaba. En cambio, el local estaba limpio, casi reluciente.

No era el antro que yo había imaginado. Aunque tampoco es que supiera mucho de antros. Aquel establecimiento era… No era fácil ponerle un adjetivo, porque no se podía decir que fuese agradable;

tampoco desagradable, ni moderno, ni antiguo. Era de esos locales a los que no se les puede poner una etiqueta.

Las luces colgaban sobre mi cabeza, envueltas en esferas de cristal que teñían la estancia de un color rojizo. Las mesas redondas de madera oscura, con sillas del mismo tono, descansaban sobre un suelo igualmente oscuro. La oscuridad era predominante allí. Más incluso de lo que yo creía.

Ladeé la cabeza para mirar las estanterías, que casi llegaban al techo, repletas de botellas —en su mayoría, alcohólicas—. ¿Tal vez podría pasarles el trapo? No sabía si era buena idea, pero necesitaba hacer algo para que mi cabeza, que iba a cien por hora, se calmase. No quería pensar; no podía pensar.

—¡Audrey! —me llamó Gigi, la encargada de camareras, provocando que me diera la vuelta para mirarla y cancelara mi intento suicida de mantenerme ocupada. Se acercaba hacia mí con una mirada que decía «tenemos problemas».

—Me he mantenido alejada de los vasos, tal como me dijiste. —Señalé con el trapo la fila de vasos al fondo de la barra que casi se me habían caído cuando intenté limpiarlos media hora antes.

—¿Qué? —Gigi entrecerró sus ojos verdes, como si no supiera de qué le estaba hablando—. Da igual. —Hizo un gesto con la mano mientras masticaba el chicle con fuerza—. Ha surgido un pequeño imprevisto. Normalmente suelen avisarlo con mucho más tiempo. Yo… —Se quedó en silencio cuando otra de las camareras pasó a nuestro lado.

—¿Vienes? —le preguntó la chica.

—Sí, ahora voy —contestó Gigi—. Estoy terminando de explicarle unas cosas a Audrey.

—Ah. —La joven posó su mirada en mí por primera vez, y habría preferido que no lo hubiera hecho, porque me miró como si fuera una mota de polvo en su zapato—. Vale. Las demás ya están. Te esperamos. —Y se dio la vuelta con su coleta castaña ondeando con altivez. Vi cómo se dirigía a una puerta situada a la derecha de la barra.

Ni presentarse ni nada. Definitivamente, mi compañera era *Miss Simpatía*.

—Mira, Audrey. —Gigi dio un paso más hacia mí, bajando tanto la voz que apenas podía escucharla—. Ha sido una mala idea que empezaras hoy. Creo que lo mejor será que te vayas a casa.

—¿Qué? —me quejé—. Pero si no llevo ni una hora aquí. No puedo irme.

—Es peligroso que te quedes, Audrey.

Gigi iba a decir algo más, pero una voz masculina la interrumpió.

—¿Esta es la nueva?

Un hombre alto y corpulento se encontraba a unos pasos de nosotras. Era rubio, aunque apenas se le notaba, pues el cabello casi no le cubría el cuero cabelludo. A pesar de sus facciones endurecidas, no parecía muy mayor; ¿tal vez estaba en mitad de la veintena? No pude evitar fijarme en el tatuaje negro que se dibujaba desde su pómulo derecho hasta la sien; parecían letras, aunque no conseguí leer lo que decían.

—Sí —respondió Gigi, señalándome—. Ella es Audrey.

—Encantada, es un placer conocerte —mentí descaradamente, porque no había nada amigable en aquel hombre; todo lo contrario. Logró que un escalofrío me recorriera la espalda, pero mantuve mi falsa sonrisa. Cuando quería, podía fingir muy bien.

Aquel hombre era malas noticias y, aunque lo que más deseaba en ese momento era darme la vuelta y echar a correr, estiré la mano a modo de saludo, porque se suponía que eso era lo correcto. Me di cuenta de que era una suposición errónea cuando Gigi abrió los ojos horrorizada y me hizo señas para que bajara el brazo de inmediato.

—Mmm… —murmuró él como única respuesta.

¿Mmm? ¿Qué clase de respuesta era esa?

Sus ojos azules, casi tan translúcidos como un bloque de hielo, me recorrieron de arriba abajo con descaro. Pasaron desde mi cabello rubio, recogido en dos trenzas, descendiendo por mi camiseta rosa de licra de tirantes —deteniéndose más tiempo del debido en mis senos— y bajando por mis *shorts* vaqueros.

A pesar de su descaro, su mirada no era lasciva, sino clínica, como si estuviera evaluando el valor de una mercancía. Y aquello lo hacía todo mucho peor, más terrorífico. Pero no me moví. Ni siquiera solté una queja, pese a estar deseando hacerlo.

—Llévala abajo —ordenó al cabo de unos segundos.

—¡¿Qué?! —gritó Gigi, casi dejándome sorda—. Scott, ella es nueva. Acaba de llegar, no sabe…

—No estoy de humor para que me hagas perder el tiempo —la cortó él, haciendo un gesto con la mano—. Os quiero abajo en diez minutos.

Y, sin siquiera despedirse, se marchó por la misma puerta que *Miss Simpatía*.

Gigi exhaló un largo suspiro y se pasó una mano por su pelo pelirrojo.

—Parece que vas a tener que terminar tu turno en el sótano.

¿El sótano? Nadie me había hablado de que hubiese uno, y menos de que tuviera que trabajar allí. Aunque, en realidad, no sabía demasiadas cosas de aquel lugar.

Para qué engañarme: no sabía nada.

—No creo que sea buena idea.

—No, no lo es —concordó ella—. No es un lugar agradable para trabajar, y menos en tu primer día. Pensaba que tendría tiempo para prepararte.

¿Prepararme para qué?

Abrió la boca tan exageradamente que pude ver el chicle que masticaba, pero la cerró antes de pronunciar palabra.

—Da igual —se corrigió, haciendo un gesto despreocupado con la mano, aunque me miraba con inquietud—. Será mejor que bajes.

—¿No es peligroso? —repetí sus palabras anteriores, reticente.

—Lo es.

—Entonces, ¿no es mejor que me marche?

—Oh, nena, ya es demasiado tarde para huir del peligro.

Gigi tenía razón. Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 2

No sabía qué esperaba encontrar en el sótano, pero desde luego no lo que vi cuando llegué. Ese lugar estaba muy lejos de cualquier cosa que mi mente pudiera imaginar.

Quizá lo más parecido que había visto alguna vez era una fiesta universitaria que se había salido de control; aunque, en realidad, era una comparación absurda. En las fiestas a las que yo había acudido, que eran muchas, no había una jaula enorme encima de un *ring* de boxeo. Tampoco había ningún tipo de *ring* en esas fiestas.

—¿Piensas moverte? —me preguntó con impaciencia Miss Simpatía, que, para mi mala suerte, también se encontraba allí.

Aunque sabía que lo más sensato era asentir, lo cierto es que nunca se me había dado demasiado bien aguantar estupideces. Tampoco estaba acostumbrada a que me hablasen de una forma tan impertinente. Usualmente, la gente se dirigía a mí con respeto; casi con adoración.

—¿Adónde quieres que me mueva? Ni siquiera sé qué debo hacer aquí.

Miss Simpatía frunció el ceño, luciendo confundida durante un instante. Después, exhaló un suspiro mientras se llevaba una mano a la frente de forma exagerada.

—De momento, cámbiate —espetó—. Hay ropa adecuada en el vestuario. —Señaló con la barbilla una puerta detrás de una pequeña barra situada al fondo de la sala, que no había visto hasta ese momento.

—¿Cambiarme?

¿Qué problema había con mi ropa? Me había vestido tal y como me había indicado. De hecho, había llenado mi armario con ropa de Target: demasiado ajustada, incómoda y reveladora. Me picaba todo el cuerpo. Pero entendía que aparecer allí con una blusa de Louis Vuitton llamaría la atención. Pese a que dudaba que Miss Simpatía supiera diferenciar una pieza única de colección de una falsificación barata.

—No fastidies que tienes problemas de oído —dijo entrecerrando los ojos—. Tampoco importa. Con que finjas que les escuchas es suficiente.

—No estoy entendiendo nada.

—Increíble —bufó mientras negaba con la cabeza—. Cámbiate, los clientes están a punto de llegar.

Justo en ese momento, se abrió una puerta de metal al otro lado de la estancia. De ella aparecieron varios hombres; algunos trajeados, otros con ropa casual pero cara, y algunos que parecían haber comprado la suya en una tienda de segunda mano. Sin embargo, todos tenían algo en común: un brillo en los ojos que pude identificar como una mezcla de miedo y prudencia.

Como por arte de magia, seis chicas se acercaron a ellos. No sabía de dónde habían salido, pero me sorprendió que todas fueran vestidas con ropa de baño. Por llamarlo de alguna forma, porque jamás llevaría a una playa un trikini de purpurina verde o un bikini naranja neón tan minúsculo que apenas cubría algo.

Algunos hombres ni siquiera las miraron, pero otros aceptaron sus atenciones. Uno de ellos llevó a una de las chicas hasta una mesa. Se sentó en una silla y la acomodó en su regazo mientras ella sonreía. No dejó de sonreír incluso cuando él colocó su mano sobre su muslo.

—Oye, ¿me estás escuchando? —Miss Simpatía chasqueó los dedos delante de mí para captar mi atención—. Tienes que unirte a ellas.

—¿Qué? —respondí intentando no gritar, aunque no estaba segura de haberlo conseguido. Por suerte, alguien acababa de poner la música demasiado alta y nadie nos miró—. Soy camarera.

—Todas lo somos —me respondió.

Esas chicas iban a hacer más que servir copas. Era evidente que… Mi pensamiento quedó a medias cuando vi a uno de los hombres llevar a una de las chicas en volandas hasta la pared y apoyarla contra ella mientras se besaban.

—Yo no hago eso —le dije—. No me prostituyo —susurré, intentando no ofender a nadie.

Estaba dispuesta a muchas cosas, pero a esa no. Ese era mi límite, mi línea roja.

—No es un burdel. Nadie se prostituye —aclaró una voz con contundencia. Pero no fue la de Miss Simpatía, sino la de un hombre. El culpable de que estuviera allí en esos momentos. ¿Cómo lo había llamado Gigi? Ah sí, Scott.

Dirigí una breve mirada a la chica que seguía besándose apasionadamente con el hombre. Desde luego que no estaba de acuerdo con Scott, pero esta vez fui lo suficientemente inteligente como para guardarme esa réplica para mí misma.

—Scott —dijo Miss Simpatía—, le estoy diciendo que se cambie, pero no quiere.

—No necesita cambiarse. Va a estar detrás la barra.

—¿Detrás la barra? —Miss Simpatía parecía confundida—. Pero si no sabe ni servir una cerveza en condiciones.

Bueno, eso no era del todo cierto. Había servido un par. Era cierto que la primera había terminado más en el suelo que en el vaso, pero la segunda no. Bueno, en realidad, la segunda había sido peor. Pensándolo bien, quizá tuviera algo de razón. Llevaba un rato intentando adaptarme al trabajo, aunque no con demasiado éxito.

Scott lanzó un resoplido, como si estuviera perdiendo la paciencia.

—Respóndeme a una cosa, Buffy. ¿Desde cuándo tu opinión sobre lo que sucede aquí importa?

Miss Simpatía, que tenía nombre de cazadora de vampiros, se puso lívida.

—Lo siento, no quería sobrepasarme.

Vaya, así que Miss Simpatía era una cobarde.

—Visto que tú tampoco te has cambiado —dijo Scott con un deje de ironía—, imagino que vas a estar detrás la barra hoy. Ayúdala y asegúrate de que sea capaz de poner copas.

Ella asintió.

Scott me miró de arriba abajo.

—No tienes nada de especial —musitó, provocando que abriera los ojos de par en par.

—¿Qué quieres…?

No pude terminar la frase, porque él se marchó hacia las mesas donde se encontraban los hombres acompañados de las chicas.

—Vamos —me instó Buffy.

La seguí hacia la pequeña barra. A diferencia de la planta de arriba, las bebidas, en vez de estar detrás en unas estanterías enormes, estaban guardadas bajo la barra, ocultas a la vista. Algunas más se amontonaban sin orden sobre una mesa arrimada a la pared, como si a nadie le importara demasiado mantener el lugar presentable.

Una de las chicas de antes, que llevaba un trikini plateado y el cabello negro recogido en una coleta estirada, se acercó a la barra.

—Un *Long Island Iced Tea* para mí y un *Mint Julep* para él —pidió, señalando con sus largas uñas a un hombre con traje que estaba sentado en una mesa hablando con otro.

—¿Te ha dado el dinero? —le preguntó Buffy.

—No, pero no se va a ir sin pagar. De los que están aquí hoy ninguno haría algo así. No son suicidas; todos conocen el riesgo.

—Y más hoy —asintió Buffy. Después, ladeó la cabeza para mirarme con los ojos entrecerrados—. ¿Estás esperando una orden papal para darle las bebidas? —preguntó con mal humor.

Que estaba empezando a pensar que ese era su carácter habitual.

—No sé qué lleva un mi… mi…

—*Mint Julep* —me ayudó la chica del trikini con una sonrisa.

Al fin, alguien agradable.

Buffy chasqueó la lengua.

—¿Sabes qué lleva un *Long Island*? —inquirió.

—Sí, pero…

Nunca había hecho uno, y tenía ciertas dudas. Vale, las tenía todas. Debería haberme preparado mejor para el trabajo, pero todo había sido demasiado precipitado.

Buffy emitió un gran suspiro, dramático y exagerado.

—Déjalo, ya lo hago yo. —Hizo un gesto con la mano, como si yo fuera una inútil que le estuviera haciendo perder el tiempo. Tuve que reprimir el impulso de estirarle del pelo, porque era insoportable—. Será una suerte si mañana sigues trabajando aquí.

La otra chica esbozó una media sonrisa de apoyo hacia mí.

—Todos los comienzos son difíciles —me dijo—. Aunque no lo parezca, este lugar es mejor que muchos otros. Estarás bien aquí.

No, no lo estaría. Pero eso daba igual; hacía varias semanas que mi bienestar físico había pasado a un segundo plano.

—Lo sé. Me esforzaré por hacerlo bien. Necesito este trabajo.

Y no mentía. Lo necesitaba como nunca antes había necesitado nada. No podía permitir que me echaran. No tan pronto, no cuando aún no...

—Pues para necesitarlo, te esfuerzas una mierda —intervino Buffy, interrumpiendo mis pensamientos.

A cada segundo que pasaba, esa chica me caía peor. Pero no podía ponerla en su sitio como se merecía; no sin montar un espectáculo. Por cierto, ¿dónde estaba Gigi?

—Se ha tenido que ir —dijo Buffy, como si leyese mis pensamientos. ¿Quizá hacía honor a su nombre y tenía poderes?—. La ha llamado la niñera. Su hijo se ha puesto con mucha fiebre y lo han llevado al hospital.

—No me ha dicho nada.

¿Se había marchado en mi primer día, dejándome sola? Y encima, sin avisarme siquiera.

Ese no era el trato.

—No te encontraba; has tardado mil años en bajar.

Buffy terminó de preparar las bebidas para la chica que aún esperaba. Se las entregó, y esta se despidió de ambas con una sonrisa amable antes de regresar junto a su acompañante.

—Estaba en el baño.

Tampoco había tardado tanto. Como mucho, no más de diez minutos. Había aprovechado para retocarme el maquillaje.

—Ponte las pilas —se quejó Buffy—. Estamos solas tú y yo para preparar las bebidas. No pienso hacerlo todo yo.

Eché un vistazo a mi alrededor. Mientras Buffy me regañaba, se habían unido más personas. Había al menos treinta; en su mayoría, hombres.

¿Cómo íbamos a encargarnos de todo tan solo dos camareras? Era imposible.

—Buffy, tú siempre tan cascarrabias.

Me giré hacia el chico que acababa de unirse a la conversación. No era muy mayor; probablemente, tenía una edad similar a la mía, y por la forma confiada en que se sentó en el taburete y apoyó una mano sobre la barra, deduje que acudía al *pub* con regularidad.

Pero, pese a ser mi primer día, no parecía el tipo de cliente habitual del lugar. Tenía el cabello negro y rizado, con unos cuantos mechones rebeldes cayendo sobre su frente. Su piel oscura brillaba bajo la luz de la lampara.

—¿No deberías estar ocupado con las apuestas, Jasper? —le preguntó Buffy, cruzando los brazos frente a él.

Jasper y Buffy. Ahora entendía por qué no se llevaban bien.

—Hoy no hay apuestas. Tampoco vais a tener mucho trabajo. La mayoría no va a consumir alcohol. Aunque yo sí quiero un whisky.

Eso sí podía prepararlo sin problemas. Sin esperar instrucciones, decidí tomar la iniciativa y me agaché a buscar la botella. No había especificado una marca, así que cogería la primera que encontrase. Con suerte, solo habría una.

—¿Una pelea sin apuestas? —preguntó Buffy, confundida.

Claro, para eso era la jaula. Una pelea en una jaula. Nunca había visto una, pero sí había escuchado hablar sobre ellas.

—No es una pelea, es un castigo —aclaró Jasper.

—Por eso participa él —comentó Buffy, como si de repente se hubiese dado cuenta de algo evidente—. Será sangrienta.

—Siempre lo son —confirmó Jasper—. Pero hoy la jaula verá más sangre de la que ha visto en mucho tiempo.

Acababa de coger la botella y, al escuchar sus palabras, me levanté bruscamente, golpeándome la cabeza contra la barra.

—¡Auch! —me quejé.

Buffy suspiró con fuerza.

—Eres un desastre.

Ella no sabía lo que era la empatía. Y en otro momento se lo habría hecho saber, pero ahora otro pensamiento martilleaba mi cabeza.

—¿Sangre? —repetí, dejando la botella sobre la barra y tocándome la cabeza con la mano.

—No te había visto antes —dijo Jasper—. ¿Es tu primer día? —Aunque seguía mirándome, dirigió la pregunta a Buffy.

—Si —contestó esta con voz seca.

—Joder, nena, has elegido el peor día —se rio—. Por suerte para ti, no tienes por qué mirar. En cambio, yo estoy obligado a ver cómo ese traidor se desangra. —A pesar de sus palabras, no parecía importarle lo más mínimo; al contrario, parecía emocionado. ¿Qué clase de persona sádica disfrutaba con una pelea sangrienta?

—¿Traidor? ¿Desangrarse? —repetí sin poder contenerme.

—Así es —respondió Jasper. Si se dio cuenta de mi desconcierto, no lo demostró—. Lo de hoy no es solo una pelea, es una lección para todos. Un recordatorio de lo que le sucede a los traidores. —Por primera vez desde que había llegado, su semblante se endureció.

—¿Será una pelea justa? —preguntó Buffy.

—Siempre lo son, ya lo sabes. Aquí no se hacen trampas.

—No me refiero a eso. ¿Tiene alguna posibilidad de ganarle?

Jasper se relajó visiblemente.

—Nadie la tiene contra él. Es indestructible. Pero darle la oportunidad de pelear contra él es un privilegio. Sobre todo, después de lo que hizo.

Buffy asintió.

No tenía la menor idea de quiénes hablaban. Mantuve la compostura mientras le preparaba el whisky.

—Gracias, belleza. —Jasper me guiñó un ojo cuando le entregué su bebida—. ¿Tienes algo que hacer después de…?

Por suerte, no terminó la frase porque fue interrumpido por gritos y pitidos. Dirigí la mirada hacia un hombre en el *ring*, ataviado únicamente con una camiseta blanca y unos pantalones de boxeo. No podía verle la cara porque me daba la espalda, pero era alto, fuerte y con brazos musculosos. Supuse que era el hombre indestructible del que hablaban.

—Va a empezar. Será mejor que ocupe mi lugar —dijo Jasper, cogiendo su vaso y alejándose.

Segundos después, el silencio se apoderó del lugar. Todos, incluida Buffy, tenían la atención fija en el mismo punto. Seguí sus miradas hacia la puerta metálica. En el umbral apareció otro

hombre, con un pantalón corto de deporte, sin camiseta y descalzo. Con paso lento y seguro se acercó al *ring*, subió de un salto y entró en la jaula sin mirar a nadie.

Observé al otro hombre. Sus hombros temblaban y su respiración estaba agitada. Todo en su lenguaje corporal indicaba tensión. En cambio, el recién llegado no mostraba ni el menor atisbo de nerviosismo. No había miedo en su rostro ni en su postura, como si aquello fuera solo un trámite más.

Entonces comprendí quién era él. Porque aunque era la primera vez lo veía, yo ya lo conocía.

Él era Damiano Mancini.

Un hombre de la mafia. Un criminal. Un hombre al que sus empleados consideraban indestructible.

Y mi jefe.

Capítulo 3

Un zumbido grave retumbó por los altavoces del sótano, y, sin previo aviso, las luces se apagaron a la vez que se encendían las de la jaula.

Damiano esbozó una sonrisa torcida, sin rastro de humor en su rostro.

Scott cerró la puerta y aseguró el cerrojo con una llave, dejando a los dos hombres sin posibilidad de escapar. No hubo ninguna presentación ni saludo previo. Solo dos bestias dispuestas a golpearse. Aunque en cuanto vi cómo Damiano comenzó a moverse, entendí que aquello no era un combate entre iguales. Él se desplazaba con una calma inquietante, sin ninguna prisa, como si ya supiera exactamente cómo iba a terminar todo.

Y entonces, lo supe.

No eran dos bestias. Era una bestia y su presa.

Damiano no peleaba; acechaba. Rodeaba al otro como un depredador que se toma su tiempo, estudiando cada respiración, cada paso en falso, saboreando la espera antes de lanzarse al cuello. Y su presa, pese a que intentaba mantenerse firme, ya olía a miedo.

Damiano estaba tan seguro de su superioridad que ni siquiera se molestaba en disimularlo. Caminaba alrededor del otro hombre con una media sonrisa, los hombros relajados y los ojos fijos en su contrincante, como un lobo antes de devorar.

El otro hombre levantó los puños, intentando mantener la compostura. Pero, a diferencia de Damiano, parecía ansioso, desesperado por cerrar la distancia y terminar con la tensión. Por eso lanzó un golpe directo; demasiado rápido, demasiado torpe.

Damiano se movió con una rapidez sorprendente para su tamaño. Esquivó el golpe con un leve giro de torso, casi sin esfuerzo, como si ya supiera de antemano por dónde vendría el ataque. Para ser un hombre alto y fuerte, sus movimientos eran precisos, rápidos, casi inhumanos.

Los presentes estallaron en gritos, pero Damiano seguía con la mirada fija en la presa. Pude ver en sus ojos el odio, la violencia que emanaba de todos sus músculos, y supe, sin lugar a dudas, que había terminado de jugar con él.

Sin perder un segundo, Damiano contraatacó: un gancho brutal al costado que hizo que el otro hombre se doblara con un gruñido ahogado. No hubo espacio para que se recuperara. Damiano encadenó un directo al rostro, tan rápido y violento, que se oyó el chasquido de la mandíbula al impactar. El cuerpo del hombre cayó de espaldas contra la lona, pero Damiano no se detuvo. Se lanzó sobre él como una sombra: un codazo descendente, otro puñetazo a la mandíbula. Observé con estupefacción las gotas de sangre que salpicaron el suelo.

Nunca había visto una pelea de boxeo, y menos una de jaula como aquella. Pero suponía que se regían por unas reglas. Allí no había ninguna; tampoco árbitro.

Debería dejar de mirar, pero no lo hice. No podía hacerlo. Un sentimiento que parecía compartir el resto de la sala. Pero, al contrario que ellos, no era el espectáculo sangriento lo que conseguía captar mi atención. Era *él*.

Había algo hipnótico en la manera en la que Damiano se movía: la forma en la que sus músculos se flexionaban cuando propinaba cada golpe, la manera en la que su pecho subía y bajaba. Esa brutalidad que resultaba casi fascinante.

—Oh, Dios —dijo Buffy en un medio susurro.

Aquello rompió el embrujo en el que parecía sumida. Ladeé la cabeza para mirar a mi compañera, que se encontraba a mi lado y estaba completamente lívida. Parecía que estaba a punto de desmayarse.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió secamente—. Necesito ir al baño. —Fue a dar un paso, pero se tambaleó, demostrándome que no se encontraba para nada bien.

—¿Te acompaño? Parece que estás mareada.

Buffy negó con la cabeza.

—Estoy bien —insistió, limpiándose una gota de sudor que recorría su frente. Esta vez apoyó su mano sobre la barra, como si quisiera cerciorarse de que no iba a perder el equilibrio. Sus ojos azules me evaluaron durante unos segundos—. Pareces familiarizada con la violencia —murmuró, y, a pesar de que lo dijo en voz alta, tuve la sensación de que estaba hablando consigo misma.

—No lo estoy.

No estaba acostumbrada a ese tipo de espectáculos. Lo más violento que había visto en mi vida había sido en cuarto grado, cuando dos de mis compañeras se tiraron del pelo. En mi entorno, la violencia era más superficial, más verbal. No era física y, mucho menos, tan brutal.

Buffy estrechó los ojos con desconfianza, como si estuviera debatiéndose entre creerme o no.

—Entonces es innato en ti. Al final, vas a encajar bien aquí y todo, chica nueva.

No pude responder, porque ella se dio la vuelta y se metió por la puerta que se hallaba detrás de nosotras, donde estaba el vestuario.

Volví mi mirada a la jaula. Estaba abierta. Dos hombres estaban sacando al que había perdido la batalla, que yacía completamente inconsciente. Damiano se encontraba en medio de la jaula, quieto; gotas de sangre caían por su pecho descubierto.

Los asistentes aplaudían y le vitoreaban por su victoria, pero él parecía ajeno a ellos. Su respiración era tranquila, su mirada fija en algún punto que solo él podía ver. No alzaba los brazos, no sonreía, no reclamaba la ovación. Porque no le importaba.

Era como si para Damiano esa victoria no significara nada. Como si supiera que era inevitable, y celebrarlo fuera innecesario.

De repente, él levantó la mano y todos se quedaron en silencio.

—Esto es lo que sucede a quien me traiciona —dijo con voz grave.

Nadie respondió, pero pude ver cómo algunos hombres tragaban saliva y otros asentían.

Él pareció satisfecho. Dio un paso y, por un instante, creí que iba a salir de la jaula. Pero entonces, sin previo aviso, giró la cabeza y miró en mi dirección. Sus ojos se encontraron con los míos.

Mi piel se erizó con sudor frío y mi corazón se detuvo. Durante unos instantes, que probablemente no fueron más de dos segundos, pero que se me hicieron eternos, nos sostuvimos la mirada. Por alguna razón, sentí que aquello era una especie de desafío, como si, sin necesidad de palabras, me estuviese retando. Sabía lo que debía hacer. Lo lógico era apartar la mirada, romper aquel contacto. Pero no lo hice. Me negué a apartar los ojos de los suyos.

Damiano frunció el ceño, como si mi actitud le sorprendiera. Scott se acercó a él y le tocó el hombro, rompiendo el instante. Damiano desvió la mirada.

Me sentí poderosa, como si hubiese ganado un premio al no ser la primera en romperla, al haber sido capaz de aguantar su reto silencioso. Pero, segundos después, cuando Damiano bajó de la jaula y me miró de reojo, atisbé una sonrisa ladeada en su cara: la misma que cruzó su rostro cuando entró en la jaula, la misma que le dedicó a su adversario.

Y, en ese momento, supe que había cometido un gran error. Aunque solo iba a ser el primero de muchos.

Capítulo 4

Mi turno terminaba a las once, pero después de la pelea, la sala se vació. Buffy desapareció sin avisarme y, aunque aún quedaban algunas de las empleadas, decidí que no pasaba nada si me iba diez minutos antes.

Subí a la planta de arriba, que estaba vacía, recogí mi bolso y mi chaqueta vaquera, que había dejado en el cuartito pequeño situado detrás de la barra, y me dirigí hacia la salida. Aunque la persiana no estaba bajada, la puerta estaba cerrada con llave, como descubrí al intentar abrirla.

Bajé al sótano de nuevo, esperando que alguien pudiera proporcionarme la llave o, al menos, abrirme. Sin embargo, no había nadie. Las pocas chicas que quedaban se habían marchado. Iba a dirigirme al vestuario, pero vi que la puerta de metal estaba abierta. Aquella debía de ser una puerta que daba al garaje, ya que por ahí habían entrado y salido los clientes.

Me acerqué a ella y, al cruzarla, descubrí lo equivocada que estaba. La puerta daba a un pasillo largo, levemente iluminado, pero desde donde me encontraba no podía ver el final. A pesar de saber que adentrarme allí era un error, era mi única opción para salir. Necesitaba respirar aire puro lo antes posible.

Aunque el sótano no era precisamente pequeño, las paredes se cernían sobre mí como si quisieran aplastarme. La urgencia por salir y la presión en mi pecho aumentaban con cada segundo que pasaba.

Sin pensarlo dos veces, me aventuré por el pasillo. A mitad de camino vi una puerta. Intenté girar el pomo, pero estaba cerrada. Sin otra opción, seguí caminando. Doblé una esquina, luego otra, y después una más.

El alivio que sentí al alejarme del sótano solo me duró unos minutos: los mismos que tardé en darme cuenta de que estaba perdida. Miré el largo pasillo frente a mí. Era la tercera vez que daba vueltas sin conseguir encontrar la salida.

Aquello se asemejaba a un laberinto. Las puertas que encontraba a mi paso estaban todas cerradas y llegó un momento en que ya no sabía si caminaba en círculos. Además, las luces amarillas y parpadeantes apenas ofrecían iluminación, lo que hacía que todo resultara aún más inquietante.

Me detuve al final del pasillo, donde este se bifurcaba en dos: ambos corredores eran idénticos.

Derecha o izquierda. No tenía la menor idea. Pero en una de las dos debía de estar la salida. Una puerta que estuviera abierta o, al menos, que me llevase de regreso al sótano.

Si me equivocaba al girar, probablemente seguiría dando vueltas. Suspiré pesadamente. Estuve a punto de sacar una moneda del bolsillo para decidir qué camino tomar, pero, al final, opté por girar a la derecha.

La punta de mis tacones bajos repiqueteaba sobre la madera desgastada del suelo. El sonido rebotaba en las paredes estrechas y me hacía sentir aún más fuera de lugar. Iba tan distraída, mirando el pasillo y maldiciendo mentalmente mi mala suerte, que, al girar la esquina, me choqué de lleno contra lo que, por un instante, me pareció un muro de ladrillos.

Sentí que perdía el equilibrio y caía hacia atrás, pero, antes de que mi culo terminara en el suelo, una mano firme se cerró alrededor de mi espalda baja, sosteniéndome.

Un momento… Los muros de ladrillos no tenían manos. Y, menos aún, olían tan bien.

Alcé la mirada y me encontré con los ojos castaños más profundos que había visto en mi vida. No había ni rastro de calidez en ellos: eran oscuros, inquietantes y fríos.

E inconfundibles.

Damiano Mancini se encontraba frente a mí.

—Yo… —Sentí que necesitaba decir algo, que tenía que llenar el vacío, a pesar de que no sabía qué decir exactamente. Me consideraba una persona con habilidad para la improvisación, pero mi garganta estaba extremadamente seca y parecía que las palabras salieran con dificultad de mis labios.

Siendo cualquier otra persona, me habría ayudado a terminar la frase o se habría disculpado por haberse chocado conmigo, pero, por supuesto, Damiano no lo hizo. Él tan solo me miró, en silencio, esperando. ¿Qué esperaba? Ni idea.

Mi mirada bajó unos pocos milímetros de su rostro, dándome cuenta de que tenía el pecho descubierto. Observé, durante unos pocos segundos, su piel olivácea cubierta de tatuajes, sin ser capaz de llegar más abajo de la cruz que llevaba en la parte superior de su pecho. Estaba salpicada de sangre. Mi estómago se revolvió.

Porque él ni siquiera se había molestado en ducharse. Aunque, ¿por qué lo haría? La sangre debía de ser una especie de premio para él, algo de lo que presumir.

Esa clase de monstruo era Damiano.

Un pequeño pellizco en la parte inferior de mi espalda me devolvió a la realidad. Damiano seguía sujetándome. Podía sentir el calor de su palma traspasar la tela de mi chaqueta vaquera y la camiseta. Di un paso hacia atrás, tratando de liberarme de su agarre, y él bajó su mano, permitiéndome separarme de él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una voz fría y seca que me produjo escalofríos.

—Acabo de terminar mi turno y…

—Has decidido saltarte las normas —terminó equivocadamente mi frase.

—¿Qué normas?

Él chasqueó la lengua, como si mi confusión lo molestara.

—Cruzar la puerta de metal está prohibido para los trabajadores del *pub*.

—No lo sabía. Nadie me lo ha dicho —me defendí. ¿Cómo iba a cumplir reglas que no me explicaban?—. La puerta de entrada estaba cerrada y no había nadie. Estaba buscando una salida.

—¿Y por qué no has salido por la primera planta, por la puerta de atrás, la que da al callejón?

¿Por qué no sabía que existía esa puerta?

Fui lo suficientemente inteligente como para no hacer esa pregunta irónica en voz alta. O, por lo menos, eso pensé, pero, cuando vi cómo su ceño se arrugaba, tuve la certeza de que los

nervios me habían jugado una mala pasada y había puesto en palabras mis pensamientos.

—Tu lengua afilada no es bienvenida aquí. —Su tono era bajo y calmado, pero la advertencia era muy clara. Damiano no necesitaba alzar la voz para infundir respeto.

Sentí que mi garganta se secaba, pero hice lo posible por mantenerme estoica, porque sabía que lo peor que podía hacer con un hombre como él era mostrar debilidad. Él se aprovecharía de ello.

—Ha sido un día duro y estoy agotada —traté, sin éxito, de que las palabras salieran con la misma tranquilidad que él había empleado—. Lo único que quiero es llegar a casa y darme una ducha.

—Has acabado tu turno. ¿Qué te lo impide?

¿Que qué me lo impedía? ¿Me estaba vacilando?

Esta vez, me mordí el labio inferior con fuerza para asegurarme de que ninguna palabra que no quería emitir saliera de mi boca.

—Eso es lo que estoy intentando.

—Entonces, te has perdido. —No fue una pregunta, sino una afirmación. No sé qué fue, si el borde afilado que percibí en sus palabras o esa voz profunda y grave, lo que hizo que una bola de furia creciera en mi estómago.

—No me he perdido —negué en un arrebato, porque mi orgullo no me permitía reconocer que él estaba en lo cierto. Mi orientación era muy buena, por lo general—. Este lugar es un laberinto. Debería haber señales que indiquen la salida.

Una media sonrisa, oscura y burlona, curvó los labios de Damiano.

—Eso sería así si me interesara que la gente que entra sin permiso pudiera salir.

Sus palabras cayeron sobre mí como una losa. No solo como una amenaza, sino como una sentencia. Inconscientemente, retrocedí un paso, tropezando ligeramente. Como si lo hubiese previsto, su mano se cerró sobre mi brazo, firme, impidiendo que me apartara.

Su cercanía era opresiva. El calor de su palma contrastaba con la frialdad de su mirada.

—Yo no… —me interrumpí a mí misma porque no sabía qué decir.

Damiano no me respondió de inmediato. Él se limitó a mirarme; no solo a mirarme, sino a observarme con intensidad, como si quisiese descubrir mis secretos más oscuros.

Y temí que realmente pudiera ver dentro de mí. Que supiera todo lo que escondía.

Que él lo descubriera todo.

—Si quieres seguir trabajando aquí, cumple las normas y no entres donde no debes entrar. ¿Está claro?

No estaba acostumbrada a recibir órdenes, y menos a que me amenazasen. Y, a pesar de que el temor se apoderó de mí, tuve que morderme la lengua para no decir nada inadecuado.

Asentí con la cabeza.

Él tiró un poco de mi brazo, acercando un poco más mi rostro al suyo. Su mano en mi brazo irradiaba tanto calor que parecía casi abrasadora.

—Palabras, usa palabras.

Tragué saliva, notando cómo el ambiente se tensaba entre los dos, pesado y espeso como una tormenta a punto de estallar.

Él era la tormenta. Una tormenta peligrosa, una que arrasaba todo a su paso.

—Está claro —respondí.

Porque Damiano era un hombre muy peligroso, y no era inteligente seguir desafiándolo. Para mi sorpresa, él no parecía complacido. ¿Qué quería, que se lo jurase en sangre?

El aire desapareció de mis pulmones al darme cuenta de que quizá eso era justo lo que quería. A Damiano no le temblaría la mano a la hora de hacerme daño.

Él soltó mi brazo y dio un paso hacia atrás.

—Sigue todo recto y luego cruza a la izquierda. Así regresas a la puerta de metal que da al sótano. Sube a la primera planta y ve a la cocina. Allí hay una puerta que da al callejón.

Había estado en la pequeña cocina, pero no me había fijado. Él me estaba indicando la salida. El camino hacia mi libertad sin necesidad de derramar mi sangre. Debería sentirme aliviada, pero el hormigueo frío que recorría mi brazo, que él había sujetado, nada tenía que ver con alivio. Me sentía aturdida y… vacía.

Como si hubiera perdido algo que quería de vuelta.

—Vale —respondí.

Él arqueó una ceja castaña y, por primera vez, vi una emoción real en su rostro. Parecía sorprendido y divertido.

—Un gracias sería más apropiado.

¿Darle las gracias? Ni de coña. Sabía que debía hacerlo, pero no podía dárselas. Sin embargo, no tuve que hacerlo, porque una voz profunda que retumbó en el pasillo interrumpió nuestra conversación.—¡Damiano!

Me giré para ver al chico de antes parado en medio del pasillo. ¿Cómo se llamaba? Aunque debería ser una información que debía retener en mi cerebro, en esos momentos no me importó, porque eché a correr por el pasillo, pasando por el lado del chico rubio, y no me detuve hasta que respiré la brisa fría de madrugada.

Yo nunca huía. Era una persona valiente, que se enfrentaba a sus problemas.

Sin embargo, había escapado de Damiano Mancini.

Y no sería la última vez que lo haría.

Capítulo 5

Una vida entera en una sola caja.

Había escuchado esa frase unas cuantas veces durante mi vida, pero no supe lo cierta que podía ser hasta ese momento.

Apreté la bufanda azul entre mis dedos, aspirando el aroma a coco y almendras. Era sutil, casi leve, pero seguía ahí. Volví a dejar la bufanda en la caja, apartándola hacia un lado para seguir rebuscando entre las pertenencias. No había demasiadas: unos pocos bolígrafos, un bloc de notas gastado y alguna que otra camiseta de deporte.

Eso era todo lo que me había entregado el casero: una caja de un tamaño medio, una caja que había mirado por encima en busca de algo que no encontré.

Después la había guardado, pero había llegado el momento de revisar entre sus cosas, el momento que había ido retrasando durante tres semanas. Era el momento de enfrentarme a ello. Estaba preparada, o tal vez no lo estaba. Sin embargo, se lo debía. Le debía cada momento amargo, cada momento difícil, cada instante en el que mi vida corría serio peligro; se lo debía todo. Y estaba dispuesta a dárselo.

Mi corazón se paralizó cuando mis dedos tocaron algo metálico. Sabía lo que era sin verlo. No pude evitar mi sorpresa al darme cuenta de que lo había guardado durante tantos años. Lo había guardado a pesar de todo, a pesar de mi actitud.

Con dedos temblorosos, enredé la cadena alrededor de mi pulgar y tiré de ella. Pasé la yema por el colgante: un arcoíris de esmalte barato, con los colores medio apagados y una nube de plástico blanco donde, en letras grandes y torcidas, se leía «Para siempre». Brillaba como si no supiera que le faltaba la otra mitad.

Una mitad que…

Me interrumpí en medio de mis recuerdos, unos recuerdos que no quería recordar porque hacerlo solo provocaba que me odiase a

mí misma. No pude evitar la lágrima que se deslizó por mi ojo. Había sido tan desconsiderada, tan sumamente idiota.

Mi mirada se desvió hacia el viejo reloj de pie, junto al sencillo mueble de madera sobre el que descansaba una televisión que había soportado demasiados años.

Eran casi las ocho.

Mierda, tenía que estar en el trabajo en menos de media hora y ni siquiera me había terminado de preparar aún.

Por suerte, mi apartamento estaba cerca del *pub*, en el mismo barrio pobre y descuidado en el que se encontraba el local, barrio cuyas calles le pertenecían a Damiano Mancini.

No pude evitar recordar nuestro encuentro de la noche anterior: su mano en la parte baja de mi espalda, su voz rasposa y llena de advertencias, y la cruz de su pecho cubierta de sangre. Inconscientemente, acaricié con la yema de mis dedos la piel de mi muñeca que él había sujetado; aún podía sentir su tacto.

Negué con la cabeza y bajé la mano. No podía seguir perdiendo el tiempo pensando en Damiano. Me levanté del suelo de un salto y corrí hacia el baño. Tenía que darme prisa.

Era mi segundo día y no podía llegar tarde. No podía permitir que me echaran.

Había llegado tarde.

Y eso que era todo un tiempo récord para mí arreglarme en menos de una hora. Me gustaba tomarme mi tiempo en maquillarme y en cuidar mi cabello; también en elegir mi ropa. Aunque, sinceramente, entre las camisetas baratas de Target y los *shorts* que había comprado para el trabajo, no tenía mucha variedad. A pesar de que en el *pub* no había un uniforme, debía utilizar ropa barata y ajustada. O eso era lo que me había dicho.

Nadie pareció notar mi retraso. O, más bien, a nadie pareció importarle, ya que, para ser sincera, a excepción de Gigi, ninguna de mis compañeras me dirigía la palabra.

Como aún no habían llegado los clientes y no veía a Gigi por ningún lado, me quedé a un lado del bar mientras dos de mis

compañeras estaban detrás de la barra hablando entre ellas.

—Chica nueva —Buffy, o como a mí me gustaba llamarla, Miss Simpatía, se dirigió a mí—, seca esos vasos. —Me señaló una pila de vasos que se encontraban encima de la barra—. Nosotras vamos afuera a fumarnos un pitillo.

Me crucé de brazos sin poder creerme su jeta.

—¿Por qué lo tengo que hacer yo y no vosotras?

—Encima de llegar tarde, se queja —bufó Buffy, demostrando que sí que se había dado cuenta de mi tardanza.

Rodeó la barra y se acercó a mí con chulería, como si fuese a intimidarme con su altura o algo así. Estaba acostumbrada a las chicas malas, pero nunca a ser su objetivo de burla. Para qué mentirme a mí misma: yo había pertenecido a ese grupo —en realidad, lo había liderado—, pero siempre con mucha más clase que esas dos.

—¿Es que estás sorda? —se burló Buffy, haciendo una mueca—. Haz lo que te digo. —Volvió a señalar los vasos.

El día anterior me había parecido desagradable, aunque había esperado poder ignorarla lo suficiente para que no me sacara de mis casillas. Al parecer, había pecado de optimista.

—¿Por qué? —pregunté—. Tú no tienes ningún derecho para darme órdenes. No eres mi superior. —Puede que fuera mi segundo día allí, pero hasta yo sabía eso—. Gigi lo es. Tú y yo somos iguales.

Sabía que llevarle la contraria no era la opción más inteligente, no cuando debía mantener un perfil bajo y evitar cualquier enfrentamiento que pudiera hacer que llamara la atención más de la cuenta. Pero no pensaba permitir que aquella mindundi me intimidase y, mucho menos, tratara de aprovecharse de mí. No iba con mi forma de ser.

Buffy se rio, como si hubiera dicho algo gracioso.

—¿Iguales? —Me miró de arriba abajo, buscando hacerme sentir mal, algo que evidentemente no consiguió—. Tú no eres igual a mí, chica nueva.

—Cierto —concordé, porque en eso Buffy tenía razón: no me llegaba ni a la suela de los zapatos—. Pero aquí las dos hacemos el mismo trabajo.

Buffy abrió la boca para contestar, pero, afortunadamente, no llegó a hacerlo porque fue interrumpida.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gigi, apareciendo de la nada.

Evidentemente, no se había materializado por arte de magia; simplemente había estado tan ocupada discutiendo con Buffy que no la había visto.

—La chica nueva no quiere hacer sus tareas —dijo la otra chica rubia de la que me había olvidado y que, al parecer, solo hablaba para chivarse.

—Eso no es verdad —me defendí—. Ellas pretendían que hiciera sus tareas mientras iban a fumarse un cigarro.

Bueno, ahora era yo la que me estaba chivando. Me sentí como de regreso al internado, solo que en el lado contrario. Mientras que en el internado había sido popular, la reina del baile, allí me sentía fuera de lugar, como si no encajara en absoluto. Y no lo hacía. Pero estaba dispuesta a hacer todo lo necesario por integrarme, porque no podía permitirme otra opción.

Gigi suspiró.

—Audrey, vete a secar los vasos —me ordenó, y la víbora de Buffy sonrió con arrogancia—. Buffy y Tracy, id al sótano a limpiarlo.

Ese fue mi turno de sonreír.

—Está limpio. Ha estado el equipo de limpieza esta mañana —replicó Buffy.

Cualquier expresión de triunfo desapareció de mi rostro al escuchar aquellas palabras. La pelea de la noche anterior. Evidentemente habían hecho falta varias personas para limpiar; sobre todo, la sangre. Mi estómago se retorció al recordar la pelea. Pero no lo hizo por la sangre ni por la violencia, tal y como debería, sino por la imagen de Damiano tan solo ataviado con el pantalón de boxeo en medio de la jaula como si fuese un ángel caído.

—Sí, pero no han quitado el polvo ni han limpiado los vestuarios ni los baños.

—Hoy no se va a usar —dijo Tracy, aunque sonó más a un susurro.

—Eso nunca lo sabemos con certeza —respondió Gigi.

—Pero… —comenzó Buffy.

—Ya vale de quejas —la interrumpió Gigi—. Hay muchas cosas que hacer antes de abrir, y aquí nadie va a hacer el vago.

Buffy resopló y Tracy asintió, pese a que podía ver en su expresión que no estaba del todo de acuerdo. Tracy le hizo un gesto con la cabeza a Buffy, señalando la puerta que dirigía al sótano, y aunque Buffy murmuró algo que seguramente era una sarta de quejas, ambas se marcharon a cumplir con sus obligaciones.

—Voy a la cocina —me avisó Gigi justo cuando la puerta se cerró —. Voy a asegurarme de que hay patatas congeladas.

Asentí.

Además de bebida, también servíamos algunas raciones, aunque, de momento, nadie me había pedido comida.

Me dirigí detrás de la barra y me puse a secar los vasos. Honestamente, pensaba que sería más fácil de lo que era. Había visto a Julia, la empleada doméstica que había trabajado en la casa de mis padres, hacerlo decenas de veces, pero no imaginé que sería tan complicado. Recorrí el cristal del vaso con movimientos circulares, tratando de secar las gotas de agua con la mayor habilidad posible.

Uno tras otro. Hasta que uno de los vasos se deslizó entre mis dedos. Traté de agacharme para cogerlo antes de que se estampara contra el suelo. Prácticamente me tiré al suelo, en un intento desesperado por atrapar el vaso antes de que se rompiera en mil pedazos y parecer tan incompetente como en realidad era. Sin embargo, el vaso no llegó a caer.

Observé con estupefacción cómo se alzaba por encima de mí. ¿Lo había movido con mi mente? Ahora resultaba que iba a tener poderes. Iba a tener que ir pensando en un nombre de superheroína. Tal vez, ¿*Glasswoman*?

Mis ojos contemplaron el par de zapatos que estaban rozando mis rodillas: negros, de cuero y costosos. Sabía reconocer el lujo cuando lo veía, y aquellos zapatos costaban más que toda la ropa que llevaba puesta.

—Vaya —murmuró una profunda voz masculina—. Cómo se nota que no pagas lo que rompes. Aunque siempre puedo restártelo de tu sueldo.

Los ojos marrones de Damiano me observaban con crueldad y un ápice de superioridad. Desde mi posición y con la luz rojiza del *pub* iluminándolo directamente, se veía como un dios.

No, él se veía como el mismísimo diablo.

Entonces me di cuenta de que estaba de rodillas. Y algo en estar de rodillas frente a él me enfermó a la vez que me enfureció. Me levanté con la rapidez de un rayo, con la poca dignidad que me quedaba.

—No se ha llegado a romper, así que no hay razón para que me lo quites de mi sueldo. —No es que me importara lo más mínimo, pero eso era algo que él no tenía que saber.

—Porque yo lo he evitado —apuntó con soberbia.

Él se pasó una mano por su denso cabello marrón. Sus dedos, cubiertos de anillos plateados, se arrastraron lentamente por los mechones perfectamente peinados y yo no pude evitar seguir con mi mirada su movimiento. Su mano estaba cubierta de tatuajes que no podía ver con claridad; parecían números romanos.

Afortunadamente, al contrario que la noche anterior, no llevaba el pecho descubierto. Me fijé en su camisa blanca, perfectamente planchada e inmaculada. También en sus pantalones de traje negros. Ambas prendas de ropa eran costosas.

No era como esperaba que Damiano Mancini vistiera. Estaba acostumbrada a rodearme de hombres que vestían con trajes, pero había algo diferente en Damiano. Su camisa podía ser de diseñador, pero la manera en que se ajustaba a su cuerpo musculoso y los primeros botones desabrochados, mostrando su pecho cubierto de tatuajes, le daban un aire brutal. Sofisticado y sexy a la vez.

Un momento, ¿acababa de pensar que Damiano Mancini era sexy?

—Lo iba a coger antes de que se rompiese. Además, a cualquiera se le puede caer un vaso. ¿Nunca te ha pasado?

—No, tengo muy buenos reflejos. Nunca rompo nada por error.

Él no se estaba refiriendo a vasos. No pude evitar preguntarme cuántos huesos le habría roto a su oponente la noche anterior.

Mierda.

—Debería seguir trabajando —dije, tratando de que mi voz sonara firme. No podía acobardarme ante él. No le daría ese placer.

—Deberías. —Damiano sonrió, pero no fue una sonrisa agradable, sino áspera y cruel—. Para eso te pago. —La manera en la que pronunció aquellas últimas palabras, resaltándolas, con esa superioridad, hizo que mi estómago se revolviera.

—Por eso voy a seguir con mi trabajo —respondí, cogiendo otro vaso y comenzando a pasar el trapo por el borde. No tanto por terminar con mi tarea antes de que llegasen los clientes, sino porque, por alguna razón que no comprendía, no podía mantenerme quieta cuando Damiano estaba a mi alrededor.

Él me miró con intensidad. Esa mirada… consiguió que se me erizara la piel.

¿Por qué no se iba?

—Ni un gracias —murmuró, haciendo un intento de mohín que, evidentemente, era una burla—. Casi diría que estoy decepcionado.

¿Eso era lo que estaba esperando? ¿Que le diera las gracias?

Tal vez, si se las daba, se iría. Tan solo era una palabra. Ni siquiera debía tener tanto significado. Pero, a pesar de que lo intenté, se quedó atascada entre mis labios.

No podía hacerlo. No a él.

—No.

Él arqueó una ceja.

—¿No?

Por supuesto que Damiano no estaba familiarizado con aquella palabra. Estaba acostumbrado a que le besaran los pies como si fuera una deidad y le agradecieran solo por pisar el mismo suelo que ellos.

Porque eso era lo que hacía el miedo.

—No —repetí aún con más fuerza, alzando mi barbilla a modo desafiante y mirándolo a los ojos.

Damiano dio un paso hacia mí. Y después, otro. Hasta que quedó tan cerca de mí que podía escuchar su respiración pausada y calmada; al contrario que mi corazón, que latía a un ritmo tan acelerado que, por un instante, creí que se me iba a salir del pecho.

No retrocedí. No me moví ni un solo milímetro. Mantuve mi mirada fija en la suya, negándome a retroceder. Sus ojos tenían unas pequeñas motas doradas que brillaban suavemente bajo la luz y me evaluaban con la misma frialdad que la noche anterior.

Él iba a matarme.

Quizá todo terminaría; quizá era el final al que estaba destinada. No lo había conseguido, pero, por lo menos, lo había intentado.

—Interesante —murmuró, dejando el vaso seco sobre la barra—. Espero que los siguientes no se te caigan —añadió y, sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y se alejó de mí, desapareciendo con pasos seguros hacia la puerta que daba a las escaleras que bajaban al sótano.

No fue hasta que escuché la puerta cerrarse que respiré con profundidad. El aire llenó mis pulmones.

—Gilipollas —mascullé entre dientes, tan bajito que apenas pude escucharlo.

—No deberías decir eso. —Pegué tal brinco que fue un auténtico milagro que el vaso que sostenía entre mis manos no se cayera. Me giré para ver a Gigi, que estaba al lado de la máquina expendedora. Ella había regresado de la cocina.

No sabía cuánto de mi conversación con Damiano había escuchado.

—Mierda —maldije antes de darme cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta.

Gigi se acercó a mí.

—Sí, mierda —concordó—. Tienes que tener cuidado. Si te llegaran a escuchar Buffy o Tracy, estarías en graves problemas —me advirtió.

—Tampoco he dicho ninguna mentira. Es un gilipollas.

Gigi suspiró. Ella no debía tener más de veintiocho años, pero había algo en ella que la hacía parecer mayor, como si la vida le hubiese puesto las cosas difíciles.

—Sabía que era una mala idea —masculló—. Una muy mala. —Dio otro paso hacia mí y apoyó una mano casualmente sobre la barra—. Tienes que tener cuidado con lo que haces y dices —hizo una pausa, mirando hacia todos lados. Su voz era baja, pero no lo

suficientemente firme para que la escucharan—. Hay ojos por todos lados.

Ella señaló con la barbilla, disimuladamente, hacia una de las esquinas del techo, donde una cámara grababa lo que sucedía en el local. Una cámara supuestamente de seguridad, como había en la mayoría de los locales, pero sabía bien que no era la única: otras estaban ocultas.

Gigi me lo advirtió el día que nos conocimos, el día que me entrevistó para el puesto.

Asentí, siendo consciente del peligro.

—Lo siento. Tendré más cuidado.

Gigi se rio, pero era una risa carente de humor.

—No estás preparada, reina. Deberías dejarlo. Esto no es para ti.

—Sí lo estoy —repliqué. Aunque, realmente, daba igual si estaba preparada o no, porque no tenía otra opción más que seguir hacia delante—. Solo que no pensaba que tendría que lidiar con Damiano. O, al menos, no tan pronto.

Gigi suspiró.

—No se suponía que tendrías que hacerlo. Rara vez sube a esta planta. Si está en el *pub*, es en el sótano.

—Peleando.

—Generalmente detrás de la puerta de metal.

—¿Qué hay allí? —pregunté en un susurro.

—Una entrada al garaje por donde entran los clientes que acuden a las peleas y no quieren ser vistos. También el despacho de Damiano y se rumorea que… —hizo una pausa y se interrumpió a sí misma—. Nunca he entrado; está prohibido. Si lo haces y te pillan, lo menos que te puede pasar es que termines de patitas en la calle.

Me encogí de hombros.

—Ayer entré por error, Damiano me pilló y no pasó nada. Sigo aquí, vivita y coleando.

Gigi me miró, al principio con confusión y, después, vi cómo el entendimiento se le dibujaba en la cara, como si, de pronto, encajaran piezas que no sabía que había.

—Te dejó marchar y hoy sube aquí cuando nunca lo hace —dijo en alto, aunque parecía que estaba hablando para ella.

—Será una casualidad.

—Oh, reina, yo no creo en las casualidades.

Un estremecimiento gélido me atravesó todo el cuerpo, porque algo me decía que Gigi tenía razón.

—Tal vez contigo ha acertado y eres la correcta para el trabajo —murmuró—. Pero no puedes ganar. Nadie puede.

Capítulo 6

No derramé ni una sola copa y no me tropecé ni una sola vez, por lo que podía decir que la noche había sido un éxito. No volví a hablar con Gigi de nada que no fuese ella dándome órdenes y yo obedeciendo.

Como era la nueva, me tocó quedarme limpiando después del cierre. Aunque estaba agotada, todavía me quedaba algo por hacer antes de poder irme a casa.

Salí por la puerta trasera, al callejón, y me dirigí a los cubos de basura que estaban justo enfrente. Sostenía la bolsa mientras intentaba meterla dentro del contenedor. La tarea resultaba más complicada de lo que parecía; pesaba más de la cuenta y, para colmo, un líquido asqueroso goteaba por una esquina. Además, quizá debería haber esperado a recoger mis cosas antes de sacarla, porque el bolso colgado al hombro me lo estaba poniendo aún más difícil.

Traté de pulsar la palanca con los pies porque ni de coña iba a levantar la tapa con mis manos. Pero, justo, se abrió. Miré al suelo y vi unos zapatos negros; unos que conocía. Eran italianos. Tal vez, incluso los habían diseñado únicamente para él.

Solté la bolsa, que cayó dentro del contenedor.

—Asqueroso —murmuré, mientras hacía una mueca de asco y sacudía mis manos.

—Gracias. —Escuché el sonido sordo de la compuerta cerrándose.

Damiano sostenía un cigarrillo con sus dientes. Seguramente, cuando había entrado en el callejón, él ya estaba allí. Había estado tan concentrada en que esa asquerosa y enorme bolsa de basura no me aplastara que ni había reparado en él.

—De nada —respondí, sacudiendo un poco más mis manos, como si de esa manera pudiera quitar la sustancia de mi piel. Y, sin decir nada más, me di la vuelta y traspasé la puerta que daba al

callejón, que había dejado abierta, para volver de nuevo al *pub* e irme a mi casa.

Si pensaba que me habría librado de Damiano, me equivocaba. Él no se quedó en el callejón, sino que me siguió.

—¿Ya te vas? —preguntó, colocándose a mi lado.

—Mi turno ha terminado —evidencié, a la vez que seguía caminando hacia la puerta principal, que, al contrario que la noche anterior, en esta ocasión sí estaba abierta. Prefería usarla que tener que traspasar un callejón con poca luz. Traté de no aumentar el paso. La sala estaba completamente vacía; de hecho, solo quedaba una sola luz encendida. Traté de encontrar a Gigi con la mirada, en busca de una seguridad, pero ella no parecía estar por ningún lado.

Tiré del tirador de la puerta principal, inspirando la brisa fresca de madrugada de Chicago. En pleno mayo, la temperatura ya comenzaba a ser agradable, pero las noches seguían siendo frías. Damiano no se fue, sino que él seguía a mi lado.

¿Por qué no se iba?

—¿Cómo vas a casa? —indagó—. ¿Tienes coche?

¿Por qué me hacía tantas preguntas? ¿Por qué tanto interés repentino?

Él sospechaba algo; era la única explicación coherente.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral y los vellos de mi nuca se erizaron. Aunque, ¿por qué sospecharía? No le había dado ningún motivo para hacerlo. O tal vez sí lo había hecho. Yo no era como el resto de camareras ni como las demás personas que trabajaban para él. No encajaba allí. Y, pese a que intentaba disimularlo, quizá él se había dado cuenta.

Traté de no entrar en pánico, porque eso solo empeoraría las cosas.

«Actúa con normalidad».

—No —respondí. Ni siquiera tenía carné de conducir. Era mi asignatura pendiente, pero en Nueva York nunca lo había necesitado. Además, podía contar con el chófer de la familia cuando así lo necesitaba. Pero esa fue una información que evité darle—. Voy andando. Vivo a menos de diez minutos andando de aquí.

Quizá le había dado demasiada información.

Bajé las escaleras de granito y crucé el aparcamiento esperando que él se detuviera, pero siguió caminando a mi lado.

—¿Qué haces?

—Te acompaño —contestó, como si fuera obvio, haciéndome sentir estúpida por preguntarle algo tan evidente.

¡¿Qué?!

—No es necesario.

—Vamos. —Damiano le dio una última calada a su cigarrillo y lo lanzó al suelo, aplastándolo con su zapato—. Tengo cosas que hacer —añadió con irritabilidad cuando vio que no me movía.

—¿Si tienes cosas que hacer, por qué me acompañas?

—No es seguro.

Si no estuviese a punto de entrar en pánico, me hubiera reído.

¿De verdad él iba a hacerme creer que se preocupaba por mi seguridad? ¿Eso era lo que hacía? ¿Se ganaba la confianza de las personas y luego la utilizaba para destruirlas?

Aunque rápidamente deseché esa idea. No, Damiano Mancini no parecía del tipo de persona que apuñalaba por detrás. Él era un monstruo orgulloso de serlo. Él atacaba de frente.

—Venga —repitió, y por la manera en que sus labios se fruncieron, supe que era una advertencia. Él estaba perdiendo la paciencia.

No sabía qué hacer.

No podía dejar que supiese dónde vivía. Podía ser peligroso darle esa información.

Aunque, por otra parte, si me negaba a que me acompañase, él podría sospechar de mí. Tal vez aquello le hiciera creer que escondía algo. Si dejaba que me acompañara a casa, le demostraría que no ocultaba nada, en el caso de que tuviera algún tipo de duda sobre mí. Y, encima, podría aprovechar para…

¿Aprovechar para qué exactamente?

Ni yo misma lo sabía.

—Está bien —cedí con un suspiro de resignación, ajustando la correa de mi bolso y comenzando a caminar. Afortunadamente, el bloque de edificios donde vivía no quedaba muy lejos.

Durante unos minutos, que fueron como horas para mí, caminamos en silencio. A esas horas, de madrugada, las calles estaban completamente desiertas; no había ni un solo alma, pero podía oler la suciedad, y muchas de las farolas estaban rotas, por lo que apenas había iluminación.

Damiano caminó a mi lado en el más completo silencio. No sabía qué esperaba de aquel camino, pero el silencio se me hizo agobiante. Insoportable.

Mi corazón martilleaba cada vez con más fuerza en el pecho.

—¿Tus zapatos son italianos? —pregunté, sacando el primer tema que pasó por mi cabeza.

No lo miré. Seguí con mi vista al frente, concentrada en el paso de cebra que estaba a unos pocos pasos de nosotros.

«Que no se ponga en rojo, por favor. No alargues esto más».

—Me los traen expresamente de Milán. ¿Cómo lo sabes?

Y entonces, me di cuenta de que acababa de meter la pata.

Eso, ¿cómo lo sabía? Alguien como yo, que iba vestida de Target, que trabajaba en un *pub* por el salario mínimo, no debería tener ni idea de marcas de lujo.

Mierda.

Y, para aumentar mi tormento, me detuve abruptamente cuando el semáforo del paso de cebra se puso en rojo.

—No lo sabía. Tan solo era una suposición absurda.

Damiano no dijo nada, pero podía sentir su mirada traspasando mi piel.

Siempre me había considerado una buena mentirosa, capaz de decirles a mis padres que me quedaría en casa de una amiga cuando iba a ir a una fiesta hasta la madrugada, o de contarles que estaba en la biblioteca cuando en realidad había quedado con un chico. Lo hacía sin pestañear. Aunque, ciertamente, nunca me habían pedido demasiadas explicaciones. Solía engañarme a mí misma pensando que era porque confiaban en mí, pero lo cierto era que no querían aguantar una de mis rabietas si no me lo permitían y encima, siempre estaban demasiado ocupados con sus trabajos como para encargarse de mí.

Pero mi habilidad parecía haberse oxidado, porque tuve la certeza de que, si miraba a Damiano en esos instantes, me derrumbaría.

Me concentré en el semáforo, contando los segundos que faltaban. Un suspiro de alivio, que traté de disimular con una tos, se escapó de mis labios cuando se puso en verde. Sin embargo, me di cuenta, por la risa ronca de Damiano, de que se había percatado. Apostaba a que le divertía.

Damiano se alimentaba del miedo, de la incomodidad de las personas. Y eso hizo que la ira ardiera bajo mi piel, porque yo no me achantaba ante nadie; ni siquiera ante él.

Menos ante él.

—Ya hemos llegado —anuncié, señalando con la barbilla el bloque de edificios blanco, medio desartalado, en el que vivía desde hacía dos semanas. El tipo de lugar en el que nunca pensé que no solo no viviría, sino que siquiera estaría cerca.

Sabía que no era prudente que él supiera dónde me alojaba. Quizá debería haber ido a otro lado y fingir que vivía allí, pero ni siquiera conocía bien la zona. Me consolé diciéndome a mí misma que, al menos, no sabía el piso.

Miré a mi alrededor en busca de alguien, alguna persona que estuviera cerca. Pero, para mi desgracia, estábamos completamente solos. Y ese edificio no contaba con un portero.

Damiano debió malinterpretar mis pensamientos, porque dijo:

—Aunque sean mis calles, no deberías ir sola. Es peligroso para chicas como tú.

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—¿Chicas como yo?

—Chicas que creen que son capaces de enfrentarse al peligro, con su lengua afilada como única arma.

—No es mi única arma —repliqué, señalando mi bolso. Él enarcó una ceja—. Llevo un *spray* de pimienta.

Damiano me miró con una mueca impasible y, después, estalló en una carcajada. No como la anterior; esta era real. Y bonita.

—¿De verdad crees que un *spray* de pimienta puede defenderte?

—Por supuesto —repliqué, enfadada.

—Está bien. —Él estiró los brazos—. Demuéstramelo.

¿Qué? ¿Cómo?

—No…

—Yo voy a hacerte daño y tú te defiendes. Venga.

Damiano no me dio oportunidad de pensar o de negarme. Se abalanzó sobre mí. Instintivamente, me di la vuelta y eché a correr, huyendo de él. Pero Damiano era rápido y me alcanzó antes de que pudiera dar el segundo paso. Su fuerte brazo rodeó mi cintura con una facilidad asombrosa, apretándome hacia él y haciéndome sentir pequeña, a pesar de que no lo era.

Traté de zafarme de su agarre. Siempre se me habían dado bien los deportes —especialmente el tenis y la hípica—, pero Damiano era fuerte. Con rapidez, tiré de la cremallera de mi bolso; mis dedos fallaron las dos primeras veces, pero al tercer intento lo conseguí. Damiano me zarandeó, el bolso cayó con un chasquido sobre el pavimento, pero yo pude sostener el *spray*.

—Eso es. —Su voz profunda retumbó contra la piel húmeda por el sudor de mi cuello, consiguiendo que pequeñas descargas de electricidad recorrieran mi cuerpo—. Lucha contra mí.

El aire se volvió más denso y mi respiración más irregular. Parecía más consciente de todo ahora: del calor que emanaba su agarre contra mi piel y de su aroma a ron, menta y cigarrillos. Damiano olía a peligro y a malas decisiones.

No podía dejar que su cercanía me afectara. Con mi pulgar toqué la superficie cilíndrica del spray, tirando de ella hasta que la tapa cayó al suelo. Iba a apretar el *spray* y lanzar una ráfaga, cuando lo sentí.

La dureza de Damiano sobre mi espalda. Me quedé paralizada. No podía ser… Él no… No era tan inocente como para no darme cuenta. Un vergonzoso calor se extendió por mi vientre, que poco tenía que ver con el horror helado que debería estar recorriendo mis venas.

Tan solo fue un segundo, pero suficiente para que la mano de Damiano cubriera la mía y me arrebatara el *spray*.

—Esto no es suficiente para protegerte de los malos. —Damiano miraba el *spray* con los ojos entrecerrados, como si lo estudiara. Me

había liberado, dio un paso hacia atrás y la misma sensación de vacío que el día anterior me invadió—. La próxima vez que pienses en algo, mejor que sea un arma blanca. Un cuchillo, aunque lo mejor es algo más potente, como una Glock.

¿Él estaba hablando de una pistola como quien hablaba de comprarse un pantalón?

—Los malos —repetí, con un veneno recorriendo mi lengua, tan perturbada por él y por mí misma que ni siquiera fui capaz de refrenar mis palabras—. ¿Te refieres a tipos como tú?

—Oh, *gattina*. —Por la manera en la que sus ojos se oscurecieron y dio un paso hacia mí, lejos de ofenderlo, supe que había cometido un error. Estaba alimentando a la bestia, dándole lo que quería, aunque no entendiera muy bien qué estaba haciendo—. Por supuesto que no me refiero a tipos como yo. Porque yo soy peor que ellos; el peor de todos.

Mi corazón golpeaba en mis oídos.

—¿Y qué puede protegerme de ti?

—Nada.

La peor parte de todas fue que lo creí.

—Debería regresar a casa —dije, con la garganta seca. Y me odié a mí misma por la forma en que sonó mi voz.

Damiano se quedó en silencio. Por un instante temí que quisiera entrar conmigo o insistiera en acompañarme hasta la puerta, pero me sorprendió agachándose para recoger mi bolso. Me lo tendió junto al *spray*.

—Sí. Es lo mejor.

¿Por qué me pareció que no era lo que quería hacer?

Sin embargo, no me quedé a descubrirlo. Asentí, cogí mi bolso y mi *spray* y me di la vuelta, dirigiéndome hacia la puerta del bloque de apartamentos. A pesar de que no miré hacia atrás ni una sola vez, pude notar sus ojos quemando mi espalda mientras giraba la cerradura.

No fue hasta que llegué a mi apartamento que me di cuenta de que mi cuerpo temblaba como una hoja. Mi pulso estaba acelerado y aún podía sentir el aliento pesado de Damiano sobre mi piel.

En un arrebato, lancé el *spray* contra la pared con fuerza. Este cayó con un sonido fuerte sobre el suelo. No se rompió, pero me di cuenta de que había dejado la tapa afuera. Aunque, seguramente, ya no funcionaría. Tendría que comprar otro.

Pero eso era lo que menos me importaba en esos momentos.

Odiaba a Damiano. Lo detestaba con todas mis fuerzas. Pero lo que más odiaba era mi respiración irregular y la calidez que se había instalado en mi vientre. Me estaba dejando afectar por él, por su cercanía, y eso era algo que no debía permitir.

Me fijé en el *spray* que estaba sobre el suelo y que había rodado hasta detenerse junto a un collar familiar para mí, como si fuera una señal. Antes de entrar a trabajar en el *pub* me había ido tan rápido que no me había dado tiempo a guardar la caja. Aún seguía abierta en medio del salón.

Me acerqué para agacharme frente a la cadena y ponerme el collar con una determinación que no había tenido hasta ese momento.

Iba a destruir a Damiano Mancini. Iba a destruir su imperio, lo iba a destruir todo, aunque me costase la vida.

Toqué la cadena y pasé la yema de mis pulgares por las letras que formaban el «Para siempre», delineándolas con la yema de mis dedos.

Lo haría por *ella*.

Capítulo 7

Mis dos primeras semanas en el *pub* transcurrieron con mayor rapidez y normalidad de la que esperaba.

Había encontrado cierta rutina en mi vida en Chicago. El apartamento no era lo que estaba acostumbrada a tener, ni mucho menos, pero me gustaba dormir hasta tarde e, incluso, había empezado a salir a correr por la zona. Además de alguna mirada obscena y algún que otro pitido, no había tenido demasiados incidentes.

También había encontrado una tienda de comida, donde vendían productos de todo tipo, que era bastante agradable. La mujer hablaba español, y yo podía practicar el idioma que Julia, la cocinera de nuestra casa, me había enseñado.

Y también había mejorado mis habilidades culinarias. De las sopas instantáneas, me había animado a preparar unos macarrones con queso. No era en absoluto el tipo de plato que solía saborear, pero era el único que me había sentido capaz de hacer sin quemar la cocina. Y me había quedado sorprendentemente bien.

Mi vida era más tranquila que en Nueva York. No estaba todo el día de un lado para otro; podía tomarme el día a día con más calma y tenía tiempo para mí misma. No tenía que ir a la universidad ni acudir constantemente a diferentes eventos. Y, curiosamente, no echaba nada de eso de menos.

Incluso había logrado acostumbrarme a los horarios del *pub*.

—¡Guapa! —El hombre espeluznante de la camisa de cuadros, que había descubierto que se llamaba Peter, me llamó desde la mesa.

—Ahora mismo te sirvo tu cerveza. —Busqué un vaso en el estante y lo sostuve por la base con la mano izquierda, mientras con la derecha abría el grifo de la cerveza. La espuma brotó con fuerza al principio, pero, tal como me había enseñado Gigi, incliné el vaso justo en el ángulo correcto para que no se desbordara.

Le serví a Peter su pedido, dejando el vaso sobre la mesa. Siempre se sentaba en la misma mesa y siempre pedía lo mismo.

—Gracias, preciosa —dijo él, dedicándome una sonrisa que dejaba ver sus dientes ausentes. Ya casi ni se me revolvía el estómago cuando su mirada vagaba lentamente por mis piernas desnudas. Espeluznante, pero inofensivo—. Quédate con el cambio. —Dejó un billete de diez dólares sobre la mesa.

—Qué generoso —murmuré, agarrando el billete. No debió notar mi sarcasmo, porque ensanchó aún más su sonrisa, complacido.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la barra, dejando el billete en el bote de propinas de cristal.

—Audrey, te están llamando —Gigi, que se encontraba detrás de la barra, me dio mi teléfono. Masticaba el chicle que siempre parecía tener en la boca de esa manera tan molesta y exagerada suya—. Ha sonado unas cuantas veces.

Con la música del *pub*, no lo habría escuchado. Sostuve el teléfono y corté la llamada en cuanto vi el nombre que brillaba en la pantalla.

Mi madre.

—Puedes responder si quieres —se ofreció Gigi, contemplando la pantalla—. Yo te cubro.

—No te preocupes. Seguro que no es importante. —Me guardé el teléfono en el bolsillo trasero de mis pantalones cortos—. Luego la llamo.

No iba a llamarla, y por la manera en que Gigi me miró, supe que se dio cuenta.

—No me gusta meterme en la vida de los demás. —Gigi masticó el chicle despacio, como si buscara las palabras adecuadas—. Pero una madre no dura para siempre.

—No hay ningún problema entre nosotras.

Ciertamente, entre mis padres y yo no había ninguna mala relación. No éramos los más cercanos, pero no era mala.

—Ya. —Pese a su respuesta, supe que no me creyó—. No sé cuál es tu historia y tampoco te la voy a preguntar. Si estás aquí, es porque no es fácil. Ninguna de nosotras tiene una buena relación

con la familia. La mía fue la peor madre del mundo, pero ahora mismo daría mi vida por poder hablar con ella.

No supe qué decir. Pero Gigi no esperó una respuesta, porque me dedicó una sonrisa tirante y atendió a un cliente que se acercó a la barra.

Mi móvil sonó de nuevo. Esta vez, como descubrí al sacarlo para silenciarlo, no era mi madre.

«¿Tienes algo?»

Miré a todos lados, nerviosa, pero me di cuenta de que nadie me estaba observando.

Respondí.

«De momento, nada».

Mi estómago se revolvió de nuevo, pero esta vez por una razón diferente. Llevaba dos semanas allí y no había encontrado nada. Ni siquiera había vuelto a ver a Damiano. Eso era bueno, ya que con él cerca no podía pensar ni centrarme en lo que verdaderamente importaba. Aunque, a la vez, era algo malo. Porque, si algo había descubierto en esas dos semanas, era que la única manera de obtener algo sólido era ganándome su confianza, logrando entrar en su despacho o echando un vistazo a lo que se cocía tras la puerta de metal.

Pero eso era un suicidio. Si él sospechaba lo más mínimo de mí, estaba muerta. Había sido ingenua pensando que sería fácil. Antes de llegar al *pub*, había estado segura de que solo tardaría unos pocos días en conseguirlo, a lo mucho una semana.

No estaba preparada para pasar tanto tiempo allí, fingiendo ser alguien que no era. Pero no podía rendirme. Ni ahora, ni nunca.

«Pues encuéntralas».

Esta vez, no contesté. Guardé el móvil de nuevo en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Sentía que la estaba fallando. Mejor dicho, que la estaba volviendo a fallar. Nunca había sido digna de su amistad; digna de ella. El problema era que nunca la había valorado ni había sido consciente de lo idiota que estaba siendo. Pero eso no era una justificación.

Ninguna de mis acciones pasadas la tenía.

No podía redimirme ni liberarme de la culpa que me embargaba. Pero, esta vez, haría las cosas bien. Esta vez, ella estaría orgullosa de mí. No me iba a rendir.

Tenía que seguir intentándolo. Antes o después, llegaría la oportunidad que estaba esperando.

Esa oportunidad apareció dos horas más tarde, mientras estaba dentro de uno de los cubículos del baño de mujeres para empleadas.

Escuché el grifo de agua y, seguidamente, la inconfundible voz chillona de Buffy.

—Cien dólares la hora, más las propinas. Tiene que ser algo importante.

—Al parecer, lo es. —La otra chica sonaba como Tracy—. Scott me ha dicho que viene gente poderosa. Un tal Martínez o algo así. Algunas de las otras chicas me han contado que es un narcotraficante de los grandes.

Normalmente, no solía hacer caso de sus cuchicheos, pero aquello llamó poderosamente mi atención. Así que me quedé quieta, sin hacer ruido, escuchando atentamente.

—¿Cuándo es? —inquirió Buffy.

—Aún no se sabe el día concreto, pero será la semana que viene —respondió Tracy—. Damiano va a estar con ellos, por lo que no se puede cometer ningún error.

—Aun así, merece la pena. Dile a Scott que puede contar también conmigo —dijo Buffy—. Es muchísimo dinero.

—Lo es —concordó Tracy—. Contigo ya somos cuatro. Con dos más, será suficiente.

Ya había escuchado lo suficiente para saber que me interesaba. Tiré de la cadena y salí del habitáculo.

—Suena interesante —dije, mientras me acercaba al lavabo para lavarme las manos.

Las dos me miraron con los ojos abiertos, sorprendidas.

—¿Se puede saber qué haces escuchando nuestra conversación? —Buffy se cruzó de brazos.

—Es una conversación privada —secundó Tracy.

—Si fuera tan privada, os habríais asegurado de que no hubiera nadie en los cubículos o habríais hablado más bajo.

—Aun así —se quejó Buffy, que por lo visto siempre tenía que tener la última palabra.

—Me apunto —insistí, ignorando sus tonterías y yendo a lo verdaderamente importante—. Contad conmigo. Ya solo os falta una.

Buffy se rio.

—¿Acabas de llegar y ya quieres entrar en el vip? Ni lo sueñes, nueva.

—Necesito… —hice una pausa, tratando de encontrar una excusa convincente. Y la encontré rápidamente, recordando lo que ellas mismas habían dicho— el dinero.

Aquello pareció ablandar a Tracy.

—Lo entiendo —dijo—. Pero llevas poco tiempo. Primero tienes que… —Se calló cuando Buffy le dio un codazo. Tracy se encogió de hombros—. Necesita el dinero, Buffy.

—Todas lo necesitamos —replicó esta, sin que me sorprendiera su falta de empatía—. Hay chicas que llevan más tiempo. Tienen prioridad.

Tracy abrió la boca para responderle, pero yo no la dejé hablar. Si era necesario, dejaría el dinero en la taquilla de la chica que se quedara fuera por mi culpa, pero necesitaba entrar en esa sala.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

—Tienes que hablar con Scott —me respondió Tracy. Buffy resopló, pero no la interrumpió—. Nunca has estado antes en una sala vip, él tiene que darte permiso. ¿Sabes quién es, no?

—Claro.

El chico rapado con la cara tatuada. El que me había salvado de mi primer encuentro con Damiano. Aunque estaba lejos de ser un ángel salvador. Scott era algo así como el encargado del *pub*. Probablemente, sus funciones iban más allá. Lo bueno era que, a diferencia de Damiano, él sí solía merodear por la parte de arriba del *pub*, donde yo trabajaba. Y aunque no había hablado con él más allá de lo básico, lo veía con frecuencia.

—Y también sé dónde encontrarlo —añadí mientras me acercaba a la puerta.

Escuché a Buffy decirme algo, pero no la hice caso. Por alguna razón que desconocía, no me soportaba. Y aunque no me interesaba llevarme mal con ella, porque era demasiado poco interesante como para ser mi enemiga, tampoco iba a intentar complacerla.

Con suerte para las dos, esa sala vip me daría lo que buscaba y no tendríamos que volver a vernos. Me despedí de ellas, porque yo sí tenía educación, y giré el pomo para salir del baño y volver a la sala. Justo antes de entrar al baño le había servido una cerveza, por lo que seguramente seguiría allí.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunté a Scott cuando llegué a la barra, frente a la cual estaba sentado en una silla. Parecía estar ojeando unos papeles.

Los dejó sobre la carpeta verde que reposaba en la barra y me miró. Afortunadamente, aquella noche la música no estaba demasiado alta, así que podría mantener una conversación sin tener que acercarme demasiado, algo que agradecía. Cuanta más distancia tuviera con él, mejor. Algo en Scott me producía escalofríos.

Aunque Scott era el único en la barra, había varios clientes sentados en las mesas redondas del local. Por suerte, no eran demasiados y todos tenían sus bebidas casi llenas, por lo que no nos interrumpirían.

—¿Qué quieres? —espetó con una mueca hosca.

No, si en aquel lugar los modales brillaban por su ausencia… Aunque tuve la sensación de que, al contrario que Buffy, lo de Scott no era algo personal, sino su forma habitual de comunicarse.

—Me he enterado de que habrá un evento la semana que viene en la sala vip. Quiero ser camarera allí.

—¿Un evento? —repitió Buffy, que sin darme cuenta me había seguido—. Nadie ha dicho que sea un evento.

Me giré para mirarla, tratando de encontrar dentro de mí una paciencia que no tenía. Por Dios, no la soportaba. Pensaba que vendría con Tracy, pero estaba sola.

—Lo que sea —musité, volviendo a centrar mi atención en Scott, quien nos miraba como si fuésemos dos moscas molestas que deseaba espantar cuanto antes—. Quiero trabajar allí.

—Eso no lo decido yo —respondió Scott, encogiéndose de hombros.

—Tracy me ha dicho que lo llevas tú.

—¿Tú crees?

—¿Me lo estás preguntando a mí?

Me di cuenta de que probablemente me había pasado de la raya cuando escuché el suspiro de asombro que emitió Buffy a mis espaldas.

Él frunció el ceño, aunque, por primera vez desde que lo conocía, sus labios se estiraron en una especie de sonrisa.

—Siempre que la chica ya haya trabajado en una sala vip, sí —matizó—. En tu caso, sería la primera vez. Es Damiano quien tiene que dar el visto bueno.

Damiano.

La última vez que lo había visto había sido hacía dos semanas, cuando me acompañó a mi apartamento. Desde entonces no había vuelto a aparecer. Era como si se hubiera esfumado.

Aquello complicaba las cosas.

—¿Y dónde está? —pregunté, porque eso no me detendría. No iba a achantarme—. Quiero hablar con él.

—Está en su despacho.

—¿Cuál de las puertas tras la puerta de metal es? —inquirí, ya que no quería volver a perderme.

Buffy se rio.

—Chica nueva, no puedes ir a su despacho. Ninguna de nosotras puede —me informó—. Es una norma.

—Pues tendré que romperla —contesté, sin tan siquiera molestarme en mirarla. Mis ojos seguían fijos en Scott—. Necesito hablar con él. A menos que tú se lo preguntes por mí.

Aquella sería la solución a todos mis problemas. Me ahorraría tener que tratar con Damiano y estaba convencida de que Scott le diría que sí sin pensárselo. Sin embargo, mis esperanzas se hicieron añicos cuando Scott negó con la cabeza.

—No soy su recadero. Si quieres hablar con él, ve tú misma. Cruza la puerta de metal, sigue el pasillo hasta el fondo, gira, y en el siguiente pasillo, la última puerta a la derecha.

—Voy a necesitar un mapa —mascullé.

—Pero él no permite que… —empezó Buffy.

—Si no tienes nada que hacer aparte de meterte en conversaciones que no te incumben, tal vez deberías irte a casa y no regresar —la cortó Scott.

—Lo siento —respondió ella rápidamente—. Voy a reponer las cervezas —dijo, girándose y marchándose.

Si no fuera porque Scott me provocaba escalofríos, lo habría abrazado por poner a la pesada de Buffy en su sitio.

—Gracias —le dije, y antes de que pudiera arrepentirse, me marché rápidamente hacia el sótano.

No había nadie. Estaba vacío. Observé un segundo la jaula en la que reinaba la estancia. Pero rápidamente quité la mirada y me dirigí hacia la puerta de metal. Estaba cerrada, pero empujé el pomo y se abrió. Por suerte, no estaba cerrada con llave.

Siguiendo las instrucciones de Scott, llegué a la puerta del despacho. Lo hice en tiempo récord, casi corriendo, pero no fue hasta que mis nudillos tocaron la puerta que mi corazón comenzó a golpear con fuerza en mi pecho. No estaba preparada para volver a ver a Damiano. Pero no iba a echarme atrás. No podía hacerlo.

—¿Qué quieres, Audrey? —Su voz se escuchó clara al otro lado de la madera. Aunque lo sorprendente es que sabía que yo estaba allí. ¿Le habría avisado Scott? Además, ¿Damiano sabía cómo me llamaba? No recordaba haberme presentado.

Giré el picaporte, controlando mis nervios.

—Hola. Necesito hablar contigo —dije, quedándome en el umbral de la puerta.

Damiano estaba sentado detrás de su escritorio. Sentí su mirada recorriendo lentamente mi cuerpo, dejando mi piel ardiendo a su paso. Estaba segura de que lo hacía a propósito, para atormentarme.

—¿Te he dado permiso para que pases?

—Me has respondido y sabías que era yo —señalé, sin entender su tono hostil.

—¿Pero te he dado permiso? —repitió la pregunta.

—Me has preguntado qué quería —respondí, sin poder evitar irritarme—. ¿Esperabas que te respondiese desde el otro lado de la puerta?

—Justo eso es lo que esperaba —concordó, provocando que yo suspirase.

Sin prestarle más atención, entré del todo en el despacho y cerré la puerta tras de mí. Cuando escuché el sonido de la puerta cerrándose, fui plenamente consciente de la imprudencia que acababa de cometer. No solo había irritado a Damiano, sino que además me había encerrado con él en su despacho. Sin embargo, el miedo que creí que me dominaría nunca llegó.

Solo sentí rabia. Rabia y enfado porque me estuviera tratando como si fuera algo insignificante, alguien que no merecía su valioso tiempo.

—Necesito hablar contigo.

—Estoy ocupado. —Aunque no veía ningún papel sobre su mesa, tan solo su ordenador portátil, que estaba cerrado, y su teléfono a un lado. Apostaba a que no estaba haciendo nada, tan solo quería dejarme claro quién mandaba allí.

Me dieron ganas de mandarlo a la mierda, pero no podía hacerlo. Quien reía el último reía mejor, y yo sería la ganadora.

—Tan solo va a ser un segundo.

—Ya llevas un minuto molestándome. Creo que con eso es más que suficiente.

Madre mía, menudo imbécil.

—Entonces podrás soportar un segundo más.

Él movió la silla en la que estaba sentado. Las ruedas rodaron, separándolo un poco de la mesa. Lo justo para que pudiese estirar más los pies. Se estaba poniendo cómodo.

—¿Y dime, Audrey, por qué debería hacerlo? —preguntó—. ¿Qué me ofreces a cambio de que te escuche?

¿Qué le ofrecía? ¿Qué tal una condena a cadena perpetua en la cárcel?

Tragué la bilis que subió por mi garganta.

—No creo que necesite ofrecerte nada.

—¿Y entonces por qué lo haría?

—Porque eres un jefe considerado.

Él me miró y soltó una carcajada carente de humor.

—Soy muchas cosas, *gattina*, pero considerado no es una de ellas. Nunca doy algo a cambio de nada.

Por el amor de Dios, solo estaba pidiendo hablar un momento con él.

Entonces lo entendí. Damiano era un criminal, un sádico que disfrutaba con el dolor ajeno y la humillación. Él quería que le suplicase, que me humillase ante él. Pero yo nunca suplicaba… Y mucho menos lo haría a ese despreciable criminal.

—No voy a suplicarte.

Al principio me miró sorprendido, pero luego una sonrisa ladeada apareció en su cara.

—Confía en mí, suplicarías si así lo quisiera. —Su tono de voz bajo y frío hizo que un escalofrío recorriese mi columna vertebral.

—¿Y es lo que quieres? —pregunté, sin estar muy segura de por qué había hecho esa pregunta.

No me respondió de inmediato, pero chasqueó los dedos, haciéndome un gesto para que me acercara. Lo hizo con desgana y seguridad, como si yo fuera un perro. Como si yo estuviera a sus órdenes.

Cerré mis manos en puños y tuve que hacer un esfuerzo enorme para controlar la cantidad de groserías que estaban a punto de escaparse de mis labios.

Le daría lo que quería.

A veces, había que perder un poco para ganar. Nunca se me había dado bien hacer eso, pero lo intentaría.

Avancé unos cuantos pasos hasta llegar a su escritorio. Me sorprendió que no hubiera ni una sola silla frente a él. Aunque seguramente Damiano no era una persona que recibiera visitas, y si lo hacía, no quería que se sintiesen lo suficientemente cómodas.

Cuando mis muslos tocaron la madera de su escritorio, me detuve.

—¿Qué quieres? —Hosco y directo, pero lo hacía más fácil.

—He escuchado que la siguiente semana organizáis un evento en la sala vip. Quiero estar como camarera —solté.

Damiano apoyó los codos sobre la mesa.

—Es una reunión, no un evento. ¿Quién te crees que soy, el Rey de Inglaterra?

Tragué saliva.

—Lo que sea —dije—. Necesitas camareras y yo me ofrezco.

—¿Por qué?

No esperaba esa pregunta. Aunque decidí repetir lo mismo que le había dicho a las chicas. Con Tracy había funcionado.

—Me han dicho que pagan bien. Necesito el dinero.

Pero debería haber sabido que Damiano no era tan fácil de convencer como Tracy. Él ni siquiera tenía un poco de compasión.

Damiano me miró con intensidad. Otra vez esa mirada que sentía que traspasaba mi alma y veía mis secretos más oscuros. Me hacía querer derrumbarme, pero me mantuve firme.

Él no debió ver nada, porque dijo:

—No.

—¿No?

Damiano sonrió y se echó hacia atrás.

—No.

Sin ninguna explicación, sin ningún razonamiento. Simplemente, «no».

Aunque, ¿qué esperaba de él? ¿Qué sintiese empatía por una chica que necesitaba trabajar para ganar dinero? A él no le importaban sus trabajadoras, no le importaba nadie. No tenía corazón. Y entonces, hice algo que nunca antes en mi vida había hecho. Me incliné hacia delante, apoyé mis manos sobre el escritorio y supliqué:

—Por favor.

Algo en la expresión de Damiano cambió. Obtuve una reacción de él, aunque no sabía si eso era algo bueno o malo.

—No he tenido que hacer nada para que supliques. —Se inclinó hacia mí y yo me obligué a no moverme. Mantuve su mirada con la mía, desafiante y decidida—. Me gusta que supliques por propia iniciativa, *gattina*.

Imbécil.

Jodido estúpido arrogante narcisista.

—Necesito el dinero —repetí.

Damiano fue a decir algo más, pero algo llamó su atención; sus ojos se detuvieron en un punto entre mi cuello y mi pecho. No fue hasta que alzó algo entre sus dedos que me di cuenta de lo que estaba sosteniendo.

Mi collar. Bueno, el de ella.

Solía esconderlo debajo de mi camiseta, pero al inclinarme se había escapado. Él agarraba el arcoíris, mirándolo con interés.

—Bonito collar. —Sus palabras estaban cubiertas de un evidente deje de burla—. Aunque parece que falta la otra mitad, ¿no?

Quise estirar mi mano y apartar la suya de un manotazo, pero me reprimí. Lo hice porque sabía que tan solo empeoraría mi situación.

Él tiró un poco de la cadena, no demasiado fuerte para hacerme daño, pero sí lo suficientemente firme para que me acercara un poco más a él. Mordí mi labio inferior con fuerza para reprimir el quejido que amenazó con escaparse de mis labios. Y él sonrió.

Damiano pasó su pulgar por la brillantina de diferentes colores y se detuvo en la nube.

—Para siempre —leyó en voz alta—. ¿Un novio, tal vez?

Cuando no le contesté, volvió a tirar de la cadena.

—No. Ningún novio. —En eso no le estaba mintiendo.

—Bien —murmuró, como si estuviera complacido—. No me gusta compartir lo que es mío.

Un momento, ¿qué?

—Yo no soy tuya —contesté, a pesar de que sabía que no estaba tomando la opción más inteligente. Lo hice porque no pensaba quedarme callada ante eso—. No soy de nadie.

Damiano me dio una sonrisa confiada.

La puerta se abrió, sobresaltándonos. Damiano soltó el collar, que rebotó sobre el escritorio, y yo retrocedí de un salto, irguiéndome.

—¿Qué haces entrando sin permiso? —ladró, evidentemente furioso ante la interrupción.

Pero Scott no pareció ni un poco perturbado por la ira de Damiano. Parecía ser el único que no lo temía. Eso era un dato

interesante que debía registrar en mi cerebro.

—Son las dos.

Aquello debió ser lo suficientemente importante para Damiano, porque frunció el ceño y alzó su reloj de pulsera.

—Mierda —masculló—. Vete —me ordenó sin mirarme.

Me estaba echando como a un perro. Pero yo no estaba dispuesta a irme. No aún.

—¿Entonces podré asistir?

Damiano suspiró con irritación, pero debió ver mi determinación, porque dijo:

—Ya veremos.

Y aquello fue suficiente para mí.

Al menos, de momento.

Tenía que llamarlo lo antes posible, pero no me atreví a pulsar el botón de llamada hasta que no estuve dentro de la seguridad de mi pequeño apartamento.

—¿Audrey? —preguntó una voz masculina, pareciendo aturdido —. ¿Ha pasado algo?

—No, está todo bien —respondí, mirando por la ventana de mi edificio y dándome cuenta de que era de noche. Debían de ser las cuatro de la madrugada. Estaba tan desorientada con los horarios del *pub* que ni siquiera me había dado cuenta de la hora—. ¿Te he despertado? No me he dado cuenta de la hora.

—No, estoy… —el hizo una pausa, como si estuviera pensando qué decir— en medio de algo. ¿Estás en tu apartamento?

—Sí.

—¿Y con las ventanas cerradas?

—Sí, aunque a estas horas todo el mundo está dormido, no creo que nadie me escuche. —Aun así, bajé la voz. Aquellas paredes eran demasiado finas; más de una vez me había despertado con los gritos de mis vecinos de arriba.

Escuché cómo suspiraba.

—Tienes que tener cuidado. En ese barrio nadie se atreve a enfrentarse a él y todos estarían encantados de ganarse su favor —

me advirtió por enésima vez—. Es peligroso que me llames.

Por supuesto, él estaba hablando de Damiano. Recordándome el poder que tenía, del peligro que suponía. Aunque no hacía falta que lo hiciese, era muy consciente de ello.

—Lo sé, lo sé. Pero… —mordí mi labio inferior mientras me dejaba caer en el sofá— creo que tengo algo.

—¿Sí? —preguntó, pero no parecía demasiado interesado. Casi me dio la sensación de que le estaba haciendo perder el tiempo.

—He escuchado a mis compañeras que la semana siguiente va a haber una reunión importante en la sala vip. Al parecer, va a ser una reunión de negocios y va a ir gente importante.

—¿Qué gente? —indagó, y noté que ahora sí tenía toda su atención.

—No sé demasiado, solo que es un narcotraficante mexicano.

—¿Emiliano Martínez?

—No he escuchado cuál era su nombre. Solo sé que se va a reunir con Damiano en una sala vip y que pagan muy bien a las camareras que trabajen allí. Parece que más de lo normal, porque estaban sorprendidas.

—Tiene que ser él, seguro —me respondió. Se quedó en silencio, pero escuchaba su respiración al otro lado de la línea, por lo que sabía que seguía allí—. ¿Has logrado que te dejen entrar en la sala?

¿Lo había logrado?

—No estoy segura del todo —contesté con honestidad, porque no sabía bien cómo definir la conversación que había tenido con Damiano.

Escuché un fuerte suspiro.

—Tienes que entrar, Audrey, como sea. Puede ser la oportunidad que estábamos esperando. Te enviaré un micrófono. Tienes que grabarlo todo.

—¿Un micrófono?

—Sí. Enviaré a alguien para que te lo deje debajo del felpudo en unos días. Te avisaré con un mensaje para que lo cojas.

—¿No sirve con que esté atenta?

Él soltó otro suspiro.

—Entiendo que estés asustada, Audrey.

—No estoy asustada.

Ciertamente, una parte de mí tenía miedo. Pero no solo miedo por entrar a la sala vip ni enfrentarme a la furia de Damiano Mancini. Mi mayor miedo era fallarla de nuevo.

—No pasa nada porque lo estés. No tienes que hacerlo si no quieres. Tal vez deberías regresar a tu casa, a tu vida. Es demasiado peligroso y…

—Lo haré —dije con convicción. Regresaría a Nueva York, a la universidad y a mi vida cuando cumpliese mi objetivo. No podría vivir con la culpa si huía como una cobarde—. Pero nunca he usado uno.

—Es fácil. Te dejaré escritas las instrucciones de cómo usarlo. Vas a hacerlo bien, Audrey.

—Si me pillan con un micro…

—No te van a pillar —me interrumpió antes de que pudiese terminar la frase—. No permitiré que eso pase de nuevo.

—Lo sé, confío en ti. Pero…

De nuevo, no me dejó terminar la frase.

—Cariño —hice una mueca cuando él empleó esa palabra; no era la primera vez que lo hacía. No me gustaba, pero entendía que era su forma de comunicarse—, todo va a salir bien. Recuerda que lo estás haciendo por ella. —Hizo una pausa—. El micro que te voy a dar lleva una pequeña grabadora incorporada, grabará todo lo que escuches. Solo tienes que intentar estar cerca cuando Damiano hable con Martínez. Estoy seguro de que conseguiremos lo que necesitamos y ya no tendrás que volver.

Él tenía razón.

Y por fin esa pesadilla terminaría. Por fin vengaría su muerte. Ella descansaría en paz y yo podría seguir con mi vida.

—Tienes razón. Lo haré.

En mis veintiún años de vida no había propósito que me hubiera propuesto y no conseguido. Y aquello no sería diferente.

—Sé que lo harás. —Él fue a decir algo más, pero unas voces lo interrumpieron—. Tengo que dejarte, ¿vale?

—Gracias, George.

—A ti. Ella va a estar muy orgullosa de ti.

Y después, colgó.

Toqué mi collar, atrapando el arcoíris en mi palma. Eso esperaba, aunque no estaba segura de ello.

Capítulo 8

Al día siguiente era la gran noche, la noche en la que esperaba que por fin terminara todo. Estaba nerviosa y ¿por qué no decirlo?, un poco preocupada. Tenía miedo de meter la pata y de fastidiarlo todo.

Aunque claro, aún no tenía la confirmación de si iba a trabajar en la sala vip o no. Se lo había preguntado a Tracy, pero ella no sabía nada, y Gigi se había limitado a decirme que no iba a trabajar en una de esas salas. No parecía contenta porque yo quisiera hacerlo, pero no me había hecho ninguna pregunta. Y, pese a que en algunos momentos me había parecido que había algo que quería contarme, no había llegado a hacerlo.

Según iba avanzando el reloj, estaba más nerviosa. Si no obtenía permiso antes de que mi turno terminara, ya no lo haría, ya que al día siguiente era mi día de descanso.

Se me pasó por la mente ir en busca de Damiano y exigirle una respuesta directamente, pero hasta yo sabía que no era buena idea. Sobre todo, porque esa noche había una pelea en el sótano. Me había enterado porque había escuchado a Buffy hablar de ello con otra compañera. Tenía la sensación de que ella quería que supiera esa información, como si quisiera que fuera consciente de que no habían contado conmigo, como si me fuera a molestar en vez de alegrarme. Prefería no tener que asistir de nuevo a una pelea. Además, por lo que había podido oír, esta vez Damiano no participaba, por lo que no iba a poder sacar nada interesante.

Aunque estaba segura de que él se encontraría allí, disfrutando de la pelea, de la violencia desmedida, de ese ambiente de caos y brutalidad donde las reglas no existían y todo se reducía a quién quedaba en pie al final. Eso era lo suyo. Enfermizantemente suyo.

Tratando de distraerme, cogí un trapo y me puse a limpiar una de las mesas. Quedaban cinco minutos para la hora de cierre y no había ningún cliente. Todos estaban en el sótano, pero no se escuchaba nada, ya que estaba completamente insonorizado.

Las compañeras que no estaban abajo ya se habían marchado. Yo no quería irme; no sin asegurarme de que podría trabajar la siguiente noche. Pero había poco que pudiera hacer.

Detuve mis movimientos cuando la puerta principal se abrió. Una figura entró, una sombra musculosa y alargada que avanzó con paso firme. Iba a decirle al cliente que estábamos a punto de cerrar, pero antes de levantar la cabeza, vi sus zapatos. Esos malditos zapatos.

Damiano no estaba en el sótano. Estaba allí, a solo unos pasos de mí. ¿Pero qué demonios hacía usando la puerta principal? Él nunca usaba esa puerta. Jamás.

Pero no importaba, porque necesitaba hablar con él.

—Damiano —lo llamé, pero él ni siquiera me miró.

No solo no me dirigió la mirada, sino que actuó como si no existiera.

Al principio pensé que tal vez estaba absorto en sus pensamientos, que no me había oído ni visto. Pero entonces vi esa sonrisa torcida, su maldita sonrisa, esa que dejaba claro que lo estaba haciendo a propósito. Me estaba ignorando.

Pensé que iría directo al sótano, como siempre. Pero no. Dio la vuelta a la barra y se metió dentro.

Observé, incrédula, cómo cogía un vaso de vidrio y lo dejaba sobre la barra. Luego se agachó, abrió la hielera que había bajo la barra y sacó un par de cubos de hielo con la pala. Los dejó caer en el vaso con un leve tintineo y, sin prisa, tomó una botella de whisky de la estantería. Desenroscó el tapón y sirvió el licor sobre los hielos, como si tuviera todo el tiempo del mundo y nada más existiera alrededor. Como si yo no estuviera allí.

Una de las cosas que más me molestaba era que me ignoraran.

—Te estoy hablando —le dije, a la vez que dejaba el trapo encima de una de las mesas, o más bien lo tiraba.

Damiano dejó la botella sobre la barra y enarcó una ceja para mirarme.

—Y yo estoy pasando de ti —replicó, con ese tono burlón que tanto odiaba.

Aunque, en realidad, lo odiaba todo de él.

Detestaba esa forma de caminar que tenía, como si el mundo y todo lo que había a su alrededor le perteneciera; esa soberbia con la que se dirigía a las personas, como si estuviera por encima de todos. Y también detestaba que alguien tan sumamente cruel y brutal fuera tan atractivo.

Y, sobre todo, detestaba que mi cuerpo reaccionara a él.

—No permito que nadie me ignore.

Él enarcó una ceja, como si le hiciese gracia.

—Eres una camarera de mi *pub*. No estás en posición de exigirme nada.

—Ser una trabajadora no me exime de mis derechos.

—No me jodas. —Damiano se llevó el vaso a los labios y dio un trago antes de esbozar una sonrisa ladeada—. ¿Ahora me vas a dar una charla sindical?

—Yo…

—No gastes saliva —me interrumpió—. *Gattina*, aquí las normas las pongo yo. Pensaba que era algo que todos mis empleados tenían claro.

Y así era. Trabajar en ese pub no era fácil. Las chicas que lo hacían solían estar recomendadas por otras y todas ellas eran jóvenes y necesitadas. Mujeres que sabían para quién estaban trabajando y lo suficientemente listas para ver, oír y callar.

Pero yo no era de ese perfil. Jamás hubiera podido trabajar allí sin un apellido falso y sin ayuda.

—Y lo tengo claro, pero no me parece bien.

—Si quieres que tu opinión importe, tienes que ganártela —respondió él con una sonrisa fría—. Y la mejor forma es por medio del miedo y la fuerza.

Y eso era lo que hacía él. Intimidaba y mataba para conseguir sus propósitos. Pero yo no era como él; yo tenía corazón y principios.

—Gracias por el consejo.

Por la manera en la que entrecerró los ojos, supe que había pillado mi sarcasmo. Pero no respondió. Con su bebida en la mano, rodeó la barra y caminó hasta la mesa vacía que yo había estado

limpiando. Sin decir palabra, tiró el trapo al suelo y se dejó caer en una de las sillas.

—¿No te sientas? —preguntó, señalando la silla libre junto a él.

—No —contesté sin pensarlo.

Damiano esbozó una sonrisa ladeada. Sus anillos tintinearon contra el vaso cuando lo movió entre los dedos.

—Te gusta mucho esa palabra —murmuró—. También es una de mis palabras favoritas, pero no me hace gracia cuando me la dicen a mí. —Movió la barbilla hacia la silla—. Siéntate —repitió. Su voz era calmada pero firme. Era una advertencia.

Una que ignoré. No pensaba acercarme a él más de la cuenta.

—Me dijiste que ibas a pensarte mi petición para entrar en la sala vip. Aún no me has dicho nada y la reunión es mañana. ¿Eso significa que tengo la autorización?

Fui directa. Ya estaba harta de rodeos.

—No —sonrió de nuevo, divertido—. Lo dicho, me encanta esa palabra.

Él se estaba riendo de mí.

—¿Por qué no?

—¿Por qué tengo que darte explicaciones?

—Porque es lo justo.

Él soltó una risa sin humor.

—La vida no es justa, *gattina*. Y yo no soy un hombre justo. —Por supuesto que no lo era. Damiano dejó el vaso sobre la mesa y apoyó los codos en ella—. ¿Cuánto quieres ser camarera esa noche?

—Mucho.

Damiano me miró con interés, y una sonrisa perversa se dibujó en sus labios. Hizo un gesto con su dedo índice, indicándome que me acercara a él, y yo supe lo que iba a pedirme antes de que hablara. No sabía cómo, pero lo sabía.

—Súplicamelo.

Yo no suplicaba. Tan solo había hecho una excepción con él.

Estuve a punto de negarme, estuve a punto de hacerlo. Pero no podía. Porque ya le había fallado a ella una vez, no habría una segunda.

Me incliné hacia él y, de la misma manera que hice días atrás en su despacho, apoyé mis manos sobre la mesa y dije:

—Por favor, Damiano. Por favor, déjame entrar.

Un brillo de satisfacción iluminó sus ojos oscuros. Pero no le estaba suplicando a él, estaba suplicando por ella.

—Me encanta cuando suplicas —susurró Damiano, con sus labios cerca de los míos—. Pero no es suficiente —añadió, echándose hacia atrás.

Un frío me invadió.

—¿Cómo que no es suficiente?

—Suplícame porque deje que me… —se interrumpió a sí mismo. Negó con la cabeza y volvió a abrir la boca, aunque estaba segura de que lo que iba a decir no era lo que realmente estaba pensando —. A veces la vida suele ser bastante aburrida. Incluso la mía. Si consigues entretenerme durante diez minutos, te dejaré entrar.

—¿Entretenerte?

—¿No querías entrar?

—¿Y si no?

—Si no, en el mejor de los casos, te despediré. Y, en el peor… — Damiano se inclinó hacia mí y enredó un mechón con su dedo en mi cabello—. Puede que te mate.

¿Él estaba bromeando? Aunque yo sabía que era capaz de hacerlo. De la misma manera que se lo hizo a ella.

—¿Y cómo quieres que te entretenga?

—Sorpréndeme.

¿Qué, que le sorprendiese? ¿Qué se creía, que estábamos en el circo y yo era una payasa?

—Sé algún truco de magia —intenté, forzando una sonrisa.

Damiano soltó una carcajada baja.

—No me gusta la magia, pero haré una excepción si el truco consiste en que la ropa que llevas puesta desaparezca.

Sentí cómo mis mejillas se encendían. No era ninguna inocente, pero hasta ese momento no había captado el sentido que él daba a la palabra «entretener».

Me crucé de brazos, firme.

—No me voy a desnudar para ti.

Damiano chasqueó la lengua. Si creyese que tenía sentimientos, diría que estaba decepcionado.

—¿No serás de esas que prefieren el sexo tántrico? —preguntó—. Lo siento —añadió, aunque no parecía en absoluto arrepentido—, soy un hombre tradicional. Prefiero follar como se ha hecho siempre, pero estoy abierto a nuevas posturas. Pareces muy flexible.

—¿Qué estás insinuando? —casi grité.

Él esbozó esa maldita sonrisa torcida.

—No insinúo nada, *gattina*.

—No me vas a dejar entrar en la sala vip, ¿verdad?

—El trato era que me entretuvieses y no lo has hecho.

—¿Me dejarías entrar si me quito la ropa?

—Hazlo y lo descubrirás.

—Prométemelo primero.

—Yo no hago promesas, *gattina*. Tendrás que arriesgarte. ¿Cuánto de valiente eres?

Él me retaba, manipulando mi desesperación. Probablemente pensaba que era por dinero, y aun así usaría mi urgencia en su beneficio.

Porque Damiano no se apiadaría de mí. Para eso tendría que tener corazón.

—Muy valiente —contesté, con la barbilla alzada—. Está bien.

¿Quería un espectáculo? Le daría el mejor de su vida.

Él sonrió, sus ojos brillaron. Di un paso adelante, manteniendo distancia de la mesa. El se echó atrás en la silla y llevó el vaso a los labios.

Me agaché, toqué la correa de mi sandalia marrón de tacón, encontré la hebilla y la desabroché. Mis movimientos fueron lentos, nada sexys. Pude sentir su mirada intensa. Desgraciadamente, me afectaba.

Me quité la sandalia y, con la hebilla en la mano, me incorporé. Con la vista fija en Damiano, lancé la sandalia hacia él. Suave; aunque pasó cerca, no le rozó.

Hasta yo sabía qué límites no debía traspasar.

Él ni se inmutó. No apartó la mirada.

—Ahora, déjame entrar —exigí, cruzando mis brazos—. ¿Querías que me quitara la ropa? Lo he hecho. —Cuando enarcó una ceja, añadí con sonrisa inocente—: No especificaste cuánta. Si quieres, también me puedo quitar la otra sandalia.

Técnicamente era calzado, no prenda, pero había demostrado mi punto.

Damiano dejó el vaso casi vacío y se levantó. Caminó hacia mí en silencio, con pasos lentos y depredadores. Sin darme cuenta, retrocedí. Un paso y otro, hasta que mi espalda contra la pared y no tenía escapatoria.

Él sonrió. Me había enjaulado. Apoyó las palmas a ambos lados de mí, encerrándome en músculo, calor y ese aroma a whisky caro, oscuro e intenso.

No era miedo; era algo peor. Un magnetismo que te arrastra hacia lo prohibido, hacia quien más odias, erizándote la piel y acelerándote el pulso.

Damiano chasqueó la lengua, divertido, pero con el matiz peligroso que siempre tenía.

—Valor no te falta, *gattina* —dijo—. Y me gusta cuando enseñas las garras, pero no olvides quién soy. —Cada palabra rozaba como la hoja de una navaja.

No necesitaba el recordatorio.

—Mi jefe.

—Entre otras cosas —contestó—. Una en especial me encantaría enseñártela.

—¿Cuál? —pregunté antes de darme cuenta.

—Lo bueno que soy haciendo que una mujer se corra —musitó—. Un día sucederá y lo disfrutarás —susurró al rozar mi oreja con sus labios.

—No. —Mi voz sonó insegura.

—¿Que no sucederá o que no lo disfrutarás?

—Las dos.

—Ya lo veremos.

Sopló en mi lóbulo y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Él lo notó, soltó una carcajada y se apartó, liberándome.

—Al final sí que me has entretenido.

Me alejé de la pared y respiré hondo. Aún sentía su aliento grabado en mi piel.

—¿Entonces… estoy dentro?

—No, *gattina*. Nunca tuviste la menor posibilidad.

—¿Qué?

Él se giró y se encaminó a la puerta del sótano.

—Eres… —empecé.

Se detuvo y me miró de reojo.

—Ni te molestes. No hay nada que me digas que no haya oído antes.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta y desapareció tras ella.

Contuve las ganas de seguirlo, de gritarle de todo y de lanzarle un vaso. Si quería tener una oportunidad contra él, tenía que ser más lista, menos visceral.

Él jugaba sucio. Perfecto. Yo también lo haría.

Capítulo 9

Mi estrategia más efectiva siempre había sido no seguir un plan. Mantener la calma y, si debía mentir, hacerlo lo bastante cerca de la verdad como para no cometer errores importantes. Por eso, esa noche había decidido dejarme llevar por mi intuición para lograr entrar en la sala vip.

George, tal y como me prometió, me dejó el micrófono debajo del felpudo. Era minúsculo, del tamaño de una pastilla pequeña, con una pinza diminuta para sujetarlo a la ropa y un botón casi invisible en un lateral. Me lo coloqué en la tira del sujetador siguiendo las instrucciones que él me había escrito en un papel arrugado y me puse por encima una camiseta de tirantes con un escote que lo tapaba pero que no entorpecía que se escuchara por él, tal y como habíamos comprobado con George antes de salir de casa.

No pesaba nada. Era tan ligero y discreto que, por momentos, olvidaba que lo llevaba puesto, hasta que una punzada de nervios me recorría el estómago al recordar todo lo que estaba en juego.

En cuanto entré por la puerta de entrada del *pub*, me di cuenta de que, aunque estaba abierto al público, habían reforzado la seguridad. Había tres hombres de pie vigilando: uno al otro lado de la puerta de entrada, otro frente a la puerta que daba al sótano y otro de pie en una de las paredes.

No los había visto hasta ese momento.

A simple vista podrían pasar por porteros de discoteca: grandes, bien vestidos y con esa expresión impasible de quien está acostumbrado a lidiar con borrachos. Pero había algo más.

No era solo su tamaño ni su ropa, demasiado discreta para tratarse de personal de seguridad habitual, era la forma en la que miraban, atentos, como si midieran cada movimiento de los presentes. Como si no estuvieran allí para evitar peleas, sino para comenzarlas ellos.

Los ignoré.

Había varios clientes sentados en las mesas; algunos habituales y otros no. Estaban siendo atendidos por una camarera, pero no me

fijé en ella, sino en Tracy y Gigi, que estaban al otro lado de la barra hablando con Scott. Otra compañera con la que no había coincidido, pero a la que había visto alguna vez, y me sonaba que su nombre era Savannah, se acercó a ellos.

—El resto de las chicas ya están en la sala —dijo.

—Vamos entonces —respondió Scott.

No lo pensé.

—Esperad —intervine, rodeando la barra y metiéndome dentro junto a ellos—. Falto yo. —Scott me miró intensamente durante unos segundos y yo me quité la chaqueta. Llevaba puesta una camiseta de tirantes verde de purpurina, un poco más llamativa de las que solía llevar habitualmente, y una falda pantalón negra. No sabía si había que ir vestida de una forma especial, así que había optado por ir un poco más arreglada —por llamarlo de alguna manera, porque ni loca iría así vestida a una fiesta— de lo habitual.

—No sabía que venías —espetó.

—Damiano me ha dado el permiso —mentí descaradamente.

Y ese era el momento en el que Scott iba a consultarlo con Damiano, descubrían mi mentira y me echaban de una patada del *pub*. O algo mucho peor.

Pero se encogió de hombros y dijo:

—Vale.

Así de… ¿simple?

Nunca había tenido que colarme en ningún sitio. Por lo general, me suplicaban que acudiera a las fiestas y hasta me ponían una alfombra roja.

—Venga, seguidme.

Fui a seguir a Scott cuando una mano, agarrando mi muñeca, me detuvo. Era Gigi.

—¿Estás segura de que quieres servir en la vip, Audrey? —me preguntó en un susurro tan bajito que apenas fue audible.

—Claro que lo estoy. Sé que me dijiste que tú no ibas a trabajar allí, pero es mucho dinero. Te vendría bien.

Ella era madre soltera y tenía un hijo pequeño.

—Hace tiempo que ya no hago eso. —¿Eso? ¿A qué se refería? Pero antes de que pudiera preguntarle, añadió: —Ten cuidado,

Audrey. No deberías ir allí.

—No tengo otra opción.

—Él no debería obligarte a hacer esto —me respondió.

—No me obliga.

No le había explicado a Gigi mis razones para estar allí, pero ella sabía el fin que buscaba; el que buscábamos las dos: terminar con el imperio de terror de Damiano. Tampoco se las había dicho George; es más, él me había pedido que no las compartiera con Gigi, ya que, cuanto menos supiera, menos en peligro estaría. Él se preocupaba por ella.

Desconocía cuáles eran los motivos que le habían llevado a Gigi a traicionar a Damiano, pero ella no se arriesgaba tanto como lo hacía yo.

Gigi me miró como si no me creyera. Abrió la boca para decir algo, pero no llegó a pronunciar una sola palabra, ya que fue interrumpida por Buffy.

—¿Vienes o qué? —me preguntó de malas maneras.

Gigi me soltó la mano y yo me giré para ver a Buffy a unos metros de nosotras, mirándome con los ojos entrecerrados y las manos en jarras. El resto seguía a Scott.

Suspiré y asentí con la cabeza.

—Ten cuidado, Audrey —me susurró Gigi.

—Lo tendré.

No iba a permitir que me descubrieran. Aunque, por alguna razón, tuve la sensación de que no era de eso de lo que Gigi me estaba advirtiendo.

A pesar de que normalmente solía llevar el pelo recogido en dos trenzas, aquella noche lo llevaba suelto para poder esconder el auricular inalámbrico que llevaba en mi oreja derecha.

La sala vip se encontraba en una de las plantas superiores del *pub*, a la que yo no había tenido acceso hasta ese momento. La estancia, aunque más reducida que las demás, era amplia y apartada, diseñada claramente para encuentros privados donde nadie pudiera escuchar o interrumpir.

La música sonaba a un volumen tan bajo que apenas era un murmullo de fondo. Frente a mí, se encontraba una mesa de billar impecable y, a un lado, varios sofás de cuero oscuro agrupados alrededor de mesas redondas y bajas. Sobre los sofás descansaban varios hombres, pero no reconocí a ninguno. Tenían un aire más peligroso, más afilado que los clientes habituales. Reían y conversaban con Scott, que estaba despreocupadamente sentado sobre el respaldo de uno de los sofás.

Me tensé cuando vi claramente la pistolera en la cadera de uno de ellos. No hacían ningún esfuerzo por ocultarla. Como si quisiese dejar claro que no dudaría en usarla si alguien le provocaba.

Y entonces, lo sentí.

Al fondo de la sala, en la penumbra, sentado en uno de los sofás *Chesterfield* que ocupaban la esquina más apartada, se encontraba Damiano. Fue como si su mirada atrapara la mía, como una corriente eléctrica cruzándose en el aire entre nosotros. ¿Tenía siquiera sentido? Había un hombre frente a él, hablándole, pero Damiano no le prestaba atención. Su vista estaba fija en mí.

El corazón se me aceleró. Yo no había sido invitada. Sabía que él no quería que yo estuviera allí, y temí por un segundo que se pusiera de pie y me echara. O peor, que me matase e hiciera desaparecer mi cuerpo de alguna forma que nadie recordara.

Sin embargo, no hizo nada. Ni un solo movimiento.

—¡Rubia! —Casi pegué un brinco cuando vi a un hombre frente a mí. Debía tener unos cuarenta años. Tenía el pelo castaño y grasiento; varios mechones se le pegaban a la frente. No era muy alto, tan solo unos pocos centímetros más que yo, pero era fuerte. Había estado tan absorta con Damiano que me había olvidado de todo lo demás—. ¿Me sirves un whisky?

—Claro —respondí, saliendo de mi aturdimiento. En ese momento me di cuenta de que había una barra a mi costado, en el extremo de la sala. Era más pequeña que las otras, pero lo suficientemente grande para servir a las personas que estaban allí. Me di la vuelta y me dirigí hacia la barra.

—¿Qué ves? —me preguntó George al otro lado.

Di un respingo. Había encendido el micrófono en cuanto había entrado en la sala vip, pero él se había mantenido en silencio todo ese tiempo, y casi me había olvidado de su presencia al otro lado.

Tragué saliva, observando a mi alrededor. Afortunadamente, la barra estaba lo suficientemente alejada de donde estaban los sofás. Mis compañeras estaban hablando con los hombres, distrayéndolos. Era mi momento perfecto para comunicarme con él. Aun así, me di la vuelta, buscando la botella de whisky en el estante para que no pudieran verme.

—Hay unos cuantos hombres. Creo que son cuatro en total —prácticamente susurré mientras cogía la botella de whisky.

—¿Y Damiano?

—Él está apartado, hablando con otro hombre.

—¿Es Martínez?

—No lo sé. —Había estado tan absorta mirando a Damiano que no me había fijado en su acompañante. ¿Qué clase de espía era? Estaba perdiendo facultades. Aunque, siendo honesta conmigo misma, nunca las había tenido. Yo era una estudiante de Derecho de una buena universidad, no una maldita agente infiltrada.

—Martínez tiene una cicatriz que le cruza todo el cuello —me recordó.

Lo sabía. George me había enviado una foto del narcotraficante. Era una foto en la que no se le veía bien, pero la cicatriz era evidente.

Me di la vuelta, dejando la botella sobre la barra. Mientras servía el whisky, miré distraídamente hacia el fondo.

—Estoy muy… —Le iba a explicar a George que estaba demasiado lejos como para poder fijarme en ese detalle, pero, como si nos hubiera escuchado, el acompañante de Damiano se levantó y se quitó la americana que llevaba puesta, quedándose en una camisa de manga corta con los primeros botones desabrochados. La luz iluminaba directamente su cuello, dejando ver una enorme cicatriz que lo cruzaba, y el cuello de la camisa lo dejaba expuesto. Era como si él quisiera lucirla, que todos la viéramos—. ¡Es él, es él! —Me agaché para coger los hielos de la hielera al darme cuenta de

que había alzado mucho la voz con el entusiasmo—. Tiene la cicatriz —susurré.

—Bien —murmuró George—. Ese cabronazo ha aparecido. Tienes que acercarte a ellos, Audrey, y que pueda escuchar qué dicen. Si ves algo llamativo, tienes que decírmelo, ¿vale?

—Entendido.

¿Cómo me acercaba a ellos?

El hombre que me había pedido el whisky chasqueó los dedos y yo fui hasta él para entregárselo.

—Gracias, rubia —dijo, dedicándome una mirada lasciva de arriba abajo. Sus ojos pasaron de mi pecho, deteniéndose más tiempo del debido en mis piernas.

Asqueroso.

Detuve la bilis que ascendía por mi garganta y me centré en mi plan. Con la bandeja que aún tenía en las manos, me dirigí hacia Damiano y Martínez.

—¿Necesitáis algo? —pregunté.

Martínez me dio una sonrisa para nada agradable y Damiano ni siquiera me miró. Sabía que me había visto porque habían dejado de hablar. Sostenía un puro entre sus dedos.

Por un instante pensé que me echaría, pero él no reaccionó a mi presencia; era como si le diera igual que hubiera entrado. ¿Quizá ni se acordaba de que me dijo que no? Seguramente ni siquiera le importaba realmente. Por alguna razón, que no recordara nuestra conversación, me molestó.

—Estamos servidos —señaló los dos vasos que había sobre la mesa y me hizo un ademán con la mano para que me fuera.

Sosteniendo la bandeja con fuerza, asentí con la cabeza y los labios apretados, y me di la vuelta.

—¿De qué hablan? —me preguntó George cuando me estaba alejando de ellos—. No he escuchado nada.

Ni siquiera había sido capaz de captar una palabra.

—Me ha echado —susurré cuando regresé de nuevo a la barra.

—Tienes que volver a intentarlo. Vuelve a acercarte.

Claro. Como si fuera tan fácil…

Dejé la bandeja sobre la barra y cogí el primer objeto que vi: un trapo. Me acerqué de nuevo a ellos y, haciéndome la distraída, comencé a limpiar la mesa con un trapo. Estaban hablando en un idioma que no era el inglés. Español. Lo reconocí al instante. ¿Damiano también hablaba español?

—¿Qué haces? —me preguntó Damiano, hablando en inglés.

Eso. ¿Qué estaba haciendo?

—Vengo a recoger vuestras copas. Se están aguando.

—Te hemos dicho que no queremos nada.

Martínez hizo un gesto con su mano.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en inglés. Su acento era marcado, pero hablaba bien el idioma.

—Audrey.

—Audrey tiene razón, Damiano. Llévate los vasos y tráenos otros dos whiskys.

Suspiré con alivio y comencé a recoger los vasos.

—El cargamento llegará en dos semanas —dijo Martínez—. Si los hombres de tu hermano no lo interceptan, tenemos trato.

¿Damiano tenía un hermano?

No tenía ni idea. Aunque, ¿por qué debería hacerlo? No sabía nada de su vida privada.

—Mierda. Están hablando en español —se quejó George—. No los entiendo.

Pero yo sí lo hacía. Julia, la madre de Paola, me lo había enseñado cuando era una niña. Paola y yo lo habíamos usado para hablar sin que mis padres, ni el resto de niños, nos entendiesen. Julia nunca nos delataba cuando tramábamos alguna travesura. Ella era tan buena... Desgraciadamente, falleció hacía cuatro años. La echaba tanto de menos…

Y Paola también había muerto. Pero, a diferencia de su madre, no había sido una muerte natural. Ella… No, no podía pensar en ese momento en ella o me derrumbaría. Tenía que centrarme. Era por ella por quien estaba haciendo aquello.

—Es mi medio hermano —apuntó Damiano, como si necesitara aclararlo—. No lo interceptarán. Es una ruta segura.

—Pero es suya —replicó Martínez.

—Tu cargamento está seguro —aseguró Damiano.

—Entonces tene… —Martínez se interrumpió porque, tan atenta como estaba intentando escucharles, se me resbaló uno de los vasos y se cayó al suelo. Por suerte, no se rompió. Lo recogí con rapidez, pero, cuando levanté la cabeza, vi que ambos me estaban mirando.

—Se ha mojado el suelo —dije con nerviosismo, y en vez de limpiarlo, prácticamente corrí hacia la barra. O eso es lo que hubiera hecho si un hombre no me hubiera detenido.

—Rubia, a mí también se me está aguando la copa.

Normalmente me habría moderado un poco más, ya que estaba interpretando un papel, pero estaba tan en *shock* que no reprimí mis palabras.

—Pues bébetela rápido.

Una carcajada de uno de sus compañeros le hizo fruncir el ceño. Miré hacia ellos, pero no reconocí a ninguno. Scott ya no estaba allí. Fui a seguir hacia la barra, pero él me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia el sofá.

—Vamos, rubia, relájate un poco. ¿No crees que estás trabajando demasiado?

—Es que estoy trabajando —dije, tirante.

—Pero estamos entre amigos. —Él puso su mano sobre mi muslo desnudo—. ¿Por qué no tomas un poco? —Señaló una sustancia blanca que estaba sobre la mesa, que identifiqué como cocaína.

No me lo podía creer. Cogí su mano con fuerza y la aparté de mi muslo.

—No, gracias. Ahora, si no te importa, voy a seguir trabajando. —Fui a levantarme, pero él me agarró de la muñeca.

—Vamos, rubia. Prueba un poco. Tenemos la mejor merca. —No, si ya me había hecho una idea—. Te va a gustar.

—Te ha dicho que no. —Una profunda voz dijo lo que yo pensaba. El hombre me soltó, y antes de girarme, supe quién estaba hablando—. No se le ofrece droga a mis chicas. Va en contra de las reglas.

El hombre palideció, pero alzó las manos en señal de paz.

—Lo siento, italiano. No lo sabía. Solo estaba intentando ayudar a que se relajara.

«Italiano» era el apodo que utilizaban para llamar a Damiano, aunque nadie se dirigía así a él en el *pub*.

Damiano tenía la mandíbula tan apretada que por un instante temí que aquello terminara en una desgracia, pero Martínez se levantó y se acercó a él. Le susurró al oído algo que hizo que este asintiera y se diera la vuelta para seguir con su conversación.

Yo respiré y prácticamente corrí hacia la barra para preparar las bebidas.

Podía imaginarme que, cuando hablaban de mercancía, hablaban de droga. Aquellos hombres eran peligrosos; muy peligrosos. ¿En qué me había metido? Aquello era algo grande, demasiado grande para mí.

George estaba diciéndome algo en el oído, pero no le presté atención. Podía notar varias miradas en mi espalda. Me obligué a mí misma a preparar las bebidas y llevárselas. Ellos siguieron hablando en español, y aunque podía entender lo que decían, ninguna de las palabras me parecieron relevantes; aunque mi cabeza estaba todavía en *shock*.

Damiano me miró y, si no lo supiera mejor, parecía preocupado por mí. Pero era imposible; él solo se preocupaba por sí mismo.

Con rapidez, regresé de nuevo a la barra.

—Audrey —Buffy me llamó cuando estaba sirviendo otra copa detrás de la barra—, Gómez quiere pasar un rato contigo. —Ella señaló con la barbilla al hombre que había intentado que tomara coca con él. Este me miraba con descaro. Aparté la mirada.

—¿Un rato conmigo? —Tardé unos segundos en procesar lo que Buffy me estaba diciendo. ¡No me lo podía creer! ¡Ese baboso! No sabía de qué me sorprendía—. Dile que se vaya a la mierda. O, si quieres ser políticamente más correcta, que no veo necesidad, dile que no.

Buffy palideció.

—¿No? —Por primera vez, no vi burla ni desprecio en sus palabras, sino preocupación—. Audrey, no puedes decir que no. Va en contra de las reglas.

—Claro que puedo decir que no. Díselo bien claro a ese cerdo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Buffy dudó durante un instante, pero asintió y se acercó a él.

No me molesté en mirarle. No me importaba lo más mínimo cómo reaccionara. La verdad era que estaba corriendo mucho más riesgo del que había pensado. O quizá no lo había analizado lo suficiente.

—¿Te has asegurado de que lo estás grabando todo? —me preguntó George al otro lado.

Lo cierto era que no lo sabía. Había que apretar uno de los botones y creía que lo había hecho, pero no podía asegurarlo. No podía responder a George, ya que sentía las miradas en mí.

—Voy al baño —le dije a Savannah, que estaba en la barra a mi lado.

—Claro.

Tenía que responder a George y comprobar que el micrófono estuviese grabando, pero no era la única razón para ir al baño. Estaba abrumada y necesitaba respirar un poco. Unos segundos a solas ayudarían.

Tenía que haber un baño cerca sin necesidad de bajar a la planta de abajo. Estaba buscándolo cuando una voz me detuvo.

—Rubia —me giré para mirar al pesado que no había dejado de acosarme durante toda la noche. Gómez, según me había dicho Buffy—, ¿adónde vas tan solita?

—Al baño.

Gómez sonrió.

—Vamos, te acompaño.

Pero yo no me moví. No me fiaba de él.

—No, gracias. Prefiero ir sola. Si no te importa, puedes regresar a la sala.

—¿A qué estás jugando, rubia? —Dio unos pasos más hacia mí—. ¿Esto es un jueguecito vuestro para sacarme más dinero? —No me dio tiempo a responderle—. Está bien, tú ganas. —Se acercó otro paso más—. Trescientos dólares. Estoy seguro de que va a valer cada centavo. —Me miró de arriba abajo.

—No soy ninguna prostituta.

—Cuatrocientos. —Él estiró su mano hacia mí para tocar mi mejilla y yo le di un manotazo.

—No me toques. —Fui a marcharme, pero él me detuvo, sosteniéndome por la cintura. En cuanto me di cuenta, me había empujado contra una de las paredes y sus piernas presionaban las mías, inmovilizándome. Era fuerte.

Mi pulso se aceleró.

—Me gusta cuando os hacéis las difíciles. —Su mano rodeó mi cuello y su boca se acercó a mi oído. Estaba tan cerca de mí que podía sentir su aliento asqueroso sobre mi piel—. Lo hace todo más excitante.

—¡Suéltame, cerdo! —grité.

Traté de zafarme de él, pero era demasiado fuerte. Mi pulso comenzó a acelerarse aún más, dándome cuenta del peligro en el que estaba.

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

George me ayudaría. Sin embargo, no lo escuché responderme. Era como si de repente hubiera desaparecido. Tal vez estaba buscando ayuda. Sí, él sabría qué hacer y me sacaría de allí. No me pasaría nada.

Pero tardaría un tiempo. Así que recordé las clases de defensa personal que había dado en el internado. Las había tomado por obligación, pero ahora me alegraba de ello. Intenté aplicar lo único que recordaba con claridad: cuando no puedes ganar, busca el punto débil.

Le di una patada con todas mis fuerzas en la entrepierna. El hombre soltó un gruñido ahogado y aflojó su agarre lo suficiente como para que intentara zafarme. Di un paso para correr, pero fue más rápido que yo. Me agarró de un brazo y me empujó con violencia contra la pared. Mi cabeza se golpeó contra el cemento con un golpe sordo. Todo a mi alrededor pareció tambalearse y un zumbido agudo llenó mis oídos. La vista se me nubló durante un segundo; las luces bailaban en el techo y las formas se volvieron borrosas. Sentí cómo las fuerzas me fallaban, pero me obligué a mantenerme en pie. Sabía que si me desmayaba en ese momento, todo habría acabado.

—Así que te gusta jugar duro, rubia. Mejor, es más interesante.

Me iba a violar.

—¡Suéltame! —grité con las pocas fuerzas que me quedaban.

—Estoy seguro de que te gusta. Aunque os neguéis, a todas os gusta.

¿A cuántas chicas más había violado ese hombre? Él fue a sostener mi barbilla, y entonces, su expresión cambió.

—¿Qué? —Su mirada estaba fija en mi oreja derecha—. ¿Eso es un auricular?

Mierda.

Él intentó cogerlo, pero yo conseguí moverme lo suficiente para que no lo alcanzara. Gómez sostuvo mi cuello con fuerza y, por un instante, creí que ese era el final. Que todo terminaría. Pero lo había hecho luchando por ella.

Y por fin me reuniría con Paola. Podría disculparme.

Pero entonces, el agarre de Gómez desapareció. Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que acababa de pasar. Damiano se encontraba frente a nosotros y Gómez estaba tirado en el suelo.

—No se toca a mis chicas —dijo con frialdad.

—Nos estábamos divirtiendo —espetó Gómez—. Ella ni siquiera vale la pena.

—No parecía eso.

—Ella es un t… —Gómez fue a levantarse. Señaló mi oreja y estuve segura de que iba a chivarse. Le contaría lo del auricular.

Pero entonces, Damiano sacó una pistola y lo disparó. Su cuerpo cayó con un fuerte impacto a unos pocos centímetros de mí y su sangre me salpicó.

Acababa de matar a un hombre a sangre fría delante de mí. Sin vacilación, sin remordimientos.

Damiano me miró. Parecía que iba a decirme algo, pero yo no le di la oportunidad porque eché a correr. Atravesé el pasillo y bajé las escaleras con tanta rapidez que apenas podía respirar. Mi cabeza dolía mucho y mi visión era borrosa. Sin embargo solo podía pensar en una cosa: tenía que deshacerme del auricular.

Llegué hasta el callejón trasero donde estaban los cubos de basura. Siempre solía haber gente fumando, pero afortunadamente

no había nadie. Cuando sentí las gotas de lluvia cayendo sobre mí, me di cuenta de por qué. Me deshice del auricular y del micrófono y los tiré a los cubos de basura.

Ahora tenía que ir a urgencias. Di un paso, tratando de llegar a la salida. Fui a dar otro más, pero me tambaleé y me caí al suelo.

Y entonces, todo se volvió negro.

Capítulo 10

Una de las cosas que más me gustaban del apartamento que mis padres me habían regalado cerca de la universidad era la cama mullidita de mi habitación. El colchón era cómodo, lo suficiente como para hundirse un poco sin llegar a atraparte, y las sábanas siempre olían a limpio.

Por un instante, mientras la consciencia regresaba a trompicones, creí estar allí. Noté bajo mi cuerpo algo blando y pensé en lo bien que se estaba en mi cama. Incluso me permití esbozar una leve sonrisa antes de abrir los ojos.

Hasta que caí en la cuenta. Yo no estaba en Nueva York. Hacía tres semanas que me despertaba en un colchón rígido de un apartamento de mala muerte en Chicago, con dolores de espalda. Aquellas paredes grises no se parecían en nada a las de mi apartamento.

¿Dónde estaba?

Me incorporé con torpeza en la cama, y un gemido escapó de mis labios al notar una punzada aguda en la sien. Llevé una mano a la cabeza y palpé con cuidado. Una gasa áspera cubría la zona, sujeta con esparadrapo. Y entonces, los recuerdos de la noche anterior regresaron a mí como un tsunami.

El micrófono. La sala vip. Damiano y Martínez. Gómez. Damiano otra vez.

La pistola…

Oh, Dios.

Tiré de las sábanas con los pies, apartándolas y me giré para levantarme. Me di cuenta —demasiado bruscamente— de que tenía que apoyarme en el colchón para no caerme al suelo. Observé rápidamente a mi alrededor. Por la cama y los pocos muebles que había, parecía una habitación. Lujosa, pero sobria; no había nada identificativo en ella. Ni un cuadro, ni ningún objeto demasiado personal.

Traté de pensar un poco más. El pasillo. Las puertas a mi alrededor. El callejón. Yo tirando el micrófono… Y después, todo negro. Eso era lo último que recordaba. No tenía ni una sola pista de cómo había llegado hasta allí ni dónde estaba, pero lo que tenía claro era que no estaba e un hospital.

Y entonces, mis ojos se detuvieron frente al espejo. No era mi rostro pálido, ni la gasa que cubría una parte de mi cabeza lo que hizo que mi corazón latiera con más fuerza, sino la camisa de hombre blanca que llevaba puesta. Era elegante, sofisticada y, muy a mi pesar, me quedaba como un guante.

Damiano.

El nombre cruzó mi mente como un relámpago. ¿Cómo no había podido identificar antes ese olor? Era de él.

¿Damiano me había quitado la ropa? Me tranquilicé al darme cuenta de que llevaba mi ropa interior puesta. Pero ¿dónde estaba mi ropa?

Sin saber qué hacer, vagué por la habitación. Primero abrí una puerta que se encontraba detrás de mí, a un costado derecho de donde se hallaba la cama. Era un cuarto de baño negro de mármol. Me di la vuelta para ir hacia la otra puerta. Por un instante temí que estuviera cerrada con llave, pero suspiro brotó de mis labios cuando el picaporte giró.

Caminé por el largo pasillo, tan eterno como el del *pub*. Parecía que estaba en una casa. Sin embargo, no escuchaba ningún ruido. Bajé unas escaleras y dejé que mis pies me guiaran. Cada paso dolía; mi cabeza estallaba. No sabía qué estaba haciendo ni qué estaba buscando, pero no podía parar.

Me detuve frente a una puerta entreabierta al escuchar el sonido de unos cubiertos. Una niña se encontraba sentada frente a una encimera. Se llevaba a la boca una cucharada de cereales de colores sin dejar de mirar los dibujos animados que se reproducían en una *tablet*.

Desde luego que no era lo que esperaba encontrarme. Fui a darme la vuelta y desaparecer en silencio cuando escuché una voz infantil decir:

—Hola. —Cuando no respondí, la niña me señaló con su cuchara, aún con un poco de leche, provocando que las gotas salpicaran la encimera—. Sí, tú.

—¿Hola? —contesté, alzando una mano, sin saber qué hacer.

Durante unos instantes no me moví, pero luego decidí entrar en la cocina. Aquella niña tal vez podría ayudarme a salir de allí, ya que no tenía mi ropa ni mis pertenencias. No tenía nada.

—Yo soy Siena —se presentó con una sonrisa. Sus ojos eran de color chocolate y tenía el cabello castaño y denso, que le llegaba hasta los hombros. Se parecía a Damiano.

¿Tal vez era su hija?

La niña no debía tener más de ocho años. Damiano la habría tenido que tener joven, pero era posible.

¿Estaba Damiano casado?

George me había dicho que era soltero, pero había muchas cosas que parecía desconocer. ¿Me había pedido que me desnudara delante de él, incluso asegurando que me daría placer, y tenía una esposa? Ser infiel sería el menor de sus delitos, y aun así, ese pensamiento me provocó una sensación desagradable en el estómago.

—Parece que estás a punto de desmayarte —evidenció Siena, con una pequeña mueca de preocupación en los labios.

Ella no estaba equivocada. Me senté en la silla alta que se encontraba a su lado. No era lo más cómodo, pero no podía seguir de pie.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó, balanceando sus pies que no llegaban al suelo.

—Audrey.

—Audrey —tarareó la niña—. Me gusta.

—Siena también es muy bonito.

La niña sonrió, radiante.

—Es italiano —respondió con orgullo.

Igual que el nombre de su padre.

Me quedé en silencio. Siena me miraba fijamente y yo no sabía qué decir. Nunca se me habían dado bien los niños. No me gustaban; ni siquiera cuando yo había sido una.

—¿Eres la novia de mi hermano?

Casi me atraganté con mi propia saliva al escuchar aquella pregunta.

—¿Qué?

—Sí, de Damiano —me explicó.

¿Así que esa niña no era la hija de Damiano, sino su hermana? Un alivio que no debería sentir me inundó.

La niña seguía mirándome fijamente, esperando una respuesta.

—No.

—Eres la primera chica que mi hermano trae a casa. Así que tienes que ser su novia —insistió con esa testarudez que todos los niños parecían tener.

—Pues no lo soy.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Soy… —iba a decir «una amiga», pero esa mentira se sentía demasiado pesada— una empleada.

Siena negó con la cabeza y luego me señaló con la cuchara.

—Llevas su camisa.

—Sí, eh… La mía se ensució y…

—Siena, la señorita Matthew te está esperando en la sala de estudios para tus clases —interrumpió una profunda voz.

La niña hizo un mohín, pero se levantó de un salto. Y yo me levanté también.

—Espero verte pronto, Audrey —se despidió con una sonrisa inocente. Caminó hasta la puerta, donde se encontraba su hermano, y se detuvo frente a él.

Damiano arqueó una ceja.

—Un beso —le exigió la niña—. Hoy no me has dado mi beso de buenos días.

Damiano sonrió y se inclinó para darle un beso a la niña.

—Date prisa. Ya sabes que a tu profesora no le gusta esperar. —Le dio una palmadita en la espalda y la niña echó a correr.

Estaba tan absorta con lo que acababa de ver que casi ni me di cuenta de que Damiano se había acercado a mí.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —me preguntó con un tono que parecía de preocupación, pero que no podía serlo. Sus dedos

tocaron con una delicadeza que no sabía que poseía la gasa que cubría la herida de mi cabeza.

—¿Tienes una hermana?

Damiano sonrió.

—¿De verdad, *gattina*, que después de todo lo que ha pasado, esa es tu pregunta?

Y, muy a mi pesar, Damiano estaba en lo cierto.

Las imágenes de él asesinando a Gómez a sangre fría delante de mí se reprodujeron en mi cabeza. Debería sentirme horrorizada, asqueada y con ganas de huir, pero su cálido toque sobre la piel de mi frente se sentía reconfortante. Se sentía como hogar.

¿Qué estaba diciendo?

Di un paso hacia un costado, apartándome de él. Damiano hizo una mueca, pero no intentó volver a acercarse a mí.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Dónde está mi ropa?

—La ropa debe estar en estos momentos en la secadora. Pedí que te la limpiaran, estaba llena de sangre.

—¿Me has desvestido? ¿Tú…?

No terminé la frase, pero por la forma en la que la mirada de Damiano se oscureció, supe que me había entendido.

—Yo no abuso de mujeres —dijo con indignación, casi como si mi comentario le hubiera molestado. ¿Por qué lo haría? Era un ser despreciable—. Lo hizo la médica que te atendió anoche. Te encontré en la parte de atrás del *pub*, en el suelo.

—¿Por qué no me llevaste al hospital?

Damiano se rio, como si mi pregunta fuera absurda.

—Yo no voy a hospitales. Preferí que te atendiera una médica de confianza.

—¿Así que no estoy secuestrada?

—¿Por qué te secuestraría, *gattina*?

No respondí, porque él no tenía ningún motivo para hacerlo. Si descubriese la verdad, no perdería el tiempo secuestrándome, sino que me mataría. Sin embargo, me había salvado. No solo había evitado que Gómez me violara, además me había llevado hasta su casa para que una médica me evaluara. Ese no era un

comportamiento propio de un criminal sin corazón como Damiano. ¿Por qué preocuparse por mí? No tenía ningún sentido.

—Aunque si supiese que alguien iba a pagar por tu rescate, lo haría —dijo, interrumpiendo mis pensamientos—. Así me devolverías parte del dinero que me hiciste perder anoche. Martínez no está contento de que matara a su hombre.

—¿Y por qué lo mataste?

—Porque estaba intentando abusar de ti. Aunque no lo entiendo, ¿por qué no quisiste acostarte con él? ¿No te ofreció suficiente dinero?

Antes de que pudiera pensar en las consecuencias, crucé la distancia entre nosotros y le di un bofetón.

La mejilla de Damiano empezó a enrojecerse. Se la tocó con la mano, no como si le doliera, sino como si no pudiera creer lo que acababa de pasar.

—¿Pero a ti qué cojones te pasa? —espetó, con la voz cargada de ira.

El tono me hizo retroceder un par de pasos. Tragué saliva… pero, contra todo pronóstico, no sentí miedo.

—No soy ninguna prostituta —dije con la voz firme—. Y no voy a permitir que me trates como tal.

—¿Y entonces qué hacías ayer en la sala vip?

—Servir copas.

Damiano soltó una carcajada áspera.

—Hay que joderse. Audrey, las camareras de la sala vip no solo sirven copas a los clientes, les sirven de todas las maneras posibles por una buena propina.

—¡¿Qué?! —pregunté, alarmada—. Nadie me avisó.

Ahora todo tenía sentido. El pago elevado por solo unas horas de trabajo, la advertencia de Gigi y la sorpresa de Buffy cuando me negué a acostarme con Gómez.

—Deberías haberlo sabido. Todas las chicas que trabajan en mi *pub* están acostumbradas a ese tipo de trabajos, pero tú eres diferente.

—No lo soy —aclaré con rapidez—. Soy como ellas, necesito el dinero. Pero no me prostituyo. —Intenté sonar lo más convincente

posible.

—Eso es bueno. No me gusta pagar por tener sexo —dijo, dando un paso hacia mí—. Me gustan las mujeres que están conmigo porque así lo desean.

—Eso está bien. —Era algo tonto por decir, pero lo cierto era que no se me ocurría otra cosa.

Él estiró la mano y agarró uno de los mechones de mi pelo.

—Me gusta más cuando lo llevas suelto.

—Es más cómodo llevarlo recogido en dos trenzas para trabajar.

—Puede ser, pero así pareces más salvaje —me susurró, enredando el mechón entre sus dedos—. Y con mi camisa estás tan follable, tan mía.

Me solté de su agarre.

—No soy tuya.

Él esbozó una sonrisa peligrosa; sus ojos brillando con intensidad.

—He matado por ti. Eso te convierte en mía.

—Yo no te lo he pedido.

—No, *gattina*. Pero no iba a permitir que te pusiera una mano encima.

—Podía defenderme yo sola.

En realidad, no podía. Ese malnacido me habría violado.

—Cuando lo vi salir detrás de ti, pensé que ibais a alguna de las habitaciones privadas que hay en esa planta, para tener un encuentro. Me repetí lo mismo que me había repetido cuando te vi entrar a la sala vip sin mi permiso: que iba a dejarte hacer lo que te diera la gana. Pero no tardé ni un minuto en salir tras vosotros. Iba a matarlo, *gattina*. Estaba muerto desde el momento en que intentó acostarse contigo. Ningún hombre puede hacerlo.

—Ah.

Él rompió la distancia que nos separaba. Sujetó mi barbilla con su dedo y la levantó para que le mirase.

—¿Después de lo que acabo de confesarte eso es lo único que tienes que decir? —me preguntó.

La verdad es que estaba en *shock*. No sabía qué responderle. Lo que me había dicho estaba mal en tantas maneras... Era deleznable.

Yo no era suya, y él no tenía ningún derecho sobre mí.

—Si quiero acostarme con un hombre, lo haré.

Él esbozó esa sonrisa ladeada tan suya.

—Eres mía y mataré a cualquier hombre que te toque.

—Estás loco.

—Es posible.

—Me das asco.

Él sonrió y miró hacia abajo.

—Tal vez, pero tu cuerpo no opina lo mismo, y eso es lo único que me importa.

Bajé la cabeza para ver que mis pechos habían reaccionado a su cercanía. Me coloqué las manos delante del pecho.

—Aquí hace frío —dije, retrocediendo un paso.

—Miéntete todo lo que quieras.

—No me estoy mintiendo.

—Soy un hombre paciente. Puedo esperar.

—Tengo que irme —dije, porque estaba empezando a sentirme incómoda. No solo por la situación, sino porque una parte de mí, una que estaba segura de que había perdido el norte, deseaba dejarse llevar.

—He mandado a una de mis empleadas que te dejen tu ropa limpia en el cuarto que has ocupado. Una vez esté lista, mi chófer te llevará a tu casa.

Prefería coger un taxi, pero tenía que alejarme cuanto antes de allí. Asentí y me dirigí a la puerta de la cocina.

—Por cierto, Audrey —dijo cuando me encontraba en el umbral —, te he permitido que me pegues una vez. No pasará dos veces.

—¿Me la vas a devolver? —pregunté, parándome y girándome para mirarlo.

Deseaba con fuerza que me dijese que sí, porque así podría recordar el monstruo que era. De esa forma, esa atracción insana que sentía hacia él y que ya no podía negar, desaparecería.

—Jamás, *gattina* —dijo, y no vi rastro de mentira en su rostro—. Pero si vuelves a hacerlo, tendré que follarte. Es mejor manera para que descargues tu furia. Te prometo que acabarás satisfecha y agotada.

—Eso no va a pasar.

Pero él no me estaba escuchando. Sus ojos bajaron hasta mis labios.

—Joder, estoy seguro de que si meto ahora mismo mi mano en tus bragas, estarán húmedas.

Desgraciadamente, no se equivocaba.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ninguna palabra de ella. Damiano se pasó una mano por la cara. Por un instante pensé que se abalanzaría sobre mí y cumpliría su promesa. Y, aun así, no me moví.

—Huye, Audrey. Huye antes de que me arrepienta.

Y eso fue lo hice.

Capítulo 11

El trayecto en coche se me hizo eterno. El chófer de Damiano fue correcto conmigo, pero tuvo el buen criterio de no intentar iniciar una conversación que, a todas luces, habría sido incómoda. Se lo agradecí en silencio, porque lo único que deseaba era llegar a mi apartamento y darme una ducha larga, una que me ayudara a recuperar la cordura, a recordarme qué clase de monstruo era Damiano. Me había salvado de una violación asegurada, y ese hecho había sembrado una peligrosa confusión en mi cabeza, probablemente fruto del *shock*.

Vivía en un cuarto piso sin ascensor, pero subí los escalones como si me persiguiera el mismo demonio. No podía esperar a encerrarme en casa. Estaba deseando llegar a mi apartamento y darme una ducha larga. Ni siquiera había podido ponerme mi ropa porque aún estaba secándose. Al menos, aquella noche había llevado una gabardina larga que me puse encima de la camisa de Damiano, la cual había dejado en mi cuartito para cambiarme junto con mi bolso, y que Damiano había debido recoger. No fue hasta que encontré ambas cosas sobre la cama al regresar a la habitación que me di cuenta de que Damiano había podido mirar mi teléfono. No había mucha información, pero sí ciertos mensajes comprometedores. Afortunadamente, no parecía haber tocado el móvil.

Giré la llave en la cerradura, empujé la puerta y lancé el bolso al primer sitio que encontré. Un suspiro de alivio se escapó de mis labios. Nunca antes me había sentido tan agradecida de volver a aquel pequeño apartamento.

—Por fin estás aquí.

Me sobresalté al escuchar una voz masculina. George se encontraba a unos pasos de mí.

—¿Qué haces aquí? Casi me matas del susto —dije, sujetándome el corazón con la mano.

—Estaba preocupado por ti. La señal se fue de repente y no me atrevía a llamarte al móvil.

—Es peligroso que vengas —suspiré al ver que las ventanas estaban cerradas. Esperaba que el chófer de Damiano no siguiese ahí fuera.

—No te preocupes, nadie me ha visto. —Su despreocupación me sorprendió, ya que él que siempre era el primero en tener mucho cuidado—. ¿Dónde estabas?

Ni un «cómo estás» o «¿te ha pasado algo?».

—¿Dónde estaba yo? —pregunté con una risa carente de humor —. ¿Dónde estabas ayer tú cuando Gómez me atacó? Él intentó violarme. Te pedí ayuda.

Su expresión cambió, como si por primera vez se diera cuenta de eso también, como si ni siquiera hubiese gastado un segundo de su tiempo en ese pensamiento.

—¿Un hombre intentó violarte?

—¿No me escuchaste pedirte ayuda?

—No, claro que no. Te escuché decir que ibas al baño y la señal se cortó.

Escruté su rostro durante unos instantes. Sus ojos verdes me observaban con confusión y su rostro estaba relajado; él parecía sincero. Pero yo había escuchado su respiración al otro lado. No pude evitar la duda que se instaló en mi cerebro. ¿Por qué me mentiría? No, él no tenía razones para hacerlo.

George era de los buenos. Él era un policía que buscaba lo mismo que yo: meter en la cárcel a Damiano y a sus compinches y hacerles pagar por todo lo que habían hecho.

—Damiano me salvó. Él mató al hombre que intentó abusar de mí. Un tal Gómez.

George abrió los ojos, sorprendido.

—Rogelio Gómez, el segundo de Martínez —murmuró, dejándose caer en el sofá—. ¿Por qué Damiano se arriesgaría a represalias por parte de Emiliano? —A pesar de que formuló la pregunta en voz alta, tuve la sensación de que hablaba para sí mismo. Y así me lo confirmó cuando respondió un segundo después—: De alguna manera, le importas. Eso es bueno.

—¿Bueno? —repetí, prácticamente fuera de mí—. Ni siquiera me has preguntado cómo estoy. Es como si no te importara en absoluto si muero o vivo —exploté—. ¿Te importó Paola? ¿Aunque sea un poco? —Sabía que estaba traspasando un límite formulando aquellas preguntas, pero estaba enfadada y confundida.

George se levantó del sofá y dio un par de pasos hacia mí, pero antes de llegar, se detuvo, como si fuera consciente de que su cercanía no sería bien recibida por mí.

Llevaba una camiseta verde y unos vaqueros. Recordaba que la primera vez que lo había visto con el uniforme puesto había pensado que era hasta más joven que yo. A pesar de tener veintiséis años, George tenía cara de niño. Parecía que no había roto un plato en su vida; parecía completamente inofensivo.

En ese instante no pude evitar preguntarme si era cierto o las apariencias engañaban.

—Lo siento, Audrey. Tienes razón —suspiró—. Estoy tan centrado en meter a ese cabrón en la cárcel que olvido que no eres policía. Claro que me importó Paola; todavía lo sigue haciendo. Ella era una buena chica, una que cuando descubrió la clase de hombre que era su jefe quiso terminar con su imperio. No debí dejarla espiar a Damiano. Murió por mi culpa. No hay día en el que no me culpe de su muerte.

—No fue tu culpa, George. Siento haber pagado los platos rotos contigo.

—No te preocupes, cariño. Es normal que estés nerviosa. Toda esta situación es complicada. —George me dio una sonrisa—. Tienes razón, la culpa es de Damiano.

—¿Estás seguro de que Damiano mató a Paola?

Era la primera vez que hacía esa pregunta, que ni siquiera me lo planteaba. Pero la duda se había infiltrado en mi cerebro. Damiano me había asegurado que él no hacía daño a las mujeres. ¿Por qué me mentiría cuando no tenía necesidad de hacerlo?

Damiano Mancini podía ser un criminal, pero no parecía ser un mentiroso. Además, él me había salvado. Tan solo era una trabajadora más. Podía haberme dejado a mi propia suerte y no lo hizo.

George me miró como si no pudiera creerse mi pregunta. Una emoción que no supe identificar brilló en sus ojos.

—La descubrieron, Audrey. La mataron y lo hicieron pasar por un suicidio.

Asentí. No podía olvidarlo; Paola no se había quitado la vida. Pero nadie investigaba su muerte porque solo era una chica pobre que se había tirado por la ventana de su apartamento a un patio cerrado. Una que había dejado una nota de suicidio en su móvil. Aunque llamarlo nota era un poco exagerado, ya que tan solo eran dos líneas en las que decía que estaba cansada de buscar una felicidad que nunca llegaba y que se rendía.

Sin embargo, yo sabía que Paola no lo había escrito. Lo supe en cuanto leí las últimas cuatro palabras. Porque Paola nunca utilizaba la palabra rendirse; ella siempre me decía que rendirse era de cobardes, que ella se resignaba.

—Lo sé.

Damiano era el enemigo, no George. Él era el único que me había ayudado. El resto de policías o estaban comprados por Damiano o les importaba muy poco lo que le había sucedido a Paola, tal y como me había explicado George. Él estaba arriesgando su trabajo, incluso su vida, por vengar la muerte de Paola y de otros inocentes.

Y eso era algo que no debía olvidar.

—Ayer casi te descubren —suspiró George—. Si te pasa algo, será mi culpa. Nunca debí ponerte en esta situación. —Se pasó una mano por el cabello—. Vuelve a casa, Audrey.

—No, no puedo. —No podía irme; no cuando todavía no había conseguido nada—. Está todo bien, George. No me han descubierto, me deshice del micrófono.

George palideció.

—¿No lo tienes?

—No. Lo tiré en uno de los contenedores de basura del *pub*.

—Mierda, joder —masculló—. Tienes que recuperarlo, Audrey. Necesitamos lo que se grabó.

—Recogen la basura de madrugada. Ya no está.

Vi cómo cerraba los ojos por un instante, como si intentara calmarse. Cuando los volvió a abrir, su expresión era más serena, aunque seguía habiendo una tensión latente en su mirada.

—¿Por qué no lo escondiste en tu taquilla o en algún lugar seguro?

—Estaba en *shock* y herida. Gómez me golpeó contra la pared. —Le señalé la herida tapada por la gasa en la cabeza—. Él descubrió el micrófono. Si Damiano no lo hubiese matado, la que estaría muerta sería yo.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—Me desmayé y Damiano me llevó a su casa.

—¿A su casa? —repitió, incrédulo. Su cara se iluminó y una gran sonrisa se dibujó en sus labios—. Eso es mucho mejor de lo que esperaba —murmuró—. ¿Has visto algo?

—Vive en una mansión en una zona residencial. —La casa de Damiano no era para nada como me la había imaginado. Me esperaba un castillo tenebroso de Drácula y no una bonita casa con jardines cuidados que parecía sacada de una película—. No recuerdo la zona.

—¿Has visto a alguien?

—He hablado con una mujer mayor que trabajaba para la casa y otro trabajador que me ha traído hasta aquí.

—¿Alguien más?

La hermana de Damiano. Con esos bonitos ojos castaños y esa sonrisa tan inocente. Tal vez George ya sabía que Damiano tenía una hermana, pero, por alguna razón, lo vi demasiado personal. Esa pobre niña no tenía la culpa de nada. Por eso decidí guardarme esa información para mí misma. Al fin y al cabo, ni siquiera era relevante.

—No.

George suspiró.

—Tienes que volver a ir. Estoy seguro de que Damiano guarda ahí información que nos puede resultar muy útil.

—¿A su casa? —repetí y George asintió—. Dudo que pueda volver a ir. Y no estoy dispuesta a que me vuelvan a golpear la cabeza contra una pared.

—Seguro que encontrarás otros medios más efectivos —murmuró George. Sus ojos se fijaron en la camisa de Damiano que se entreveía debajo de la gabardina. Me tapé rápidamente, sintiéndome juzgada.

—¿Qué insinúas? —pregunté ofendida, retrocediendo un paso.

—No insinúo nada —dijo rápidamente, pero por alguna razón no le creí del todo—. Es evidente que Damiano siente debilidad por ti. Solo estoy diciendo que te aproveches de eso.

—Él no siente ninguna debilidad por mí.

«Eres mía y mataré a cualquier hombre que te toque».

Las palabras que Damiano había pronunciado aquella mañana regresaron a mi cabeza con fuerza. No había habido atisbo de duda en su voz; él parecía ir completamente en serio. Como si realmente creyera que yo le perteneciera, que yo formaba parte de su extensa colección de admiradoras.

Como si yo fuera su propiedad.

Pero yo no era de nadie. Y mucho menos de él.

—Seguro que encuentras la manera de conseguir algo. Confío en ti, Audrey. Y estoy seguro de que Paola, allá donde esté, también estará confiando en ti.

—Eso espero.

—Todo va a salir bien, Audrey. Juntos destruiremos a Damiano Mancini.

Por primera vez, aquella declaración no me produjo tanta satisfacción como debería.

Capítulo 12

Al día siguiente, Gigi me llamó para decirme que no fuera a trabajar durante los próximos dos días, que me los tomara libres, y que además, me los pagarían. Cuando le pregunté la razón, solo se limitó a decir que eran órdenes de Scott. Colgó antes de que pudiera hacerle más preguntas, pero no hacía falta, ya que podía imaginar perfectamente de quién venía realmente esa decisión.

Damiano era sin duda el artífice de esa decisión.

¿Por qué siquiera Damiano se preocupaba por mí? No comprendía por qué se tomaba tantas molestias por una simple camarera. Él parecía casi humano, no el criminal despiadado que sabía que era. Preferí no darle más vueltas, intentar no pensar más en Damiano o me volvería loca.

Me pasé toda la tarde tumbada en la cama viendo por enésima vez la primera temporada de *Gossip Girl* mientras me atiborraba de mi helado favorito de *salted caramel*. Afortunadamente, me había comprado una tarrina hacía unos días. La última vez que lo había probado había sido hacía casi un año y nunca me permitía probar más que unas pocas cucharadas; menos aún una tarrina entera.

Detuve el episodio que estaba viendo cuando mi móvil, que había dejado tirado sobre la cama, comenzó a sonar. Me moví para cogerlo y suspiré cuando vi el nombre de mi madre en la pantalla. No sé si fueron todos los acontecimientos sucedidos en las últimas horas o que me sentía más vulnerable, pero antes de que fuera consciente de ello, deslicé el botón verde y acepté la llamada.

—¿Audrey? —La voz de mi madre sonaba tan sorprendida como yo misma lo estaba—. ¿Audrey? ¿Eres tú?

—Sí, mamá. Soy yo.

—Oh, estaba tan preocupada.

No era propio de mi madre mostrar sus sentimientos y mucho menos estar preocupada por mí.

—Te he respondido a los mensajes.

—Pero no a las llamadas. ¿Cómo estás?

Tampoco era propio de ella preguntarme cómo estaba. Generalmente nuestras conversaciones solían centrarse en ella. Y a pesar de que era algo que siempre había detestado, en ese momento me di cuenta de que, de alguna manera, no podía criticarla porque, con los años, yo me había convertido en la misma persona que ella.

Hasta la muerte de Paola no había sido consciente de eso. De la persona egoísta y superficial que era.

—Estoy bien, mamá.

Era una mentira y pude ver que ella lo notó.

—¿Cuándo vas a volver?

Mordí mi labio inferior y apoyé mi espalda sobre la cabecera de mi cama.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, mamá, no lo sé —suspiré—. Pero pronto —le prometí.

—Audrey, llevas casi un mes fuera de Nueva York. Entiendo que estás pasando por un momento complicado, pero la vida sigue. Tienes responsabilidades de las que ocuparte. No puedes seguir perdiendo más clases. Si suspendes alguna materia, no podrás hacer las prácticas en el bufete de tu padre. Las normas son las normas.

Aquel verano iba a hacer las prácticas en el bufete de papá. Había sido mi gran sueño; la oportunidad de brillar por la que llevaba esperando prácticamente desde que era una niña. Había estado tan emocionada; durante el último año no había habido un solo día en el que no pensara en ello. Sin embargo, desde la muerte de Paola, ni siquiera me había acordado.

No me gustaba decepcionar a mis padres. Mi padre era uno de los socios mayoritarios del mejor bufete de Nueva York y mi madre era una de las mejores juezas de la ciudad. Tenía que estar a la altura; por eso siempre había sido la mejor estudiante en el colegio y lo era también en la universidad. Y aspiraba a convertirme en la mejor abogada del país.

—Lo sé, mamá. Pero necesitaba unas vacaciones.

Mi madre suspiró.

—Tienes que regresar, hija. No puedes tirar tu futuro por la borda.

¿Qué importaba mi futuro?

Siempre había sido lo más importante para mí. Mi futuro, mi prestigio, lo que los demás dijeran de mí. Pero, en ese momento, nada de eso me importaba. Porque había cosas mucho más importantes que el trabajo. Sin embargo, era algo que mis padres jamás comprenderían. Para ellos, la carrera profesional siempre había sido lo primero; incluso antes que yo. Con el paso de los años, me había autoconvencido a mí misma que eso era lo correcto, pero ahora sabía que no lo era.

Porque ningún éxito profesional me devolvería a Paola.

—Necesito desconectar.

—Cariño, tienes que superarlo. —Escuché unas voces detrás de la de mi madre y cómo ella cerraba la puerta. Seguramente, se encontraría en los juzgados—. Además, Paola y tú ya ni siquiera erais tan amigas.

«Tan empática como siempre, mamá».

—Éramos amigas, mamá. Nunca dejamos de serlo.

Puede que durante los últimos años yo me hubiera comportado como una verdadera idiota, pero nunca habíamos dejado de ser amigas. Las mejores amigas. A pesar de todo, Paola siempre había estado ahí para mí. Ella me había tenido siempre presente.

Y yo no la defraudaría.

—Cariño, no puedes sentirte culpable. Ella solo era la hija de una criada y tú eres…

—Mamá —la corté, porque no quería escuchar lo que sabía que iba a decir. Mi madre era una clasista y no lo ocultaba—, todos somos personas, con los mismos derechos.

—Por supuesto —respondió, teniendo el valor de sonar indignada —. No estoy diciendo lo contrario. Mira, cariño, cuando uno es joven piensa que la vida es un cuento de Disney. Sé que Paola fue muy importante para ti cuando erais niñas, pero vosotras pertenecíais a círculos muy diferentes, es lógico que siguierais caminos distintos. Está bien, es lo normal, cariño.

No, no estaba bien. No había estado bien. Pero no pensaba discutirlo con mi madre.

—Te tengo que dejar, mamá —dije, cansada de la conversación. No tenía que haberle cogido el teléfono.

Debería haberlo sabido, no iba a lograr consuelo ni entendimiento en ella. Es más, si ella o papá se enterasen de lo que estaba haciendo realmente en Chicago, me obligarían a regresar a la fuerza a Nueva York. E incluso me ingresarían en algún centro psiquiátrico, convencidos de que estaba sufriendo alguna crisis. Tampoco había contado con tener que lidiar con ellos. Porque, crédula de mí, había creído que regresaría a mi vida en unos pocos días.

Fui a cortar la llamada, pero mi madre me lo impidió.

—Espera, cariño. —A pesar de que entorné los ojos, volví a colocarme el móvil sobre la oreja—. He hablado con Mason. Él está preocupado por ti. No le coges las llamadas y no es justo para él.

Suspiré.

Ella tenía razón. Mason era mi amigo. Y también mi novio intermitente desde los dieciséis años. Habían pasado seis meses desde nuestra última ruptura, y ambos habíamos estado con otras personas. Así era nuestra manera de comunicarnos; estábamos juntos, discutíamos y lo dejamos, y después de un tiempo, volvíamos a volver. Generalmente, él siempre me pedía perdón y regresaba a mí. De alguna manera, había asumido que él y yo terminaríamos juntos. Casados, con hijos, viviendo en una casa grande en una urbanización privilegiada.

Estaba segura de que él pensaba lo mismo. Igual que nuestros padres. Su padre era socio del bufete de mi padre y mis padres estarían encantados de poder llamarlo hijo.

—Dile que estoy bien. Le llamaré cuando regrese a Nueva York.

—¿Y cuándo va a ser eso? —aprovechó para volver a preguntar.

—No lo sé, mamá.

—Entiendo que no quieras hablar conmigo o con tu padre, pero ¿con Mason? Él siempre ha sido tu confidente.

Era así. Pero ahora se sentía extraño, raro. No solo porque no pudiese contarle lo que estaba haciendo, sino porque…

«Él no mataría por protegerte».

Ese pensamiento retumbó en mi cabeza.

No. No lo haría. Y, en teoría, eso estaba bien. Las personas normales no mataban a gente para proteger a otras. Mason era un buen hombre. Un hombre seguro, responsable y decente. No como Damiano.

«O tal vez es un cobarde y tú necesitas a alguien que esté dispuesto a hacer lo que sea por protegerte».

¿Pero qué tonterías estaba diciendo? Era como si una voz en mi interior hubiese tomado el control. Una que no reconocía, pero que sonaba demasiado convincente.

Sacudí la cabeza. No necesitaba la protección de Damiano. Si acaso, necesitaba que alguien me protegiera de él.

Mi madre seguía hablando, pero yo ya no la escuchaba.

—Mamá —la interrumpí—. De verdad, tengo que dejarte.

Corté la llamada antes de que pudiera decir nada más. Dejé el móvil en el sofá y me levanté para caminar hacia el baño. Necesitaba una ducha; una fría que me devolviera el sentido común, que me recordara quién era y lo que estaba haciendo allí.

Damiano era un hombre peligroso, uno por el que no podía sentirme atraída. Y tenía que recordarlo. Porque si lo olvidaba, no solo no sería capaz de destruirlo, sino que él acabaría por destruirme a mí.

Capítulo 13

Por primera vez desde que trabajaba en el *pub*, iba a llegar antes de mi hora de entrada. Los dos días que había tenido de descanso me los había pasado en mi apartamento sin salir. Afortunadamente, la herida en la cabeza ya casi no me dolía.

A medida que me acercaba al *pub*, esa extraña sensación que se había apoderado de mí desde primera hora de la mañana se intensificaba. No lograba identificarla. No era miedo; al contrario, por alguna razón, me sentía más segura que nunca. Tampoco eran nervios. Estaba tranquila… quizá demasiado.

No pude seguir dándole vueltas porque, al girar la esquina, vi a Gigi apoyada en la pared. Llevaba su cabello color fuego suelto, que le caía encima de los hombros. Me fijé en su camiseta de tirantes de leopardo y en la falda vaquera. Como siempre, estaba mascando un chicle.

—Hola —la saludé, deteniéndome—. ¿Vamos para el *pub*? —le pregunté.

—Me voy para casa. Es mi día libre, pero he tenido que venir para atender al repartidor —me respondió. Aunque su tono fue cordial, pude notar que le pasaba algo. Parecía preocupada.

—¿Todo bien?

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Qué pasa?

—Aquí no —dijo, señalando hacia el callejón sin salida que había al otro lado de la calle.

Miré mi reloj. Quedaban diez minutos para que comenzara mi turno. Tenía tiempo de sobra, pero aun así me pareció una petición extraña.

—¿Y por qué no podemos hablar aquí?

Gigi suspiró, como si la respuesta fuera obvia.

—Estamos en medio de la calle, Audrey.

—¿Y?

—Nos pueden escuchar.

Gigi parecía muy preocupada, así que terminé asintiendo. Ella se adelantó y cruzó la calle. Estábamos cerca, pero lo suficientemente lejos del *pub* como para no ser vistas.

Nos adentramos en el callejón, y, a pesar de que aún había luz de sol, al ser estrecho y estar rodeado de edificios altos, estaba lo bastante oscuro como para darnos intimidad. Gigi se detuvo al fondo. Sin decir nada, abrió su bolso y sacó algo. Al verlo, sentí un nudo en el estómago. Era el micrófono que yo había tirado a la basura.

—¿Cómo es que lo tienes tú?

—Te vi tirándolo.

Sentí como si el corazón me saliese del pecho.

—¿Alguien más me vio?

—Solo yo —respondió, y un suspiro de alivio brotó de mis labios. Menos mal—. No hay cámaras en el callejón donde está la basura. —Mierda, las cámaras. Me había olvidado de que la mayor parte del *pub* está lleno de cámaras. ¿Cómo había sido tan descuidada?—. Pero podría haberlas —me advirtió, y yo asentí—. Tienes que tener más cuidado.

—Gracias, Gigi. George va a estar agradecido de que lo haya recuperado.

Estiré la mano para cogerlo, pero antes de que pudiera tocarlo, Gigi lo dejó caer al suelo y lo pisó con fuerza, rompiéndolo en varios pedazos.

—¡¿Qué haces?!

—Me caes bien, Audrey, pero tú no eres como yo. No eres como el resto. —Le dio un último pisotón al micrófono. O a lo que quedaba de él—. ¿Qué está usando George para chantajearte?

La miré, sorprendida.

—Él no me está chantajeando. ¿Por qué lo haría?

Gigi entrecerró los ojos e hizo un gesto con su mano.

—Chantajearte, cobrarse el favor, como quieras llamarlo.

—George solo busca lo mismo que yo: meter en la cárcel a Damiano y a sus compinches —dije, sin entender por qué estaba teniendo que aclararle aquello. A pesar de que nunca había tenido esa conversación con Gigi, pensaba que ambas buscábamos lo

mismo—. ¿No es la misma razón por la que tú me has conseguido el trabajo y ayudas a George?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Crees que soy una buena samaritana? —respondió, y casi me pareció que soltaba una carcajada—. Damiano no es un buen hombre, y desde luego no es de los que siguen la ley, pero trata bien a sus empleadas. Y no soy tan estúpida como para creer que… —El sonido de unas risas la interrumpió. Giré la cabeza y vi a dos adolescentes entrando en el callejón. Gigi tragó saliva—. Aléjate de George, Audrey —me advirtió—. Olvida lo que sea que te hace ir contra Damiano.

—No puedo, yo…

No pude terminar la frase, porque Gigi se marchó, dejándome con la palabra en la boca, justo cuando los dos adolescentes se acercaban a nosotras.

Eran dos chicos, y uno de ellos llevaba en la mano lo que me pareció un porro. Se detuvieron al vernos, probablemente sorprendidos por nuestra presencia allí. Sin prestarles atención, pasé junto a ellos y seguí a Gigi. Había demasiadas cosas en aquella conversación que no terminaba de comprender, pero cuando salí del callejón, ella ya no estaba en ninguna parte.

—Audrey, ¿puedes venir al sótano a ayudarnos? —me preguntó Tracy.

Miré a mi alrededor. Solo había un par de clientes, nada de lo que no pudiese encargarse la camarera nueva que estaba conmigo.

—Yo solo soy camarera —aclaré, porque no quería tener ningún otro susto.

—Lo sé. —Tracy asintió—. Hay más clientes que nunca y justo varias de las camareras están enfermas. Estamos Savannah y yo solas para atender la barra y estamos desbordadas. —Ella parecía desesperada—. Por favor.

No estaba muy segura de si era una buena idea; sobre todo, después de la conversación que había tenido con Gigi. Estaba confusa, no sabía muy bien qué pensar ni de ella ni de George. En

realidad, no sabía qué pensar de nadie, ni siquiera de mí misma, pero tenía algo claro: no podría vivir conmigo misma si me marchaba y regresaba a mi vida. No iba a huir con el rabo entre las piernas; yo era muchas cosas, pero no una cobarde.

Ya le fallé una vez a Paola. No habría una segunda.

—De acuerdo —cedí, provocando que Tracy exhalara un suspiro de alivio.

—Gracias, Audrey. Date prisa, por favor. La pelea está a punto de empezar y no damos abasto. —Antes de que pudiera responder, Tracy se dio la vuelta y se marchó.

Volví a echar un último vistazo a mi alrededor. No habría ningún problema si dejaba a Clarisse, la nueva camarera, sola. Además, puede que fuese su primer día, pero sin lugar a dudas era mucho más válida que yo para el puesto. La avisé de que la dejaba sola y bajé al sótano.

Tracy no había exagerado ni un poco. La estancia estaba abarrotada de hombres sentados en las sillas y mujeres con poca ropa acompañándolos. A diferencia de la otra vez, me di cuenta de que no todas las mujeres eran trabajadoras del *pub*; algunas eran acompañantes que ellos se habían traído de fuera, pero dudaba que fuesen sus novias o esposas. Evité escudriñar con atención porque quería evitar encontrarme con Damiano. No estaba preparada para volver a enfrentarme a él.

Al que vi fue a Jasper, a quien no había visto desde la anterior pelea. Él estaba hablando con un hombre, pero acto seguido se acercó a otro y se sentó en la silla vacía a su lado. Llevaba un móvil en la mano donde apuntó algo y vi cómo el hombre le entregaba dinero.

—A las empleadas no nos dejan apostar —me advirtió Tracy, apareciendo a mi lado justo cuando entré detrás de la barra—. Aunque tampoco es como si fuésemos a gastar el poco dinero que tenemos en eso.

—Yo apostaría por el hombre del pelo rapado —apuntó Savannah a la vez que sacaba una botella de licor de la pequeña nevera debajo de la barra—. Lo he visto antes de que se marchase al

vestuario a prepararse. —Esbozó una sonrisita—. Está bastante bueno.

Tracy puso los ojos en blanco, pero no llegó a decir nada, porque una de las acompañantes se acercó a la barra para pedir unas bebidas. Uno de los hombres a los que acompañaba apareció un minuto más tarde, inclinándose con confianza hacia ella para susurrarle algo al oído. Ella sonrió y apartó su cabello negro hacia atrás, coqueta. El hombre le guiñó un ojo y le dio una cachetada en el culo, haciendo que se riera.

Era todo falso. Puede que la chica fuera convincente, pero era evidente que estaba actuando. Podía detectar cada sonrisa falsa, cada aleteo de pestañas fingido. Era todo parte de una actuación para contentarlo.

De la misma manera que yo hacía en cada fiesta a la que acudía con mis padres. Puede que mi mundo fuera muy diferente al que vivían esas chicas, pero, al igual que ellas, había aprendido a fingir, a actuar un papel, para sobrevivir.

—Pagan mucho mejor si estás en ese lado que en este —me dijo Savannah, observando cómo ambos regresaban a sus asientos—. Pero no me gusta trabajar de esa manera durante las peleas. —Chasqueó la lengua y se pasó una mano por su cabello castaño—. Los hombres están más irascibles.

Savannah, después de mí, era la más joven de todas; seguramente tendría tan solo un par de años más que yo. Me pregunté cuánto tiempo llevaba haciendo aquello.

—Te marchaste de repente de la sala vip —susurró, bajando la voz. Aun así, miró alrededor, comprobando que nadie estuviese escuchándonos—. Y luego Damiano echó a todos los hombres y a nosotras nos mandó para casa. Sin ningún tipo de explicación. ¿Sabes qué pasó?

Mi estómago se hundió al recordar aquella noche y lo que podría haber pasado si Damiano no me hubiera salvado. Por supuesto que las demás camareras se habían dado cuenta de que algo había sucedido. Sin embargo, no podía contarle la verdad. Si Damiano no lo había hecho, era mejor ser cauta y guardarme todo lo sucedido para mí.

—Me encontraba mal y me fui a casa —mentí, tratando de controlar la voz.

Savannah me miró. Era evidente que no me creyó.

—Los hombres no estaban contentos y Damiano tampoco. Fue extraño y…

—Si vais a estar de charla y dejarme todo el trabajo a mí, me podéis dar vuestro sueldo —se quejó Tracy, señalando a los dos hombres que acababan de acercarse a la barra. Savannah se alejó de mí y se acercó a ellos.

Un minuto más tarde una chica me llamó para que le sirviera unas cuantas bebidas para un grupo grande de hombres. Para mi propia sorpresa y orgullo, supe preparar todas las bebidas y no derramé nada. Estaba bastante feliz conmigo misma. Los contrincantes aún no habían salido, por lo que podía parecer un día normal de trabajo. No sabía si estaba preparada para la violencia que se avecinaba, pero siempre podía ignorarla.

—¿Qué hace esta aquí? —Una voz masculina provocó que levantase la cabeza.

Scott estaba dentro de la barra hablando con Tracy, no conmigo, pero era evidente que se refería a mí.

—Buffy y Laurie están enfermas. Necesitábamos ayuda.

—Habérsela pedido a Clarisse.

—Clarisse lleva dos días trabajando y no tiene experiencia en el sótano. Hay mucho trabajo, no es día para iniciarse —explicó Tracy.

—Ella tiene prohibido trabajar en otro lado que no sea la planta de arriba —dijo Scott con su característico mal humor.

—Ella se llama Audrey y está aquí —me quejé, provocando que Scott me mirase.

No parecía especialmente feliz por mi intromisión, pero no me importaba. Nunca me había gustado que hablasen de mí como si no estuviese allí.

—Y no deberías estarlo —señaló—. En realidad, deberías estar despedida.

—Pero no lo estoy —repliqué.

—No, no lo estás. Sube arriba, el sótano no es lugar para ti.

Vi cómo Tracy suspiraba.

—Ya he estado aquí antes y no lo hice mal. No me voy a ir y dejar tiradas a mis compañeras. Si quieres que me vaya, vas a tener que sacarme a rastras.

—No me tientes —masculló Scott con los dientes apretados, y por un momento, pensé que lo haría. Me miró por un instante, y debió darse cuenta de mi determinación, porque emitió una especie de risa extraña—. Muy bien, haz lo que te dé la gana. Tú misma. —Hizo un gesto con las manos y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta y abandonando la sala.

Hundí los hombros mientras exhalaba un suspiro de alivio. Acababa de cometer una estupidez, era consciente de ello. Ni siquiera sabía por qué me había enfrentado a Scott cuando lo más inteligente habría sido aprovechar su negativa para subir arriba. Yo no quería estar allí y dudaba que pudiese averiguar nada interesante, pero detestaba que me tratasen de estúpida y me dijeran lo que tenía que hacer.

—No sé si tienes los ovarios bien puestos o no tienes instinto de supervivencia —me dijo Tracy con una sonrisa.

Seguramente, ambas.

—Es un imbécil —farfullé.

—La mayoría aquí lo son. —Tracy se encogió de hombros—. Scott solía ser de los mejores, ¿sabes? Era agradable y hacía bromas para que nos sintiéramos más cómodas; incluso se preocupaba por nosotras. —Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza—. Pero eso fue antes de lo de Paola.

Me quedé congelada al escuchar aquel nombre. Por un instante me pregunté si había sido mi imaginación. Pero no, ella lo había dicho. Lo había escuchado con claridad.

—¿Paola? —repetí.

—Tú no llegaste a conocerla. —Si Tracy notó algo extraño en la manera en que pronuncié el nombre de mi amiga, no lo demostró—. Ella fue una de las camareras del *pub*. Estuvo trabajando aquí unos meses antes de… —tragó saliva y dio un par de pasos para acercarse a mí— que se suicidara —terminó, diciéndolo casi en un susurro tan bajo que yo apenas pude escucharla.

Mi corazón golpeó con fuerza en mi pecho. Si Tracy supiera que yo sí conocía a Paola; que la había llegado a conocer tan bien como a mí misma. Quise preguntarle tantas cosas, había tanto que quería decir… Pero no lo hice por la misma razón por la que no le había preguntado a ninguna de mis compañeras antes sobre ella: porque, si descubrían que estaba allí para vengar su muerte, se lo contarían a Damiano y todo mi plan se iría al garete. Y, al igual que Paola, terminaría muerta.

Por eso me obligué a mantenerme serena y tratar de parecer indiferente.

—¿Scott y ella estaban unidos?

Tracy tragó saliva, como si de repente se diera cuenta de que estaba revelando más de lo que debería. Ella miró hacia Savannah, que estaba atendiendo a un cliente. En ese momento no había nadie más esperando bebidas; aunque sabíamos que era una tranquilidad momentánea.

—Creo que estaban juntos —me respondió, sorprendiéndome—. Ella estuvo trabajando seis meses aquí. Al principio, hacía de todo. —Entendí a lo que se refería y tuve que usar todo mi autocontrol para no soltar un grito. Si Paola se había prostituido, tenía que estar muy desesperada, o tal vez la habían obligado y por eso quiso ayudar a George para poder salir de allí. Aunque, por lo que había visto, todas las chicas allí lo hacían libremente; eso sí, movidas por sus circunstancias—. Pero luego dejó de hacerlo. También noté un cambio en ella: parecía más contenta, más relajada; incluso feliz. Un día fui a sacar la basura y los vi en el callejón besándose y lo entendí.

—¿Y por qué crees que se suicidó si parecía que estaba feliz?

Tracy suspiró.

—La tarde antes de suicidarse estaba rara, triste. No éramos amigas, pero me caía bien. Me dijo que necesitaba un favor, pero yo estaba celosa —reconoció—. Scott me gustaba, pero él nunca se fijó en mí. Y vi cómo la miraba, cómo la esperaba a que terminase el turno. Puede que lo llevasen a escondidas y nadie se diera cuenta, pero yo lo sabía. Así que le dije que me dejase en paz. Tal vez ella

solo necesitaba hablar y yo… —Tracy mordió su labio inferior, tratando de contener el llanto.

—Pero no lo sabías. —Estiré mi mano para apoyar mi mano sobre su hombro a modo de consuelo. Tracy lo desconocía, pero sabía exactamente lo que sentía. La misma culpa que me había impedido dormir durante más de dos horas seguidas desde hacía un mes y una semana. El día en el que descubrí que Paola había muerto—. No es tu culpa —le respondí. No lo era, porque solo había un culpable.

—Aún así... Podría haber estado para ella y no lo estuve. No puedo dejar de preguntarme si yo hubiera hablado con ella podría haber cambiado algo, ¿sabes? Quizá las cosas hubieran sido diferentes. —Tracy se limpió una lágrima que cayó de su ojo y negó con la cabeza—. Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto.

—Para explicarme por qué Scott es un imbécil —le respondí con una sonrisa suave, apretando un poco su hombro—. ¿Estás segura de que su cambio fue por la muerte de Paola?

Scott era la mano derecha de Damiano. Tenía que saber lo que le sucedió de verdad a Paola.

—Cambió desde ese día. Él ahora siempre tiene esa máscara de frialdad en el rostro. Siempre está de mal humor, enfadado con el mundo; es inaccesible. Pero qué sé yo, tal vez sea por otra razón. O simplemente ahora se muestra como realmente es; tal vez se cansó de fingir que es un buen hombre.

—No creo que ninguno aquí lo sea —murmuré, más para mí misma que para ella.

Tracy iba a decirme algo, pero Savannah nos llamó. Ambas nos giramos para ver a unos cuantos clientes en la barra esperando a ser atendidos. La pobre Savannah no daba abasto.

Mierda. Mi momento había pasado. Pero, al menos, Tracy me había dado un hilo del que poder tirar: Scott.

Resignada, fui a acercarme a uno de los hombres para atenderlo antes de que a Savannah le diera un infarto, pero Tracy agarró mi muñeca.

—Audrey, no digas nada de lo que te he contado —me pidió. Podía ver la súplica en sus ojos.

—Claro que no —le prometí, aunque no era una promesa cierta del todo.

No iba a delatarla, pero tenía que hablar con Scott. Tenía que averiguar qué tipo de relación habían mantenido Paola y él. Porque la información que Tracy me había dado, lejos de aportarme claridad, tan solo me había confundido más.

Si destruía a Damiano, Paola también destruiría a Scott. Puede que Paola y yo hubiéramos estado distanciadas los últimos años, pero la conocía lo suficientemente bien como para saber que ella no jugaría con los sentimientos de nadie. No usaría a Scott para destruir el imperio de Damiano.

Tenía más dudas que nunca. Dudas que necesitaba resolver.

Capítulo 14

Hablar con Scott durante la pelea no era una opción. No podía salir de detrás de la barra y abordarlo mientras él charlaba con los hombres que esperaban el combate. Llamaría demasiado la atención.

Además, tampoco era como si supiera qué decirle.

Mientras servía las copas que me pedían, vi a Damiano. Él estaba sentado en una de las mesas con varios hombres trajeados. Su mirada se fijó en la mía y vi cómo su rostro cambió. Él no parecía feliz, pero yo no podía lidiar con él en ese momento.

No cuando mi cabeza iba a cien por hora. Una parte de mí quería llamar a George; tal vez él tenía las respuestas que necesitaba, pero la conversación con Gigi, unida a ciertas sensaciones que se habían apoderado de mí desde que estuvo en mi apartamento, me lo impedían. Por alguna razón, sentía que no podía confiar en él, que no podía confiar en nadie.

Una gran ovación interrumpió mis pensamientos. Los luchadores de aquella noche estaban en el escenario, preparados para entrar en la jaula. Scott subió al escenario para presentarlos y la pelea comenzó minutos después, pero yo ni siquiera presté atención. Estaba demasiado ocupada dándole vueltas a todos los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza.

Ningún cliente se acercó a la barra ni nos llamó para pedir bebidas. Todos parecían tener una, y los que la habían terminado estaban demasiado concentrados prestando atención al combate.

—Voy al servicio —dije, aprovechando aquel momento de tranquilidad.

Tracy, que tenía su mirada fija en el escenario a pesar de la mueca de horror que se dibujaba en su rostro, asintió vagamente.

El de empleados estaba en la planta de arriba, pero lo prefería, ya que en el sótano solo había un baño *unisex*. Dudaba que estuviese ocupado, pero, después de lo sucedido en la sala vip, prefería alejarme de cualquier cliente que no conociera.

Evadí la jaula con la mirada, evitando también el rincón donde sabía que estaba Damiano. Me dirigí hacia las escaleras, pero al acercarme, algo me hizo detenerme. En una de las mesas, junto a la barandilla, había un hombre. Y no era un rostro cualquiera. Era alguien conocido; demasiado conocido.

Había visto a ese hombre en innumerables ocasiones: en fiestas, en el club deportivo, incluso había cenado junto a mis padres con él, su esposa y sus dos hijos pequeños. Una esposa que, desde luego, no era la chica rubia de una edad similar a la mía que ahora tenía sentada en su regazo. Era un empresario conocido, socio mayoritario de una cadena de supermercados con locales repartidos por todo el país y cuya sede principal estaba en Nueva York. Un nombre respetado, muy católico, siempre dispuesto a dar lecciones sobre el valor de la familia y las buenas costumbres.

Menudo hipócrita.

El problema era que no podía salir por la escalera porque me vería, pero tampoco podía quedarme allí, ya que antes o después se daría cuenta de mi presencia, si no se había percatado ya. Aunque lo dudaba, ya que no estaría tan tranquilo girando la cabeza de su acompañante para besarla.

Menudo asqueroso. Y lo peor era que me había parecido un hombre enamorado de su mujer, respetuoso y legal. Si estaba allí, no era ninguno de los tres. Me hubiese encantado sacarle una foto y enviársela a su mujer, pero no podía hacerlo, como tampoco podía permitir que me viese. Porque, si lo hacía, no terminaría bien para mí. Podía arriesgarme a que llamase a mis padres y se presentasen en el *pub* con la policía en menos de tres horas.

Por supuesto que siempre podría chantajearlo. Si él contaba que yo estaba allí, yo contaría lo que había visto, pero prefería no arriesgarme.

Tenía que salir de allí. Y solo había una manera: atravesando la puerta de metal. Estaba abierta y, en ese momento, no había nadie custodiándola.

Entré por ella a toda velocidad con la esperanza de que la puerta que daba al garaje, por donde entraban los clientes, estuviese abierta. Pero no había recorrido más que unos pasos cuando sentí el

ruido de la puerta cerrándose tras de mí y, antes de que pudiese girarme, unas manos fuertes me sujetaron las muñecas y, en cuestión de un segundo, mi espalda chocó contra la pared. Alcé la mirada y me encontré con esos profundos ojos castaños que estaban empezando a perseguirme hasta en los sueños.

—¿Adónde ibas, *gattina*? —me preguntó.

—Mi nombre es Audrey, no *gattina* —repliqué, evadiendo a propósito su pregunta, ya que no pensaba decirle la verdad.

Damiano soltó una carcajada baja que salió de lo más profundo de su pecho. Con confianza, acercó su rostro al mío; podía sentir su aliento a whisky y cigarrillos acariciando la piel de mi mejilla.

—Sé cuál es tu nombre —me respondió, con la voz baja, como un ronroneo amenazante contra mi oído—. Pero me gusta más *gattina*. Te queda bien.

Tragué saliva. Sus manos seguían sujetándome con firmeza, pero sin hacerme daño, solo recordándome que no tenía escapatoria. Al menos, no por ahora.

—No soy una gatita —dije, y si él se sorprendió de que supiese el significado de la palabra, no lo demostró. No había sido difícil; el italiano era parecido al español. Aunque me mordí el labio inferior al darme cuenta de que quizá me había delatado un poco.

—Sí que lo eres. Una muy curiosa que siempre incumple las normas. No deberías estar en el sótano y menos cruzar esta puerta.

—Estaba ayudando a Tracy y a Savannah. Y… —me interrumpí, porque no tenía una explicación plausible que darle de por qué estaba allí en vez de detrás de la barra.

—¿No será que estabas deseando volver a verme? —me preguntó, provocando que abriese los ojos como platos—. Cuando Scott me ha contado que te has negado a regresar a la planta de arriba me he cabreado, pero después tu rebeldía me ha puesto cachondo, como siempre. —Liberó una de mis muñecas, aunque antes de que pudiese hacer ningún tipo de movimiento, la atrapó con su otra mano—. No podía esperar a que la pelea terminase para ir en tu búsqueda y castigarte. —Él pasó la yema de su dedo índice por mi labio inferior—. Pero mi *gattina* tenía que adelantar los acontecimientos.

—Yo no he adelantado nada —resoplé, entornando los ojos ante la cantidad de chorradas que tenía que escuchar—. ¡Y suéltame! —Intenté, sin éxito, zafarme de su agarre.

—Sabías que vendría tras de ti si cruzabas la puerta de metal. Me has retado —alzó su dedo pulgar para pellizcar levemente mi labio inferior—, y yo acepto el reto.

¿Pero qué estaba diciendo? Yo no le había retado a nada.

Antes de que pudiese responderle, su boca estaba encima de la mía. No fue un beso dulce ni paciente. Fue posesivo, fuerte, como si quisiese dejarme claro quién mandaba allí. Soltó mis brazos, dejándolos libres y, aunque una parte de mí gritaba que lo empujara, la otra, esa parte absurda y traicionera, se aferró a su camisa, haciéndolo gemir. Como si mi rendición lo hubiese puesto cachondo.

Su lengua rozó la mía, demandante, y sentí cómo todo mi cuerpo se estremecía. Era un beso que sabía a un «estás jodida». Y tal vez lo estaba, porque, aunque no tenía ningún sentido, la atracción que sentía hacia él, hacia el hombre que odiaba, era intensa, oscura e inevitable. Y ese beso, ese maldito beso, era la prueba irrefutable de ello.

Cuando se separó apenas unos centímetros, ambos respirábamos agitadamente. Sus manos seguían aferradas a mis caderas, como si no pensara soltarme nunca. Me miró con esos ojos castaños, brillantes, llenos de deseo y de algo más que no sabía si quería descifrar.

—Admítelo —me ordenó con voz ronca.

—No sé qué quieres que admita —dije, aunque en el fondo sí lo sabía.

—Te gusta que te persiga, y sobre todo, que te atrape. Pero tengo que advertirte, este juego al que estás jugando es peligroso.

No sabía él cuánto. Aún así, le pregunté:

—¿Por qué?

Él esbozó esa sonrisa ladeada suya.

—Porque yo nunca pierdo, *gattina* —respondió, estirando su mano y sujetando uno de los mechones de mi cabello que se había

escapado de las dos trenzas que llevaba, para enredarlo entre sus dedos.

—Todos hemos perdido alguna vez.

—Eso os sucede a los que jugáis limpio, *gattina*. Pero yo juego sucio; muy sucio.

—¿Quién te ha dicho que yo juego limpio? —pregunté, alzando la barbilla, desafiándolo.

Él ladeó la cabeza, frunció el ceño apenas un segundo, y antes de que pudiera procesarlo, me había alzado y colocado sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Eh! ¡Bájame! —grité, pataleando con fuerza mientras mis puños golpeaban su espalda y su trasero sin mucho efecto—. ¡He dicho que me bajes!

Él soltó una carcajada grave, de esas que me ponían los pelos de punta, pero no me respondió. Avanzó por el largo pasillo, sorteando algunas puertas cerradas. Yo seguía revolviéndome, furiosa, aunque una parte de mí, la misma maldita parte que se había aferrado a su camiseta, estaba peligrosamente excitada por la situación.

Llegamos a una puerta al fondo del pasillo. La abrió y entró conmigo a cuestas. Era su despacho, lo reconocí al instante.

Me dejó de pie sobre el suelo, me tambaleé un poco, pero enseguida me recompuse. Antes de que pudiera correr o abrir la boca, cerró la puerta y echó el pestillo con un clic seco. Se apoyó contra la puerta, mirándome intensamente. Y entonces, sin apartar sus ojos de los míos, se llevó las manos al cinturón y lo soltó despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Muy bien, *gattina* —murmuró con una sonrisa torcida—. Ya que no juegas limpio, dime, ¿cuán sucio estás dispuesta a jugar?

Mi respiración se aceleró y mi corazón latía como un tambor desbocado en mi pecho. Lo odiaba. Pero, sobre todo, me detestaba a mí misma porque, en lo más hondo de mi ser, lo deseaba. Y ya no podía seguir negándolo.

No después de haberlo besado.

—Eres… eres… —balbuceé, tragando saliva.

—Un hombre que te quieres follar —terminó él por mí, sin ningún pudor.

—No.

Él soltó una carcajada baja y oscura, acercándose un par de pasos más, con el cinturón aún en su mano. La estancia amplia pareció encogerse con su proximidad. Tiró el cinturón al suelo, y el golpe seco del cuero contra la madera resonó en el silencio denso que se había instalado entre los dos.

—Cobarde —escupió, con esa media sonrisa torcida que me sacaba de quicio y a la vez me hacía arder.

—No soy una cobarde —repliqué, apretando los puños con fuerza —. Simplemente no quiero.

—Sí quieres —negó él, sin titubear, su voz grave cargada de una certeza que me puso la piel de gallina—. Claro que quieres.

Y antes de que pudiera protestar, rompió la distancia que nos separaba. Su cuerpo quedó pegado al mío. Una mano en mi cintura, firme, posesiva, y la otra enredándose en mi pelo, obligándome a alzar la cabeza y enfrentar su mirada.

—Puedes seguir mintiéndote, *gattina* —susurró contra mis labios, su aliento caliente rozándome la piel—. Pero cada vez que te tengo cerca, tu cuerpo reacciona a mí y eso no se finge.

Damiano tenía razón. Por alguna extraña razón que no era capaz de descifrar, me sentía atraída hacia él. Lo había hecho desde el primer instante en el que lo había visto en la jaula. Para qué mentir, desde la primera vez en la que George me enseñó una fotografía de él. No era para nada el tipo de chico en el que me fijaría, pero había algo en esa oscuridad salvaje que derrochaba que me hacía sentirme atraída hacia él como una polilla hacia la luz.

—Me das asco —escupí.

Lejos de sentirse ofendido ante mis palabras, Damiano sonrió. No me creyó ni por un instante.

—Y aún así, no te alejas.

—Has cerrado la puerta, no puedo irme.

—Puedes irte cuando quieras, *gattina*. No eres mi prisionera.

—¿Y no me perseguirías si lo hago?

Él levantó la mano y con la yema de su dedo acarició mi labio inferior, tan despacio que sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

—La libertad es solo una ilusión —murmuró, con su mirada fija en la mía—. Puedes irte de este despacho, pero volverás.

Mi pecho se alzó con fuerza al respirar, luchando contra ese vértigo que me provocaba cada palabra suya.

—¿Tan seguro estás de tener ese poder sobre mí? —quise desafiarlo, aunque mi voz salió más temblorosa de lo que pretendía.

Sus labios rozaron mi oído, su aliento caliente haciéndome cerrar los ojos.

—No tengo ninguna duda.

—Estás equi…

No pude terminar la frase, porque me besó de nuevo, como si quisiera borrar cualquier pensamiento de mi mente. Y maldita sea, lo logró. Por un instante, olvidé quién era él. El asesino despiadado, el culpable de la muerte de Paola. Olvidé mi misión allí; lo olvidé todo.

Sobre todo, cuando sin dejar de besarme, me levantó con facilidad. Me aferré a él con piernas y brazos, sintiendo cómo su fuerza me envolvía, cómo su calor se infiltraba bajo mi piel. Me llevó hasta el escritorio, tiró de un manotazo todo lo que había encima, y escuché el sonido y violento del portátil estrellándose contra el suelo, arrancándome un sobresalto.

—¿Has roto el portátil? —logré preguntar entre jadeos, con la respiración desbocada.

Damiano me miró con intensidad.

—Me importa una jodida mierda —gruñó.

De un tirón me bajó los pantalones y las bragas, deshaciéndose de ellas como si no fueran nada. Tiró de mis piernas, separándolas sin delicadeza, como si le pertenecieran. Se colocó entre ellas, y cuando se agachó, quedando en cuclillas frente a mí, sentí que mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho.

Entonces su lengua, caliente y húmeda, rozó mis pliegues, y yo sentí que me moría.

—Ah… —jadeé, llevándome una mano a la boca, como si pudiera contener el gemido que se me escapó.

Pero era inútil. Porque él no buscaba ternura, ni permiso; buscaba desarmarme. Y yo, contra todo pronóstico, me estaba dejando hacer.

Su lengua trazó un camino lento y firme, explorando cada rincón, arrancándome jadeos, estremecimientos y maldiciones entre dientes. Mis dedos se clavaron en el borde del escritorio, y mis piernas intentaron cerrarse por instinto, pero sus manos me sujetaron con fuerza, manteniéndome abierta para él. No había escapatoria, ni la quería. No en ese momento.

Su lengua se movía con una mezcla de precisión y hambre, como si supiera exactamente cómo llevarme al límite. Cada caricia, cada roce, me arrancaba un gemido que intentaba contener sin éxito. Mi espalda se arqueó cuando atrapó mi clítoris entre sus labios, succionando con la intensidad justa para hacerme ver las estrellas.

—Mierda… —jadeé, con mi cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Podía sentir cómo su respiración se mezclaba con mi humedad, cómo su lengua me castigaba y me premiaba a partes iguales. Su nombre casi escapó de mis labios, pero me mordí el labio inferior, negándome a dárselo.

Él lo notó, porque se separó un instante y me miró desde abajo.

—Dilo —ordenó con la voz ronca.

Negué con la cabeza, aunque sabía que no iba a poder resistirme mucho más.

Sin darme tregua, volvió a hundir el rostro entre mis piernas, y esta vez añadió un dedo, deslizándolo dentro de mí con una facilidad vergonzosa. Gemí tan fuerte que me cubrí la boca con una mano. Me habían hecho sexo oral antes, pero nunca se había sentido tan intenso.

Su boca y su dedo se movieron en perfecta sincronía, llevándome al borde del precipicio una y otra vez, sin dejarme caer, como si jugara con mi cuerpo, como si fuera suyo.

Y quizá lo era. Al menos, en ese momento.

—Eres mía —susurró contra mis pliegues, como si leyera cada maldito pensamiento que me negaba a admitir.

Sentí cómo la presión crecía, cómo mis músculos se tensaban, y la necesidad incendiándome desde dentro. Estaba a punto, rozando ese límite dulce y cruel, y Damiano lo sabía. Lo disfrutaba.

—Dilo —insistió otra vez, su voz ronca, oscura, sin dejar de mover la lengua, sin apartar los dedos de mi interior—. Di a quién perteneces.

—No le pertenezco a nadie —solté, mi voz hecha jirones, temblorosa, aunque ni yo me creía la firmeza de mis palabras.

Él levantó la cabeza, sus ojos ardiendo al encontrar los míos. Sin dejar de mirarme, añadió otro dedo. Sus movimientos eran precisos, creando una presión deliciosa que me hizo gemir en alto. Pero seguía sin ser suficiente y la frustración empezó a devorarme.

—Dilo —gruñó, moviendo sus dedos más despacio a propósito, acariciando y torturándome—. Si quieres correrte, *gattina*. Si quieres que te lleve al puto infierno y te haga gritar, dilo.

Me mordí el labio, cerrando los ojos e intentando resistirme, pero mi cuerpo ya no me obedecía. Estaba ardiendo y temblando. Cada roce me arrancaba un jadeo, y sabía que no duraría mucho más.

—Di que eres mía —repitió, su voz más baja, más peligrosa—. O te dejaré así, temblando y vacía.

La muy maldita de mi lengua se rindió antes que mi orgullo.

—Soy tuya —susurré, derrotada y encendida.

—¿Y cuál es mi nombre? —preguntó, porque no tenía suficiente, quería que me rindiese del todo a él.

Lo miré, con la respiración temblorosa, mi cuerpo aún aferrado al borde de ese placer brutal que él controlaba. Su mirada se hundió en la mía, oscura y hambrienta, esperándolo. Y por un segundo luché conmigo misma, con la memoria de Paola, con el odio que me había llevado hasta ese lugar. Pero, en ese instante, mi cuerpo ya no recordaba nada de eso.

Solo lo recordaba a él. Solo recordaba su nombre.

—Damiano.

—Eso es, *gattina* —murmuró, con esa sonrisa de depredador satisfecho, antes de besarme en la boca de forma posesiva, como si acabara de arrancarme el alma.

Y quizá lo había hecho.

Sus dedos se movieron dentro de mí con una lentitud dolorosa; cada embestida encendía un poco más ese fuego agónico en mi

vientre, llevando mi cuerpo a ese maldito borde al que solo él parecía tener acceso.

—Ahora —ronroneó en mi oído—, suplícame que te deje correrte.

Mi orgullo intentó sujetarse, resistir, pero era inútil. Todo mi cuerpo exigía la liberación. Me sentía a punto de romperme, de gritar, de llorar de puro deseo.

—Yo… —jadeé, cerrando los ojos.

—Hazlo, *gattina* —susurró, y su aliento caliente contra mi oído me hizo temblar—. Suplicámelo… y te lo ganarás. Chuparé tu clítoris y te haré correrte tan fuerte que no vas a poder pronunciar otra palabra que no sea mi nombre.

Sus dedos se movieron más rápido y mi espalda se arqueó.

—Por favor… —gemí al fin—. Por favor, Damiano… déjame… déjame correrme.

Su sonrisa fue pura perversión y su boca descendió de nuevo.

Y cuando su lengua rozó mi clítoris, succionando con fuerza mientras sus dedos no dejaban de castigarme, sentí cómo el orgasmo me desgarraba desde dentro, como una explosión violenta que me hizo gritar su nombre sin vergüenza alguna. Cuando el placer desapareció y la cordura regresó a mí, sentí cómo una oleada fría de vergüenza y furia me recorría el cuerpo. Me bajé del escritorio de un salto, el tacto de la madera aún ardiendo contra mis muslos, y busqué a tientas mi ropa.

Me vestí con toda la rapidez que mis manos temblorosas me permitieron. Podía notar su mirada fija en mí, quemándome la espalda, leyendo cada uno de mis movimientos. Pero no dijo nada. No se acercó. No intentó detenerme. Cuando terminé de vestirme, traté de arreglar un poco mi cabello, y me giré hacia Damiano. Él seguía apoyado contra el escritorio de manera distraída, como si nada de lo que acababa de pasar significara algo.

Pero tenía esa mirada intensa e impenetrable; la misma que me dio el primer día que nos conocimos en la jaula. La sostuve durante un segundo, pero, esta vez, yo la aparté primero. No tenía fuerzas para desafiarlo de verdad, pero sí para fingirlo.

—Esto no cambia nada —dije, con mi voz rasgada pero firme—. No soy tuya y nunca lo seré.

Una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

—¿Seguro, *gattina*? —Su tono era bajo y grave, cargado de algo que no quise descifrar—. Eres mía desde el momento en que pusiste un pie en el *pub*.

Tragué saliva, apretando los puños a cada lado de mi cuerpo. Quería gritarle que no, que jamás lo sería pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta. Porque lo cierto era que, durante unos minutos, había sido suya. Mi cuerpo le había pertenecido al igual que mi mente. Él era todo en lo que había podido pensar.

Damiano se incorporó, caminó despacio hacia mí y se detuvo a escasos centímetros. Bajó la mirada hacia mis labios y luego a mis ojos.

—Ahora —murmuró—, ¿por qué no me devuelves el favor, *gattina*? Sería lo justo, ¿no crees?

Al principio no lo entendí, pero cuando bajé la mirada y vi su erección marcando descaradamente la tela de su pantalón, dura y ansiosa, lo comprendí.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero no por miedo, sino por lo malditamente tentador que resultaba y por lo mucho que me odié a mí misma por desearlo. Sin embargo, levanté la cabeza con lentitud, forzando a mis ojos a sostener los suyos.

—Ni en tus mejores sueños —espeté, aferrándome a ese último retazo de dignidad que aún no me había arrebatado.

—En mis mejores sueños no es una mamada lo que me estás haciendo, *gattina*.

Mi corazón dio un vuelco y mis mejillas se encendieron, pero no iba a darle ese gusto.

—Pues tendrás que seguir soñando.

—¿Segura que no quieres conocer los detalles?

Quería. Quería saberlo todo, dejarme llevar por esa intensidad que me hacía olvidar todo lo demás. Pero no podía seguir por ese camino con él. No cuando aún mi centro palpitaba, recordando su lengua y sus dedos. No cuando me resultaba tan difícil no caer rendida a él. Y menos cuando me estaba costando recordar quién era él verdaderamente y cuál era mi objetivo allí.

Estaba en Chicago para buscar pruebas para meterlo en la cárcel, no para acostarme con él.

Pero, a esas alturas, ni siquiera tenía claro eso.

Me giré para dejar de mirarlo, para no caer de nuevo en la tentación.

—Abre la puerta, quiero irme.

Escuché que Damiano suspiró, entre frustrado y divertido.

—Solo es un pestillo, estoy seguro de que puedes hacerlo tú misma.

Me moví hasta la puerta, puse la mano en el pomo y, con un pequeño movimiento, la abrí. Antes de salir, sentí su voz baja y peligrosa rozar mi oído. Se había deslizado hasta mí en completo silencio, como un depredador acechando a su presa.

—Vete a casa —susurró, con su aliento caliente acariciando mi piel—. Si esta noche te veo otra vez, no te dejaré escapar.

Tragué saliva con fuerza al escuchar sus palabras mientras trataba de controlar la bola de fuego que se desató en mi estómago. Entrecerré los ojos imaginándome por un instante cómo sería una noche con Damiano. Tal vez, si me acostaba con él, terminaría con esa atracción irresistible que sentía por él; tal vez, de esa manera, lo sacaría de mi sistema de una vez.

Pero sabía que no podría hacerlo, porque ya bastante me había fallado a mí misma y a Paola después de lo ocurrido esa noche.

Tenía que alejarme de él. Por eso, salí del despacho sin mirar atrás.

Por suerte, al regresar al sótano, la pelea había terminado y solo quedaban clientes a los que no conocía. Subí, cogí mis cosas y me marché. Solo cuando estaba entrando en mi apartamento me di cuenta de que había perdido una oportunidad de oro para descubrir alguna pista sobre Paola en el despacho. Pero lo cierto era que, al cerrar los ojos, lo único en lo que pude pensar fueron en las manos de Damiano y en su boca dándome placer.

Capítulo 15

Necesitaba hablar con Scott.

Durante los dos últimos días, había intentado acercarme a él. Pero no era tan sencillo, ya que, aunque veía a Scott prácticamente todos los días, siempre era de pasada. Y no era como si Scott fuera la persona más agradable del planeta.

Tenía que buscar el momento exacto.

Y surgió aquella noche. Había sido un turno tranquilo, en el que apenas había compañeras; Buffy no estaba, lo que me facilitaba que no se entrometiera. Tan solo quedábamos Tracy y yo recogiendo, y había visto cómo Scott se dirigía al sótano.

Era mi oportunidad. Pero ¿cómo me acercaba a él? No era como si pudiera abordarlo y decirle: «Hola, Paola era mi amiga y creo que tú tenías algo con ella. Damiano y tú descubristeis que estaba espiándoos y la matasteis. Pero ahora tengo dudas porque hay cosas que no me cuadran. ¿Lo hicisteis o no?»

Necesitaba ser sutil e intentar sonsacarle información sin que se diera cuenta. Era peligroso, pero no podía seguir así. Gigi se había negado a hablar conmigo de nada que no fuera laboral, George me seguía metiendo presión para que intentara conseguir pruebas para encarcelar a Damiano. Y Damiano… Bueno, después de nuestro último encuentro, no lo había vuelto a ver. Pero la parte más jodida era que lo buscaba con la mirada a cada instante.

Sin pensarlo demasiado, me dirigí a la barra y serví un whisky. Con el vaso en la mano, me dirigí hacia el sótano. La puerta estaba entreabierta y Scott estaba sentado en una de las mesas. Solo estaba él; nadie más. Traté de no mirar hacia la jaula, ya que no me traía recuerdos demasiado agradables.

Scott ni siquiera me miró, él parecía perdido en sus pensamientos.

—¿Qué quieres, Audrey?

Vaya, pues sí que me había visto. ¿Pero cómo? Scott ni siquiera me había mirado una sola vez.

—Tracy me ha dicho que querías un whisky —respondí, acercándome hasta su mesa para dejar el vaso sobre ella.

Era mentira. Una mentira poco elaborada y absurda.

—Ya tengo un trago —contestó, señalando su vaso. Tenía un líquido blanquecino, pero no supe adivinar la bebida—. Además, aquí disponemos de barra y soy más que capaz de servirme mi propia bebida. Y ni siquiera me gusta el whisky.

Oh, Dios. Acababa de cavar mi propia tumba.

Si hablaba con Tracy, ella descubriría mi mentira. Puede que ahora mantuviésemos una relación cordial, pero sabía que ella no me cubriría. Mi movimiento había sido descuidado; iba a perderlo todo por una tontería. Quizá por eso decidí ir a por todas:

—Es una pena que se desperdicie entonces —dije, sentándome en la silla libre que había a su lado—. Me lo beberé yo.

Scott arqueó una ceja rubia.

—¿Te gusta el whisky?

No, no lo hacía. Yo prefería un *Manhattan*.

—¿Por qué no iba a gustarme? —repliqué, y como para mostrar mi punto, cogí el vaso y le di un trago.

Dios, asqueroso. Demasiado fuerte para mi gusto.

—Pues no lo parece —señaló Scott. Pero él no parecía sospechar de mí; es más, parecía divertido.

—¿Ya te vas a casa? —pregunté, tratando de sacar un tema de conversación aleatorio. Scott tampoco era la persona más accesible del mundo.

—No. Todavía me queda toda la noche.

—Pero si ya se han ido todos.

—Mi turno todavía no ha terminado. Prácticamente acaba de empezar.

Por supuesto. Scott hacía muchas más cosas que encargarse de supervisar el *pub*.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para Damiano?

Scott le dio un largo trago a su bebida.

—Damiano no es mi jefe. Él es mi familia; es mi hermano.

George me había contado que Scott era muy cercano a Damiano, pero no sabía cuánto. ¿Por qué Paola se habría involucrado con

Scott? ¿Se había enamorado de él? Parecía imposible, pero ¿qué sabía yo?

¿Tal vez Scott era quien había asesinado a Paola al descubrir que era una espía? ¿Quizá Damiano no tenía nada que ver? Quizá Damiano era inocente. Una parte de mí quería creer que él no mataría a sangre fría a una mujer.

—Vosotros no compartís sangre —señalé.

—Familia no es con la que compartes sangre, es quien es leal a ti —pronunció la palabra leal con fuerza, como si lo fuera todo para él —. Y Damiano es leal a los suyos.

A pesar de que Scott no era la persona más expresiva del mundo, podía percibir con claridad la admiración y el orgullo con el que hablaba sobre Damiano. Sabía por George que Scott era uno de los altos cargos de Damiano, pero hasta ese momento desconocía lo cercanos que eran.

¿Tan malo era Damiano cuando todos los que estaban a su alrededor hablaban sobre él con tanto respeto?

—¿Os conocéis hace mucho? —indagué.

—Unos diez años.

—Once, para ser exactos —corrigió una profunda voz detrás nuestra—. Siempre has sido una mierda con las fechas, Scott.

Me erguí en la silla. No necesité darme la vuelta para saber quién había hablado.

Mierda.

—No necesito almacenar cosas innecesarias en mi cerebro —apuntó Scott con despreocupación. Él ni siquiera parecía sorprendido por la interrupción—. Además, para hacer bien mis labores, no necesito tener buena memoria.

Tragué saliva con fuerza, porque me hacía una idea del tipo de labores a los que se refería.

Scott ladeó la cabeza hacia mi derecha. Damiano se encontraba detrás de mí, pero no me giré para mirarlo. Scott asintió con la cabeza y cogió su vaso, dándole un último trago a su bebida, para terminársela y dejar el vaso vacío sobre la mesa. Después, se levantó de la silla.

—Si me necesitas, estoy arriba —le dijo a Damiano.

Y así, me dejaba sola con el Diablo. Un Diablo muy habilidoso con su boca y sus manos.

—Si necesitas saber algo de mí, *gattina*, puedes preguntármelo directamente —comentó Damiano mientras ocupaba el sitio que Scott había dejado libre—. No hace falta que interrogues a mis hombres.

Mordí mi labio inferior y me giré para enfrentarlo. Como siempre, llevaba su cabello castaño perfectamente peinado hacia atrás, pero aquella noche llevaba una camisa verde. Los primeros botones estaban desabrochados, dejando a la vista parte de su piel olivácea y tatuada. No pude evitar pensar que, a pesar de que todo le quedaba bien, el color blanco le favorecía más.

Qué ironía.

—No estaba interrogando a nadie —espeté—. Y no quiero saber nada de ti.

—¿Ah, no? —preguntó, arqueando una ceja mientras posaba una mano sobre la mesa—. ¿Y por qué no te creo?

—¿Por qué eres un desconfiado?

—Lo soy. —Damiano se tensó ligeramente—. Debo serlo si no quiero que mis enemigos logren lo que desean.

—¿Y qué desean?

—Matarme para quedarse con lo que me he ganado con el sudor de mi frente. —A pesar de que su tono de voz era frío, pude ver cómo su mano, que se encontraba encima de la mesa, se cerraba con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Creo que para conseguirlo has usado algo más que sudor —puntualicé, dándome cuenta de mi error en el instante en el que aquellas palabras salieron de mis labios. Pero ya no podía retirarlas.

Afortunadamente, lejos de ofenderse, Damiano se encogió de hombros.

—He hecho lo que tenía que hacer para sobrevivir y prevalecer. Y seguiré haciéndolo. ¿No es lo que hacemos todos?

—Yo no.

Damiano me miró con curiosidad.

—¿Entonces qué haces aquí?

Por un momento, pensé que me había pillado. Que quizá, desde el principio, sabía quién era yo. Aunque eso no tenía ningún sentido, porque me hubiera matado desde el primer minuto que entré al *pub*.

Si aquello era una trampa, no iba a caer. Mantuve su mirada y traté de mantenerme serena, sin desmoronarme, ya que aquello era lo que Damiano buscaba.

—¿Qué quieres decir?

—Eres un desastre como camarera.

—Oye, he mejorado.

Damiano se rio y yo me relajé un poco.

—Es evidente que no tenías ninguna experiencia, *gattina*. Si estás trabajando en un *pub* como este es porque huyes de algo.

—No huyo de nada. —Al menos, esa parte era cierta—. Aunque tienes razón, nunca antes había trabajado como camarera —reconocí. Comencé a mover mis pies, nerviosa, no esperando aquel interrogatorio en ese momento—, pero necesito el dinero desesperadamente —mentí.

Damiano enarcó una ceja.

—Si lo necesitases tanto, darías los servicios extras a los hombres como hacen muchas de mis camareras.

—No soy una prostituta.

—No, no lo eres. Hay cientos de *pubs* en la ciudad que solo buscan camareras bonitas, no les importa la inexperiencia.

¿Él acababa de decir que era bonita? No, no podía centrarme en eso.

—Conozco a Gigi desde hace varios años —dije, usando la cortada que habíamos preparado. No esperaba tener que hacerlo en ese instante, pero me había aprendido palabra por palabra lo que tenía que decir en el caso de que alguien me preguntase—. Ella se enteró de mi situación precaria y me ofreció este trabajo. —Hice una pausa, respirando suavemente y tratando de no salirme de lo establecido—. He tomado malas decisiones y quiero empezar de cero. —Esa última parte no era mentira del todo.

Damiano me miró durante unos instantes, escrutando mi rostro. Me mantuve impasible, tratando de no desmoronarme a pesar de que una parte de mí casi quiso hacerlo. Derrumbarme y contarle

toda la verdad, gritarle a la cara todo lo que él había hecho. Tal vez ese era el efecto que Damiano Mancini tenía en las personas.

Pero yo era fuerte. Tenía que serlo por Paola.

—Nunca se puede empezar de cero del todo —murmuró, golpeando la mesa suavemente con sus dedos.

Sentí que volvía a poder respirar de nuevo. Él me había creído. O, al menos, no tenía las sospechas suficiente como para descubrirme.

—A veces, no queda otra opción que intentarlo —respondí con un hilo de voz.

—¿Dalmore? —preguntó, zanjando el tema, mientras señalaba mi vaso de whisky. Antes de que pudiera responderle, se inclinó hacia adelante. Pensé que cogería mi vaso, pero en lugar de eso, deslizó su lengua sobre mis labios, limpiando las gotas de alcohol que descansaban sobre ellos—. Tan dulce como recordaba.

No supe si hablaba del whisky o de mí.

—¡No puedes hacer eso! —protesté, mirando hacia la puerta. Por suerte —o por desgracia—, Scott había cerrado la puerta. No estaba segura de si era una condena o un alivio.

Damiano se acomodó en su silla, cruzó una pierna sobre la otra y dejó el brazo apoyado en el respaldo con una relajación insolente.

—Mi lengua ha estado en sitios mucho más íntimos, *gattina*.

Mis mejillas se encendieron cuando los recuerdos de nuestro encuentro en el despacho regresaron a mí con fuerza. Desgraciadamente, me habían perseguido en mis sueños durante los últimos días.

—Eso no te da derecho a nada —espeté, con el corazón retumbando con fuerza en mi pecho.

Soltó una risa sin humor, seca y oscura.

—Está grabado en mi memoria cómo gritaste mi nombre mientras te corrías en mi lengua.

—Eres un imbécil.

—No permito que me insulten. Si fueras cualquier otra persona, ya te habría cortado la lengua. Pero lo cierto es que —Damiano se inclinó hacia mí y colocó sus codos sobre la mesa—, viniendo de ti, me pone muy cachondo.

Bajé la mirada, sin poder evitarlo, hacia su entrepierna. Y no mentía. A pesar de la tela que lo contenía, su erección era evidente. Y la peor parte, la más vergonzosa, fue sentir cómo mi cuerpo me traicionaba.

Por Dios, ¿qué demonios me pasaba?

Lo más inteligente era irme, regresar al trabajo y alejarme de Damiano Mancini. Pero no lo hice, porque él lo vería como una huida. Y yo ya me había cansado de huir de él.

Aparté la mirada de él, centrándola en la jaula vacía. Había evitado mirarla cuando entré en la sala.

—Es tan raro verla así —murmuré.

—¿Vacía y sin sangre? —puntualizó Damiano. Él sostenía ahora mi vaso de whisky.

—¿Por qué pelear en jaula?

—Es más divertido así —respondió con una sonrisa—. Las verdaderas bestias sacan su naturaleza cuando están atrapadas. Y encima, dan un buen espectáculo.

—Eso es… enfermizo.

Damiano ni siquiera se inmutó por mi adjetivo.

—¿Quieres probarlo?

—¿Qué?

—Vamos, te enseñaré a pelear en jaula.

—No.

Pero Damiano ya se había levantado.

—¿Por qué no?

—Ninguno de los dos lleva ropa de deporte —dije patéticamente, porque fue lo primero que se me ocurrió decir.

Damiano soltó una carcajada.

—Si quiero hacer ejercicio contigo, hay otros métodos más satisfactorios para los dos —apuntó ,guiñándome un ojo. ¿Y por qué me parecía irresistible?—. Solo quiero enseñarte unos movimientos básicos de defensa. Y créeme, cuando estés en peligro, probablemente no irás en ropa cómoda de deporte.

Negué con la cabeza.

—No es necesario que te molestes.

Él volvió a reírse.

—¿Tienes miedo, *gattina*?

No era miedo exactamente lo que sentía. Y por eso sabía que era una mala idea; muy mala idea. Sin embargo, no pude negarme a la chispa de desafío que brillaba en sus ojos. Por la manera en la que sonrió, satisfecho, cuando me levanté y me dirigí con decisión hacia el escenario, supe que él era consciente de ello. Pero toda mi decisión desapareció en el instante en el que subí al escenario y vi la jaula de cerca.

—Las damas primero —dijo Damiano, abriendo la jaula.

—¿Desde cuándo eres caballeroso? —pregunté con sarcasmo, entrando en la jaula, tratando de calmar mis nervios.

«No mires los barrotes, Audrey. No te derrumbes, no le des lo que él quiere».

—No soy un caballero —respondió, entrando detrás de mí—. No pretendo serlo.

Por supuesto que no.

Damiano Mancini disfrutaba de ser quién era. Él era un monstruo orgulloso de serlo. No ocultaba su naturaleza, no escondía su oscuridad.

—¿Eso es lo que hiciste esa noche? —inquirí, recordando la noche en la que peleó en la jaula. Mi primera noche allí.

—¿Qué hice?

—Dar un buen espectáculo —dije, recordando las palabras que había dicho él hacía un par de minutos.

—De adolescente peleaba en jaula, era una manera de ganar dinero fácil. —Dudaba que fuera fácil, pero no repliqué—. Ahora solo lo hago como entrenamiento o cuando quiero dar una lección a mis hombres.

—¿Una lección? —Tragué saliva, sintiendo mi estómago pesado.

—Eso es lo que pasa cuando me traicionas.

—¿Golpeas al que te traiciona?

—Lo mato, *gattina*. —Sentí cómo un escalofrío me recorría la piel —. Maté a aquel hombre en la jaula. —En el fondo, siempre lo había sabido. Pero había querido imaginar que estaba inconsciente, porque era más fácil así—. Lo hice delante del resto de mis hombres para recordarles qué sucede si me traicionan.

Mi cuerpo tembló levemente y cerré los ojos, respirando con fuerza. Él se encontraba detrás de mí, por lo que no podía verme, pero era absurdo creer que podía esconderme de Damiano. Además, aunque lo más sensato en aquellos momentos sería poner una excusa e irme de allí, no lo hice.

No iba a escapar. No iba a irme hasta que no descubriera lo que realmente le sucedió a Paola. Por eso, abrí los ojos y me di la vuelta, enfrentándome a él.

—¿Y si es una mujer la que te traiciona?

Damiano entrecerró los ojos. Podía sentir su mirada evaluándome.

—¿Estás pensando en traicionarme, *gattina*?

—¿Cómo podría hacerlo?

—No mato mujeres —dijo con severidad.

—¿Y qué las haces si te traicionan?

—Las mujeres sois suficientemente listas como para no traicionarme.

Aquella era una evasiva. Una con la que no pensaba conformarme.

—Entonces, ¿mandas a otros para que las maten por ti?

—Hago mi propio trabajo sucio. Si una mujer me traiciona, encuentro el modo de castigarla y asegurarme de que nunca vuelva a hacerlo. Pero no la mato ni la hago daño, no físico al menos.

Observé a Damiano durante unos instantes, tratando de buscar algún tipo de señal en su rostro de que estuviera mintiendo. Y quizá estaba siendo ingenua, pero le creí. No tuve ni la menor duda de que no estaba mintiendo. Porque, en aquellas semanas trabajando para él, había descubierto que Damiano Mancini podía ser muchas cosas, pero no era un mentiroso.

No pude darle más vueltas, porque un chasquido metálico interrumpió mis pensamientos. Damiano había cerrado la jaula. Y entonces, hice lo que me había pedido a mí misma no hacer unos minutos antes: miré los barrotes.

Estaba atrapada. Ya no había escapatoria. Éramos solo él y yo.

—¿Lo sientes? —preguntó con voz ronca—. El estar atrapado lo hace más… —Damiano hizo una pausa y no supe si estaba buscando

la palabra exacta o simplemente estaba alargando el momento a propósito— excitante. —Se desabrochó los botones de la camisa con mayor rapidez de lo que mi cerebro podía registrar sus acciones. Se la quitó y la lanzó. La prenda se coló entre los barrotes.

—Para no luchar a menudo en la jaula, tienes un control perfecto.

—Porque entreno a diario —respondió. No necesitaba decírmelo, porque podía verlo—. Vamos, lánzate sobre mí.

¿Lanzarme sobre él?

Mis ojos se centraron de nuevo en los barrotes. No, definitivamente aquella era una mala idea. Tenía que irme.

—Debería volver al trabajo, me he tomado un descanso demasiado largo.

—No te preocupes. Si alguien se queja, que hable conmigo.

Mi mirada se desvió de los barrotes a él. No pude evitar fijarme en su pecho desnudo. Mis ojos vagaron desde sus brazos fuertes y musculados hasta su abdomen definido. No había ni un solo trazo de piel que no estuviera cubierto de tinta. Volví a fijarme en la cruz en la parte superior de su pecho, pero esta vez, estaba siendo más valiente y llegué más abajo, contemplando el ángel que se cernía debajo. Que Damiano llevase tatuados una cruz y un ángel era bastante paradójico. Me pregunté si sería algún tipo de broma bizarra que solo a un hombre como él le haría gracia, o quizá, sí creía que tenía moralidad y principios.

—Yo no haría eso —me advirtió con voz ronca.

—¿Hacer qué?

—Mirarme como si quisieras lamerme el cuerpo entero.

Solté mi labio inferior, que inconscientemente había atrapado con mis dientes.

—Yo no te miro de esa manera.

A pesar de mis palabras, no desvié mi mirada de su torso desnudo. También me fijé en algo que la anterior vez que lo vi sin camiseta no me había percatado: las cicatrices. Eran varias; algunas más pequeñas, prácticamente invisibles, mientras que otras eran más grandes. Especialmente una llamó mi atención: la que estaba

encima de su abdomen, que era alargada y profunda. Me pregunté qué le había pasado y una parte de mí quiso consolarlo.

¿En serio? ¿Qué estaba mal conmigo?

—Lo haces. Y no me importa, *gattina*. Siempre y cuando le des a mi polla también la atención que se merece.

Sus palabras, lejos de horrorizarme, me produjeron un cálido hormigueo que recorrió mi cuerpo. Los recuerdos de nuestro último encuentro en su despacho se reprodujeron en mi mente y aparté la mirada de su pecho desnudo, tratando de alejarlos.

—¿No querías enseñarme a pelear? —pregunté, desviando el tema de conversación—. ¿A qué esperas?

—Empezaremos con que aprendas a defenderte.

De la única persona que necesitaba defenderme era de él. Y eso era algo que él no me enseñaría, que ningún movimiento de defensa lo haría. Porque en ese momento entendí que el peligro que corría con él no era físico. Si permitía que llegase a mí, me destrozaría.

—Ya aprendí defensa personal en el colegio —dije—. ¿No la aprendiste tú allí?

Damiano se rio.

—Yo no fui al instituto. La gente como yo aprendemos a defendernos en la calle.

¿En la calle? ¿Qué clase de infancia había tenido Damiano?

Por un momento, quise preguntárselo. Pero no para descubrir información que me pudiera ayudar a saber qué le pasó a Paola, sino porque quería conocerlo. Quería saberlo todo sobre él, comprender mejor qué le había pasado para llegar a transformarse en el hombre que era ahora.

Y eso era un maldito problema. Porque yo no debería estar interesada en conocerlo en absoluto. Y mucho menos, en entenderlo.

—La gente civilizada lo aprendemos en un gimnasio. Con ropa de deporte —respondí con una sonrisa desafiante.

—Abalánzate hacia mí, demuéstrame lo que sabes —me retó con una mirada fija y segura.

—Bueno, esto ha sido divertido, pero yo…

—¿Algún día dejarás de huir y te enfrentarás a tus miedos?

—¿Mis miedos? —pregunté, clavando mis ojos en los suyos—. Yo no tengo miedo.

Damiano me dio una sonrisa ladeada.

—Estás aterrada. Me tienes miedo.

—Eso es mentira —negué con brusquedad.

—No lo es —insistió con voz grave—. Y haces bien, debes temerme. Todo el mundo debería hacerlo, pero la respuesta no es huir. Si lo haces, siempre vivirás con miedo. No dejes que ese miedo te domine… —pero no llegó a terminar la frase, porque, de repente, con una rapidez que ni yo misma esperaba, me lancé hacia él. Movida por la rabia, el enfado y más emociones que no supe identificar.

Intenté derribarlo, pero antes de que pudiera siquiera rozarlo, su cuerpo se movió con una precisión casi letal. Con un movimiento ágil y controlado, me interceptó, usó su peso para derribarme, y en cuestión de segundos, terminé atrapada bajo él, con mi espalda presionando contra el suelo cubierto por el tatami.

Sentí su pecho firme y cálido contra el mío. Su fuerza me inmovilizaba, sus brazos a los lados sujetando los míos, imposibilitando cualquier intento de liberación. Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento. No era solo combate físico, por un momento tuve la sensación de que era una especie de lección.

—Nunca ataques a alguien si sabes que no vas a poder ganar —me advirtió con la voz baja y firme.

—Tú me provocaste para que te atacara —respondí, jadeando—. Dijiste que tenía que enfrentar mis miedos.

Él soltó una carcajada, oscura y profunda.

—Y tú caíste justo en la trampa.

Su manipulación era evidente, pero, por alguna razón, no podía enfadarme. Aunque intenté liberarme, su peso me mantenía atrapada e inmóvil. Sentí su erección presionando contra mi vientre, y esta vez, no me congelé. No huí ni traté de apartarme de él.

—¿Te excita tener a las mujeres inmovilizadas e indefensas? —le pregunté, con voz temblorosa pero desafiante.

Damiano me miró en silencio, con esa calma peligrosa que me ponía los pelos de punta.

—No, *gattina* —susurró—. Me gustan las mujeres luchadoras, curiosas, las que enseñan las garras. Mujeres como tú.

Mi corazón golpeó con fuerza en mi pecho. No respondí, ni me moví. Estaba atrapada, y no solo por su cuerpo.

—¿Te levantas? —A pesar de que podía parecer una pregunta, era una orden.

Aunque, como si Damiano Mancini fuera a acatar mis órdenes. Él no respondía ante las órdenes de los demás, él las daba.

No sabía qué respuesta esperaba, pero desde luego, no que sus labios se estamparan contra los míos con una fuerza inesperada. No fue un beso suave ni paciente, sino un ataque, rudo y decidido, como si quisiera marcar territorio, reclamar lo que sentía suyo. Sus manos se apoyaron firmes a los lados de mi rostro, aprisionándome sin dejar escapatoria.

Su boca dominaba la mía, su lengua invadía sin pedir permiso, y su aliento caliente se mezclaba con el mío. No podía pensar, ni tampoco quería hacerlo. Solo deseaba dejarme llevar.

Cuando rompió el beso, me liberó. Se levantó de un salto y todo su calor desapareció. Dejándome, de nuevo, esa sensación de pérdida que no lograba entender. Me había vuelto a besar y lo había disfrutado. No solo eso, había deseado más.

—Deberías volver al trabajo —me dijo a la vez que se colocaba la camisa.

Parecía enfadado, y yo no podía entender por qué. Él debería estar satisfecho, al fin y al cabo, se había salido con la suya, como siempre.

—¿Ahora te importa? —repliqué con irritación, levantándome yo también.

Como respuesta, salió de la jaula, dejándome confundida.

—Por cierto —dijo sin girarse para mirarme y sin pararse mientras se dirigía hacia la puerta de metal, hacia lo que supuse era su despacho—, este sábado tienes el día libre. Me pasaré a recogerte a las ocho y te enviaré un vestido a casa.

Ni siquiera registré sus palabras, porque estaba demasiado ocupada en mis pensamientos. Demasiado ocupada intentando entender esa atracción que sentía hacia él, intentando entender quién había matado a Paola si no había sido él.

Porque Damiano Mancini era capaz de cualquier cosa, me lo había demostrado y lo había reconocido, pero él no había matado a Paola. Lo sentía con cada poro de mi piel.

Entonces, ¿quién había sido?

Capítulo 16

—Me ha dicho Scott que mañana no trabajas —me comentó Gigi el viernes por la tarde mientras las dos estábamos en la habitación que se usaba como almacén, ordenando antes de la hora de apertura.

—Damiano me ha dado el día libre —le confesé mientras dejaba una caja de cervezas encima de un estante—. Quiere que vaya con él a algún lugar, no me ha dicho dónde. Hoy ha llegado un vestido a mi apartamento que tengo que llevar puesto.

Gigi miró la puerta cerrada como si tuviese miedo de que alguien fuese a entrar por ella. Después, sacó el móvil y puso música.

—Me gusta poner música cuando trabajo, se me hace más ameno —me dijo, y yo me encogí de hombros.

—Supongo que sí —respondí.

Ella se acercó a mi lado y me ayudó a colocar una caja pesada en otro de los estantes.

—Estoy bastante segura de que no hay cámaras ni micrófonos aquí, pero nunca se puede estar segura —me advirtió, provocando que me girara para mirarla—. No puedes acudir a una cita con Damiano —susurró, y debido a la música, que estaba bastante alta, me costó escucharla.

—No es una cita —repliqué, aunque no estaba segura de ello.

Ella suspiró.

—Tienes que tener… —se quedó callada en medio de la frase. Gigi bajó la cabeza y sus ojos se abrieron como platos. Me di cuenta de que el collar de arcoíris que siempre llevaba debajo de la camiseta se había salido. Lo cogió entre sus manos y lo tocó como si fuera a revelarle algo. Lo giró y, cuando vio la inscripción, se quedó pálida.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Paola. —El nombre salió entrecortado de sus labios—. Era de ella. Se le cayó en una ocasión y yo lo encontré. ¿Por qué lo tienes tú? —preguntó, soltándolo como si quemase.

—Ella era mi amiga —confesé.

Quizá no fue mi movimiento más inteligente. George me había advertido que no le diera ningún tipo de información a Gigi. Ella sabía que estaba allí por un motivo, pero desconocía exactamente cuál era. Tampoco sabía muy bien qué había hablado George con ella. En realidad, sabía muy pocas cosas.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó, tan bajito que apenas pude escucharlo—. Paola… Ella se…

—No —la interrumpí—. Ella no se suicidó, la mataron.

Gigi me miró, confundida.

—¿Quién querría matarla?

—George piensa que fue Damiano. Que él encubrió su muerte haciéndolo pasar por un suicidio.

—¿Por qué? —Gigi negó con la cabeza—. ¿Por qué Damiano mataría a Paola?

—George cree que Damiano pilló a Paola espiándolo. Por eso la mató.

Iba a contarle que, en ese momento, tenía serias dudas de ello, pero Gigi soltó una especie de gemido de estupefacción que acalló rápidamente, poniéndose una mano en la boca.

—¿Ella lo espiaba?

Ese fue mi momento de sorprenderme.

—Paola trabajaba para George. Estaba tratando de buscar información que destruyera a Damiano —dije, sin entender por qué le tenía que decir eso a Gigi—. Tú lo sabías, ¿no? Tú la metiste a trabajar aquí como a mí.

Gigi negó con la cabeza.

—Tú has sido la primera con quien lo he hecho —reconoció—. George no me chantajeó hasta después de la muerte de Paola.

—¿Él te chantajeó?

Gigi asintió. Abrió la boca para decir algo, pero después de un momento de vacilación, volvió a cerrarla, apretando los labios con fuerza, como si se lo hubiera pensado mejor.

Estiré mi mano hacia ella y agarré su muñeca.

—Sé que apenas nos conocemos, pero puedes confiar en mí, Gigi.

Ella me miró durante unos segundos. Luego, suspiró.

—Escapé del padre de mi hijo. Él me maltrataba. Nos está buscando y, aunque he cambiado de identidad, de alguna manera, George lo descubrió. Tú eres el favor que me ha pedido por mantener la boca cerrada.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿George? Él es un policía, él es de los buenos. No tiene sentido.

Gigi soltó una risa carente de humor.

—El padre de mi hijo también es un policía muy respetable de Seattle. A veces, los monstruos se esconden detrás de las personas que deberían defendernos de ellos.

—George solo quiere ayudarme —insistí.

—Damiano no mató a Paola —me dijo Gigi sin ninguna duda.

—¿Porque no mata a mujeres?

—Damiano no hubiera dejado que Paola se saliera de rositas y se habría asegurado de que el resto supiéramos que era mala idea traicionarlo, pero él no la mataría.

—¿Y pudo hacerlo alguno de sus hombres?

Gigi se pasó una mano por la cara.

—Estos hombres son peligrosos, Audrey, pero son hombres de honor. Si Paola hubiera sido descubierta, le hubieran dado una lección, pero seguiría viva.

Suspiré.

—No sé qué pensar…

—George es capaz de todo por conseguir acabar con Damiano. Él está obsesionado con Damiano. Imagino que busca un ascenso en su carrera, no lo sé —susurró, aunque la música tapaba nuestras voces—. Quizá Paola se suicidó. La mayor parte de las que trabajamos aquí tenemos una historia complicada detrás.

—Ella no se suicidó —dije sin el menor atisbo de duda—. La pillaron espiando y a George no le dio tiempo a salvarla.

Gigi se mordió el labio inferior.

—Si trabajaba para George, es porque él tenía algo en contra de ella.

Estaba empezando a pensar que eso tenía sentido.

—¿Y qué tendría en contra de ella?

Gigi se encogió de hombros.

—Trabajó aquí durante seis meses, pero nunca llegué a conocerla demasiado. Necesitaba el dinero, se notaba, hacía lo que hiciera falta para conseguirlo, hasta que empezó a tener algo con Scott. —Parecía que Paola no había ocultado bien esa relación—. No sé cuánto de seria era su relación, pero en cuanto empezaron a tener algo ella dejó de hacer las salas vip.

Paola había estado desesperada y necesitada de dinero y yo podría haberla ayudado. A los veintiuno había cobrado el fideicomiso que me dejó mi abuela, con el que podría haberla ayudado a pagar cualquier deuda. Y antes de eso, podría habérselo pedido a mis padres. Paola lo sabía y no me pidió ayuda. O tal vez lo intentó y yo había estado tan perdida en mi mundo que no había visto las señales.

—¿Y si Scott la descubrió y se sintió engañado?

Ella negó con la cabeza.

—No la habría matado. —Gigi parecía muy segura de eso.

—Tengo que descubrir quién la mató. Si no fueron Damiano ni sus hombres… ¿quién fue?

—Deberías marcharte, pero sé que no lo harás.

—No, no lo haré.

Gigi suspiró y dejó caer sus hombros, derrotada.

—La única que puede saber algo es Buffy.

—¿Buffy? —pregunté, confundida.

—Fue ella quien la recomendó.

—¿Se conocían?

—Estuvieron juntas trabajando en un local de prostitución en el que las trataban mal. Buffy logró salir de allí, y un par de meses después, aprovechó que un par de chicas se marcharon para recomendarla.

Tragué saliva. Aquello era demasiado. Al parecer, no sabía nada de Paola. Creía que, a pesar de la distancia, la seguía conociendo, pero me había equivocado.

La había fallado de tantas maneras…

—Gracias, Gigi.

Ella se acercó y agarró mis manos, pillándome por sorpresa.

—No le digas nada a George de lo que te he contado.

Gigi parecía atemorizada de él.

—No lo haré —le aseguré—. Mi padre es abogado, Gigi. Él puede ayudarte con la custodia…

—No —lo dijo tan alto que se escuchó por encima de la música. Soltó mis manos—. Él no puede saber dónde estoy. En cuanto ahorre lo suficiente para poder conseguir unas identificaciones nuevas para mi hijo y para mí, me iré.

No había podido ayudar a Paola, pero quizá podría ayudarla a ella.

—Yo te ayudaré. Solo tienes que decirme cuánto necesitas.

Gigi se tocó la cara.

—¿Harías eso por mí?

—Lo haré.

Ella se acercó y me abrazó con fuerza.

—Eres un ángel.

No, no lo era. Era una egoísta que había dejado de lado a la única amiga de verdad que había tenido alguna vez. Ayudar a Gigi no me valdría de penitencia para todos mis pecados, pero ayudaría un poco. O, por lo menos, eso esperaba, porque cada vez que descubría más información sobre Paola, más sentía el pesado peso de la culpa en mi espalda.

Capítulo 17

Gigi nos había encargado a Buffy y a mí limpiar una de las salas vip después del cierre. Al parecer, el equipo de limpieza no había hecho un buen trabajo y la sala tenía que estar impecable para el día siguiente.

Buffy estaba visiblemente enfadada, pero Gigi no se molestó en prestarle atención. En cambio, yo agradecí la oportunidad. No porque me entusiasmara limpiar —ni remotamente—, sino porque era una excusa perfecta para quedarme a solas con Buffy. Tal vez, si jugaba bien mis cartas, conseguiría sonsacarle algo. Tenía que ser cuidadosa, ya que no podía preguntarle directamente por Paola. O quizá sí, tal vez podía decirle que la conocía. A diferencia de Scott, dudaba que Buffy fuera a sospechar de mí por eso.

La sala vip era un poco más pequeña que la que había estado antes, pero, por lo demás, igual de elegante. A simple vista parecía limpia; con pasar un trapo bastaba… Aunque, siendo sincera, no tenía la menor idea de lo que implicaba una limpieza profesional.

Buffy, que ya se había adentrado en el baño que estaba dentro de la sala vip, soltó un bufido.

—Tiene que ser una broma —se quejó, dejando la puerta abierta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Como respuesta, Buffy soltó una maldición.

Me acerqué al baño y me dieron ganas de retroceder. Estaba hecho una auténtica mierda. El suelo pegajoso, restos de algo que parecía maquillaje esparcidos por el lavabo, toallitas arrugadas en una esquina, y un olor muy desagradable.

—Madre mía —murmuré.

Buffy pasó junto a mí resoplando, se acercó al carrito de limpieza que habíamos dejado junto a la puerta de la sala, y empezó a rebuscar entre los productos.

—No hay mascarillas, y no pienso limpiar el baño sin una. No pienso respirar esa porquería. Voy al cuarto de la limpieza a por

unas, vete echando el desinfectante —me ordenó a la vez que sacaba un bote del carrito y estiraba el brazo.

Salí del baño y lo cogí.

—¿Qué hago con esto? —pregunté.

Buffy chasqueó la lengua y me miró como si fuera una inútil. Ella, siempre tan empática y agradable.

—Tira un buen chorro en el váter y deja que haga efecto. Usa también el ambientador —dijo, pasándome otro bote—. Ahora vengo.

Antes de que pudiera hacer ninguna otra pregunta, se marchó.

Suspiré con resignación.

Entré al baño. El aire estaba cargado con un olor agrio y desagradable que hacía que la bilis ascendiera por mi garganta. Apunté con el ambientador hacia el techo y rocié varias veces. El *spray* dejó una nube artificial de aroma a cítrico sintético que no disimuló gran cosa, solo se mezcló con lo otro, creando una combinación todavía más asquerosa.

Fruncí la nariz y me obligué a no respirar. Agarré el bote de desinfectante, quité el seguro y eché un buen chorro en el váter, viendo cómo el líquido espeso se pegaba a la porcelana antes de deslizarse. No había que ser una entendida para saber que había que frotarlo, pero esperaría a Buffy para eso. Cerré la tapa del váter y salí del baño, cerrando la puerta para que el olor no se impregnara en el resto de la sala.

Pudiendo respirar, dejé los productos en el carrito y observé la puerta cerrada por la que Buffy había salido. Esperaba que no tardase demasiado. De alguna manera, estar allí sola se sentía extraño. Los minutos pasaban y mi compañera no regresaba. Fui a por el móvil que había dejado en el bolso, apoyado encima de una mesa baja, pero no lo llegué a coger porque caí en la cuenta de que no tenía su número. La sala no tenía ventanas, por lo que no podía entretenerme mirando hacia el exterior. ¿Tal vez le había pasado algo?

Deseché rápidamente esa idea. El *pub* era seguro.

El sonido de la puerta abriéndose me hizo girar la cabeza de golpe.

—Ya era hora, estaba impacientándome —dije al instante, esperando ver a Buffy.

Pero no era ella.

—¿Tan difícil se te hace estar sin mí, *gattina*? —soltó, con ese tono de burla suave que estaba empezando a ser familiar para mí.

Damiano se adentró en la sala, dejando que la puerta se cerrara a su espalda.

—Estoy esperando a Buffy —le aclaré, cruzándome de brazos. Traté de ignorar la manera acelerada en la que latía mi corazón cada vez que lo veía—. Teníamos que limpiar el baño, pero se ha ido a buscar unas mascarillas y todavía no ha vuelto.

Damiano arqueó una ceja, como si la historia le hiciera gracia.

—La he visto salir del *pub* hace un rato —dijo, como quien comenta que ha visto pasar un coche por la calle—. Iba con prisa.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Salir? ¿Cómo que salir?

Él sonrió, sin apartar la mirada de mí.

—Eso, que se ha largado. Te ha dejado tirada.

Mis ojos se abrieron como platos, aunque ni siquiera sabía la razón por la que me sorprendía.

—Pues no pienso limpiar el baño yo sola. Está hecho un asco.

Damiano inclinó la cabeza, divertido.

—¿Me estás pidiendo que te ayude? —preguntó, con una ceja alzada.

Lo miré, a medio camino entre la ironía y la desesperación.

—¿Lo harías?

Su sonrisa se ensanchó apenas un poco.

—No, *gattina*. Yo solo limpio lo que yo ensucio.

—Pues que lo limpie su abuela, yo me voy a casa —solté, girándome hacia mi bolso.

Escuché su risa detrás de mí, baja, ese sonido que no sabías nunca si era por diversión o anunciaba un peligro inminente. Antes de que pudiera coger mi bolso, sentí su mano cerrarse alrededor de mi brazo desnudo. Sujeta, firme, sin apretar demasiado, pero suficiente para dejar claro que no me iba a dejar irme. Un escalofrío me recorrió la piel al contacto. Sus manos, esas malditas manos con

las que había soñado que me tocaban más veces de las que estaba dispuesta a admitir en los últimos días.

Damiano sonrió.

—No tengas tanta prisa, *gattina* —murmuró, señalando con la cabeza la pequeña barra que había al fondo de la sala vip—. Tómate algo conmigo. —Parecía una invitación inofensiva, como si no supiera exactamente lo que provocaba en mí. Pero Damiano lo sabía; él sabía el efecto que tenía en mí y lo estaba aprovechando. No tenía ninguna duda de ello.

Me deshice de su agarre.

—He terminado mi turno, no pienso servirte nada.

Él soltó una carcajada. Una de verdad, sin doble intención, y por eso me descolocó más.

—Ya te sirvo yo —respondió, sin ofenderse ante mis malas formas. Todo lo contrario, parecía divertido—. ¿Qué quieres? —preguntó mientras se dirigía hacia la barra.

No contesté, pero tampoco hice ademán de marcharme. Por alguna razón que no alcanzaba a entender —o no quería—, me quedé quieta. Sabía que era un error, pero aún así no me moví. En su lugar, dejé que mi mirada vagara por la sala.

—Toma —dijo Damiano, tendiéndome un vaso con un líquido azul brillante que parecía casi artificial bajo las luces tenues de la sala.

Lo tomé, mirándolo.

—¿Qué es esto? —pregunté, olfateando el contenido.

—*Blue Lagoon*. Tentador e irresistible como tú —me respondió con un guiño, para, acto seguido, darle un sorbo a su vaso con un líquido dorado que supuse que era whisky.

—¿Y tú? —Alcé mi vaso—. ¿Qué eres, Damiano?

—Un hombre peligroso al que no deberías desear.

—Estoy de suerte entonces, porque no te deseo —dije y le di un sorbo a la bebida para que no se notase la flagrante mentira.

Mierda, estaba buenísimo. Dulce y no demasiado cargado; tal y como a mí me gustaban los cócteles. Sin embargo, no lo reconocí, porque me fastidiaba que Damiano acertara sin tan siquiera intentarlo.

—Eres tozuda y una mentirosa pésima.

No me molesté en negarlo. ¿Para qué? Era evidente que, pese a todo, me sentía atraída hacia él. Volví a levantar el vaso y le di otro trago mientras me giraba para observar la mesa de billar de nuevo. Me había fijado en ella la única vez que había estado en la sala vip, pero no había visto a nadie jugando. Traté de no pensar en lo que había pasado después esa noche.

—¿Sabes jugar? —me preguntó Damiano.

—Sí, y soy muy buena en ello.

No era mentira. Incluso de adolescente había ganado un campeonato en el club de campo en el que era socia junto a mis padres.

—Entonces no te importará jugar una partida conmigo y apostar.

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—¿Quieres apostar dinero? —pregunté mientras me llevaba el vaso a los labios.

Damiano negó con la cabeza.

—No, *gattina*, tengo dinero más que suficiente. Una mamada es lo que quiero.

Casi escupí el líquido azulado al escuchar aquellas palabras.

—i¿Qué has dicho?! —tosí, intentando recomponerme mientras él me miraba con esa sonrisa torcida, completamente serio.

—Pensé que había hablado claro. Si gano, quiero que me la chupes hasta que me corra.

Me quedé paralizada un segundo. Solo Damiano podía decir esas barbaridades sin siquiera inmutarse. Aquel era el momento en el que lo mandaba a la mierda y hacía lo que tenía que haber hecho desde el instante en el que había entrado en la sala: irme a mi casa.

Sin embargo, mordisqueé un trozo de hielo y le pregunté:

—¿Y si gano yo?

Damiano me miró con interés.

—¿Qué quieres, *gattina*?

¿Qué quería? Esa era una buena pregunta. Había sabido lo que quería, pero ahora tenía dudas.

—Que no vuelvas a acercarte a mí.

—Muy bien, *gattina*, tenemos un trato —respondió encogiéndose de hombros, sin tan siquiera parecer sorprendido por mi petición,

como si fuera exactamente lo que se esperaba escuchar.

Debería sentirme complacida, ya que aquella era mi oportunidad de librarme de él. Si mantenía la tentación alejada de mí, todo sería mucho más fácil para mí. Entonces, ¿por qué me sentía decepcionada de que hubiera aceptado con tanta rapidez? ¿Tan sencillo era para él dejarme ir, sacarme de su mente?

Porque para mí no lo era.

«Por supuesto que lo es, estúpida. Tan solo eres un maldito capricho para él. Está jugando contigo».

Damiano estiró su mano hacia mí para coger mi bebida y la suya y dejarlas sobre una de las mesas. Después, se dirigió hacia la mesa de billar y yo lo seguí. Quitó el triángulo y cogió un taco, entregándome el otro.

—Empieza tú —me dijo, apoyado en su taco con una sonrisa ladeada.

—No necesito la ventaja.

—Aún así —insistió, dándome un leve gesto con la cabeza.

Suspiré y me incliné sobre la mesa, apuntando con cuidado. Golpeé la bola blanca con decisión y las demás se dispersaron en un estallido sordo. Una de las lisas rodó limpia hasta meterse en una de las troneras. Levanté la mirada y lo vi observándome, con ese brillo de diversión peligrosa en los ojos.

—Te tocan las lisas, *gattina* —musitó con una media sonrisa.

Me preparé para el siguiente tiro, apoyando la mano sobre el tapete y alineando el taco con la bola. Notaba su mirada fija sobre mí, demasiado cerca, demasiado presente.

Golpeé y la bola no entró, pero se quedó al borde del agujero.

—No está nada mal —comentó Damiano, acercándose a mi lado para tomar su turno. Al pasar detrás de mí, su mano rozó suavemente la parte baja de mi espalda, como si fuera sin querer, aunque ambos sabíamos que no lo era.

Él se inclinó para tirar, y su brazo rozó el mío. Sentí el calor de su piel, su cercanía, el leve roce de su perfume mezclado con whisky. Cada movimiento era una provocación.

—Deberías concentrarte, *gattina* —me aconsejó sin mirarme, justo antes de golpear su bola y colarla en la esquina.

—Estoy concentrada —mentí.

La verdad era que no podía dejar de mirar sus brazos descubiertos por la camiseta de manga corta que llevaba puesta. Los músculos se marcaban con cada movimiento, tensándose y relajándose al manejar el taco con precisión.

Metió tres bolas seguidas. Tenía que centrarme o me ganaría.

Cuando recuperé el turno, tomé el taco con decisión. Esta vez, apoyé la mano con más firmeza sobre el tapete y lancé la bola con cuidado. Entró limpia en la tronera.

—Eso está mejor —alabó Damiano, acercándose de nuevo. Esta vez, al pasar a mi lado, rozó mi brazo con la palma de la mano de forma apenas perceptible, como un roce que dejaba un aviso, que prometía un placer indescriptible.

Un escalofrío volvió a recorrer mi piel y tuve que morderme el labio para no mostrar cuánto me afectaba. Él me estaba distrayendo.

—Lo estás haciendo adrede —me quejé, clavando la mirada en sus ojos.

—No juego limpio, *gattina*, ya te lo dije —respondió, sin molestarse en fingir inocencia.

Claro que no lo hacía.

En vez de golpear otra bola, me acerqué a la mesa donde habíamos dejado las bebidas y di un sorbo a mi vaso. El líquido frío recorrió mi garganta, ayudándome a recuperar la templanza.

Tenía que ganar la apuesta. Si conseguía que Damiano no me molestara más, me resultaría más sencillo encontrar las respuestas que buscaba. Y aunque él no hubiera matado a Paola, era un asesino y un mafioso. Uno que debería estar en la cárcel.

No podía olvidarme eso, pero encontrar las pruebas que lo mandaran a la cárcel no era mi prioridad en ese momento. Aunque, para ser sincera, mis prioridades estaban muy confundidas en ese instante.

Di otro sorbo a mi bebida y Damiano carraspeó.

—Si lo das por perdido, puedes empezar a chupármela.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un bruto y un puto cerdo?

Por un instante, temí haber cruzado una línea. No podía olvidar con la clase de monstruo que estaba tratando. Damiano Mancini no

era un hombre al que pudiera insultar sin salir indemne, pero yo tendía a olvidarlo con frecuencia cuando estaba con él. Lo trataba como un igual, no como mi jefe y el mafioso que era.

Sin embargo, Damiano no pareció sentirse ofendido ante mis palabras.

—Nunca he pretendido ser algo que no soy. —Se encogió de hombros—. ¿Lanzas? Estoy ansioso por terminar.

Mi mirada instintivamente se dirigió a su bragueta y, efectivamente, estaba ansioso; muy ansioso.

Sentí un calor intenso subirme desde el estómago hasta la cabeza, una mezcla confusa de irritación y deseo que me hizo apretar los dedos contra el cristal. Dejé el vaso sobre la mesa y me dirigí de nuevo a la mesa de billar.

Evité mirarlo. Lancé y, por fortuna, metí la bola.

Esta vez, no emitió ningún sonido ni intentó distraerme de ninguna manera. Continuamos la partida hasta que tan solo quedaba la bola negra y una de sus bolas rayadas.

Era mi turno. Si metía la bola negra, ganaba.

Me incliné sobre la mesa, alineando el taco con la bola blanca. Sentí el triunfo cosquillear en la punta de mis dedos, rozando la victoria con la certeza de quien sabe que no suele fallar. Respiré hondo, porque tan solo necesitaba un golpe certero y ganaría. Uno, y todo habría terminado.

Pero cuando lancé el golpe, algo en mi muñeca tembló. Apenas fue una desviación mínima, casi imperceptible, lo suficiente para que la bola negra chocara contra el borde de la tronera y se desviara. No entró.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Me quedé quieta, sujetando el taco, sintiendo el eco de mi propio pulso desbocado.

Y lo supe.

Supe, con una claridad punzante y amarga, que había fallado a propósito. Que en lo más profundo, una parte de mí no había querido ganar. Nunca fallaría algo así. No yo, no con una jugada tan sencilla, no con todo servido para cerrar la partida.

Me enderecé despacio, tragando saliva, mientras sentía la mirada pesada de Damiano sobre mí.

—Has tenido tu oportunidad, *gattina* —murmuró, con esa voz baja que parecía deslizarse por la piel como una caricia peligrosa—. No tendrás otra.

Sin apartar los ojos de los míos, se acercó a la mesa. Colocó el taco con una precisión insultante y, con un solo golpe seguro, metió su bola. La blanca rodó un instante más y después, sin titubear, envió la negra a la tronera contraria. El sonido de la bola entrando resonó en el silencio del lugar, de manera contundente y definitiva.

Damiano se irguió despacio y dejó el taco sobre la mesa.

—He ganado.

Apreté los dientes, entre rabia y algo mucho peor: ese maldito hormigueo en la boca del estómago que no tenía nada que ver con la derrota y sí con él.

—Lo he visto —dije, dejando el taco encima del billar.

Él rompió la distancia que nos separaba y estiró la mano para acariciar mi mejilla con el dorso. Mi respiración se volvió errática al sentir su mano rozar mi piel. Ese contacto tan leve y a la vez tan incendiario que me hizo odiarme un poco más por la forma en que mi cuerpo reaccionaba a él.

—Un buen hombre no reclamaría su premio —repitió en ese tono ronco que me arañaba por dentro—, un buen hombre te dejaría marcharte —su pulgar recorrió mi labio inferior, lento y descarado, como si le perteneciera—, pero yo no soy un buen hombre —continuó, acercándose aún más, su aliento cálido chocando contra mi boca—. Y soy codicioso; muy codicioso cuando se trata de ti, *gattina*.

Por un instante me planteé la opción de marcharme. Mi mirada voló hacia la puerta cerrada, como siempre siempre. Como Damiano había hecho desde el primer momento, encerrándome en su juego sin dejarme escapatoria. No estaba segura de si me dejaría ir o si me perseguiría, pero lo cierto era que no quería descubrirlo. Ni siquiera quería pensarlo, porque era más fácil así. Era más sencillo aferrarme a la ilusión de que estaba obligada, que no tenía opción. Era una excusa perfecta para no admitir que, en el fondo, no quería abrir esa maldita puerta, que no quería salir por ella.

Porque la verdad era mucho más devastadora.

Era más fácil disfrazarlo de obligación, de consecuencia de una apuesta, de su amenaza velada, que enfrentar lo que realmente me estaba pasando por dentro. Y mientras esa puerta siguiera cerrada y él frente a mí dominándome con su cuerpo, podía seguir mintiéndome.

Agaché la cabeza y estiré los brazos para soltarle el cinturón. No me costó mucho a pesar de mis manos temblorosas. No era la primera vez que iba a darle a un hombre placer con mi boca, pero esta vez se sentía diferente. Muy diferente.

Solté el botón de su pantalón, y cuando fui a bajarlo, su mano me detuvo. Firme y segura, cerró sus dedos alrededor de mis muñecas y las sujetó, inmovilizándome. La otra subió a mi barbilla, obligándome a alzar el rostro.

—Mírame —pidió con su voz ronca, cargada de algo que ni siquiera me atreví a nombrar.

Sus ojos estaban fijos en los míos, intensos y abrasadores, tan cerca que podía sentir su aliento chocar contra mis labios. Y por un instante supe que no era solo un acto físico lo que buscaba de mí; quería mi rendición, mi entrega. Quería verme ceder, darle lo que deseaba, no solo porque me hubiese ganado.

Sus labios se posaron sobre los míos en un beso hambriento y posesivo. Fue áspero al principio, como una advertencia, pero se suavizó apenas por un instante antes de que nuestras lenguas se rozaran, encendiendo una chispa peligrosa entre los dos. Cuando se separó, me quedé sin aliento, con el corazón golpeando contra el pecho, y por un momento ingenuo creí que, tal vez, iba a dejarme marchar.

Pero no, sus manos se deslizaron hasta mis hombros, y con una leve presión, me ayudó a arrodillarme frente a él.

—Buena chica —susurró, su tono ronco y cargado de satisfacción oscura.

Y supe que no había escapatoria. Ni siquiera quería una, porque quería lo que estaba sucediendo. Lo deseaba como nunca antes había deseado nada.

Damiano, sin apartar la mirada de mis ojos, se deshizo rápidamente del pantalón ya desabrochado y, con un solo movimiento, se bajó también los calzoncillos. Ambas prendas quedaron tiradas en el suelo a nuestro lado. Pero yo no podía apartar la atención de lo que tenía frente a mí: su erección, firme y palpitante.

—Ahora, *gattina* —dijo con voz grave—. Sé buena chica.

Una parte de mí quería responder, incluso levantarme, pero sentía como si algo me lo impidiese. Mis manos se cerraron alrededor de su erección, notando la dureza bajo mi tacto. La acaricié despacio, explorando cada centímetro como si buscara memorizar su forma.

Entonces, sin pensarlo demasiado —porque si lo hacía, quizá no tendría el valor— me la llevé a la boca.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba, cómo su respiración se rompía en un jadeo áspero. Lo rodeé con mis labios, dejando que el calor y el sabor de su piel me invadieran, y comencé a moverme con lentitud, probando, tentándolo. Su mano se enredó en mi cabello, guiándome y marcando un ritmo que yo seguí, pero no del todo. Porque una parte de mí todavía quería controlar algo, aunque solo fuera la forma en que le estaba dando placer.

Su respiración se volvió más pesada, y sus dedos se tensaron un poco más en mi cabello.

—Mierda —murmuró con un gruñido contenido.

Me sentí más poderosa de lo que me había sentido nunca. Introduje su erección con profundidad y el cuerpo de Damiano tembló. Levanté la vista para mirarlo. Él tenía los ojos cerrados, pero los abrió cuando notó mi mirada.

—Eres increíble, *gattina*.

Con una satisfacción que no podía negar, introduje y retiré su erección con rapidez, provocando que él emitiera un gemido de placer que recorrió mi piel. Su mano apretó más fuerte mi nuca, marcándome un ritmo feroz. Sentí cómo su cuerpo temblaba bajo mi boca, con una mezcla de control y entrega que me encendía aún más.

Porque, en ese momento, el poder lo tenía yo.

Y entonces, comprendí algo que nunca antes había considerado: el sexo no solo era placer, sino también poder, control y entrega. O tal vez solo así era el verdadero sexo, el que realmente importaba; el que se quedaba grabado en la piel y en la memoria.

Sentí cómo el calor subía desde mi boca hasta todo mi cuerpo, despertando cada sentido y cada fibra de mi ser.

Damiano lanzó un suspiro entrecortado y su erección se volvió más grande, más pesada.

—*Gattina*, voy…

Él me dio un aviso, una oportunidad de alejarme, pero no lo hice. Ni cuando se derramó en mi boca con un fuerte gemido.

—Te acostumbrarás al sabor —dijo cuando me separé de él.

—No es la primera vez que lo hago —respondí mientras me levantaba.

No era una mentira, pero tampoco una verdad. Nunca había dejado que terminasen en mi boca, ya que había parecido algo desagradable, pero con Damiano se había sentido lo correcto.

Algo oscuro apareció en sus ojos al escucharme. Agarró mi cintura con su brazo y me acercó a él.

—No me importa lo que hayas hecho con otros hombres —susurró, con la voz baja y cargada de intensidad—, porque yo seré el último. Y nadie más te tocará como yo lo hago.

—No eres mi dueño.

—Te he dado una oportunidad. Una de ganar la partida, una para desaparecer de tu vida. Y has decidido desaprovecharla.

—Yo…

—Has fallado a propósito —me dijo con su boca muy cerca de la mía—. Y no sabes cuanto me alegro.

No podía negarlo. No cuando era verdad.

—Me arrepiento.

Damiano sonrió.

—No, no lo haces.

Posé mis manos sobre su pecho y lo empujé con fuerza hacia atrás. Damiano se movió, dejándome ir. Sabía lo suficientemente bien que, de no haber querido, no se hubiera movido ni un ápice. Seguía desnudo de cintura para abajo, y yo evité mirarlo.

—No puede saberlo, no estás en mi mente.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme. Pero antes de que pudiera dar un solo paso, su voz grave y firme me detuvo.

—Recuerda que mañana pasaré a recogerte.

Coloqué mi mano en el pomo de la puerta, pero no la abrí; tampoco me giré.

—No voy a tener una cita contigo.

—No es una cita, son negocios. No soy un hombre de citas.

Giré el pomo de la puerta sin responderle. Por supuesto que Damiano no era un hombre de citas. Había sido una ilusa pensando que él consideraría tener una cita conmigo. ¿Desde cuándo me había vuelto tan crédula?

Cuando estaba en el umbral, escuché su voz de nuevo.

—No olvides ponerte el vestido que te he enviado.

Capítulo 18

Nunca me había gustado que me dieran órdenes; ni siquiera mis padres cuando era adolescente. No era una chica especialmente rebelde, pero siempre encontraba la manera de salirme con la mía.

Ahora me daba cuenta de que, entre otras cosas, había sido bastante caprichosa. Era algo que estaba intentando remendar, pero, aún así, que Damiano se creyera en la potestad de ordenarme ir con él a saber dónde me enfurecía.

Él no era mi dueño, yo no era suya. No podía negar que mi cuerpo lo echaba de menos, que me había quedado con las ganas de acostarme con él, que cuando había salido de esa sala vip no había sentido arrepentimiento ni vergüenza alguna.

Sin embargo, Damiano no era un hombre cualquiera. Podía dudar de su implicación en la muerte de Paola, pero eso no significaba que fuese un buen hombre. No lo era, no era como los chicos que había conocido.

Y no tenía duda alguna de que, cuando decía que le pertenecía, que era suya, lo decía completamente en serio. Hasta que se cansase de mí, por supuesto. Porque así era Damiano: se paseaba por el mundo como si le perteneciera y como si todos a su alrededor estuviéramos para servirlo. Puede que las personas con las que se juntaba se lo permitieran, pero yo no pensaba hacerlo.

Una parte de mí me gritaba que regresase a Nueva York, que todo aquello me quedaba grande; demasiado grande. Estaba jugando con fuego, y que mi vida corriese peligro no era la mayor amenaza a la que me estaba enfrentando.

Pero no podía irme. No cuando sentía que estaba cerca de descubrir qué le había pasado a Paola. No iba a volver a pensar en mí misma antes que en ella y dejarla tirada. No me iría hasta que no averiguara lo que había sucedido. Por eso había aceptado acudir con él, por eso estaba haciéndole creer que estaba dispuesta a seguirle el juego.

No había ninguna otra razón. Me lo repetí una y otra vez mientras uno de los trabajadores de Damiano, el mismo que me había llevado a mi apartamento la noche en la que estuve en su casa, conducía hacia saber dónde. No le había preguntado, porque sabía que no me respondería. Cómo tampoco le pregunté dónde estaba Damiano y por qué no había venido él mismo a recogerme.

Observé el enorme portón abriéndose frente a nosotros mientras el coche en el que iba avanzaba, adentrándose en un camino que se dirigía a una mansión enorme. De todos los sitios a los que esperaba que Damiano me llevara, ese no era uno de ellos. Justo cuando el hombre estaba aparcando, mi teléfono vibró.

«¿Tienes algo nuevo?»

Era George.

Supuestamente tenía que haberme puesto en contacto con él, pero después de lo que me había contado Gigi, no estaba de humor para hacerlo. No quería creer que me la estuviese jugando, pero empezaba a sospechar que no era trigo limpio. Sin embargo, quería hablar con Buffy antes de enfrentarme a él.

«No».

Respondí y guardé el móvil en el bolso. Agradecí que me encontraba en los asientos traseros y no en el del copiloto. Miré al hombre que conducía, pero este tenía la vista al frente, pareciendo distraído. Aún así, no me confié.

Descendí del vehículo y contemplé la decena de coches aparcados a nuestro alrededor. Damiano me había dicho que eran negocios, pero había pensado… En realidad, no había pensado nada. Cuando se trataba de Damiano, parecía que me costaba pensar.

—Llegas tarde —dijo una voz gutural detrás de mí—. No soy un hombre paciente, *gattina*. No me gusta que me hagan esperar.

Me giré para enfrentarme a Damiano. Llevaba un traje de dos piezas. La chaqueta de un negro profundo resaltaba sus hombros anchos y se ajustaba a la perfección a él. Observé la camisa blanca que se asomaba por debajo de la chaqueta, con el cuello perfectamente alineado, sin una sola arruga. Y los pantalones negros, del mismo color que sus zapatos. El traje no solo le quedaba bien; parecía haber sido expresamente diseñado para él.

Y entonces supe que la verdadera razón por la que estaba allí era porque quería verlo. Pero, aún así, no iba a permitir que me lo notara. No podía mostrar ni el más mínimo atisbo de debilidad o Damiano lo utilizaría en mi contra.

Alcé la barbilla, desafiante. A pesar de que llevaba unas sandalias de tacón plateadas de diez centímetros que Damiano me había enviado junto al vestido, seguía llevándome más de una cabeza. Me negué a dejarme intimidar por él.

—Ni a mí que me den órdenes —repliqué—, ni que me digan cómo me tengo que vestir.

—Pensé que sería un buen detalle por mi parte enviarte un vestido adecuado. —Mi piel se calentó cuando su mirada abrasadora vagó lentamente por mi cuerpo—. Dudaba que tuvieras ropa para este tipo de eventos.

Mentira.

Tenía decenas de vestidos de marca para todo tipo de eventos de etiqueta. Más de los que podía contar y más de los que podría usar en toda mi vida. Muchos de ellos, ni siquiera los había estrenado. Pero eso era algo que no podía compartir con Damiano, no sin que él sospechase de mí. Porque a alguien que trabajaba en su *pub* no le sobraba el dinero.

—¿Acaso no he acertado? —preguntó, y yo apreté mis labios con fuerza, porque él había escogido el mismo vestido que yo habría elegido. De un precioso color vino, sin tirantes y con un escote en forma de corazón. Era ajustado y abrazaba mis curvas a la perfección. Era largo y sofisticado, pero tenía una acentuada abertura en el costado derecho que mostraba mi pierna, dándole un toque sexy. Era perfecto y lo odiaba aún más por eso—. Porque estás *bellissima*, *gattina*.

No debería sentirme halagada por aquel halago. No debería.

—Tú tampoco estás mal.

Joder, él estaba guapísimo.

No pude evitar fijarme en que su corbata era negra, anudada a la perfección. Mason y yo solíamos ir conjuntados a los bailes. Él tendía a llevar la corbata del color de mi vestido. ¿Pero qué estaba diciendo? Damiano no se parecía en nada a Mason.

—No esperaba que acudieras a este tipo de fiestas —murmuré, observando la mansión delante de mí. Aquel no se parecía al mundo de Damiano, más bien al mío.

—Y normalmente no acudo —masculló con una mueca de fastidio —, pero no me ha quedado otra. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. —Él extendió su brazo para que lo rodeara con el mío. Instintivamente, lo hice y él comenzó a caminar hacia la entrada de la mansión, pero se detuvo justo antes de que llegásemos a la entrada. Se giró hacia mí y enredó uno de sus mechones con su dedo. Me había dejado el cabello suelto; nada tenía que ver con que él me hubiera dicho que le gustaba mi cabello suelto, sino que quedaba mejor con el vestido—. No hables con nadie, pasa desapercibida y no le cuentes nada sobre mí. Y menos, sobre mi hermana. —Podía parecer un acto dulce, pero era evidente que estaba lleno de amenazas.

Entorné los ojos.

—Ni siquiera quiero estar aquí, Damiano.

—Yo tampoco, *gattina*. Pero no siempre podemos hacer aquello que deseamos.

—No pareces el tipo de hombre que se niega algo que desea.

—Y no lo soy —concordó chasqueando la lengua—. Pero, a veces, hay que claudicar. —Se inclinó hacia mí para susurrarme en el oído—: No te preocupes, te recompensaré.

—No quiero que me recompenses….

—Si quieres —me interrumpió—. Yo también preferiría estar dentro de ti que acudiendo a esta condenada fiesta.

Miré hacia todos lados, avergonzada por sus palabras. Afortunadamente, no había nadie. Debían estar todos dentro.

—No estaba hablando de sexo —susurré.

—Yo tampoco. Estoy hablando de follarte —dijo sin bajar la voz, reanudando el paso.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo, *gattina* —gruñó Damiano, su voz grave junto a mi oído—. El sexo abarca muchas cosas, y ahora mismo lo único que quiero es arrancarte ese vestido y hundirme en tu caliente vagina.

—No sabes cómo es mi… —me interrumpí cuando empezamos a subir las escaleras del porche y me di cuenta de que había un hombre custodiando la entrada.

—Sí que lo sé —respondió con suficiencia.

Tenía razón.

—Cállate.

Creí escuchar una risa baja y oscura, pero no estaba segura, porque en cuanto Damiano posó la mirada en el guardia, su rostro se endureció.

El hombre no le preguntó nada, se limitó a abrirnos la puerta. Era evidente que lo conocía, que sabía quién era.

Cruzamos el recibidor. Damiano avanzó sin detenerse, sabía adónde tenía que ir, no había duda de que no era la primera vez que estaba allí. Se detuvo ante unas imponentes puertas dobles de madera oscura, con cristales opacos que ocultaban por completo lo que había al otro lado. Sin molestarse en anunciarse, las abrió de par en par.

Al instante, el sonido amortiguado de voces y música baja se filtró hasta nosotros. La estancia al otro lado era amplia, decorada con elegancia. Una barra iluminada ocupaba una de las esquinas, donde varios camareros vestidos de negro servían copas. Otros camareros se movían por la estancia ofreciendo a los invitados bandejas con bebidas y canapés.

La gente, agrupada en pequeños corrillos, conversaba en susurros o se reía con discreción. Hombres trajeados y mujeres vestidas con elegancia y joyas que brillaban bajo las luces cálidas del techo.

No era muy diferente al tipo de fiestas a las que estaba acostumbrada, pero Damiano no era la clase de hombre que encajara allí. Aunque tenía que reconocer que él se movía con seguridad entre la gente.

Damiano me guió hasta la barra. Podía sentir las miradas de todos sobre nosotros. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención; siempre me había gustado serlo. Pero, por primera vez en mi vida, deseé pasar desapercibida.

—¿Qué quieres? —me preguntó Damiano, apoyando una mano sobre la barra.

—No me lo puedo creer. —Una chica rubia, que estaba a nuestro lado y que llevaba un moño estirado y un bonito vestido blanco miró a Damiano como si quisiera asesinarlo—. ¿Quién ha dejado entrar a esta basura?

Damiano la ignoró y ella se dio la vuelta y desapareció.

¿Qué acababa de pasar?

—¿Cuál es tu problema con ella? —pregunté.

Damiano no me respondió.

—Te pediré una copa de *champagne* entonces —murmuró. Él se giró para hablar con el camarero, que se encontraba frente a nosotros, pero algo llamó su atención.

Un hombre algo mayor que él, pero no mucho. Se encontraba al otro extremo de la sala, pero su mirada estaba fija en Damiano. Llevaba un traje negro y su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás. Este le hizo un gesto a Damiano. Apenas fue un sutil movimiento de barbilla, pero suficiente para que Damiano se tensara.

—Ahora vengo —dijo con fastidio—. Pórtate bien y recuerda lo que te he dicho.

Y sin más, desapareció. Acabábamos de llegar y ya me había dejado tirada. Fui a pedirle una copa al camarero, pero este ya estaba atendiendo a otras personas.

Pues sí que empezaba bien la cosa.

Tenía que reconocer que la casa era impresionante. Incluso para mí, que estaba acostumbrada al lujo. Con una amplia sala, jardines y una piscina enorme.

Había aprovechado que Damiano me había dejado tirada para investigar. Al menos, todo lo que había podido, ya que la mayor parte de accesos estaban limitados por guardias de seguridad que se encontraban prácticamente en cada esquina. Estaba acostumbrada a la seguridad. Desde que tenía uso de razón había acudido a fiestas a la que asistían políticos y personas muy importantes que llevaban

guardias de seguridad, pero nunca había visto a tantos. Ni tan armados.

Decidí regresar al interior. Me senté en un asiento con una mesa alta que había a una esquina y busqué con la mirada a Damiano, sin encontrarlo. Parecía que había desaparecido del mapa. ¿Por qué narices me obligaba a ir con él sino iba a estar? No comprendía nada.

Mi mirada se encontró con la chica rubia de antes. Parecía ser unos años más mayor que yo, ¿tal vez tenía unos veinticinco? Ahora estaba con un par de chicas más a unos pasos de mí. Me miraba fijamente y con desprecio, como si me odiara. Estaba acostumbrada a ese tipo de miradas, pero no comprendía qué problema tenía conmigo si no la conocía de nada.

—¿Sedienta? —Me sobresalté al ver a un chico a mi lado. Iba vestido con un traje de dos piezas azul y una corbata del mismo color. Había estado tan absorta mirando a la chica que no lo había visto llegar. Me señaló con su cabeza una de las copas que llevaba y me la tendió.

Había algo vagamente familiar en él pese a que no recordaba haberlo visto nunca. Era rubio, aunque su color de cabello era varios tonos más oscuro que el mío. Debía estar a principios de sus veinte. Sus ojos pardos me observaban con simpatía y sus facciones eran suaves y agradables.

Aún así, no me fie de él. No podía confiar en ninguna persona que estuviera en aquella fiesta. No si Damiano acudía a ella. Estreché los ojos y negué con la cabeza.

—No, gracias.

—Vamos, es *champagne* —insistió. Como si se diera cuenta de mi desconfianza, añadió—: Me lo ha dado la camarera que pasa por ahí con la bandeja, no llevar arsénico, te lo prometo.

El esbozaba una sonrisa amable. La única que había visto esa noche.

—Si te lo ha dado una camarera, no lo sabes. Quizá quería envenenarte. —A pesar de que era una broma, no podía evitar estar un poco tensa. Me encontraba en un terreno desconocido para mí.

¿Quién era aquella gente? ¿Y qué hacía Damiano allí?

Él me había dicho que estaba por negocios, pero aquellas personas parecían pertenecer a la clase alta de Chigago, a un entorno muy diferente con el que yo suponía que Damiano trabajaba.

El chico se rio.

—Ahora que lo dices, va a ser mejor que ninguno bebamos de ella —dijo, dejando las copas encima de la mesa—. Que una mujer quiera matarme no sería una sorpresa para mi.

Se dejó caer en la silla a mi lado, relajado.

—¿Y te lo merecerías? —pregunté, alzando una ceja.

—Sin ninguna duda —respondió con una sonrisa amplia—. Pero, oye, me estoy reformando. Promesa de *boy scout*.

Puse los ojos en blanco.

—No se por qué, pero estoy segura de que no has sido *boy scout*.

—Y estás en lo cierto —rio—. Iba a apuntarme, pero me quedaba fatal el uniforme. Y uno tiene que cuidar su imagen.

Solté una carcajada. Al menos, había encontrado alguien agradable en aquella fiesta.

—Peor para nosotras. En las *girl scout* nos obligaban a llevar falda. Era incómodo de narices.

—¿Fuiste una *girl scout*? —preguntó y yo asentí—. No te pega.

—¿Y eso?

—Las *girl scout* son chicas buenas y tú tienes pinta de chica mala.

Volví a reír, sacudiendo la cabeza.

—Creo que no conoces a muchas chicas que fueron *girl scout*.

—Cierto, eres la primera. —Hizo una pausa—. Es la primera vez que te veo en una de nuestras fiestas en nuestra mansión.

¿Él era uno de los anfitriones?

—Porque es la primera vez que vengo. He venido con Damiano.

El cambio en su expresión fue casi imperceptible, pero el humor ligero se desvaneció de su voz.

—¿Damiano trayendo a alguien? —repitió, como si le costara procesar esa idea—. Eso no pasa nunca.

Me tensé, enderezándome un poco en la silla.

—¿Y eso es algo malo? —pregunté, estudiando su rostro.

Por suerte, su sonrisa regresó enseguida, cálida y despreocupada.

—Para nada —aseguró—, solo que me sorprende. Habría agradecido que nos hubiera presentado, aunque sea por cortesía. Soy Gastone —añadió, tendiéndome la mano—, su hermano pequeño.

Mis cejas se arquearon sin poder evitarlo.

—Vaya —murmuré, aceptando su mano—. Encantada, yo soy Audrey. No sabía que Damiano tenía hermanos.

Sabia lo de su hermana, una hermana que me había pedido que no mencionara. No tenía sentido que su hermano no supiera de su existencia, pero aún así, me mantuve en silencio.

—Medio hermano, en realidad. Por parte de padre —puntualizó. Lo observé durante unos segundos, entendiendo por qué me había parecido vagamente familiar. A pesar de que en un primer momento no lo había visto, había algo en sus facciones que me recordaba a Damiano; quizá era la forma de su nariz o la manera en la que fruncía sus labios. Era una similitud evidente—. Ella es Glenda, mi otra hermana. —Señaló a la chica rubia que seguía matándome con la mirada. Parecía que iba a venir hacia nosotros, pero justo una de sus amigas le dio un codazo y su atención se centró en un chico rubio que estaba a unos pasos de ella.

—¿Qué le he hecho? Parece que me odia.

Gastone hizo un gesto despreocupado con su mano.

—No es personal, odia a todo lo relacionado con Damiano. La relación entre ellos no es muy buena.

—¿Y contigo? —pregunté.

—No somos muy cercanos, pero nos llevamos bien. De los tres, soy con el que mejor relación tiene. —Me guiñó un ojo—. Algo normal, porque soy encantador.

Negué con la cabeza.

—¿Tienes un hermano más?

Cuando hice esa pregunta recordé que en la sala *vip,* el mexicano le había comentado algo a Damiano sobre su hermano. Pero

después de lo que había sucedido, todo aquello estaba demasiado borroso en mi cabeza.

—Mi hermano mayor, Mauro. Ahora debe estar en su despacho con Damiano. Para ellos, todo son negocios. No saben divertirse.

—¿Y tú sí?

—Hago lo que puedo. —Hizo una pausa cuando un camarero pasó con una bandeja a nuestro lado. Cogió dos copas y me pasó una—. Los hombres, por lo general, no me odian, así que puedes beber sin problemas —me dijo cuando el camarero se fue.

La verdad era que estaba sedienta, así que le di un sorbo a la copa de *champagne*.

—Está bueno.

—Es el mejor, como todo lo que hay en la fiesta. Glenda se ha encargado de organizarla y ella siempre se asegura de que todo esté perfecto —comentó con orgullo. A aquel chico le gustaba el lujo tanto como a mí—. ¿Damiano y tú estáis saliendo? —A pesar de que la pregunta sonó casual, como si estuviera diciéndome lo primero que se le pasó por la cabeza, supe que él estaba deseando escuchar la respuesta. Puede que Gastone fuera bueno en ello, pero estaba tratando de sacarme información.

—No —respondí con rapidez; tal vez demasiada—. Trabajo en su *pub*.

—No pareces el tipo de chica que trabaja allí —murmuró, casi más para sí mismo que para mí y le dio un pequeño sorbo a su copa —. Lo siento, no quería ofenderte.

Tardé un instante en comprender sus palabras. Gastone me observaba con una sonrisa de disculpa, casi luciendo avergonzado. ¿Pero por qué sentía que esa sonrisa no acababa de llegar a sus ojos? Algo en su expresión no me convenció.

—Solo soy camarera —aclaré tensándome, a pesar de que no tenía por qué hacerlo. ¿Qué me importaba lo que el hermano de Damiano pensase de mí?

—Claro, no quise decir… No estaba insinuando nada, yo…

—Necesito ir al baño —lo interrumpí.

—Entiendo. —Gastone asintió—. Ha sido un placer conocerte, Audrey. Ojalá volvamos a vernos.

—Gracias, Gastone.

Crucé la sala, dirigiéndome hacia los baños. En realidad, había sido una excusa, y por la mirada que Gastone me había dado, supe que él también se había dado cuenta. La conversación se estaba volviendo incómoda y yo necesitaba un momento de tranquilidad. No sabía qué hacía en aquella fiesta ni por qué Damiano me había llevado allí. Y mucho menos, por qué no me había informado de que los anfitriones eran sus medio hermanos.

Estaba confundida, algo que últimamente parecía mi estado natural.

Cuando abrí la puerta de los baños de mujeres, me encontré con una chica pelirroja retocándose el *gloss* frente al espejo. La puerta del habitáculo donde estaba el inodoro estaba cerrada.

—¿Estás esperando? —le pregunté.

Pero ella no me respondió, sino que se limitó a mirarme de arriba abajo y a seguir retocándose el maquillaje.

Qué agradable.

Pero un instante después, entendí por qué. Cuando la puerta del habitáculo se abrió y salió la hermana de Damiano, Glenda. Puff… la que me faltaba para rematar la noche. Ella volvió a dirigirme esa mirada de odio que no comprendí.

—¿Quién ha dejado entrar a la basura?

La amiga se rio.

Suspiré. En otro momento de mi vida me hubiera enfurecido y enfrentado a ella, pero si algo me había enseñado la muerte de Paola, era a valorar lo verdaderamente importante y que situaciones como esas no me molestaran.

También a ser más gentil y comprensiva, tal y como ella había sido.

—Oye —comencé—, Glenda, no sé qué problemas tenéis Damiano y tú, pero yo no quiero ningún tipo de enemistad contigo. Por mi parte, está todo bien.

Si esperaba que Glenda se ablandase, aquello no ocurrió. Ella me miró de arriba abajo con desprecio.

—Este es el problema cuando se le da acceso a la basura a nuestro mundo. Que se junta con otra basura y se cree con los

mismos derechos que nosotras —A pesar de que estaba hablando de mí, se dirigía a su amiga, que asintió exageradamente—. Mira, no sé qué te ha hecho creer Damiano, pero aunque te haya regalado un vestido caro y unos pendientes de diamantes, sigues siendo la misma prostituta que eras al principio del día. Mañana se cansará y volverás a tu mundo de mierda. Ahórrame el tiempo y pírate.

Pero bueno, ¿de qué coño iba esa imbécil?

—Oye, yo no…

—Glenda —la puerta se abrió y otra chica entró, pareciendo emocionada—, Alessandro está preguntando por ti.

—Oh, Glenda, yo creo que hoy sales con anillo —dijo la pelirroja, aplaudiendo.

Glenda sonrió, orgullosa.

—Dile que ahora voy —respondió con una indiferencia que yo supe que era falsa. No sabía quién era ese chico, pero se moría por él. Se miró en el espejo y después, agarró la correa de su bolso—. Apártate de mi camino —masculló, dándome un empujón tan fuerte que si no fuera porque me sostuve a la pared, me hubiera caído al suelo.

Y así, desaparecieron.

Sentí que la furia me invadía. Aunque Glenda podía creer que me conocía, en realidad no sabía nada de mí. Pero yo de ella sí. Conocía a las chicas como Glenda, estaba acostumbrada a su malicia y a su envidia. Llevaba toda mi vida rodeándome con chicas como ella; había ido al colegio con ellas, eran mis amigas. Para qué mentirme a mí misma, yo había sido como Glenda.

Pero ya no era así. Estaba mejorando día a día para ser una mejor versión de mí misma. Porque sino hubiera sido tan vanidosa y no hubiera estado tan centrada en mi vida superficial, quizá hubiera podido salvar a Paola. Lo estaba haciendo por ella.

Así que inspiré hondo y traté de olvidar aquel *incidente*.

Cuando éramos pequeñas, Paola siempre me decía que no hay mejor desprecio que no hacer aprecio. ¿Qué más me daba lo que Glenda y sus esbirros pensasen?

Regresé a la sala con la intención de buscar a Damiano para poder marcharme de allí de una vez. Esa era mi único intención,

pero cuando vi a Glenda pestañeando coquetamente hacia un hombre que seguramente debía ser ese tal Alessandro y a mi lado pasó un camarero con unas bebidas color rojizas, no pude evitarlo. Porque la mejor parte de conocer a las chicas como Glenda era que dominaba sus debilidades.

Cogí la copa y me acerqué a ella. Me tropecé adrede conmigo misma y terminé encima de Glenda; toda el contenido le cayó a la cara y a su bonito vestido blanco.

—Oh, lo siento mucho —me disculpé, sin tan siquiera molestarme en parecer convincente—. Qué desastre.

Glenda se quedó petrificada.

Ese era el momento en el que me daba una sonrisa falsa y fingía que todo estaba bien mientras se iba al baño y planeaba un plan maquiavélico hacia mí. Para fortuna de ambas, Glenda y yo no volveríamos a vernos nunca más.

—¡Maldita zorra! ¡Voy a matarte! —gritó Glenda y se abalanzó sobre mí.

Un momento. Así no era cómo debía actuar.

Afortunadamente, era rápida y la esquivé a tiempo, provocando que se abalanzara encima de una señora que estaba detrás de mí. Ambas cayeron al suelo con un sonido sordo.

—¡Mi madre! —gritó el chico que estaba con Glenda, Alessandro, corriendo hacia ellas.

Un hombre pelirrojo soltó una carcajada.

—¡¿Te estás riendo de nuestra madre?! —acusó otro mientras Alessandro ayudaba a que la mujer se levantara. Glenda aún estaba en el suelo, luciendo confundida—. La acaban de operar de la cadera, gilipollas.

—Tranquilo, amigo —dijo el pelirrojo, levantando sus manos en señal de paz.

Pero el otro chico, lejos de estar tranquilo, sacó un arma. Un momento, ¿qué? Antes de darme cuenta, había más de diez armas a mi alrededor y unos se apuntaban a otros.

—¿Qué está pasando? —preguntó un hombre. No alzó el tono de voz, pero fue lo suficientemente fuerte como para que todos se

callaran. Era el mismo hombre que había estado hablando con Damiano, el que supuse que era el hermano mayor.

—Mauro —lo llamó Alessandro, que también portaba un arma—, Paolo ha faltado el respeto a nuestra madre.

El pelirrojo, que acababa de descubrir que se llamaba Paolo, negó con la cabeza. Su expresión relajada había sido sustituida por una tensa.

—¡Eso es mentira! —se defendió con su arma en alto, que apuntaba hacia el otro chico, que suponía por la conversación, era el hermano de Alessandro—. ¡Jamás cometería semejante ofensa! ¡Pero siempre aprovecháis la más mínima oportunidad para manchar el nombre de mi familia!

El hermano de Alessandro lanzó una especie de bufido, una mezcla entre la burla y la exasperación.

—Paolo, no nos necesitas para eso. Ese es un trabajo que tú y tus hermanos hacéis muy bien solos.

Se escucharon unas cuantas maldiciones de los que supuse que eran familiares de Paolo. Me costaba a duras penas seguir la discusión y la relación que mantenían los unos con los otros. Por favor, aquello era peor que una telenovela.

El rostro de Paolo adquirió el mismo tono que su cabello. Fue a responder, pero no pudo hacerlo.

—Bajad las armas —exigió Mauro, el medio hermano de Damiano. Parecía haberse cansado de la conversación, algo en lo que podía entenderlo perfectamente—. ¡Ya! —Cuando no le hicieron caso, alzó la voz, consiguiendo que todos bajasen las armas.

Sin embargo, la discusión continuó. Comenzaron a acusarse los unos a los otros, tratando de darle a Mauro una explicación de lo que había sucedido. En un momento dado, varias personas comenzaron a señalarme, pero antes de que pudiese asimilar lo que estaba sucediendo, sentí que me agarraban de la muñeca y tiraban de mí con fuerza. Al principio me resistí, pero cuando me encontré con esos ojos castaños tan familiares para mí, me dejé llevar.

Un suspiro de alivio brotó de mis labios cuando salimos al exterior y sentí la brisa, que ya empezaba a ser cálida, acariciar mi

piel. Damiano se detuvo bruscamente, y al mirarlo, me di cuenta de que con su otra mano sostenía su teléfono.

Unos pocos segundos más tarde el coche que me había llevado hasta allí aparcó frente a nosotros. Damiano le hizo un gesto al conductor con su barbilla y abrió la puerta trasera sin mirarme. Me subí en el coche, deseando salir de allí. Por un instante pensé que cerraría la puerta y se marcharía sin más, pero en cuanto me acomodé en el asiento, él entró detrás y se sentó a mi lado. La puerta se cerró de un golpe seco.

—Joder —maldijo con los dientes apretados—, ¿cómo se te ocurre? Podrían haberte matado.

—Yo no pensaba que… —balbuceé—. Por Dios, tenían armas.

Damiano resopló.

—Por supuesto que tienen armas. Son hombres peligrosos.

Él lo dijo como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Y si lo sabías por qué me has traído a casa de tus hermanos?

—Medio hermanos —puntualizó—. Y si sabes eso, es porque me has desobedecido. —Su expresión se endureció—. Te ordené que no hablaras con nadie.

Puse los ojos en blanco, exasperada.

—Eso no responde a mi pregunta.

Damiano soltó un suspiro bajo y estiró la mano, enredando sus dedos en un mechón de mi pelo, jugando con él mientras sus ojos seguían clavados en los míos.

—Eres mía, *gattina*. Y ahora todos lo saben.

Me reí con amargura.

—¿Cómo van a saberlo si no te has molestado en presentarme? —Ni siquiera me molesté en negar que no era suya—. Me has dejado sola en medio de un grupo de desconocidos, Damiano.

Su sonrisa fue lenta, peligrosa.

—En mi mundo, no hacen falta presentaciones. Basta con que llegaras conmigo, basta con que caminaras a mi lado. —Se inclinó apenas, su aliento rozando mi oído—. En mi mundo, eso lo dice todo.

—Tu mundo —repetí con cautela.

—El mundo de la mafia.

Así que todos los que estaban allí eran mafiosos. En un primer momento, la enorme mansión, los trajes de gala y el lujo, me habían confundido. Pero ahora comprendía la excesiva seguridad por todos lados y que todos portasen arman.

Todos eran criminales. Puede que no lo parecieran a primera vista, que se camuflasen mejor que Damiano, pero todos estaban cortados por el mismo patrón. No sabía en lo que me había metido. No tenía la menor idea.

Damiano sonrió de lado, con esa expresión de quien sabe que ha ganado una partida que el otro ni siquiera sabía que estaba jugando. Tiró suavemente de mi mechón de pelo, acercando mi cara a la suya, tan cerca que su aliento me rozó los labios.

—Vaya, parece que por fin has aceptado lo inevitable. Ni siquiera has intentado negarlo esta vez —murmuró, su voz ronca y baja, cargada de un deje satisfecho.

Fruncí el ceño.

—¿Negar qué? —pregunté, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—Que eres mía.

Iba a abrir la boca para sacarle de su error, para decirle que no, que nunca lo sería, que podía irse al infierno, pero no llegué a hacerlo.

Porque, en ese momento, Damiano me besó.

No fue un beso suave ni cuidadoso. Fue una toma, una afirmación, una sentencia sin juicio previo. Sus labios cayeron sobre los míos con una mezcla de urgencia y dominio, como si tuviera miedo de que me escapara, como si quisiera dejarme claro que ya no había marcha atrás.

Sentí su mano enredándose en la base de mi nuca, sujetándome firme, pero sin hacerme daño, impidiéndome apartarme. Su boca era cálida, exigente, y se abrió contra la mía, obligándome a corresponder. Y lo hice contra toda lógica, contra todo orgullo. Porque, en ese instante, no existía nada más que esa sensación de vértigo en el pecho, ese temblor bajo la piel y el calor líquido que me recorrió el cuerpo. Porque cuando se trataba de él, yo no tenía voluntad. No podía controlar mis impulsos, mis deseos carnales.

Su lengua buscó la mía y el contacto fue como encender una cerilla en una habitación cerrada, donde el aire ya estaba cargado de deseo. Sabía a peligro, a todo lo que debería evitar, y sin embargo, a algo que me consumía desde dentro, que me arrastraba sin remedio.

Porque yo ya había perdido la batalla, incluso la guerra.

Cuando se apartó, apenas unos centímetros, su respiración era tan agitada como la mía.

—Mía —susurró.

—No.

Damiano esbozó esa sonrisa ladeada que me volvía loca. Fue a decir algo, pero un sonido de voces airadas en el exterior nos distrajo. Miré por las ventanas tintadas. Su hermana, junto a dos de sus amigas, estaban hablando a voces con el guardia de la puerta. No podía entender lo que decían, pero sonaban muy enfadadas.

—¿Qué hace? —pregunté.

Aunque la respuesta fue clara cuando el guardia señaló hacia nuestro coche y Glenda empezó a bajar las escaleras a toda prisa con los ojos desorbitados.

—Mierda.

No solía maldecir, pero madre mía, esa chica era muy diferente a las mujeres ricas y consentidas que conocía. Parecía que estaba dispuesta a golpearme.

Damiano puso los ojos en blanco.

—Niña rica de los cojones —dijo cuando vio a Glenda levantar una mano cerrada, en un puño dispuesta a golpear el cristal—. Burt, arranca.

En ese instante, cuando el motor arrancó, recordé que no estábamos solos en el coche. El chófer de Damiano había permanecido en silencio, escuchándolo todo sin decir una palabra. La vergüenza me hizo olvidar por completo la hermana de Damiano mientras Burt conducía por el camino hasta salir por la verja.

—Ponte el cinturón —me ordenó Damiano, asegurándose el suyo.

Por primera vez, obedecí sin protestar.

—Vaya noche —suspiré.

Damiano se rio.

—Contigo uno nunca se aburre, *gattina*.

Capítulo 19

Burt aparcó el coche frente a la casa de Damiano. Sentí su mirada sobre mí, como esperando que pusiera algún inconveniente, que dijera algo, y debería haberlo hecho, pero no lo hice.

Porque, en el fondo, no quería que la noche terminara.

Bajé del coche sin esperar a que él me lo dijese. Pero no había dado ni dos pasos por el camino de entrada cuando él se acercó a mi lado.

—Eres una *gattina* valiente.

Damiano sostuvo mi mirada un segundo más de la cuenta, con ese brillo peligroso en los ojos.

—¿Debería tener miedo?

—Probablemente —sonrió—. Vamos —añadió, haciendo un gesto con su mano derecha.

Una luna llena reinaba en el cielo, iluminando el camino. Contemplé la fachada de la casa que estaba frente a mí. No era tan impresionante como la de su hermano, pero era grande y lujosa. Me recordaba a la de mis padres. Y no sabía si esa comparación me tranquilizaba o me preocupaba más.

Sin pensarlo demasiado, lo seguí. El interior de la casa estaba en completo silencio. Atravesamos el hall. Damiano continuó andando, pero cuando llegamos al pasillo, yo me detuve.

—Tu hermana…

Damiano hizo una mueca.

—Ella está durmiendo.

—No es eso. Lo que me preguntaba es si es hermana también de tus hermanos.

Pude ver que él se tensaba. Por alguna razón que desconocía, el tema de su hermana parecía ser complicado para Damiano.

—No, ella es hermana de madre.

—¿Y por qué me pediste que no la nombrara?

¿Por qué él me pediría algo así? No tenía ningún sentido.

Sin embargo, Damiano no me contestó. Él me hizo un gesto para que lo siguiera, y yo alcé una ceja.

—Necesito una copa —musitó.

Lo cierto era que yo también la necesitaba.

Lo seguí y me condujo hasta el salón. Pulsó un interruptor y una luz cálida llenó la habitación. Era una estancia amplia, con grandes sofás de piel ocupando dos de las paredes y una enorme cristalera que daba al jardín trasero, donde la luna llena lo cubría todo con su brillo plateado. En una esquina, un mueble bar exhibía botellas perfectamente alineadas, como si fueran piezas de colección.

—Ponte cómoda —me dijo mientras él se acercaba al minibar—. ¿Qué quieres?

Me senté en uno de los sofás.

—Lo más fuerte que tengas —respondí sin dudar.

Él me miró durante unos segundos.

—Está claro que nunca vas a dejar de sorprenderme.

Si él supiera…

Damiano buscó una botella y preparó dos vasos de chupito. Se acercó, me entregó uno y se sentó a mi lado, deliberadamente cerca. Sin tan siquiera preguntarle qué era, me llevé el vaso a los labios y me lo bebí de un trago.

—Agh —dije con una mueca de asco mientras dejaba el vaso vacío sobre la mesa—. Está fuerte. —Sentía cómo el líquido quemaba mi garganta.

Damiano vació el contenido de su vaso de un trago de la misma manera que había hecho yo, pero al contrario de mí, su rostro permaneció impasible. Por supuesto que a él ni siquiera le había afectado.

—Eso espero —respondió con un guiño—. Es la mejor botella de tequila que tengo en casa.

—Las veces que he tomado un chupito de tequila ha sido con limón y sal.

—Yo lo prefiero solo, pero con tal de verte tomarte otro, puedo hacer una pequeña excepción.

Entorné los ojos.

—¿Nunca has visto a una mujer beber un chupito de tequila?

—Millones de veces, *gattina*. Pero ninguna me ha excitado tanto mientras lo hacía.

—A ti te excita todo.

Damiano sonrió.

—Cuando se trata de ti, se ve que sí.

Damiano dejó el vaso vacío sobre la mesa. Se quitó la americana, dejándola sobre el respaldo, y se aflojó la corbata. Pasó su pierna derecha por encima de su rodilla y echó sus hombros hacia atrás, acomodándose en el asiento.

Normalmente, Damiano solía parecer tan inaccesible, como un ser sobrenatural que se encontraba por encima del bien y del mal. Sin embargo, echado a mi lado en el asiento, con el cabello ligeramente revuelto y esa expresión relajada tan poco habitual en él, parecía casi humano. Tal vez fue eso lo que me animó a volver a intentarlo por segunda vez.

—¿Por qué no querías que nombrara a Siena? —pregunté, tomándome la confianza de llamar a su hermana por su nombre.

Damiano no contestó de inmediato. Durante un instante, temí haber presionado demasiado. Puede que no conociera demasiado a Damiano, pero sí lo había tratado lo suficiente como para intuir que la paciencia no era una de sus virtudes. Si él no me había contestado antes, era porque no quería hacerlo.

—Tú nunca te rindes, ¿no? —dijo con una sonrisa, y yo negué con la cabeza, tomándomelo como una buena señal.

—Pocas veces, la verdad.

Él me miró y pensé que volvería a evitar la pregunta, pero me equivoqué.

—Porque tengo enemigos que prefiero que no sepan sobre ella para no usarla en mi contra.

—¿Tus enemigos estaban en esa fiesta?

—Mi enemigos están por todas partes. Por eso te pedí que hablases con nadie, pero ha resultado que sabes defenderte muy bien.

Suspiré.

—En realidad, se me ha ido de las manos. Tu hermana, ella… —me interrumpí porque no sabía cómo definirla. Bueno, en realidad sí

lo sabía, pero prefería guardarme para mí misma la larga lista de calificativos, ninguno bueno, que se me pasaban por la cabeza.

—Es mi medio hermana —puntualizó con una mueca de asco.

—No parece que os llevéis muy bien.

—No lo hacemos. No tengo nada que ver con esa *snob* superficial y egocéntrica que tiene menos cerebro que un mosquito.

A pesar de que estaba hablando de Glenda, tuve la sensación de que Damiano habría opinado exactamente lo mismo de mí si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Aunque yo ni siquiera hubiera compartido la misma calle con él. Una sola mirada y me habría dado la vuelta.

Damiano y yo pertenecíamos a mundos completamente diferentes y éramos polos opuestos. Y, sin embargo, aunque era todo lo contrario a lo que había buscado en un hombre, jamás me había sentido tan atraída a él como a cualquier otro.

—Tus hermanos y tú sois tan diferentes… —reflexioné, pese a que ni siquiera los conocía. Pero no necesitaba hacerlo para darme cuenta de eso. Damiano se veía tan fuera de lugar en aquella fiesta rodeado de ese lujo y de todas aquellas personas vestidas con trajes de etiqueta…—. No parecéis del mismo mundo.

—Es que no lo hacemos. Ellos y yo no tenemos nada que ver.

—¿No te criaste con ellos?

Damiano negó con la cabeza.

—Mi padre —un sonido agrio, una mezcla de carcajada sarcástica y un resoplido, brotó de su garganta—, por llamarlo de alguna forma, porque ese cabronazo no se merece ser llamado padre, estaba casado cuando conoció a mi madre. De hecho, ya tenía a Mauro —nombró a su medio hermano, con el que había estado hablando en la fiesta—. Mi madre fue una de las muchas amantes que él tuvo.

—¿Y su mujer lo sabía?

—Todo el mundo lo sabía. En nuestro mundo es algo aceptado que un hombre de la posición de mi padre tenga amantes. —Damiano se encogió de hombros—. Lo que no se acepta es que se queden embarazadas. Por eso, cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada de mí, se lo ocultó. Sabía que, si mi padre se

enteraba, era capaz de hacer cualquier cosa con tal de que abortara. Escapó de él, pero mi padre se acabó enterando. Aunque ya era tarde, porque ella ya me había concebido. Como venganza, mi padre se aseguró de que tanto ella como yo viviéramos en la indigencia. Ella murió de una sobredosis hace unos años. Pero, para ese entonces, yo ya estaba más que acostumbrado a buscarme la vida. —Durante unos instantes se quedó en silencio. Su mirada se oscureció y parecía perdido en los recuerdos del pasado. No lo interrumpí—. Glenda es una elitista a la que le jode que la relacionen conmigo. Le jode que el hijo de una drogadicta sea su hermano y lleve su mismo apellido. Como si no fuera digno de él. Si uso el apellido de mi padre, lo hago porque es mi derecho. Al contrario que mis hermanos, nadie me ha regalado nada, todo me lo he ganado yo —dejó claro, con los dientes apretados y cerrando sus puños.

—Lo siento.

En un gesto que me sorprendió tanto a mí misma como a él, estiré mi mano y la posé sobre la suya. Damiano bajó la mirada, pero su puño comenzó a abrirse lentamente, aflojando la tensión, y sus dedos se estiraron.

—¿Qué sientes, *gattina*?

—Que tuvieras una infancia tan difícil.

—Yo no lo siento. Me endureció, me enseñó lo que realmente es la vida.

Damiano había tenido una vida difícil. A pesar de que lo que me había contado tan solo era una parte muy pequeña de lo que había pasado, él había visto una parte dura de la vida a una edad demasiado temprana.

—¿Y tu padre? ¿Tienes relación con él?

—Falleció hace un año —respondió—. Nunca tuvimos relación, pero me aseguré de que viese el hombre en el que me había convertido. —Soltó una carcajada carente de humor—. Le quité varios de sus negocios, y algunos de sus socios le dieron la espalda cuando les conté que les estaba engañando. Murió de un ataque al corazón. —Damiano sonrió—. Me gusta pensar que fue por mi culpa.

Damiano se había vengado de su padre y estaba orgulloso de ello. Aunque debería sentirme asqueada, no lo hacía. Porque podía

entenderlo. ¿Qué clase de hombre no solo le daba la espalda a su propio hijo, sino que hacía todo lo posible para arruinarle la vida tanto a él como a su madre?

«Un hombre que no se merecía vivir».

Las palabras retumbaron con mayor rotundidad de la que me gustaría reconocer en mi mente.

—¿Y tus hermanos qué opinan sobre lo que tu padre hizo? —Me había quedado claro la forma de pensar de Glenda, pero Gastone parecía tener una opinión ligeramente diferente a la de su hermana. Él parecía más empático, más humano.

—Mauro es el jefe de su familia. —Su familia, no la de él. Damiano no se consideraba parte de ella. Aunque tampoco entendía muy bien a qué se estaba refiriendo—. Él es un Don digno. No somos aliados, pero tampoco enemigos. Nos respetamos.

—¿Don? —repetí aquella palabra con curiosidad, sin entender su significado. Me sonaba ligeramente haberla escuchado en algún lugar antes, pero no recordaba dónde.

—Ya está bien de hablar de mí, *gattina* —me cortó.

No pude evitar hacer un pequeño mohín al darme cuenta de que se habían terminado las confidencias. Nunca había sido demasiado aficionada a escuchar a los demás hablar sobre ellos mismos, pero me gustaba que Damiano me contara cosas sobre él que no sabía. Y no tenía nada que ver con Paola, sino porque de esa manera podía comprenderlo mejor. Entender en la persona en la que se había convertido.

Quería saberlo todo sobre ese hombre. Cada maldita cosa. Y eso era un gran problema.

—¿Por qué no me hablas sobre ti? —sugirió, sorprendiéndome.

—¿Sobre mí? —repetí, apartando mi mano al darme cuenta de que todavía estaba sobre la suya.

Damiano hizo una mueca, siguiendo el movimiento de mi mano con los ojos, pero no dijo nada.

—Sí, sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que sea —respondió estirando su brazo sobre el respaldo—. Cualquier cosa que quieras contarme.

—Soy una mala persona. —La confesión brotó de mi garganta antes de ser consciente del peligro al que me estaba exponiendo al compartirla con él—. Solo he tenido una amiga de verdad, la única a la que yo le importaba, y la alejé de mí. Me engañé a mí misma haciéndome creer que cuando te haces mayor cambian tus gustos e inquietudes y que no tenía nada de malo tomar caminos separados. Pero lo cierto es que fui una egoísta. Ella se mudó de ciudad con su madre, y cuando esta murió, me avisó, pero ni siquiera fui al funeral de la que había querido como una segunda madre porque tenía una fiesta a la que acudir.

La fiesta de iniciación de mi hermandad. Para entrar, era requisito indispensable acudir. La misma hermandad a la que mi madre había pertenecido y con la que yo había soñado pertenecer desde que tenía uso de razón. No había sido razón suficiente, por supuesto que no, pero en aquel momento mis intereses habían estado por encima de cualquier cosa.

No había día en el que no me arrepintiera de ello.

Damiano me observaba con atención. No sabía por qué le estaba contando aquello, como si fuera un extraño cualquiera que había conocido en un bar y me estaba desahogando con él. Tal vez quería que me descubriera y que me hiciera pagar por todos los errores que había cometido con Paola. Tal vez Damiano Mancini era mi karma.

O tal vez solamente tenía la estúpida necesidad de compartir con él un pedacito de mi vida de la misma manera que él había hecho conmigo.

Fuera cual fuese la razón, no me detuve.

—Ella está muerta. Y no fue hasta que fui consciente de que la había perdido para siempre que no me di cuenta de lo mala amiga que había sido con ella, de lo mucho que la había fallado y de lo egoísta que había sido. —Mordí mi labio inferior con fuerza, haciendo una pausa para tratar de que mi voz no se quebrara—. Ya no podré disculparme.

Lo que no le conté fue que Paola me llamó la noche que murió y que colgué la llamada porque estaba preparándome para salir de fiesta con unas compañeras. Ni siquiera vi el mensaje en el que me

decía que me necesitaba hasta el día siguiente. Pero tampoco la llamé de inmediato. Esperé tres días para hacerlo; tres días. Y cuando lo hice, fue George quien me cogió para contarme lo que le había sucedido. Ni siquiera pude estar en su entierro.

No podía contarle eso porque podría atar cabos. Aunque tampoco era capaz de decirlo en voz alta. Incluso intentaba no pensar en ello porque dolía como si me hubieran pegado una paliza. Noté cómo las lágrimas se arremolinaban en mis ojos. Damiano me observaba sin emitir ninguna palabra.

No intentó consolarme, no me dijo que no era mi culpa, no buscó excusas para redimirme. Simplemente me dejó hablar, me dejó llorar, me dejó romperme sin intentar pegar los pedazos.

Y, de alguna forma, eso me reconfortó. Porque no necesitaba palabras bonitas, no quería que nadie intentase borrar mis pecados. Cuando por fin logré calmarme, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Damiano alargó la suya y sus dedos rozaron mi mejilla, apartando con suavidad el rastro húmedo que quedaba.

—No puedes cambiar lo que hiciste —dijo en voz baja, con una calma extraña en los ojos—, pero sí puedes decidir qué hacer con ese dolor. Dejar que te hunda o convertirlo en la razón por la que seas más fuerte.

En esos momentos, el dolor por la pérdida de Paola y la culpa por todo lo que no hice por ella eran demasiado abrasadores. Hablarlo por primera vez había fracturado uno de los muros que me había esforzado por mantener intacto desde su muerte. No supe cómo gestionarlo, no supe cómo sostenerme. Solo supe que lo necesitaba cerca. Que sólo él podía aliviar un poco de ese dolor.

Me incliné hacia Damiano y, por primera vez, fui yo la que lo besé. No fue un beso dulce, ni delicado. Fue torpe, urgente, cargado de ese desespero de quien necesita olvidar, aunque sea por un instante, de quien busca refugio donde no debería. Mis labios chocaron contra los suyos y él tardó solo un segundo en corresponderme. Sus manos se aferraron a mi cintura y el beso se volvió más profundo, más desordenado. Había rabia, había tristeza y una necesidad tan cruda que dolía.

Cuando nos separamos, respiraba agitadamente. Las emociones aún estaban amartillando mi cabeza, pero tenía más claro lo que deseaba, lo que necesitaba.

—Fóllame, Damiano —le susurré.

La palabra fue vulgar, seca, pero precisa. No había lugar para florituras ni frases cuidadas. Eso era lo que necesitaba, lo único que podía arrancarme de ese abismo en ese momento, lo único que podría salvarme de mí misma.

Quizá un hombre bueno se habría negado. Me habría dicho que no estaba pensando con claridad, que no era el momento, que lo que sentía era confusión. Pero Damiano no era ese tipo de hombre ni fingía serlo. Y yo no quería que lo fuera.

Se levantó y yo cogí el bolso que había dejado a mi lado en el sofá, pero antes de que pudiera levantarme, me alzó. Me agarré a él con mis manos y pies. Me aferré como si fuese una tabla de salvación en un naufragio.

Damiano comenzó a caminar conmigo sujeta contra su cuerpo, sus pasos firmes resonando sobre el suelo de madera mientras atravesaba el pasillo. Subió las escaleras sin detenerse, como si no me pesara nada, como si cargar conmigo fuese tan natural como respirar.

Cuando llegamos al primer piso, abrió con el hombro una puerta oscura, empujándola hasta que se abrió por completo. Me dejó en el suelo y cerró la puerta. Después, encendió una lámpara que iluminó la estancia con una luz tenue.

Aquella era la habitación en la que había estado la anterior vez. Y, en ese momento, me di cuenta de que aquella era su habitación. ¿Él me había dejado en su dormitorio?

Un armario empotrado ocupaba toda la pared frente a mí. Por el rabillo del ojo vi una enorme cama, pero no pude fijarme en nada más, porque la manera en la que Damiano me miraba lo eclipsaba todo.

Su mirada era un ancla y una hoguera al mismo tiempo. Me sostuvo así, con esa intensidad cruda, como si estuviera desnudándome sin mover un solo dedo, y toda la curiosidad que

pudiera tener por la habitación, se disolvió. Lo único que importaba era él.

—Voy a aceptar todo lo que me des, *gattina* —dijo Damiano, su voz ronca, apenas un susurro contra mi oído—. Incluso un poco más.

Lo sabía. Damiano no era un hombre que se conformara con las sobras ni con lo superficial. No aceptaba lo fácil, lo que otros habían tenido antes. Él tomaría todo de mí. Las partes que mostraba y, sobre todo, las que había aprendido a ocultar. Aquello que nunca había compartido con nadie.

Porque Damiano era así. Un depredador que, una vez que te elegía, no se detenía hasta poseerlo todo. Cada espacio, cada herida, cada deseo que ni siquiera sabías que tenías.

Y yo quería dárselo. Quería complacerlo y, en el fondo, complacerme a mí misma. Porque sentía que él era mi único refugió, el único que podía hacer que el dolor se disipase durante unos segundos. El hombre al que había culpado de mi dolor, el que había querido destruir, era el único que podía recomponerme.

Qué irónica podía llegar a ser la vida a veces.

Tratando de controlar el temblor de mis manos, busqué la cremallera del vestido, que se encontraba a un costado de mi cuerpo. Tiré de la cremallera con más fuerza de la que debería, sintiendo cómo la tela se deslizaba por mi cuerpo hasta que quedó arremolinada alrededor de mis tobillos. Di un paso hacia adelante y lo aparté con cuidado hacia un lado con los pies.

Había escogido un conjunto de lencería roja, sofisticado y sexy. Una de las pocas prendas costosas que me había atrevido a llevar conmigo a mi nuevo apartamento en Chicago. Una elección que esa noche había parecido casual, pero, que en el fondo, una parte de mí había hecho completamente adrede. Porque esperaba este momento.

El encaje acariciaba mi piel, y por la manera en la que Damiano me estaba mirando, supe que había acertado.

—¿Vas a quitártelo o tengo que hacerlo yo? —espetó con impaciencia.

—¿Tan ansioso estás? —pregunté jugetonamente.

—No soy un hombre al que le guste esperar.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna, pero me mantuve firme, saboreando el poder de ese momento.

—Pues me temo que vas a tener que practicar la paciencia —susurré.

Sin apartar la mirada de la suya, llevé despacio una mano hasta el escote de mi sujetador. La yema de mis dedos rozó la curva de mis pechos, descendiendo suavemente por la línea de encaje negro. Me mordí el labio inferior, atrapándolo entre mis dientes, como si fuera un intento de contener una sonrisa traviesa, y deslicé la punta de mis dedos por el borde del sujetador, provocando una caricia lenta y tentadora contra mi propia piel.

Damiano me devoraba con tanta intensidad que sentí cómo el calor subía por mi cuerpo, como una descarga eléctrica. Iba a seguir con mi provocación, a extender ese juego cruelmente delicioso, cuando Damiano se movió como una exhalación. No me dio tiempo a reaccionar, porque en un parpadeo había cruzado la habitación, arrancado la delicada prenda de encaje de mi cuerpo y, con una fuerza controlada que me dejó sin aliento, me tumbó sobre la cama, con mi espalda hundiéndose en la suavidad del edredón.

Se tumbó encima de mi, aún, vestido. Ni siquiera se había quitado los zapatos. Aunque ahora que me daba cuenta, yo también llevaba mis tacones puestos. Damiano estaba controlando su peso, pero aún así sentía su calor por todo mi cuerpo. El roce de su pecho, aún cubierto de tela, contra mis pechos desnudos, hizo que mi piel se erizara. Su boca se acercó a mi oído y lamió el lóbulo, logrando que me estremeciese de placer.

—Cuidado —murmuró contra mi oído, su voz áspera como una caricia oscura—. Estás tentando al diablo, y cuando caigas en mi oscuridad, no habrá escapatoria.

—No quiero escapar —respondí, mirándolo a los ojos—. Arrástrame a tu infierno, Damiano. Por esta noche, hazme tuya. Solo por esta noche.

—*Gattina* —murmuró, deslizando sus dedos por mi cuello—, será más que una noche. Eres mía para toda la puta eternidad.

Antes de que pudiera responder, se levantó, dejándome una sensación fría que no duró mucho. Con rapidez, se deshizo de toda su ropa, se inclinó hacia mí, me quitó los tacones y se acomodó entre mis piernas, separándolas con sus brazos.

El calor de su cuerpo contra el mío hizo que el aire en la habitación se espesara. Sentí su aliento cálido en mi piel mientras sus dedos trazaban líneas de fuego desde mis muslos hasta mi cintura.

Sus labios descendieron hacia mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes que me erizaban la piel. Mis manos se aferraron a su espalda, buscando anclarme a ese momento, a ese hombre que me dominaba y, al mismo tiempo, me liberaba.

—Voy a follarte, *gattina* —dijo a la vez que sentí su punta rozando mi centro—. Voy a follarte hasta que no recuerdes ni tu nombre.

Aquello sonaba bien.

—¿A qué estás esperando?

—¿Quién es la ansiosa ahora? —respondió con una sonrisa.

Antes de que pudiese pronunciar una sola palabra, sentí su longitud en mi núcleo y empujó con fuerza. No se contuvo, tampoco esperaba que lo hiciese. Emití un pequeño grito, más por la sorpresa que por otra cosa, aunque cuando se lamió el pulgar y lo presionó sobre mi clítoris, trazando pequeños círculos, un largo gemido salió de mis labios.

Su pelvis presionaba contra la mía con cada embestida, profunda, dura y sin compasión, como si intentara grabarse dentro de mí, reclamarme desde el interior. El sonido de nuestros cuerpos chocando llenaba la habitación, mezclado con mis jadeos entrecortados y su respiración pesada.

Damiano gruñó algo ininteligible contra el lóbulo de mi oreja antes de succionarlo.

Sus dedos no dejaron de moverse sobre mi clítoris, jugando con esa parte de mí que ardía y dolía al mismo tiempo. Era demasiada intensidad, demasiado placer, como si mi cuerpo no pudiera decidir si suplicar que parara o rogarle que siguiera.

Cada embestida era más dura, más profunda, y con cada una de ellas sentía cómo me deshacía un poco más. Mi espalda se arqueó contra la cama, mi boca se abrió en un gemido ahogado, y mis manos se aferraron a sus hombros con desesperación, marcando su piel con mis uñas.

De alguna manera, yo también quería hacerlo mío. Que al mirarse al espejo, al sentir el escozor bajo la piel, recordara que había sido mío tanto como yo suya. Quería dejar mis marcas en su espalda, en sus brazos, en su cuello, en cada rincón que pudiera alcanzar.

Levanté las caderas, ofreciéndome sin reservas, y él las agarró con ambas manos, sus dedos clavándose en mi piel con una fuerza que sabía me dejaría marcas. Tiró de mí hacia él, hundiéndose más profundo, más brutal, hasta que sentí que ya no había espacio entre nuestros cuerpos, que era suya en cada sentido posible.

El ritmo se volvió más rápido, más salvaje. El sonido de nuestros cuerpos al chocar llenaba la habitación, mezclado con sus gruñidos ásperos, con mis gemidos rotos y con el jadeo desbocado de ambos, como si todo aquello no fuera suficiente, como si buscáramos destrozarnos y salvarnos al mismo tiempo.

Sentí cómo el orgasmo se enroscaba en mi interior, tenso y punzante como un hilo a punto de romperse. Y entonces, sin poder evitarlo, me rompí. El placer me atravesó como una llamarada salvaje, sacudiéndome de pies a cabeza. Gemí su nombre, aferrándome a sus hombros como si fuera a desvanecerme, mientras mi cuerpo temblaba sin control.

Damiano gruñó, una maldición gutural entre dientes, y segundos después, se dejó ir también. Sus caderas se hundieron con fuerza una última vez, con su respiración entrecortada junto a mi oído.

Nos quedamos así, jadeando, con los cuerpos pegados y el sudor resbalando por nuestra piel hasta que poco a poco nuestras respiraciones se acompasaron, como dos bestias exhasutas después de una batalla.

Entonces se apartó de mí, pero no se alejó. Se tumbó a mi lado y, sin decir nada, me rodeó la espalda con su brazo, atrayéndome con firmeza hasta que mi cabeza quedó apoyada sobre su pecho, sintiendo el latido desbocado de su corazón bajo mi mejilla.

Nos tapó con el edredón.

—Ha sido increíble, *gattina*.

Lo había sido, pero estaba demasiado cansada para decirlo en voz alta. Solo me dejé envolver por su calor, por la caricia lenta de sus dedos enredándose en mi cabello, por la extraña y momentánea calma que me invadía.

Por primera vez en días, me sentía en paz, como si nada pudiese perturbarme. Mis ojos se cerraron y, antes de que pudiese procesar nada de lo que había ocurrido, me quedé profundamente dormida.

Capítulo 20

Me desperté en una cama vacía.

El olor a Damiano impregnaba las sábanas, el aire y mi propia piel. La habitación seguía envuelta en una penumbra suave, rota solo por los primeros destellos de luz que se colaban a través de las cortinas. Un sonido de agua corriendo desde el baño me hizo girar la cabeza. Debía de estar allí.

Me incorporé despacio, con los músculos todavía pesados y la mente embotada. La habitación olía a sexo y a sudor. Contra todo pronóstico, cualquier remordimiento que esperaba sentir al despertar, no apareció. En lugar de eso, me sentía más viva que nunca, como si cada fibra de mi cuerpo hubiera despertado al fin de un largo letargo, como si Damiano hubiera sido el hombre que había estado esperando sin saberlo.

Me incorporé despacio, con los músculos todavía pesados y doloridos por el sexo que habíamos tenido. Ladeé la cabeza hacia la puerta del baño, que estaba entreabierta. Yo también necesitaba una ducha. Iba a acompañar a Damiano cuando un sonido insistente de una vibración me lo impidió. Me levanté de la cama para buscar mi bolso tirado en el suelo del dormitorio. Ni siquiera recordaba haberlo llevado conmigo la noche anterior.

Lo abrí y saqué mi teléfono. Cuando vi el nombre de George en la pantalla, fue como si una tromba de agua fría cayera sobre mi cabeza. Corté la llamada con rapidez y puse el móvil en silencio, dejándolo caer sobre la cama para sentarme en el borde del colchón. Miré de nuevo a la puerta entreabierta, asegurándome de que Damiano no me había visto.

Apoyé mi codo sobre mis muslos desnudos y enterré mi cabeza entre mis manos. ¿Qué estaba haciendo? Damiano no era un hombre para mí. No era mi futuro. Era un hombre peligroso, uno del que debería alejarme. Ni siquiera sabía quién era yo realmente. Y era mejor que no lo descubriera, porque si averiguaba la verdadera razón por la que había entrado en el *pub*, me metería en serios

problemas. Puede que Damiano no me matase, pero no era alguien a quien se podía traicionar sin sufrir las consecuencias.

Todo aquello era una locura.

Me vestí con rapidez. Tenía que salir de la habitación antes de que Damiano saliera del baño. No estaba preparada para hablar con él.

Cogí el móvil para guardarlo en el bolso y vi que me había llegado otro mensaje de George.

«Voy para tu apartamento».

Mierda.

Se había cansado de mis constantes evasivas. Y ahora, iba directo a buscarme.

Me apresuré a caminar hacia la puerta, pero antes de que pudiera llegar hasta ella, el sonido de la puerta del baño abriéndose me dejó paralizada. Guardé el móvil de golpe en el bolso, disimulando la tormenta de sentimientos que sentía dentro.

Damiano avanzaba por la habitación, cubierto solo con una toalla anudada a la cintura y el cabello húmedo cayendo sobre su frente. Joder, ¿por qué era tan guapo?

—¿Te ibas a ir sin despedirte, *gattina*? —preguntó con una mueca distraída que no me creí ni durante un instante.

Traté de mantenerme serena. Estaba segura de que Damiano podía oler el miedo y no podía darle razones para que desconfiara de mí.

—He quedado con una amiga para desayunar —mentí con lo primero que se me ocurrió.

—¿Qué amiga? —preguntó, a la vez que daba un par de pasos hacia mí.

Iba a decirle que no la conocía de nada, pero tenía la sensación de que eso no le serviría como respuesta.

—Gigi, he quedado con ella.

Era una mentira a medias. Había quedado en llamarla para darle el dinero que necesitaba. De hecho, ahora que me acordaba, tenía que pasar por el banco.

—Apruebo esa amistad —murmuró, provocando que una sensación de ira se arremolinara en mi estómago.

—Me importa muy poco si la apruebas o no. No eres nadie para decir…

No pude terminar la frase, porque Damiano cruzó la distancia que nos separaba en un segundo, y su boca se apoderó de la mía antes de que pudiera respirar. Me rendí, como siempre. Como una idiota, como si con él fuera inevitable.

Le rodeé el cuello con los brazos mientras su lengua reclamaba la mía sin tregua. Sentí su erección a través de la toalla, dura y demandante contra mi vientre, y un escalofrío de deseo me recorrió. Quería volver a sentirlo en mi interior. Una noche no había sido suficiente, tenía la sensación de que ni siquiera miles de noches lo serían. Damiano se había metido bajo mi piel, en mis huesos, en mi sangre, y sabía que sería difícil de erradicar.

Pero, haciendo acopio de todo mi autocontrol, me separé de él. No obstante, su mano intentó atraparme de nuevo, sus labios apenas se apartaron de los míos, y su mirada decía quédate. Pero conseguí apartarme, aunque no fue fácil.

—Tengo que irme —susurré, odiando lo quebrada que sonó mi voz.

No esperé su respuesta. Cogí el bolso y crucé la puerta antes de que su mera presencia me arrastrara otra vez a su cama y a su infierno. Un infierno que, maldita sea, se había sentido como el mismo cielo.

Él no me siguió. Y de alguna manera, se sintió como una derrota.

Como si hubiese esperado, en lo más profundo de mí, escuchar sus pasos tras de mí, su voz exigiendo que me quedara y sus manos cerrándose alrededor de mi muñeca para impedirme marchar, recordándome que era suya.

Cuando salí por la puerta principal, el chófer de Damiano ya me estaba esperando. Sin duda, él le había avisado. No discutí, sino que subí al coche en silencio y dejé que me llevara hasta mi apartamento. Al llegar, me detuve un instante en el portal. Observé por el cristal de la puerta, esperando ver cómo el vehículo se alejaba calle abajo. Solo cuando desapareció de mi vista, me permití respirar con algo más de calma.

Subí las escaleras despacio, los pensamientos enredándose en mi cabeza como una maraña imposible de deshacer. Sabía que George estaría dentro, ya que me lo había dejado claro en un mensaje mientras iba de camino.

Él tenía una llave que parecía usar a su antojo. No le había dado mucha importancia, pero después de lo que Gigi me había contado, me parecía perturbador. Había pensado enfrentarme a él una vez Gigi estuviera lejos, ya que no quería meterla en problemas, pero no podía esperar más. Me enfrentaría a él esa misma mañana y después ayudaría a Gigi a escapar.

En cuanto abrí la puerta de mi apartamento, lo vi. George estaba allí, esperándome en mitad del pasillo. Cerré la puerta detrás de mí con suavidad. Su cabello rubio estaba más despeinado de lo normal. Usualmente solía recibirme con una sonrisa y una expresión cálida, pero ese día, por la manera en la que fruncía sus labios y cruzaba sus brazos, supe que no estaba contento conmigo.

—Has estado en una fiesta en casa de la familia Mancini junto a Damiano y no me has avisado —dijo como saludo.

No podía negarlo, ya que aún llevaba puesto el vestido de la fiesta y era evidente de que él lo sabía. Dejé el bolso sobre la mesa que se encontraba entre la cocina y el comedor. En el momento en el que lo hice, me di cuenta de que tal vez debería haber mantenido mi teléfono cerca de mí. No pude evitar echar un vistazo rápido a las ventanas cerradas. Era plena mañana, ¿si gritaba los vecinos avisarían a la policía?

¿Pero qué estaba diciendo? Tenía a un policía frente a mí. Puede que no me fiara por completo de él, pero George no me haría daño.

—¿Por qué Paola quiso ayudarte a encarcelar a Damiano? —le pregunté directamente.

George suspiró, descruzándose los brazos para pasarse una mano por su cabello.

—Ya lo sabes, Audrey.

—No, no lo sé. Me dijiste que lo hizo porque descubrió la clase de hombre que era Damiano. Pero no tiene sentido. Ella tenía una relación con uno de los hombres de Damiano. —George no me

preguntó de quién se trataba y tampoco fingió desconocerlo—. Lo sabías. Sabías que estaba saliendo con Scott.

—Ella me lo dijo, Audrey. Estaba utilizando a Scott para conseguir las pruebas…

—Cállate —intenté que el tono de mi voz fuera bajo, pero no lo logré. George me miró confundido—. Ella no haría algo así. —Aunque la realidad era que no tenía la menor idea. Me estaba dando cuenta de que no conocía a Paola. A esas alturas, ni siquiera me conocía a mí misma—. ¿Y si estamos equivocados y se suicidó?

—No, no lo hizo. —George suspiró con fuerza—. No lo entiendo, Audrey. Has estado con Damiano, vienes de su casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy policía, Audrey —dijo como si eso lo respondiera todo, y quizá lo hacía—. ¿Y no has logrado nada? ¿No tienes nada?

—Ahora mismo ni siquiera estoy segura de que Damiano la matase.

—¡Claro que lo hizo! —alzó la voz, haciéndome dar un respingo. Se dio cuenta de inmediato y suavizó el tono—. Estamos muy cerca de atraparlo. No puedes echarte atrás ahora.

Él parecía desesperado. Demasiado.

—Yo… —Él se dio cuenta de que me había asustado y se tocó la cara.

—Perdóname, Audrey. No quería asustarte. —Esbozó una sonrisa —. Pero no lo entiendo, has logrado acercarte a él. ¿Y ahora te vas a rendir? ¿Después de lo que Damiano le hizo a Paola?

—No me voy a rendir, George. No volveré a fallar a Paola. Precisamente por ella quiero saber qué pasó realmente. Todas las empleadas coinciden en que Damiano nunca mataría a una mujer que…

—¡¿Por Dios, Audrey, qué otra cosa van a decir?! —George ni siquiera me dejó terminar la frase. No estaba dispuesto a escucharme. Él daba por hecho que Damiano era el asesino de la muerte de Paola y daba igual lo que le dijera o las pruebas que le pudiera enseñar, no cambiaría de opinión—. Lo temen. Están aterrorizados, Audrey. No quieren terminar como Paola, por eso dicen eso.

No podía negar que los empleados del *pub* temían a Damiano, pero había un sentimiento mucho más profundo que el miedo, algo que no era tan fácil de ganar y que todos compartían: no solo lo temían, también lo respetaban. Lo había visto en los ojos de Scott, en Jasper e incluso en Gigi.

A esas alturas, no creía que Damiano hubiera asesinado a Paola. Puede que fuera un criminal de la peor calaña, pero no mataba ni a inocentes ni a mujeres. Él tenía principios.

Sin embargo, mataba hombres. Yo lo había visto con mis propios ojos. Si no hubiera matado a uno de ellos, probablemente yo sería la que estaría muerta. El ojo por ojo y diente por diente no era una justificación, pero de alguna manera, para mí lo era.

«Porque te estás enamorando de él».

Aquella voz en mi interior sonó alta; demasiado alta. Tanto que me coloqué una mano en la sien para acallarla. No podía ser cierto, no podía albergar esos sentimientos hacia Damiano.

—¿Audrey, estás bien? —me preguntó George, dando un paso hacia mí.

Noté cómo se acercaba a mí y luché por recomponerme. Levanté la cabeza y lo miré.

—Estoy bien, George.

Tenía muchas preguntas que hacerle, pero lo cierto es que no confiaba en él.

«¿Y confías en Damiano?»

No estaba preparada para responderme a esa pregunta. Necesitaba quedarme sola. Tenía que lograr que George se marchara, ya que no podía hacerle más preguntas sobre Paola sin poner a Gigi en evidencia. Además, si Gigi estaba en lo cierto y George la había chantajeado para espiar a Damiano, no me lo iba a contar.

Así que esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos y dije:

—Estoy muy cansada. Ha sido una noche larga. Tienes razón, debo seguir, debo hacerlo por Paola. —Y eso no era una mentira—. Lograré algo pronto.

El rostro de George se relajó visiblemente.

—Estás haciendo lo correcto.

Él se dio la vuelta para marcharse, pero lo detuve con mis palabras.

—No creo que sea buena idea que entres en mi apartamento… ni que vuelvas por aquí. —George alzó una ceja, curioso—. Damiano confía en mí, y sabe dónde vivo. Si aparece y tú estás aquí, todo el plan se vendrá abajo.

Vi esa sonrisa en su cara. George creía que me estaba acostando con Damiano para utilizarlo. Y la peor parte era, que parecía feliz por ello. Me sentí asqueada conmigo misma y con él.

George asintió.

—No me pasaré más por aquí.

En cuanto se marchó, cerré la puerta con el pasador. No confiaba en George. Si aquel encuentro me había servido para algo, era para comprobar finalmente que él no estaba interesado en buscar justicia para Paola, tal y como me había hecho creer cuando nos conocimos. No le interesaba quién la hubiera matado, tan solo meter a Damiano entre rejas. Mi amiga tan solo era un medio para un fin para él. Probablemente, estaba ávido de poder y no le importaba quién sufriera por su culpa. Solo quería conseguir un triunfo en su carrera.

Me daban asco las personas como él.

Aunque no era tan diferente de las personas del mundo en el que había nacido. Mis padres mismos no habían llegado a la cima de sus carreras sin dejar algún cadáver metafórico a sus pies. Yo misma había estado dispuesta a hacerlo. Aunque , en esos momentos, ni siquiera sabía lo que quería hacer con mi futuro. Ahora mismo, regresar a mi vida cotidiana se sentía algo lejano.

Lo primero que tenía que hacer era cambiar la cerradura del apartamento. Y lo segundo, ayudar a Gigi para que se fuera lo antes posible de allí junto a su hijo. Sin embargo, antes, necesitaba una ducha y cambiarme de ropa.

En cuanto el agua caliente acarició mi piel, sentí cómo me relajaba. Como si todos los problemas tuvieran una solución más sencilla, como si pudiera centrarme en lo que verdaderamente me importaba.

Cuando salí de la ducha, fui a mi habitación para cambiarme. Me quité la toalla, quedándome desnuda, y al pasar frente al espejo de

cuerpo entero, me detuve. Ahí, en mi vientre, justo al lado del ombligo, había una marca. Una ligera mancha violácea, delineada con la forma imperfecta de unos labios; el rastro de una mordida. Damiano. No recordaba en qué momento me la había hecho. No recordaba haberlo sentido. Era fácil de tapar. Nadie la vería, pero su finalidad era evidente. Me quedé mirándola. Era como un sello, una declaración silenciosa de pertenencia. Suya. Y lo más perturbador no era la marca en sí, sino que esa idea, en esos momentos, no me sonaba tan mal como debería.

Me separé del espejo y me vestí. Abrí el cajón de la mesilla donde había guardado el colgante de arcoíris. Había decidido no llevarlo más conmigo para no correr ningún riesgo.

Me senté en la cama con la cadena enroscada en mis dedos. Paola era mi única prioridad. Necesitaba saber toda la verdad, pero aunque intentara que aquel pensamiento predominara, no pude evitar que el rostro de Damiano se materializara en mi mente.

Definitivamente, estaba en serios problemas.

Capítulo 21

Habían pasado casi dos semanas en las que no había sabido nada de Damiano. Tampoco había intentado ponerme en contacto con él, ya que necesitaba distancia. Si en algún momento había tenido la absurda sensación de que acostarme con él conseguiría que mi obsesión por él terminara y sacarlo de una vez de mi sistema, me había equivocado completamente. Porque una noche con Damiano solo había aumentado mi atracción por él.

Quería volver a repetirlo. Quería verlo.

Pero no podía hacerlo. Tenía que olvidarme de Damiano, y mantenerme alejada de él era un primer paso. A pesar de que no había podido dejar de pensar en él ni un solo día.

—¡Felicidades! —gritó Tracy, abrazando a Buffy con entusiasmo e interrumpiendo mis pensamientos.

Estábamos a punto de abrir y yo estaba terminando de limpiar las mesas. Savannah se acercó después y también rodeó a Buffy con los brazos. Las observé desde donde estaba, viendo cómo Buffy sonreía de oreja a oreja. Las tres estaban detrás de la barra, así que me acerqué.

—Supongo que te han dado el puesto de Gigi —comenté, rodeando la barra para acercarme—. Felicidades.

Gigi había dimitido cinco días atrás y seguramente ya estaría en algún lugar lejano con su hijo, fuera de todo esto. No sabía adónde había ido —ambas habíamos decidido que era mejor así—, pero le había pedido que, de vez en cuando, me mandara un mensaje, solo para saber que estaba bien y feliz.

—Gracias —me contestó Buffy con una sonrisa tirante.

No la abracé; nunca habíamos tenido esa cercanía. En realidad, ni siquiera simpatizábamos demasiado. Buffy apenas me toleraba y yo llevaba dos semanas buscando una oportunidad para hablar con ella a solas, pero había sido imposible.

Como tampoco había podido hablar con Scott. Aunque lo cierto era que a él no sabía cómo abordarle sin delatarme, así que no

había vuelto a intentarlo.

—Estoy segura de que lo vas a hacer genial —dije, intentando crear una especie de cordialidad entre nosotras. La necesitaba si quería que me ayudara a descubrir qué le sucedió a Paola. En esos momentos, ella era el único hilo del que podía tirar, la única que podría ayudarme.

Pero Buffy, tan agradable como siempre, ni siquiera se molestó en responderme.

—Abrimos en diez minutos —anunció con tono seco—. Así que, a ponerse las pilas.

—Cinco minutos en el puesto y ya eres una mandona —se quejó Savannah cruzando sus brazos.

—En realidad, siempre lo ha sido —apuntó Tracy.

Buffy puso los ojos en blanco y les sacó la lengua antes de darme intencionadamente la espalda. Visto que mi plan de acercarme a ella ese día tampoco iba a funcionar, fui a terminar de limpiar las mesas.

Esa noche hubo más clientes de lo habitual, así que no tuvimos ni un respiro. Cuando llegó mi turno de descanso, salí al callejón trasero y me senté en el bordillo. Necesitaba aire. Para mi sorpresa, un minuto después, Buffy apareció y se plantó frente a mí.

—Estoy en mis quince minutos de descanso, así que…

—No es eso —me interrumpió, y se sentó a mi lado, aunque dejando una prudente distancia entre nosotras—. Gigi me contó que Paola era amiga tuya de la infancia. Me hizo prometerle que, si me recomendaba para el puesto de encargada y me cogían, respondería a tus preguntas.

No sabía eso. Gigi no me lo había contado.

—¿Y tú eres de las que cumplen sus promesas?

—No, no lo soy —reconoció.

—Entonces, ¿por qué razón estás aquí? —le dije, señalando el bordillo donde ambas estábamos sentadas.

Ella suspiró. Sacó un cigarro del bolsillo de su pantalón y lo encendió con un mechero gastado. La llama iluminó su rostro por un instante, y en ese breve destello vi algo distinto a la soberbia y la indiferencia con las que solía escudarse: parecía tristeza. Una

tristeza densa, vieja, de esas que ya forman parte de uno y es muy difícil de eliminar.

No dije nada. Solo la observé mientras daba una calada larga, como si con ese humo intentara expulsar algo que la estaba consumiendo por dentro.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó al cabo de unos minutos.

Sentí cómo el corazón me daba un brinco.

—Gigi me contó que Paola y tú habíais trabajado en un...

—Prostíbulo —terminó ella por mí. No me había atrevido a decirlo, pero Buffy no parecía ofendida—. Paola y yo empezamos a trabajar allí a la vez, pero yo lo dejé antes. Paola tenía una gran deuda que cubrir y tuvo que seguir trabajando allí.

—¿Qué deuda?

—Su madre había estado muy enferma antes de morir y debía mucho dinero por los tratamientos.

Mi corazón se encogió ante aquella información. No lo sabía. Cuando Julia dejó de trabajar con nosotros, se mudó a Chicago con Paola. Para entonces, ella y yo ya no estábamos tan unidas. Aunque, siendo honesta, fue culpa mía. Me había alejado de ella. No hubo una discusión, ni una pelea. Teníamos grupos de amigas diferentes. O más bien, Paola no era bien recibida en el mío y se fue alejando. Y yo lo permití.

Podría excusarme diciendo que era una adolescente, que no sabía hacerlo mejor, pero estaba harta de excusarme a mí misma. Tenía que ser valiente y reconocer mis propios errores. Era la única manera que tenía de mejorar, de empezar a ser mejor persona.

—¿Y la prostitución fue la única opción? —pregunté, aunque en realidad la pregunta era para mí misma.

Ella giró la cabeza y me miró.

—¿Tienes algo en contra? —espetó, enfadada.

—No, claro que no —aclaré con rapidez—. No quería juzgarte. Aquí también…

—Lo que se hace aquí no tiene nada que ver con lo que se hace en ese local —volvió a interrumpirme. Su tono había cambiado, como si hablara de algo que preferiría olvidar—. Allí se gana muchísimo más, pero se paga un precio muy alto por ello. —Hizo

una pausa. Vi cómo un leve temblor le recorría las manos, como si los recuerdos la invadieran de golpe. Durante un segundo, el brillo desafiante en sus ojos se apagó, dejando ver algo roto, algo vulnerable—. Es hora de volver al trabajo —murmuró, tirando el cigarro al suelo y aplastándolo con la puntera de su bota antes de levantarse.

—Espera. —Me levanté y la sujeté del brazo. No quería perder esa oportunidad—. Paola lo dejó y comenzó a trabajar aquí —le dije —. ¿Entonces ya había pagado su deuda?

Buffy miró mi mano y solté su brazo.

—Me dijo que había pagado casi todo, que había encontrado una manera de hacerlo. Pero no me especificó cuál.

—¿Puede que esas mismas personas que le dieron el dinero la mataran? —A pesar de que la pregunta me la estaba haciendo a mí misma, la formulé en voz alta.

—Paola no… —comenzó Buffy, pero yo la interrumpí.

—Sospecho que Paola no se suicidó, que la mataron.

Buffy me miró. Ella tragó saliva.

—Paola estaba asustada —me reconoció—. Lo que fuera que hizo para conseguir el dinero, debió ser algo gordo.

—¿Tú también crees que la mataron?

La expresión de Buffy se endureció. Sus ojos se posaron en la puerta cerrada del *pub* antes de volver a centrarse en mí.

—Lo que yo creo es que hay que dejar a los muertos descansar en paz.

Ella tenía miedo. Parecía aterrorizada.

—Pero…

—No, ya he cumplido mi promesa. No quiero volver a hablar de Paola.

—Espera, solo dime dónde está ese local.

Buffy se giró y me miró.

—No tienes la menor idea de dónde te estás metiendo.

Estaba segura de que no podría sacarle nada más, pero ella me dio la dirección y regresó al interior del *pub*.

Al menos había conseguido una pista. No me importaban las consecuencias, estaba dispuesta a todo con tal de descubrir qué le

había pasado a Paola. Incluso a poner mi propia vida en riesgo.

Capítulo 22

El miércoles era mi día libre. El día que podía aprovechar para ir al prostíbulo. Tenía un plan, uno que no había pensado demasiado, pero para el que me había preparado. Tuve que coger tres autobuses para llegar hasta allí. Estaba a las afueras de la ciudad, en una zona apartada.

Era un local discreto, nada que ver con los que había visto en las películas. No había luces de neón, ni un cartel luminoso en rojo. Nada hacía suponer que aquel edificio de dos plantas de piedra, escondía en su interior un burdel.

Con paso decidido, pese a que mi corazón martilleaba en mi pecho, me dirigí a toda velocidad hacia la puerta. No pude llegar a entrar porque un hombre fuerte y alto, con estilo de gorila de discoteca, me impidió el paso.

—Hola —lo saludé en un intento de buscar algo de cordialidad en él, pero este tan solo enarcó una ceja—. Me han dicho que están buscando a chicas y yo estoy buscando trabajo.

Él hombre ladeó la cabeza.

—Te has equivocado de lugar —respondió secamente.

Pues sí que mi plan estaba funcionando bien… Tal vez el problema es que iba demasiado tapada. Me quité la chaqueta vaquera que llevaba puesta, para poder mostrar mi camiseta de tirantes de color rosa con un pronunciado escote.

—Estoy segura de que es aquí —insistí.

Él me miró con aburrimiento, con la expresión de quien está acostumbrado a ver chicas intentando parecer sexys.

—Deja de molestarme y márchate.

Puse los ojos en blanco. Mi plan había resultado ser una mierda.

—Vengo recomendada por Buffy. Ella me ha dicho que están buscando chicas —mentí, como último intento desesperado—. Tal vez se ha equivocado. —Ni siquiera sabía si ese hombre la conocía, y probablemente le daría bastante igual.

Pero, para mi sorpresa, el hombre asintió.

—No se ha equivocado. Aquí siempre buscan chicas. —Como si el nombre de Buffy fuera un código secreto, la expresión del hombre se suavizó. Pude ver el interés brillando en sus ojos negros—. ¿Cómo está Buffy? Hace tiempo que no la veo.

—Bien, ella… —iba a decirle que igual de insoportable que siempre, pero me callé. Aquel hombre parecía tenerla aprecio— está bien.

—Me alegro mucho por ella. Dale recuerdos de mi parte. —Asentí con una sonrisa tirante, pese a que no tenía ni la más mínima intención de hacerlo; ni siquiera sabía cómo se llamaba ese hombre —. Vamos, sígueme.

Él se dio la vuelta para abrir la puerta. Entramos en una especie de hall que atravesamos hasta llegar a una sala que parecía un salón. Había varios minibares distribuidos por la estancia, mesas redondas con sillones cómodos, algunos sofás largos contra las paredes y hasta un pequeño espacio en el centro que hacía las veces de pista de baile. Incluso había una barra para que las chicas pudieran bailar de forma sugerente.

Vi unas escaleras que daban al piso de arriba, donde suponía que estaban las habitaciones. En ese momento, una chica las subía llevando a un hombre de la mano. Otras dos chicas estaban sentadas en unos sofás con expresión aburrida.

—Espera aquí, voy a avisar a Daiana.

Estaba sentada en uno de los sofás, conversando con un hombre que le daba la espalda. Desde mi posición no podía verle bien la cara, pero había algo en su postura, en la manera en que movía la cabeza al hablar, que me resultaba vagamente familiar.

El de seguridad se dirigió hacia ellos. Ambos alzaron la vista cuando les habló. Fue entonces cuando lo sentí. Esa especie de sacudida interna, como un presentimiento helado. No alcanzaba a distinguir sus facciones desde allí, pero algo en su perfil me hizo fruncir el ceño. El hombre soltó una maldición, apenas audible, y se levantó de golpe. Caminó hacia mí a paso firme. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de mí como para verlo bien, el estómago se me encogió.

Era el hermano mayor de Damiano. El hombre que había acallado a todos en la fiesta. Mauro, si no recordaba mal.

—Tú eres la chica de Damiano —me dijo como saludo.

No era una pregunta, sino una afirmación. Aunque sonaba como una especie de amenaza.

—No soy su chica —le corregí—. Soy… —Eso, ¿qué era? ¿Su trabajadora, su amante, la mujer que lo espiaba? No tenía un nombre que definiera nuestra relación.

—No me jodas —masculló con fastidio, con los dientes apretados. Mauro no parecía contento de que estuviera allí—. Si no tenía ya bastantes problemas, vienes tú a darme más.

Alcé la cabeza, negándome a dejarme intimidar. Él estaba allí buscando sexo. Aunque fuera soltero, seguro que no era algo que quisiera que se supiera. Así que, en teoría, no tenía nada de qué preocuparme.

—No he venido a hablar contigo —espeté, cruzando los brazos por encima de mi pecho—. No es asunto tuyo que…

—Has venido a uno de mis locales a pedir trabajo —me interrumpió con severidad—. Eso sí lo hace asunto mío. —¿Uno de sus locales? ¿El hermano de Damiano poseía prostíbulos?—. ¿Sabe Damiano que estás aquí?

Tragué saliva, fuerte. No contesté, pero mi cara debió decirlo todo.

—Hay que joderse. —Se pasó una mano por la cara, como intentando calmarse—. Ven conmigo —ordenó.

Parecía que lo de dar órdenes venía de familia. Por supuesto, no me moví. No pensaba ir a ningún lado con aquel hombre.

—Audrey —pronunció mi nombre con un tono que no admitía discusión—, no me gusta repetirme.

Que supiera mi nombre no era buena señal.

—Creo que ha sido mala idea venir. Mejor me voy. —Me giré, dispuesta a marcharme, pero ni siquiera llegué a dar un paso. El de seguridad estaba en la puerta, observándonos, y supe al instante que no me iban a dejar salir.

—No lo crees, lo ha sido —evidenció Mauro—. No nos hagas perder el tiempo a ninguno de los dos. Si te niegas, va a ser peor —

me advirtió—. Vamos.

Con un suspiro de derrota, me di la vuelta para enfrentarlo. Él me hizo un gesto con su mano y comenzó a caminar. Lo seguí, aunque al llegar a las escaleras me detuve, tragándome el nudo que sentía en la garganta. Él giró la cabeza para mirarme.

Una de esas miradas que te dejan claro que la persona está a punto de estallar y que lo más sensato es hacerle caso. Por eso llevé mi mano derecha hasta la barandilla y subí las escaleras detrás de él. Tan solo eran unas pocas, que llevaban hasta un oscuro pasillo rodeado de diferentes puertas que suponía que daban a las habitaciones. Se detuvo en la primera de ellas y abrió la puerta sin vacilar.

—Entra.

—Yo…

—Por deferencia a Damiano estoy siendo amable, pero estoy rozando mi límite.

No necesitó darme una segunda advertencia. Sabiendo que no tenía escapatoria, crucé la puerta. Por un momento creí que vendría detrás, pero en cuanto estuve dentro de la habitación, cerró la puerta con un golpe seco. Y un segundo después escuché el inconfundible sonido de una llave girando en la cerradura.

Solo necesité un vistazo rápido para entender el uso de aquella habitación. En el centro, una cama de matrimonio con sábanas que parecían limpias y recién cambiadas. Aun así, el olor a sexo impregnaba el aire, espeso, pegajoso, imposible de disimular.

Aparte de la cama, solo había un aparador de madera con varios cajones. Preferí no acercarme, mucho menos abrirlos.

Fui hasta la ventana e intenté abrirla del todo, pero estaba atascada. Lo único que conseguí fue cerrarla aún más de un golpe torpe. El cristal era opaco, de esos que permiten ver desde dentro pero no desde fuera, aunque era tan pequeña que, en realidad, no servía para mucho.

Pensé en gritar, pedir ayuda, pero ¿quién iba a escucharme allí? Y si lo hacían, dudaba que me ayudaran. Entonces me di cuenta de que seguía teniendo el bolso conmigo.

Saqué el móvil, para descubrir que no tenía cobertura. Me moví por la habitación con el teléfono en alto, como si en algún rincón mágico pudiera aparecer una señal. Incluso abrí una puerta lateral que daba a un diminuto baño sin ventanas. Dentro solo había una ducha. Ni siquiera un váter. Por supuesto. Lo prioritario era ducharse rápido después de… Sentí cómo una arcada me subía por la garganta. ¿Habría estado Paola en esa habitación con algún cliente?

Prefería no pensarlo, prefería no pensar en lo mucho que ella había sufrido o terminaría derrumbándome del todo. Y tenía que mantenerme fuerte si quería encontrar una salida para salir de allí con vida.

Salí del baño. El móvil seguía sin señal y encima , mi estómago seguía revuelto. Aunque llevaba un par de días encontrándome rara, la situación en la que estaba no hacía más que empeorar aquella sensación.

Miré a mi alrededor. Me negaba a sentarme en la cama, y tampoco había ninguna silla. El suelo, aunque a simple vista parecía limpio, no me daba buena espina, así que opté por quedarme de pie. Di varias vueltas por la habitación, como una leona enjaulada, intentando encontrar una solución al lío en el que me había metido.

Unos quince minutos después, escuché el inconfundible sonido de una llave girando en la cerradura. Me tensé, preparada para enfrentarme a Mauro. Pero no fue él quien apareció por la puerta, sino Damiano. Un Damiano muy muy enfadado.

—¿Qué cojones haces aquí? —preguntó, cerrando la puerta de un portazo tras de él.

A pesar de que sabía que estaba en serios problemas, mi cuerpo se relajó con su presencia. Como si, manera, creyese que estaba segura a su lado. Lo que era absurdo, porque si Damiano descubría la verdad, desearía haberme quedado encerrada en esas cuatro paredes para el resto de mi vida.

—Tu hermano me ha encerrado aquí. Me ha secuestrado. Él…

—Cállate —ordenó—. Responde a mi puta pregunta. No es tan difícil. —Damino era un mal hablado, pero en esta ocasión se estaba superando—. ¿Qué haces aquí, Audrey?

—Si me callo no puedo responder a tu pregunta.

Damino soltó una carcajada carente de humor. Observó mi ropa. Había dejado el bolso y la chaqueta encima de aparador y llevaba puesta una camiseta de tirante y unos pantalones vaqueros.

—¿Que parte de que eres mía no te ha quedado claro? —preguntó a la vez que daba varios pasos, acercándome a mí.

Estiró el brazo y yo me alejé.

—No me toques.

El volvió a soltar una carcajada áspera y cruel.

—¿Tengo que pagarte, es eso? ¿Él primer polvo era gratis pero ahora quieres dinero?

Sacó la cartera de su bolsillo y tiró varios billetes al suelo.

—Ya he probado la mercancía, así que tiene que ser suficiente con esto.

Actué sin pensar. Rompí la distancia que no separaba y le dí un bofetón en la cara.

Él me miró, pero no parecía sorprendido. Igual porque no era la primera vez. Le dí con tanta fuerza que incluso me hice daño. La mejilla se le tiñó de rojo al instante, pero no se la tocó; ni siquiera pestañeó.

Parecía que no le había molestado y eso hirvió mi sangre. Antes de que pudiera controlarme, levanté la pierna, dispuesta a darle una patada en los testículos, pero esta vez fue más rápido. Me sujetó la pierna en el aire y, con la otra mano, me agarró por la cintura, impidiéndome caer hacia atrás. En cuestión de un segundo, me arrastró contra la pared. Su cuerpo quedó pegado al mío, inmovilizándome. La presión de su pecho contra el mío y su brazo en mi cintura.

—Vienes aquí a buscar trabajo. A follarte a otros, pero me rechazas a mí.

—No he venido a follarme a otros —reconocí—. Mentí al guardia de seguridad, porque..

—¿Por qué? —me preguntó.

Su boca estaba demasiado cerca de la mía, tanto que me costaba pensar con claridad. No podía contarle lo de Paola. No aún. No mientras tenía tantas dudas. Había querido interrogar a la *madame*

o a alguna de las chicas, pensando que tal vez ellas podrían darme las respuestas que necesitaba, pero ahora eso iba a ser imposible.

Quizá Damiano podría ayudarme… Si sabía manejarlo.

—No has tardado en venir —solté, intentando sonar desafiante—. ¿Estabas en una de las habitaciones con alguna chica?

—No —respondió sin apartar la mirada de la mía—. Estaba cerca, en un negocio. Mauro me llamó y he tenido que dejarlo por tu culpa.

Sus ojos seguían fijos en los míos, intensos, cargados de una furia contenida. Todo su cuerpo irradiaba calor. No un calor cualquiera, sino uno abrasador, sofocante. Como si la habitación se hubiese cerrado aún más alrededor de nosotros.

—Pero has estado aquí, otras veces.

Él no lo negó.

—¿Estas intentando desviar la atención?

Sí. No.

Se suponía que esa había sido la idea, pero el hecho de saber que Damiano frecuentaba el prostíbulo. Que él…

—¿Por eso me has evitado estas dos semanas? ¿Estabas ocupado con las chicas que trabajan aquí?

No sabía por qué había hecho esa pregunta. Aunque, en realidad, sí lo sabía. A pesar de que necesitaba mantenerme alejada de él, a pesar de que sabía que era lo mejor para mí, me había molestado que después de la noche que pasamos Damiano no hubiera intentado acercarse a mí.

¿Acaso ya se había olvidado de mí?

—No, Audrey. No te voy a negar que he estado aquí en alguna ocasión, pero hace meses que no. Desde que te he conocido no he estado con ninguna otra mujer. Joder, no siquiera puedo pensar en otra —dijo, y al mismo tiempo me levantó, sujetándome por el trasero. Mi espalda golpeó contra la pared.

—He venido pensando que estarías aquí. He venido a enfrentarte —mentí. Y era una pésima mentirosa, pero, en ese momento, fue lo único que se me ocurrió—. Nunca me prostituiría.

—Joder, me sacas de quicio —gruñó, y sin darme tiempo a replicar, su boca se apoderó de la mía.

No fue un beso lento ni contenido, nunca lo eran. Aunque este… este estaba cargado de rabia, de violencia, de frustración. Un beso furioso, pero también hambriento. Como si no pudiera decidir si quería castigarme o devorarme.

Me dejó de nuevo en el suelo y sin pensarlo, rasgó mis bragas, rompiéndolas, mientras subía mi falda hasta amontonarla en mis caderas.

—No hacía falta romperlas —protesté, aunque sabía que era inútil. Ni me miró.

Me hizo girarme con brusquedad, mi cara quedó pegada a la pared y mis manos apoyadas sobre ella. Sentí su mano recorriendo mi cuerpo antes de deslizar un dedo en mi interior.

—Caliente y preparada para mí —murmuró, con esa voz ronca que me erizaba la piel.

Noté cómo desabrochaba su cinturón, el sonido metálico quebrando el silencio de la habitación. Un segundo después, su cuerpo me cubrió por completo y su mano se posó en mi cintura, firme y posesiva.

Entró en mí de una embestida seca y profunda. Un gemido se me escapó sin remedio. Cada vez que su cuerpo se estrellaba contra el mío, sentía cómo me deshacía un poco más. Sus movimientos eran duros, sin piedad y rápidos, como si quisiera borrar el recuerdo de otro hombre de mi cuerpo. Y yo… yo lo aceptaba.

Su mano se coló por debajo de mi camiseta de tirantes y atrapó mi pecho, pellizcando con fuerza el pezón. Un dolor punzante me recorrió el cuerpo, pero lejos de molestarme, hizo que me humedeciera aún más. Un latigazo eléctrico que me recorrió de la punta de los pechos hasta entre las piernas.

Nunca había sido consciente de que el sexo duro me gustaba. Pero lo hacía. O tal vez no era el sexo duro en sí, sino porque era *él*.

Y era extraño, porque Damiano no me estaba haciendo el amor. Ni siquiera estaba follándome en el sentido común de la palabra. Me estaba castigando. Como si con cada embestida, con cada tirón, con cada marca que dejaba en mi piel, me estaba haciendo pagar por haber ido allí.

Sin embargo, ese castigo se sentía jodídamente placentero. Un placer áspero, prohibido y salvaje. Cada roce, cada golpe de sus caderas contra las mías, cada gemido que se me escapaba sin querer, construía una tensión en mi interior que amenazaba con estallar. Cuando se inclinó sobre mí, su boca atrapó mi oreja entre sus dientes. Mordió con fuerza, lo justo para que doliera y a la vez se sintiera terriblemente excitante. Sentí cómo su lengua rozaba el lóbulo antes de volver a morder.

En lugar de apartarme, eché la cabeza hacia un lado, ofreciéndoselo, buscando inconscientemente más. El escalofrío que me recorrió la columna fue inmediato, mi cuerpo reaccionando antes de que mi cabeza pudiera procesarlo. Esa mezcla de dolor y placer me desarmaba, me rompía todas las defensas.

Su respiración entrecortada chocaba contra mi oído, sus labios húmedos susurrando palabras que apenas entendía, pero que me erizaban la piel. Cada movimiento suyo era una orden muda a la que mi cuerpo obedecía sin resistencia.

Estallé en un orgasmo tan intenso que me hizo temblar de pies a cabeza. Fue más fuerte que cualquiera que hubiera sentido antes, quemándome desde dentro y dejándome sin aliento. Apenas fui consciente de que Damiano me siguió un segundo después, soltando un gemido ronco y profundo, hundiéndose en mí con una última embestida.

Su cuerpo se tensó contra el mío, y por un instante solo existió el sonido de nuestras respiraciones desbocadas y el pulso ensordecedor en mis oídos.

—Joder, *gattina*. Joder —murmuró, separándose de mí. Me ayudó a girarme y me miró a los ojos—. Eres jodídamente increíble. Ha sido brutal,

—No me has preguntado si me has hecho daño.

—Te lo he hecho y te ha gustado, *gattina*. Lo has disfrutado.

No podía negarlo

—Supongo que me gusta el sexo duro.

Él esbozó una sonrisa peligrosa.

—Y no sabes lo feliz que me hace eso.

Unió sus labios a los míos en un beso rápido. Después, se subió los pantalones y la ropa interior que no se había quitado y se había quedado arremolinada en sus tobillos. Me coloqué bien la falda. Con un suspiro de resignación miré mis bragas, que estaban echas jirones en el suelo.

Una parte de mí quería quedarse allí e intentar encontrar la manera de hablar con alguna de esas chicas. Quizá ellas podrían decirme cómo Paola pagó la deuda tan grande que tenía. Sabía que, de alguna manera, allí podría encontrar alguna pista. Pero, otra aún más grande, quería irse a casa. Que Damiano me llevase y se quedase conmigo. Si alguien podía hacer que mis pesadillas desaparecieran, ese era él.

Lo que era irónico, porque él era el tipo de hombre que debía ser el protagonista de ellas.

—Está bien.

Salimos de allí. Damiano me llevó por la puerta trasera, por lo que no nos encontramos con nadie. Me subí en su coche, que estaba mal aparcado al lado de unos contenedores de basura, y él me llevó hasta mi casa. El viaje fue corto y en completo en silencio; ninguno de los dos pronunció ni una sola palabra.

—¿Quieres subir? —le pregunté cuando aparcó frente al bloque de edificios donde vivía.

—Nada me apetecería más, *gattina* —dijo, y se inclinó para darme un beso rápido en los labios—, pero tengo negocios que atender.

—Claro, lo entiendo. —Me esforcé por esbozar una sonrisa que no llegó a mis ojos.

Me quité el cinturón de seguridad y me bajé del coche. Debería estar feliz porque no había sido descubierta, pero una sensación de amarga decepción invadía mi pecho.

Porque no, no entendía que hubiera rechazado mi propuesta.

Capítulo 23

El viernes había trabajado en el *pub* temprano por la tarde y había salido a eso de las siete.

Había aprovechado para limpiar un poco el apartamento, salir a correr por la zona y hacer la compra. Menos mal que había hecho esas dos últimas cosas antes de que comenzara a llover como si fuera a terminarse el mundo.

Como no tenía nada más que hacer ni nadie con quien quedar, me pasé el resto de la tarde tumbada en el sofá viendo la televisión. Mientras que en Nueva York mi círculo de amistades era inmenso, en Chicago no tenía ni una sola amiga. Aunque, para ser sincera conmigo, tampoco tenía amistades reales en Nueva York.

Desde que había desaparecido, nadie había preguntado por mí. Me había enterado por mi madre que Samantha, la que había considerado la persona más cercana a mí, había asumido mi rol de líder y parecía estar encantada con ello. Por mí podía quedárselo, ya no quería nada de lo que había tenido. Había creído que la vida que tenía en Nueva York me hacía feliz, siempre buscando la perfección, pero ahora sabía que eso no era cierto, que tan solo era una ilusión. Una falsa realidad, como todo en mi vida.

Bueno, en realidad, sí había una persona que se había preocupado genuinamente por mí: Mason.

Me sobresalté cuando escuché unos golpes tocando con el nudillo de la puerta. Cogí el mando y apagué la televisión. ¿Sería George? ¿Quién iba a ser sino? No había vuelto a tener ninguna noticia sobre él desde que le pedí que no volviera a aparecer en mi apartamento, pero tal vez se había enterado de lo del prostíbulo y venía a pedirme explicaciones.

Lo último que me apetecía era verlo. Fingiría que no estaba en casa y, tal vez, se iría. No podía entrar porque había cambiado la cerradura. Aún así, tenía la sensación de que ese no sería suficiente obstáculo para él.

No confiaba en George. Se había excedido en sus funciones y me había utilizado bajo el falso pretexto de hacer el bien cuando sus motivos eran egoístas. Él no quería vengar la muerte de Paola; no tanto deseaba un ascenso.

Pero él no era de los malos.

Me levanté del sofá y me quité las zapatillas de casa tratando de no hacer ningún ruido.

—Vamos, *gattina*, ábreme. Te oigo, sé que estás ahí.

Mi corazón dejó de latir en mi pecho cuando escuché esa voz. Me detuve durante un instante, en medio del salón, pero después caminé hasta la puerta y giré el pomo.

—¿Damiano? ¿Qué haces aquí?

—El martes parecías triste porque no subí contigo —dijo, apoyado en el marco de la puerta, esa sonrisa ladeada pintada en los labios—. He venido a compensártelo.

Imágenes de él compensándomelo de una forma muy íntima vagaron en mi mente, tan vívidas que sentí el calor subir por mi cuello. Su sonrisa se hizo un poco más amplia, como si pudiera intuir lo que estaba imaginando.

—No estaba triste.

Me hice a un lado para dejarlo pasar y él cerró la puerta detrás de él. No sabía si estaba tomando una buena decisión, pero en realidad tampoco me importaba.

—¿Cómo sabes en qué piso vivo? —pregunté con desconfianza.

—¿En serio? —Damiano se rio, como si le hubiera hecho una pregunta estúpida. Cuando lo miré con una ceja arqueada, hizo una mueca—. Todos los empleados tenéis una ficha con vuestros datos.

La ficha. Damiano tenía mi información, mi identidad falsa.

—¿Qué quieres?

Él alzó su mano, mostrándome una bolsa de plástico que estaba mojada, y la dejó sobre la mesa que se encontraba frente al televisor. Me fijé que tanto su cabello como su camiseta también estaban mojados.

—He pasado por un local de sushi cercano y he pensado que tendrías hambre.

—¿Me has traído la cena?

Damiano se encogió de hombros.

—Pensé que te gustaría. Pareces del tipo de persona a la que le gusta el sushi. —Se quitó la chaqueta y la dejó sobre la encimera de mi cocina. Caminó por mi apartamento como si hubiera estado cientos de veces en él. Después, se dirigió a la bolsa y empezó a sacar un par de bandejas—. Vamos, tengo hambre —me apremió, sentándose en el suelo.

Me había quedado frente a la puerta, quieta y desconcertada. ¿Después de nuestro último encuentro, aparecía en mi casa como si nada con una bandeja de sushi? Me costaba entender a Damiano, aunque últimamente ni siquiera era capaz de entenderme a mí misma.

Mi estómago rugió, recordándome que tan solo había comido una triste ración de ramén instantáneo en todo el día. Con un suspiro de derrota, me dirigí hasta la mesa y me senté sobre la alfombra, frente a él. La verdad es que el sushi se veía delicioso. Cogí los palillos y estiré mi mano para sostener uno de los trozos que tenía aguacate y salmón.

—Está buenísimo —murmuré con la boca llena.

En el último año, solía ir a un restaurante de moda en Nueva York en el que había listas de espera de meses, pero aquel sushi no tenía nada que envidiarle.

—Es el local favorito de mi hermana.

—No pensé que te gustaría el sushi.

Damiano arqueó una ceja.

—¿Por qué no?

—No lo sé…

De alguna manera, ver a Damiano allí, sentado en el suelo, comiendo sushi, era extraño. Ni siquiera pegaba en mi apartamento.

—¿Por qué te has molestado en traerme la cena?

—Porque es la hora de la cena y las personas suelen cenar. —A pesar de que sus palabras sonaban casuales, no me lo creí ni por un instante. Damiano no era de esas personas que hacían las cosas sin más.

—¿Es tu manera de invitarme a una cita?

Damiano resopló.

—Viendo que tienes la absurda necesidad de ponerle etiqueta a todo, sí, esto es una cita, gattina.

Sonreí.

—Vale —respondí, y me llevé otra porción de sushi a la boca. Debería sentirme más perturbada de lo que lo hacía.

—También he comprado unas palomitas y chocolates por si te apetece ver una película.

—¿Una película?

—Sí. A las chicas os gustan esas cosas, ¿no?

—¿Por qué tengo la sensación de que nunca has tenido una cita?

—Porque nunca la he tenido —respondió con naturalidad—. ¿Estoy metiendo la pata con la película?

—Para nada, pero pensaba que te irías después de cenar.

—He ido a un restaurante a comprar la cena, después a un supermercado por las palomitas y el chocolate. Lo he hecho por una razón.

—No entiendo.

Por un instante, pensé que me había descubierto y que era su manera para tirarme de la lengua. Pero aquello no tenía mucho sentido. Conociendo a Damiano, estaba convencido de que sus métodos para conseguir una confesión eran mucho menos dulces.

Damiano me dio una sonrisa irresistible.

—Follarte, *gattina*.

Cerré los ojos y negué con la cabeza, a pesar de que una sonrisa estiraba mis labios.

—Eres imposible.

—Pues eso, que no me voy a ningún lado en un buen rato.

Antes de que pudiera responderle, mi móvil vibró. Lo había dejado sobre la encimera de la cocina cuando había regresado del supermercado. Me levanté y me dirigí a la cocina, desbloqueando el teléfono, asegurándome de que Damiano no podía ver la pantalla. Y menos que lo hice, porque era un mensaje de George.

«He visto el coche de Damiano en la acera. ¿Está contigo?».

¿George me estaba vigilando?

Sin pensarlo demasiado, bloqueé su número. Meter a Damiano Mancini entre rejas le daría un ascenso a George o el empujón que

estaba deseando en su carrera, pero yo no podía ayudarle. No podía seguir con la misión y no podía seguir manteniendo contacto con él.

Sentí la mirada de Damiano clavada en mí. No necesitaba alzar los ojos para saberlo. Tal vez había llegado el momento de decirle la verdad, de contarle todo. Quizá él podría ayudarme a descubrir qué le había pasado a Paola de verdad. Siempre y cuando, claro, él no estuviera implicado.

No, estaba segura de que Damiano no había sido.

Pero ¿qué pasaría si le confesaba que lo había estado espiando? Una punzada de miedo me atravesó. Y no era miedo a que me hiciera daño, era miedo a que me apartara de su vida, a perderlo.

Por Dios, era una locura.

El teléfono volvió a sonar. Aún lo tenía en las manos. Esta vez, era Mason.

Me llamaba cada día, aunque yo nunca contestara. Colgué la llamada y apagué el móvil. Lo dejé sobre la encimera y me dirigí hacia la mesa del salón, sentándome en el mismo lugar que había ocupado un minuto antes.

—¿Es alguien por el que me deba preocupar? —me preguntó Damiano. Su tono de voz era bajo, tranquilo, pero no me dejé engañar ni por un instante, porque no había nada de inofensivo en él.

—No, tan solo es un amigo. —Damiano arqueó una ceja—. Bueno, un exnovio —confesé, sin saber por qué le estaba diciendo aquello. Probablemente porque con tanta mentira, necesitaba ser sincera con él en algo—. Alguien de mi pasado.

—¿Y él lo sabe? ¿Sabe que ahora ya es parte del pasado?

—Sí. Bueno, no lo sé… Nuestra relación ha sido complicada. Íbamos y volvíamos.

—No vas a volver. No esta vez. —Ni siquiera era una advertencia, sino una afirmación.

No me molesté en negarlo. Porque lo cierto era que no tenía ninguna intención de regresar con Mason. Me había dado cuenta de que no era lo que quería.

—Tan solo me está llamando porque mis padres estarán comiéndole la cabeza. —Suspiré—. Hace tiempo que no les respondo

y… —Me callé al darme cuenta de que estaba hablando de más.

—No tienes una buena relación con ellos —adivinó Damiano.

—No es mala, pero tampoco hemos sido nunca lo más cercanos. Ellos son demasiado controladores y… me quieren, pero es difícil.

No podía contarle más. No podía hacerlo sin confesarle quién era realmente y qué hacía allí. Si le contaba que era la hija de un abogado que tenía uno de los bufetes más importantes en Nueva York y que mi madre era jueza, sospecharía. Haría preguntas que no podría responder. Tampoco le podía decir que vivía en Nueva York.

Sentí un nudo en mi garganta. Pero por primera vez no fue porque temiera que me descubriera, sino porque no podía ser sincera con él. No podía dejar que me conociera del todo porque existía esa barrera separándonos.

—Las relaciones con los padres son difíciles —murmuró Damiano.

—No deberían serlo.

La relación entre Paola y Julia no lo había sido.

Damiano se encogió de hombros. Podía ver que él sabía que había una parte de la historia que no le había contado. Pero él no preguntaba ni juzgaba; no me presionaba. Y eso hacía todo más difícil. Porque sentía que le estaba mintiendo y no me gustaba hacerlo.

¿Desde cuándo me importaba mentir a Damiano? Era un criminal. No debería sentirme mal por ello.

Pero lo hacía.

—¿Por qué no vemos la película? Hay una de miedo en Netflix que quiero ver —dije, cambiando de tema.

—¿De miedo?

—Sí, ¿qué pasa, que te asustan?

Él soltó una carcajada.

—Pensé que querrías ver una de esas películas ñoñas de amor que os gustan a las mujeres.

—Pues has pensado mal —dije mientras me levantaba. No me molesté en recoger los restos de comida; ya lo haría después—. Me encantan las películas de terror. Y no tienes que preocuparte, no voy a pegarme a ti en el sofá para que me protejas de un peligro inexistente.

Antes de que pudiera apartarme, Damiano se había levantado y me sujetó por la cintura, tirando de mí hacia él. Mi cara quedó a escasos centímetros de la suya. Su mano se cerró firme en mi cintura y la otra atrapó un mechón de mi pelo, jugando con él entre sus dedos.

—El mayor peligro lo tienes delante, *gattina*. Y no pienso protegerte de él.

—Estás de suerte. No quiero que me protejas, quiero zambullirme de cabeza.

Damiano sonrió de lado, esa sonrisa suya que siempre me desarmaba, y soltó una breve risa.

—Lo siento —susurró, con la voz baja y áspera—, pero la película va a tener que esperar.

—¿Ah sí? —pregunté juguetonamente.

—Sí, porque primero quiero ver tu habitación. Llévame.

—Puedes verla tú solo. Es la primera puerta del pasillo.

Él soltó una carcajada.

—Estoy empezando a pensar que te excita llevarme la contraria. —No dije nada, porque probablemente tenía razón—. Mi *gattina* mala —murmuró, inclinándose hacia mí—. Siempre buscando problemas.

—Vas a tener que castigarme —respondí, sin apartar la mirada.

Esa frase hizo que sus ojos chispearan con un brillo oscuro, cargado de deseo. Sin decir una palabra más, me tomó de la mano y, con una media sonrisa, me arrastró por el pasillo directamente a la habitación.

Capítulo 24

La última semana se me había pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Aquel día era viernes y los viernes solía haber mucho trabajo en el *pub*. Aunque aquella noche el local estaba excesivamente lleno, y eso que por lo que sabía no había ningún tipo de combate en jaula. Mejor, ya que prefería mantenerme lo máximo posible alejada de allí.

—¡No quedan más cervezas! —gritó Tracy.

—Bajo yo a por ellas —me ofrecí.

Aunque no me apetecía demasiado tener que cargar con ellas, ya que esa última semana me encontraba más cansada de lo normal, me pareció una buena excusa para poder alejarme del ajetreo durante un rato. Intentaría no escaquearme demasiado, ya que tampoco quería ser una mala compañera.

Me encontré a Buffy en medio del camino con su teléfono en la mano. Apoyé mi mano en su hombro para que se apartara y ella pegó un salto con un grito, girándose hacia mí.

—Tan solo quería pasar —le dije.

Buffy tenía la piel más blanquecina de lo normal. Parecía como si la hubiera asustado. Antes de que pudiera decir algo más, se guardó el móvil en el bolsillo derecho de sus vaqueros y asintió, alejándose.

Qué raro.

Abrí la puerta de metal y bajé hacia el sótano. Estaba a punto de llegar cuando sentí como alguien agarraba mi muñeca, y antes de ser consciente, estaba contra una pared y Damiano estaba sobre mí con sus labios sobre los míos.

—¡Damiano! —me quejé cuando dejó de besarme—. No puedes hacer eso. Alguien podría vernos. —Miré hacia los lados, comprobando que estábamos solos.

—¿Y? —preguntó con una sonrisa, despreocupado—. ¿Qué tiene de malo que todos sepan que eres mía?

—No soy… —Ni siquiera me molesté en terminar la frase, ya que iba a ser una pérdida de tiempo. Damiano no entraría en razón—. Es

mejor que no. Estamos en el trabajo. —Tampoco me apetecía demasiado que la gente empezara a hacer preguntas que no quería responder.

—Hoy no podré dormir en tu casa, *gattina*. Nos ha surgido un pequeño inconveniente y no terminaré hasta tarde.

Desde el viernes pasado Damiano se había quedado a dormir en mi apartamento todas las noches. A veces aparecía una hora más tarde de que yo hubiera llegado a casa y, otras veces, me esperaba afuera en su coche. Lo que me hizo preguntarme si ya todos los empleados sabían que teníamos algo. No es que hubiéramos sido precisamente discretos.

—Vale —respondí encogiéndome de hombros.

Él tampoco tenía por qué avisarme. No éramos pareja, ni siquiera sabía exactamente cómo definir nuestra relación, y era algo en lo que prefería no pensar demasiado.

—Pensaré en ti, *gattina*. —Damiano me dio un beso rápido y desapareció.

Con un suspiro, me dirigí al sótano para coger las cervezas y regresé arriba. Tracy parecía a punto de entrar en pánico.

—¿Por qué has tardado tanto? —Afortunadamente no esperó una respuesta porque un sonido de un cristal golpeando contra el suelo interrumpió nuestra conversación.

A Buffy se le había caído un vaso.

—¿Qué os pasa a todas hoy? —se quejó Tracy levantando las manos—. Voy a por el recogedor.

Me acerqué a Buffy. A ella nunca se le caía nada. Y ni siquiera le había respondido con soberbia a Tracy por su comentario. Estaba en silencio, con su mirada fija en los cristales rotos, pero podía ver que su mente estaba en otro sitio.

—¿Estás bien?

Buffy me miró durante unos instantes y después me hizo un gesto con su barbilla hacia la puerta que daba al callejón.

Salí y ella apareció unos minutos más tarde.

—¿Cómo se te ocurre aparecer en el prostíbulo diciendo que ibas de mi parte?

—¿Qué? Yo no pensé que habría ningún problema…

—¿Sabes en los problemas en los que me has metido? —hizo una pausa, pero no me dio tiempo a que le respondiese—. Dios mío… —se colocó una mano en la cara y parecía estar a punto de echarse a llorar. Ella estaba aterrorizada.

—Buffy, no sabía que el local pertenecía al hermano de Damiano. Si alguien te está causando problemas puedo hablar con Damiano…

—¡No! —Buffy gritó interrumpiéndome. Se colocó una mano en la boca y miró alrededor, por si alguien le había escuchado—. No le digas nada, deja las cosas como están.

Y antes de que pudiera responder, Buffy se dio la vuelta y entró dentro del pub.

Quise ir detrás de ella, pero la bilis ascendió por mi garganta y llegué al baño de puro milagro. No sabía si era el estrés de todo lo que había pasado las últimas semanas o los remordimientos por las consecuencias de mis actos, pero me encontraba fatal. Tuve que irme a casa. No pude seguir trabajando aquella noche.

Y mientras caminaba hacia mi apartamento, no pude evitar sentir la sensación de que alguien venía detrás de mí. Lo que era absurdo, porque estaba sola en la calle.

A la mañana siguiente me levanté mucho mejor, pero cuando el olor de los huevos revueltos, que era mi desayuno preferido, casi me hizo vomitar, me planteé que tal vez estaba enferma.

Tomé un café, ya que no era persona sin hacerlo, y unos minutos después lo vomité.

Tenía que ser una gastroenteritis. No tenía que trabajar hasta la noche, pero iba a ser mejor que me quedara en casa. No quería contagiar a nadie.

Cuando cogí el móvil para avisar a Damiano y que él avisara a Scott, una notificación de la aplicación que usaba para el control de mi periodo casi hizo que el teléfono se me escurriese entre las manos y se cayera al suelo.

Apenas pude llegar hasta mi pequeño sofá y sentarme en él. Miré una y otra vez la pantalla de mi móvil, como si alguna de las veces fuera a ver algo diferente en ella. Intenté calmarme. Estaba

exagerando, tan solo un día de retraso. Yo era muy regular, pero alguna que otra vez me había pasado.

Entonces me di cuenta de algo: Damiano y yo nunca habíamos usado protección.

¿Cómo había podido ser tan descuidada? Nunca lo era. Siempre usaba protección, pero con Damiano no lo había hecho. Mi mente no funcionaba cuando se trataba de él, pero es que ni siquiera lo había pensado después. Ninguna de las veces.

Sentí que iba a vomitar de nuevo. Las náuseas, el retraso de la menstruación, el asco a olores que antes me resultaban agradables. Todo cuadraba ahora.

Me levanté la camiseta del pijama. Mi vientre estaba liso, pero eso no era un alivio. No podía estar de más de tres semanas.

No, no estaba de nada, porque no estaba embarazada.

Ese pensamiento se repitió como un mantra en mi cabeza cuando regresé de la farmacia y me metí en el baño. Incluso cuando me hice la prueba en la dichosa barrita. Pero no pude seguir engañándome a mí misma cuando dos rayas y una carita sonriente aparecieron en la ventanita de plástico.

No podía tener un bebé. No estaba preparada y era demasiado joven.

Además, tenía mi futuro perfectamente organizado en mi cabeza. Cuando terminara mis estudios, entraría en el bufete de mi padre. Me esforzaría, trabajaría duro hasta convertirme en una gran abogada, una de esas que se ganan un nombre por sí mismas. Sin favoritismos, sin atajos. Después, me casaría; probablemente, con Mason. Compraríamos una casa con jardín y, cuando cumpliera los treinta y cuatro —más o menos— tendríamos nuestro primer hijo.

Pero Mason había quedado fuera de la ecuación hacía semanas. En realidad, probablemente nunca lo había estado. Y esa era la razón por la que no manteníamos una relación de pareja. Me había engañado pensado que eramos jóvenes y teníamos que vivir la vida, que ya habría tiempo para establecerse, pero ahora sabía que tan solo eran excusas.

No hubiera podía casarme con Mason porque no estaba enamorada de él. Había creído que lo había estado en algún momento y que podría volver a estarlo, pero ahora sabía que lo que sentía hacia Mason era afecto, nada más.

Lo sabía porque me había enamorado de Damiano. Con él había conocido lo que era el verdadero amor. Un hombre en el que una chica como yo nunca debería haberse fijado. Un hombre peligroso, un delincuente, un asesino y un mafioso.

No, no podía tener a su hijo.

Miré el móvil que había dejado encima de la mesilla. Eran las nueve de la noche. Había llamado al pub para decir que estaba enferma y a Damiano, irónicamente, le había enviado un mensaje explicándole que estaba en mis días y que no me encontraba bien. Pensaba que eso le asustaría y bastaría para mantenerlo alejado mientras ganaba tiempo, ya que a muchos hombres lo hacía, pero él me había respondido que vendría a mi casa en un par de horas, cuando terminase un trabajo. Le había pedido que no lo hiciese, que necesitaba estar sola. Me había contestado con un simple vale. Y aunque debía alegrarme, una parte de mí se entristeció. Porque sabía que Damiano estaba enfadado. Aún así, me había dado mi espacio.

Tenía que marcharme. Regresar a Nueva York y una vez allí, decidir qué decisiones iba a tomar. Tenía que tomar distancia.

No había resuelto lo que me había llevado allí. Paola seguía sin tener su venganza.

Por Dios, ¿cómo había podido fastidiar tanto las cosas?

Cogí el móvil y busqué un billete de avión para Nueva York. Para el día siguiente o lo antes posible. Estaba huyendo, era consciente de ello, pero no había otra cosa que pudiese hacer. El bebé lo cambiaba todo.

Me quedé petrificada en el sofá cuando escuché el sonido del timbre de mi apartamento sonando.

—Audrey —una voz de mujer sonó al otro lado, una que era desconocida para mí—, me llamo Alice y te traigo un regalo.

No respondí, porque aquello pintaba fatal. El timbre volvió a sonar.

—Audrey, es una cesta. Te la envía tu novio y me ha exigido que no me marche hasta que la recojas. Es bastante mandón.

Mi cuerpo se relajó, porque aquella descripción coincidía a la perfección con Damiano. Me levanté del sofá y me acerqué a la puerta, pero no la abrí.

—Me ha avisado que no ibas a abrirme, por eso he llamado a un vecino para que me abra la puerta del portal —continuó Alice—. La nota es privada, pero te la leo, ya que necesito que recojas el pedido para poder cobrarlo. —Respiré hondo esperando sus siguientes palabras—. Me encantaría estar ahí contigo cuidándote, *gattina*. Pero respeto que necesites tu espacio. Aunque no te acostumbres. —Puse lo ojos en blanco—. Espero que este regalo te ayude a hacer mas llevaderos tus dolores menstruales. Damiano.

Abrí la puerta. Una chica de una edad parecida a la mía estaba aún con la nota en la mano. A sus pies, una cesta de lo que parecían chocolates, helados, una bolsa de agua y más cosas que no pude ver en un solo vistazo.

—Tu novio es monísimo —me dijo con una sonrisa y una confianza que, desde luego, no teníamos.

Si ella supiese…

Aunque tenía que reconocer que había sido un detalle precioso. Y eso hacía que me sintiera peor aún.

—Gracias —le agradecí, cogiendo la bolsa para meterla dentro de casa y dejarla en el umbral. Afortunadamente, no era demasiado pesada.

—De nada —respondió Alice, entregándome la nota—. No lo dejes escapar, hay pocos como él. —Me guiñó un ojo.

Le di una sonrisa tirante mientras arrugaba la nota con mis dedos y, con la otra mano, cerré la puerta. No, si Alice tenía razón, había pocos como Damiano. Y menos mal que era así.

Volví a leer la nota. Una y otra vez, hasta que mis ojos comenzaron a humedecerse y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Malditas hormonas.

No podía huir, no de esa manera. No sin ser sincera con Damiano.

Era arriesgado, incluso peligroso, pero se lo debía. A él y al bebé que crecía en mi vientre.

Capítulo 25

Cuando regresé al *pub* al día siguiente, mi intención era buscar a Damiano y hablar con él, ya que mi apartamento no era el lugar idóneo para mantener aquella conversación. Pero apenas entré en el local, Tracy se acercó a mí. Parecía preocupada.

—¿Sabes algo de Buffy?

—No. ¿Por?

—La vi hablando contigo y después se marchó porque se encontraba mal. Tú hiciste lo mismo. Pensé que era un virus contagioso, así que no me quejé, ya que era mejor que las dos os marchaseis. Ayer no vino, pero, a diferencia de ti, no avisó. Hoy tenía que haber llegado hace una hora para revisar el inventario y no ha venido. Le he llamado y no coge el teléfono.

—Tal vez se le ha hecho tarde y está de camino.

—Buffy no llegaría tarde cuando aún está a prueba en su actual puesto. Ella no se arriesgaría.

Tracy parecía muy preocupada.

—Nada, no hay manera —dijo Savannah, levantando su móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Scott, entrando por la puerta del sótano.

—Buffy no da señales de vida. Estamos muy preocupadas —le dijo Tracy.

Scott puso los ojos en blanco.

—Espero que no nos haya dejado tirados sin avisar.

—Ella nunca haría eso —respondió Tracy sin dudar.

—¿Sabes dónde vive? —le pregunté a Tracy.

Tenía un mal presentimiento. Buffy estaba muy asustada cuando habló conmigo. Probablemente estaba escondiéndose en su casa, pero aún así necesitaba comprobar que estaba bien.

—Sí, vive un poco lejos de aquí. Por eso no he ido a su casa.

—Dame su dirección. Voy a pedir un uber.

Fui a abrir mi bolso para sacar el móvil, pero Scott sostuvo mi muñeca, impidiéndomelo.

—Yo te llevo.

Después de todo lo que había pasado, lo último que me apetecía era estar a solas con Scott, pero cuando me soltó la mano y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la salida del *pub*, me di cuenta de que no tenía otra opción.

—¿Crees que Buffy estará bien? —pregunté, inquieta.

Scott ladeó la cabeza para contemplarme durante un instante y luego siguió mirando hacia la carretera.

—¿Por qué debería no estarlo?

No me creí ni por un instante que fuera una pregunta aleatoria. No podía confesarle a Scott mis sospechas; no podría hacerlo o me metería en problemas. No pude evitar preguntarme si Scott era una buena persona, alguien en quien confiar. ¿Se habría enamorado Paola de él de no ser así? Ni siquiera sabía si estaba enamorada de él, pero Paola no saldría con nadie si no fuera así.

Mi inquietud creció cuando llegamos adonde vivía Buffy.

—¿Es aquí? —le pregunté a Scott mientras salía del coche.

Aquella zona era peor que la mía; mucho peor. Apenas eran las diez de la noche y casi no había luz. La calle estaba desarticulada y los bloques de los edificios estaban desteñidos. En momentos como ese me daba cuenta de lo afortunada que había sido toda mi vida. Y no había sido capaz de valorarlo.

—Por ahí. —Scott me señaló la planta baja de uno de los edificios.

Ni siquiera necesitamos tocar para entrar al portal, porque estaba abierto. Alguien la había debido de arrancar. No esperé a Scott y me acerqué a la puerta, tocando el timbre.

Un timbrazo. Dos.

Nada.

—¡Buffy! ¡Buffy, somos Audrey y Scott! —Esperé unos segundos, pero no escuché ningún tipo de respuesta. Con un bufido de resignación, bajé los brazos y miré a Scott, que ahora se encontraba a mi lado—. ¿Qué hacemos? —le pregunté—. ¿Tienes una llave? Quizá se ha dejado alguna por debajo del felpudo. —Yo nunca lo había hecho, pero había visto que en las películas era algo habitual.

Pero Scott parecía tener un método mucho más efectivo que el mío.

—Apártate. —Antes de que pudiera reaccionar, derribó la puerta de una patada.

Ni siquiera le costó demasiado. De hecho, parecía bastante acostumbrado a hacer ese tipo de cosas, pero tampoco me detuve demasiado a pensarlo, porque en cuanto vi la puerta abierta, entré en el apartamento. Las luces estaban apagadas y estaba sumido en silencio, como si no hubiera nadie.

Pero tenía una mala sensación. Una que había estado ahí desde que Tracy preguntó por ella en el *pub*. Y la comprobé cuando entré al baño.

Las baldosas blancas estaban cubiertas de sangre y el cuerpo de Buffy yacía en medio de la estancia, tumbado boca arriba. Un grito ahogado se escapó de mi garganta y aparté la mirada con rapidez. No pude mirar una segunda vez. Porque estaba segura de que estaba muerta.

Scott entró en el baño y se agachó frente al cadáver de Buffy. Dijo algo, pero no lo escuché, porque me di la vuelta y eché a correr.

La historia se repetía. Iba dejando cadáveres a mi alrededor.

Ella, Gigi, incluso el mismo Damiano, me habían avisado que era un mundo peligroso. Pero yo había creído que podía con ello, porque me creía capaz de todo. Y al final, solo era una niñata que lo había tenido todo en su vida sin tener que esforzarse.

Cuando mis piernas fallaron, me detuve en la esquina de la calle. La bilis subía por mi garganta, pero aguanté las ganas de vomitar. Aunque donde me encontraba estaba prácticamente a oscuras y no había nada por la calle, no quería llamar la atención. Miré hacia el portal, Scott no había bajado. Imaginaba que había llamado a la policía y estaba esperándolos. Debería subir, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

La luz de unos faros llamó mi atención. Un coche aparcó frente al portal. En cuanto el hombre sacó un pie del vehículo, ya estaba bastante segura de que sabía quién era. Damiano salió del coche y, con rapidez, se metió en el portal. Ahora sí que no podía subir. ¿Pero qué iba a hacer?

—Audrey.

Giré la cabeza. George estaba allí, a unos metros, bajo la luz temblorosa de una farola cuya bombilla amenazaba con fundirse.

—George —murmuré, saliendo de la esquina—. ¿Te han avisado? Han matado a Buffy. Una de mis compañeras —le solté, con la voz quebrada.

Me miró, pero había algo raro en su expresión. Sus ojos estaban rojos, hinchados, y su rostro desencajado. Ya nada quedaba de ese aspecto dulce que siempre había tenido; ahora parecía un demente.

—Lo sé —fue todo lo que dijo, avanzando un par de pasos hacia mí.

A pesar de su aspecto encantador, siempre había notado algo extraño en George. Era apenas perceptible, pero estaba ahí. Lo había atribuido a su obsesión por avanzar en su trabajo. Pero ahora… ahora tenía serias dudas.

—¿Tus compañeros han subido? —le pregunté.

—No tenía que haber terminado así. No para ti —murmuró, pasándose ambas manos por su cabello rubio completamente despeinado—. Tienes a Damiano comiendo de tu mano, pero te has enamorado como una idiota. Igual que Paola.

—George…

—¡Cállate! —gritó, sacando una pistola y apuntándome con ella.

Me quedé petrificada.

—George, no sé qué te pasa, pero esto podemos solucionarlo.

Era algo absurdo de decir. ¿Pero qué era lo correcto para decir en esas ocasiones? Ya era una suerte que estuviera siendo capaz de hablar y no cayera redonda al suelo. No podía echar a correr; él me dispararía.

Tenía que ganar tiempo.

Entonces, soltó una carcajada. Una de esas carcajadas huecas, desquiciadas. El tipo de risa que solo sueltan los locos justo antes de hacer algo imperdonable.

—Solo tu muerte me puede dar una posibilidad —me dijo, dando un paso más hacia mí.

Mi visión se enfocó en el cañón de la pistola. Él me iba a matar; todo terminaría en ese momento. Mis ojos se comenzaron a

humedecer y mi corazón se detuvo. Estaba a punto de tener un ataque de pánico, pero entonces pensé en mi bebé… En la vida que se estaba formando en mi interior.

—Una muerte nunca soluciona nada —dije con una serenidad que no sentía—. Tú querías ayudarme a vengar la muerte de Paola.

—Paola me traicionó, como tú. Ella iba a…

—Baja el arma. —Una voz que conocía muy bien provocó que George rompiera la distancia que nos separaba y me aprisionara contra su cuerpo. Su brazo izquierdo rodeó mis caderas con fuerza, manteniéndome inmóvil. Y entonces sentí la pistola contra la sien.

Damiano estaba allí junto a Scott. Ambos con las pistolas en sus manos, apuntando a George.

—Tenía que terminar así. —George soltó otra de esas carcajadas espeluznantes. Él había perdido la cabeza; estaba fuera de sí—. Ella no se va a salvar —le dejó claro a Damiano, apretando un poco más la pistola contra mi sien.

Damiano permaneció frío, impasible ante las amenazas de George, pero pude ver la furia ardiendo en sus ojos.

—Si la sueltas y no la haces daño, te dejaré marchar.

George negó con la cabeza compulsivamente.

—No, no lo harás.

—Soy un hombre de honor. Nunca fallo a mi palabra.

Como si quisiera demostrar que no mentía, bajó el arma y le hizo un gesto a Scott para que hiciera lo mismo. Este se resistió al principio, pero después terminó obedeciendo.

—Ya estoy muerto —susurró George; parecía aterrado. El brazo que rodeaba mis caderas ascendió hasta mi cuello. Su mano lo rodeó con fuerza, asfixiándome—. Si no me matas tú, me matará él.

—¿Quién es él? —preguntó Damiano, con una voz peligrosamente baja y controlada. Demasiado calmada.

—El que quiere destruirte.

—Dime su nombre —ordenó Damiano—. Lo mataré antes de que pueda tocarte.

Se notaba que Damiano estaba acostumbrado a este tipo de situaciones. Pero, aun así, en su mirada había una furia contenida,

una oscuridad que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

Yo apenas podía escucharles. El agarre de George me asfixiaba, las palabras llegaban distorsionadas, y cada segundo se sentía eterno. Tenía que pensar rápido. Damiano no podía disparar sin arriesgarse a alcanzarme a mí.

—Ella no merece la pena —dijo George sin responder a su pregunta—. Trabajaba para mí, espiándote. Como hizo Paola, pero eso ya lo sabías. —Damiano no contestó y George soltó una carcajada—. No me lo puedo creer, no se lo has contado a tu jefe —escupió George, mirando a Scott—. Paola trabajaba para mí. La pillé traficando con drogas, aunque en realidad fue una trampa, pero ella nunca lo supo. Le dejé quedarse el dinero que tanto necesitaba y prometí no denunciarla si te espiaba para mí. Scott, tu hombre de confianza, la descubrió. La dejó escapar, aunque le partió el corazón no queriendo escuchar sus explicaciones. Para entonces, ella ya planeaba traicionarme, así que tuve que matarla.

Una oleada de furia me recorrió de pies a cabeza. Y entonces, escuché un bramido ahogado.

—¡Scott, no! —gritó Damiano.

George se movió, distraído, y aflojó su agarre sobre mí. Fue suficiente. La rabia, la adrenalina y el miedo se mezclaron como un cóctel hirviendo dentro de mí. Me revolví con todas mis fuerzas y le propiné una patada brutal en la entrepierna. Él soltó un grito gutural y me liberó.

Sin pensarlo, eché a correr. Pero por el rabillo del ojo vi cómo levantaba el brazo, apuntándome con la pistola.

Iba a morir.

Y lo más devastador era que no pensé en mí. Solo en la pequeña vida que crecía dentro de mí. En ese niño… o niña… que no vería la luz del sol, que nunca tendría amigos, ni aprendería a montar en bicicleta, ni se reiría a carcajadas. No existiría.

Busqué a Damiano con la mirada. Antes de que todo terminase, quería despedirme de él. Decirle que, pese a todo, me había enamorado de él y que, pese a que nuestra historia de amor nunca

podría tener un final feliz, no me arrepentía ni un solo instante de haberlo conocido; no me arrepentía de nada. Pero él no me miraba.

Con una rapidez letal, levantó su arma y disparó una, dos, hasta tres veces. Los disparos no sonaron, amortiguados por un silenciador. Vi a George desplomarse. La sangre empapó el suelo, oscura y densa. Y lo extraño fue que no sentí el nudo en el estómago que debería haber sentido. No hubo culpa, ni horror. Solo una punzada de alivio.

Justicia.

Damiano bajó el arma y se volvió hacia mí.

—¿Es cierto? ¿Me espiabas? —preguntó con voz ronca, sin apartar los ojos de los míos.

Vi cómo Scott se incorporaba, adolorido. Seguramente Damiano lo había derribado para evitar que se lanzara sobre George.

Me costó tragar saliva.

—Paola era mi amiga. La amiga de la que te hablé… —murmuré, sin poder sostenerle la mirada—. La fallé. Y cuando murió, supe que no había sido un suicidio. George me hizo creer que tú eras el culpable, y yo… yo te espié. Buscaba encontrar información que pudiese meterte entre rejas.

Estaba acostumbrada al Damiano frío, sin sentimientos; al monstruo que mostraba ser ante todo el mundo. También había visto al Damiano furioso y vengativo. Pero, por primera vez, vi la devastación más absoluta en su expresión. No había rabia ni ira, solo decepción y dolor. Damiano había dejado caer la máscara que siempre llevaba puesta y me estaba dejando ver un pedazo de su alma, de su verdadero yo. Y aquello fue como si me apuñalaran el corazón.

Antes de que ninguno de los dos pudiese pronunciar una sola palabra, el sonido de unas voces a lo lejos provocó que Damiano dejase de mirarme para centrar su atención en Scott.

—Mierda —masculló—. Hay que asegurarse de que no se acerquen y llamar a los limpiadores. No…

Damiano siguió dando órdenes mientras Scott asentía. Su voz comenzó a sonar cada vez más lejana para mí, como si el mundo entero se hubiese sumido en una niebla espesa. Y entonces, decidí

aprovechar el momento. Me agaché, recogí mi bolso del suelo y, sin mirar atrás, salí corriendo.

No escuché pasos tras de mí, pero tampoco me detuve. Corrí sin parar, sin pensar. No respiré tranquila hasta que estuve sentada en un avión, rumbo a Nueva York. Solo entonces, cuando el cinturón de seguridad me apretó el cuerpo y la voz metálica de la azafata sonó anunciando el despegue, me permití aflojar los dedos que había mantenido crispados todo el trayecto.

Me llevé la mano al vientre. Una caricia temblorosa.

Iba a tener a ese bebé. Lo supe en el instante en el que George había estado a punto de matarme. Lo criaría yo sola. Damiano nunca sabría de su existencia, porque jamás volvería a verle.

No porque no pudiera perdonarme —tal vez lo haría, tal vez no— sino porque yo no podía criar a mi hijo en aquel mundo. Un mundo de violencia, mentiras y venganza. Un mundo al que yo no pertenecía. Un mundo en el que su padre se movía como pez en el agua; un mundo que su padre lideraba.

Enamorarme de Damiano Mancini había sido el mayor error de mi vida, pero también lo mejor que me había pasado. Sin embargo, tenía que alejarme de él, lo tenía que hacer por el bebé que habíamos creado juntos. Y lo tenía que hacer por mí misma.

Porque Damiano y yo nunca podríamos tener un final feliz.

Epílogo

Damiano

Mi instinto me gritó que ocultaba algo.

Ni por un instante me creí la patética excusa que me dio cuando fue al prostíbulo de mi medio hermano, pero sonaba tan jodídamente bien que estuviese celosa que quise creérmelo. Porque cuando se trataba de Audrey, actuaba como un imbécil.

Desde el primer momento en que la vi trabajando en el pub, a través de las cámaras de seguridad en la pantalla de mi ordenador desde mi despacho, supe que sería mía. Por eso le ordene a Scott que la mandase a trabajar al sótano.

Quería que me viese pelear. Qué me conociese tal y como soy.

Nunca había sentido esa posesividad por ninguna mujer; esa necesidad de que estuviera a mi lado, de cuidarla. Debería haberme alejado de ella en ese mismo instante. Pero no, había seguido alimentando esa atracción que me arrastraba hacia ella y Audrey se había convertido en mi debilidad.

Lo había dado todo por ella. ¿Y cómo me lo había pagado? Traicionándome.

Había tenido tantos momentos para ser sincera conmigo… Para contarme la verdad. Sin embargo, había decidido no hacerlo. No hasta que estuvo acorralada y no le quedó otra opción. Y en vez de enfrentarse a mí, había huido. Se había alejado de mí y desaparecido, como si nunca hubiera existido. Como si lo nuestro nunca hubiera pasado.

Por supuesto que no tardé ni un día en descubrir su apellido real, y adónde se había marchado, pero no había ido tras ella. No lo había hecho porque me sentía herido. Audrey no se merecía que fuera tras ella. Ni siquiera que perdiera un minuto de mi tiempo pensando en ella. No se merecía nada de mí.

Pero, aún así, dos semanas después, estaba en su apartamento. Ese en el que ella no se había llevado nada. En realidad, estaba

bastante seguro de que ella se había marchado directamente al aeropuerto sin pasar por allí.

Abrí el cajón de la cómoda donde estaba su ropa interior. Agarré una de sus bragas entre mis dedos y no pude evitar llevármela a la nariz. Estaba limpia, olía a jabón, pero mi mente escenificó su olor. Ese olor cuando se excitaba, que era una jodida delicia.

Todo en ella lo era.

Tiré las bragas al suelo. ¿Qué cojones estaba haciendo?

Tenía que centrarme en mis negocios, en los hombres que dependían de mí, en los tratos que cerrar, en los cabrones que estaban esperando verme flaquear para clavarme un puñal por la espalda. No podía estar ahí, respirando el puto recuerdo de una mujer que me había traicionado.

Bufé, arrastrando una mano por el pelo. Salí de la habitación y me metí en el baño. Me apoyé en el lavabo, bajé la cabeza y abrí el grifo para echarme agua en la cara. Necesitaba despejar mis ideas.

Fue entonces cuando lo vi. Un objeto sobre la porcelana del lavabo captó mi atención. Un pequeño plástico blanco, con una pantalla diminuta. Iba a ignorarlo; una parte de mí quería hacerlo, pero algo en mi cabeza se activó, una alarma instintiva. Me obligué a mirar.

Dos marcas rosas.

El estómago se me encogió de golpe y el aire dejó de entrar en mis pulmones. Tal vez no era un entendido en esas mierdas, pero sabía perfectamente lo que era aquel objeto: un test de embarazo. Un test de embarazo positivo.

Y entonces, en ese mismo instante, me di cuenta de que nunca habíamos usado protección. Ni siquiera me había molestado en preguntarle si ella estaba tomando algún tipo de método anticonceptivo. Siempre había sido precavido; siempre usaba preservativo, pero con Audrey no lo había sido en nada. Porque cuando se trataba de Audrey, perdía la cabeza.

Y ahora iba a tener un hijo. Un hijo del que ella me estaba alejando.

Sentí la furia arder bajo mi piel, pero no era como otras veces. No era esa rabia fría, controlada, que usaba para sentenciar

enemigos. Era diferente: más salvaje, más primitiva.

Audrey no solo había jugado conmigo, traicionándome, engañándome y siendo una cobarde huyendo después, sino que pretendía negarme el derecho de criar a nuestro hijo.

Dejé el test de embarazo sobre el lavabo y salí del apartamento sin pensarlo dos veces. Tenía que ir a por ella y traerla de vuelta.

No iba a permitir que me apartase de mi hijo. Y joder, no iba a permitir que se alejara de mí.

Ella era mía. Mi *gattina*.

Redes sociales

Instagram: lexi_thurman03